Angela MARSONS

ELLA LES ARRUINÓ LA VIDA.
AHORA QUIEREN DESTRUIR LA SUYA.

RECUERDOS DE MUERTE



Si aún no has probado con esta autora, hazte un favor y empieza a leerla ya.

WORCESTER SOURCE

UNA THRILLER DE
KIM STONE

JENTAS


Angela
MARSONS
ELLA LES ARRUINÓ LA VIDA.
AHORA QUIEREN DESTRUIR LA SUYA.
RECUERDOS
DE MUERTE
Si aún no has probado con esta autora, hazte un favor y empieza a leerla ya.
WORCESTER SOURCE
UNA
THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS


Angela
MARSONS
ELLA LES ARRUINÓ LA VIDA.
AHORA QUIEREN DESTRUIR LA SUYA.
RECUERDOS
DE MUERTE
Si aún no has probado con esta autora, hazte un favor y empieza a leerla ya.
WORCESTER SOURCE
UNA
THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS

Recuerdos de muerte

Recuerdos de muerte

Título original: Dead Memories

© Angela Marsons, 2019. Reservados todos los derechos.

© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

Traducción: Jorge de Buen Unna

ISBN: 978-87-428-1289-1

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

First published in Great Britain in 2019 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

—

De la serie de la detective Kim Stone:

Grito del silencio

Juegos del mal

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Recuerdos de muerte

Este libro está dedicado a Maureen King.

Aunque ya no está, nunca la olvidaremos.

Prólogo

17 de junio

Amy Wilde cerró los ojos mientras el oro líquido entraba por sus venas y recorría su cuerpo. Visualizó una estela de candente belleza que se precipitaba hacia su cerebro.

Los efectos fueron casi inmediatos. El placer inundó cada centímetro de su ser y era de una intensidad casi dolorosa. El chute la transportaba a otro planeta, a otro mundo, a algún lugar por descubrir. Nunca se había sentido tan bien. Su cuerpo estaba pletórico de euforia. Una oleada tras otra de éxtasis recorría su piel, sus músculos, sus tendones... y hasta lo más profundo de sus huesos. A medida que su fuerza menguaba, intentó retenerlo.

«No te vayas. Te quiero. Te necesito. ¡No te vayas!», gritaba, suplicaba, rogaba su mente, desesperada por aferrarse lo más posible a las sensaciones.

Cuando los últimos estremecimientos de felicidad se desvanecieron, giró la cabeza a la izquierda para compartir aquella sonrisa cómplice con Mark, su amante, su amigo, su alma gemela, como hacía siempre después de compartir la heroína.

Pero, a través de la fatiga que la arrastraba hacia ese acogedor y oscuro olvido que siempre seguía al subidón, se dio cuenta de que Mark no parecía estar bien.

Sabía que estaban sentados en el suelo de una habitación desconocida. Sabía que un radiador la calentaba a través de la chaqueta vaquera. Sabía que tenía las muñecas inmovilizadas con esposas, aunque eso no le importaba. Nada importaba después de semejante chute.

Intentó decir el nombre de Mark, pero la palabra no salió de su boca.

Algo le pasaba a su amante.

No tenía los ojos cerrados. Había sucumbido a la cálida somnolencia. Con los ojos muy abiertos, miraba con fijeza, sin pestañear, un punto en el techo.

Amy quería estirar la mano y tocarlo, darle una sacudida para despertarlo. Quería compartir esa sonrisa antes de entregarse a la oscuridad.

Pero era incapaz de mover ni un músculo.

Aquello no era normal. La pesadez que solía calar sus huesos la hacía sentirse aletargada, lastrada, pero siempre conseguía reunir la energía suficiente para girarse y acurrucarse junto a él.

El cansancio intentaba dominarla, tiraba de sus párpados, la incitaba a dormir; sin embargo, tenía que tocar a Mark.

A través de la niebla descendente, intentó, con todas sus fuerzas, mover un solo dedo. No obtuvo respuesta. Los mensajes no salían de su cerebro. Intentó sobreponerse a la somnolencia, pero era como si le tapasen la cabeza con una manta. Se sentía indefensa, débil, incapaz de espantar la negrura, pero sabía que Mark la necesitaba.

Era inútil. No podía huir de las sombras que la acosaban.

Cuando sus párpados ya caían, oyó que la puerta del piso se cerraba de golpe.

Capítulo 1

Kim sintió que apretaba las mandíbulas. Un incesante repiqueteo cosquilleaba en su oído izquierdo.

A través de la persiana abierta, que captaba la escasa brisa de un junio cargado de tormentas, había entrado una polilla. El insecto arremetía una y otra vez contra la bombilla de sesenta vatios.

Pero no era ese el golpeteo que la molestaba.

—Si te aburres, lárgate —dijo. Unas motas de óxido se desprendieron de los radios de la rueda y aterrizaron en sus vaqueros.

—No me aburro, estoy pensando. —Gemma inclinó la cabeza y miró la polilla, que se acababa de provocar un aneurisma.

—Convénceme —le pidió Kim con sequedad.

—Intento decidir si llevarle las flores o ponerlas en un jarrón en casa.

—Mmm... —comentó Kim, amable, mientras seguía raspando.

Sabía que Bryant y muchos otros cuestionaban su relación con la adolescente que su némesis, la doctora Alexandra Thorne, había manipulado y enviado para que la matara. Según él, Gemma tendría que estar encerrada en la prisión de Drake Hall. Allí residía su madre y allí había entrado en contacto con la doctora Thorne, una psiquiatra sociópata cuyos experimentos enfermizos con pacientes vulnerables había truncado Kim. Desde entonces, atormentar a la detective se había convertido en su misión vital.

Para Bryant, ninguna circunstancia justificaba entablar amistad con una persona que te había querido matar. Así de simple. Solo que no era tan sencillo, porque Kim comprendía bien dos cosas: lo hábil que era Alexandra Thorne para manipular todas las debilidades o vulnerabilidades de una persona —lo supiera esta o no— y que no era culpa de la chica haber tenido una infancia de mierda.

No pretendía hacerse la graciosa al dejar el comentario de Gemma sin responder. En todo caso, no creía que fuera a suceder. La madre de Gemma había estado entrando y saliendo de la cárcel durante toda la vida de la niña. Había dejado a su hija en manos de cualquier pariente que quisiera tenerla, hasta que ya nadie quiso aceptarla. Para comer, la chica había recurrido a vender su cuerpo. Sin embargo, por alguna razón, había mantenido un contacto regular con su madre y la visitaba siempre que tenía ocasión. La mujer tenía que salir en libertad a la semana siguiente, pero, de algún modo, siempre se las arreglaba para meterse en líos y prolongar su condena.

Kim le había ofrecido a Gemma una invitación informal para que, cada vez que necesitara comer, se pasara por allí en lugar de hacer la calle. No podía ofrecerle una comida gourmet, pero sí unas patatas al horno o una pizza.

Y Gemma había aceptado la oferta, incluso después de que, hacía ya un mes, consiguiera un empleo a tiempo parcial en la biblioteca de Dudley.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Kim. Quería evitar por completo el tema de la madre.

Ella soltó una pedorreta y Kim se echó a reír.

Había días en los que la chica era una anciana de dieciocho años endurecida por sus propias elecciones y lo que la vida le había deparado. Había días en los que solo era una chica de dieciocho.

Y a Kim no le molestaba su inesperada visita. Ningún día.

—Mira, Gem, puede que no sea intelectualmente...

—Soporífero —cortó la chica—. Me adormece el cerebro —dijo, y puso mala cara—. Saco y devuelvo libros. Los pongo de nuevo en los estantes. Por la noche, antes de cerrar, me toca el trabajo soñado de limpiar los teclados de los ordenadores públicos. —Kim ocultó su sonrisa. Era mucho más divertido oír a Gemma quejándose de su trabajo que lamentándose por no conseguir uno.

»Ah, y ayer se me acercó una anciana encantadora. —Encorvó la espalda e hizo como que caminaba con un bastón—. «Perdona, cariño, pero ¿podrías enseñarme a enviar estas fotos a mi hijo de Nueva Zelanda?», me preguntó mientras me entregaba su antigua cámara digital. Lo juro...

—Espera —dijo Kim. Su teléfono había empezado a sonar. Se sacudió el óxido de los vaqueros —. Stone —respondió.

—Siento molestarla, señora, pero ha pasado algo en Hollytree. Es un poco confuso. Tengo una dirección y una palabra —dijo la voz de la central.

Kim se puso de pie.

—Dame la dirección.

—Edificio Chaucer, piso 4B.

A Kim se le revolvió el estómago. El mismo edificio, tres pisos más abajo. De todos los malditos días, tenía que ser ese.

—Vale, voy para allá. Dígale a Bryant que se ponga en marcha también.

—Claro, señora.

—¿Y la palabra? —preguntó—, ¿cuál es?

—Muerto, señora. La palabra es «muerto».

Capítulo 2

Sobre la Ninja, Kim sorteaba con soltura el laberinto de calles, callejones sin salida y atajos. Atraía las miradas curiosas de los grupos que, con tan poca ropa como les era posible, se congregaban en las aceras para aprovechar la brisa nocturna.

El sol, que se había puesto quince minutos antes, había dejado a su paso un cielo de mármol rojizo y una temperatura que se acercaba a los veinte grados. Iba a ser otra noche larga y pegajosa.

Rodeó con la motocicleta los contenedores de basura en dirección al Chaucer, el edificio central de apartamentos situado en el abarrotado centro de la extensa urbanización Hollytree. El Chaucer era conocido por ser el más duro entre los bloques de viviendas, el hogar de lo peor de la sociedad.

Y había sido su hogar durante los seis primeros años de su vida. Casi siempre conseguía mantener ese pensamiento clavado en el tablón de anuncios del fondo de su mente. Pero ese día no. En ese momento, el recuerdo estaba en primer plano.

Pasó entre dos coches de policía, una ambulancia y una moto de primeros auxilios, y aparcó detrás del Astra Estate de Bryant. Él vivía un par de kilómetros más cerca y, aparte, Kim había tardado unos minutos en conseguir que Gemma se fuera de su casa. La chica se había quedado boquiabierta y con un montón de preguntas sobre para qué habían llamado a Kim.

Y Kim se lo habría dicho, solo que ni ella misma lo sabía.

Mientras se quitaba el casco, una voz gritó entre la multitud:

—¡Mira, una puerca en moto!

Se pasó una mano por el pelo negro y corto y, para liberarlo, sacudió la cabeza. Sí, hacía unos tres días que no la insultaban con esa palabra.

La multitud que rodeaba al de la voz soltó una carcajada. Kim fingió no haberlos oído y se dirigió a la entrada del edificio.

Después de pasar un cordón exterior y uno interior, se encontró con un muro de agentes en los ascensores y la escalera. El de la derecha había descendido por debajo del nivel del suelo y tenía las puertas abiertas de par en par. Era evidente que estaba averiado. Una agente dio un paso adelante y señaló una pantalla para indicarle que, en ese momento, la cabina se encontraba en la planta cinco.

—Buenas noches, señora. Solo funciona uno de los ascensores —dijo—. Estamos despejando los pisos superiores e inferiores.

Kim asintió. Habían dejado las escaleras para uso exclusivo de la policía, mientras que el ascensor era el único medio de acceso para los residentes.

Evacuar todo el edificio por un incidente en sola una planta no era posible, por lo que habían tenido que gestionar la situación. Así que fue a las escaleras y emprendió la subida al cuarto piso. Menos mal que su pierna izquierda ya estaba en mejores condiciones. En un caso anterior, hacía tres meses, Kim se la había fracturado al caer del tejado de un edificio de dos plantas.

Había agentes apostados en cada planta para asegurarse de que nadie se acercaba al lugar del incidente. Cuando llegó al cuarto piso, uno de los policías le sonrió y le abrió la puerta del vestíbulo.

Kim se acercó a la entrada.

El inspector Plant le cerró el paso.

—¿Qué...?

—¿Puedes esperar? —dijo él por encima del hombro.

Ella lo miró con dureza. Conocía bien a ese tipo. Habían trabajado juntos varias veces, ¿a qué demonios estaba jugando?

—Plant, si no te quitas de ahí...

—Es Bryant, tu compañero —dijo, incómodo—. No te quiere aquí.

—¡¿De qué coño vais?! —exclamó, furiosa. Era la escena de un crimen. Ella era la investigadora al mando y quería entrar—. Me importa una mierda lo que...

Sus palabras se fueron apagando cuando su compañero apareció detrás del inspector, que se apartó de en medio.

Bryant tenía el rostro ceniciento y demacrado, los ojos llenos de horror. No había mostrado tan mal aspecto en el último caso importante, cuando él yacía en el suelo y Kim presionaba con la mano su vientre para intentar detener la sangre que salía a borbotones. Gracias a que los agentes lo conocían como sargento detective, no lo habían metido en una bolsa para cadáveres.

—Bryant, ¿qué...?

—No entre ahí, jefa —dijo él en voz baja.

Kim intentó comprender lo que estaba pasando.

Juntos, habían presenciado lo peor que un ser humano podía hacerle a otro. Habían visto cadáveres en lugares donde el hedor de la sangre flotaba en el aire. Habían visto cuerpos en los más avanzados estados de putrefacción, llenos de gusanos y moscas. Juntos, habían desenterrado cadáveres de jóvenes inocentes. Él sabía que el estómago de Kim lo resistía casi todo, así que ¿por qué ahora intentaba interponerse en su camino?

—Kim —la llevó a un lado—, te lo pido como amigo. No entres ahí.

Nunca la había tuteado en el trabajo. Ni una sola vez.

¿Qué demonios acababa de ver?

Ella respiró hondo y lo miró fijamente.

—Bryant, apártate de mi camino. Ahora.

Capítulo 3

Kim se abrió paso entre el personal que, como un túnel, la guiaba hacia la escena del crimen. Nadie le dedicó una segunda mirada. Esperaban su presencia en aquel lugar, así que ¿cuál era el problema de Bryant?, se preguntó. Sentía tras ella la presencia de su compañero.

El puto rey del drama.

El muro de uniformes se apartó y Kim se quedó paralizada.

Durante unos segundos, todos los ruidos se desvanecieron; todos los movimientos cesaron mientras sus ojos registraban la escena que tenía delante. Con la boca seca, se preguntó si terminaría desmayándose. Sintió en el codo la mano de Bryant, que le daba apoyo.

Se volvió para mirarlo. La expresión de su compañero reflejaba miedo, preocupación. Y ella lo entendía por fin. Ahora sabía por qué su compañero había intentado protegerla.

Se tragó las náuseas y se giró, en un intento de sacudirse la sensación de que se estaba moviendo a cámara lenta.

Un escuálido varón de pelo negro, de unos veinte años, estaba sentado con la espalda apoyada en el radiador. Sus ojos inertes y brillantes miraban al frente. Tenía la cabeza ladeada hacia la izquierda. Dentro de sus vaqueros se perdían unas piernas huesudas. De la camiseta de manga corta colgaban unos brazos blancos como la leche, un poco más anchos que un taco de billar.

No había ninguna duda de que estaba muerto y, sin embargo, su cuerpo empezó a moverse, a estremecerse rítmicamente. Kim siguió la línea del brazo derecho, ligeramente extendido, hasta el antebrazo y las esposas que permanecían sujetas al radiador y a la muñeca de la chica. Era ella sobre quien seguían trabajando los paramédicos, que provocaban esos movimientos torpes y espasmódicos.

La actividad de alrededor se filtró de nuevo en las sensaciones de Kim, como si alguien le estuviera quitando poco a poco los cascos de los oídos.

—Creo que tenemos que moverla, Geoff —dijo uno de los sanitarios—. Ya la hemos recuperado dos veces. La próxima...

Sus palabras se desvanecieron. No necesitaba dar una explicación completa.

Kim se hizo a un lado. Sin ningún esfuerzo, los paramédicos subieron a la mujer a la camilla. La preservación de la vida estaba por encima de la preservación de las pruebas. Mientras ellos trabajaban, nadie se había puesto a investigar.

Ninguno resopló por el esfuerzo cuando la tumbaron. Estaba aún más delgada que el chico que

había muerto a su lado. Tenía los huesos apenas envueltos en una fina capa de piel que colgaba en algunas partes. Su joven rostro estaba demacrado. En la piel, se destacaban unos pómulos y una barbilla afilados, ojeras y llagas. De camino a la puerta, su boca soltó un gemido.

El segundo paramédico pateó algo al pasar y el objeto aterrizó a los pies de Kim.

Al mismo tiempo en que ella miraba la botella de Coca-Cola vacía, oyó la agitada respiración de Bryant.

Escudriñaba los alrededores y trataba de mantener la compostura. Suponía que todos los ojos estaban puestos sobre ella, a la espera de que mostrase algún tipo de reacción. Una reacción que cada una de sus células quería gritar.

Pero nadie la estaba mirando. Por supuesto que no. No sabían nada.

Un niño y una niña encadenados a un radiador. Una botella de Coca-Cola. El mismo apartamento, solo que unos pisos más abajo.

El calor sofocante allí fuera. El chico muerto, la chica viva.

Ninguno sabía que se trataba de una recreación del suceso más traumático de la vida de Kim.

Bryant sí, y, sin embargo, había algo de lo que ni siquiera él era consciente.

Ese mismo día, se cumplían treinta años de aquello.

Capítulo 4

Eran casi las once cuando Kim aparcó la Ninja frente a la comisaría de Halesowen.

Por encima del cansancio que la dominaba y que hacía lo posible por mandarla a casa, no se había sorprendido al ver el mensaje de Woody. Le pedía que regresara a la comisaría al salir de allí, fuera la hora que fuera.

Y estaba encantada de alejarse de Bryant. Su compañero le había preguntado cientos de veces si estaba bien mientras, con los ojos, buscaba los suyos para descubrir cómo se sentía.

Lo había convencido de que estaba bien. Ahora tocaba convencer a Woody. Asomó la cabeza por la puerta.

—Señor. —Entró y dejó la puerta abierta. «Sutil», pensó.

—Ciérrela —le pidió él.

No lo bastante sutil, al parecer.

Se quedó de pie detrás de la silla, frente al escritorio de su jefe.

Él seguía allí, a esas horas de la noche, y sus únicas concesiones al horario habían sido un aflojamiento de corbata y unas cuantas arrugas en su impoluta camisa blanca.

—He visto el informe, así que cuénteme más sobre la escena del crimen.

—Aún no estoy segura de que haya habido un delito —respondió ella—. Dos adolescentes, drogas; uno con sobredosis y otra bastante cerca. Mañana asistiré a la autopsia del varón, pero creo que la conclusión será sobredosis accidental.

—¿Eso es todo? —preguntó él con el rostro endurecido.

Ella abrió los brazos de modo expresivo, insegura de lo que él quería oír.

—Eeeh..., Bryant llegó primero...

—Y es como si se hubiera quedado solo, a juzgar por el nivel de detalle que me acabas de dar.

—No estoy segura de qué...

La mirada de Woody se intensificó a la par de su irritación.

—¿Estaban ahí las jeringuillas que los chicos usaron para drogarse? ¿En el brazo del varón había un torniquete? ¿Estabas allí?

Kim se lo pensó un momento antes de hablar.

—Llegué y entré en el mayor de los dos dormitorios, que medía unos tres metros por tres. A mi derecha había dos agentes de policía y una sargento. Uno de los agentes era rubio; los otros dos, morenos. Uno tenía un águila tatuada en el antebrazo izquierdo. El rubio llevaba barba.

—Stone, creo que...

—A mi izquierda había un tercer agente de pie y, en el suelo, dos paramédicos que intentaban mantener con vida a la mujer, que, por cierto, había muerto dos veces antes de que yo llegara. Uno de los paramédicos llevaba...

—Stone, cállate —espetó él.

—Sí, señor.

—¿Qué me dices de las esposas que estaban encadenadas al radiador?

—Sí, señor —respondió, y apartó la visión de su mente.

—¿No pensaste en mencionarle esto a...?

—Coincidencia —terminó ella, totalmente convencida de que era eso.

—Tú no crees en las coincidencias —alegó él, perspicaz.

—Para ser sincera, creo que ha sido algún tipo de juego erótico que ha salido mal. Quizá algún tipo de «Yo te pincho y tú me pinchas» que se les ha ido de las manos. Estoy segura de que los utensilios para drogarse están en alguna parte y que los de Criminalística los embolsarán y analizarán.

—Entonces, ¿no estableces ningún paralelismo? —preguntó él.

—¿Con qué? —respondió Kim. Estaba siendo esquiva adrede, como si nunca se le hubiera ocurrido esa idea.

A decir verdad, en cuanto había entrado en aquella habitación, unas plantas más abajo de la que durante seis años había sido su casa, se sintió transportada treinta años antes y vio a su hermano tumbado contra el radiador, muerto; sin embargo, ya con el cerebro en plena marcha, se daba cuenta de que no era más que una coincidencia y de que no tenía ninguna relación con su infancia. Por triste que fuera, esos chavales eran drogadictos y lo estaban pagando.

La pérdida de la vida del joven, aunque trágica, no tenía ningún vínculo con ella ni con Mikey.

Woody era capaz de recordar los datos más destacados de su expediente personal, y ella tendría que haberlo adivinado. Aunque nunca habían hablado del tema, Kim era muy consciente de que su jefe sabía cosas que ella había compartido con muy pocas personas. Incluso Bryant sabía lo justo.

—Entonces, Stone, te repito la pregunta: ¿estás convencida de que no tiene absolutamente ningún vínculo contigo?

—Del todo, señor —dijo sin dudar, y lo dijo en serio.

Casi.

Capítulo 5

A las siete de la mañana del martes, Kim ya se había tomado un café en casa, había sacado a pasear a Barney, su fogoso y poco sociable border collie, y le había dado de comer; luego había ido al trabajo y estaba lista para la entrada de Bryant, que llegaba antes.

—Buenos días, jefa. Tú...

—Estoy bien, y no hay razón para que no lo esté, ¿te enteras?

—Así que ¿has dormido bien? —dijo él. Era la misma pregunta, aunque con otras palabras.

—He dormido bien —respondió ella, y se sirvió el cuarto café del día.

Mentía como una descosida.

Tras el paseo nocturno con Barney, se había metido en la cama y, un instante después, ya estaba despierta. Se había quedado mirando la oscuridad, reproduciendo la escena en su cabeza, apartando recuerdos que intentaban abrir la caja en la que estaban guardados.

Había recurrido a todos sus viejos trucos para engañarse y alejar los pensamientos intrusivos. Había elegido una de sus rutas de motocicleta favoritas: por Stourton hasta la carretera de Bridgnorth, pasando por Six Ashes y pueblos como Enville y Morville, e intentado imaginarse a sí misma conduciendo la Ninja, inclinándose en las curvas, acelerando a fondo, esforzándose por controlar la moto en una ruta que conocía a la perfección. Por lo general, su mente reaccionaba a la urgencia de concentrarse, su cuerpo se tensaba y se ajustaba hasta quedarse dormido, su cerebro se distraía lo suficiente para escapar de los pensamientos.

Pero no la noche anterior. Había estrellado la moto cuatro veces en su imaginación porque su cerebro se negaba a participar en su versión personal del ejercicio, de contar ovejas.

Lo único que conseguía imaginar era el cuerpo de aquel joven, inerte, apoyado contra el radiador. Estar tumbada en el oscuro silencio de su dormitorio no la había ayudado a librarse de aquella visión.

Así que se había levantado, había preparado café y trabajado en la moto durante un par de horas antes de empezar con su rutina de la mañana, una que había estado peligrosamente cerca de la rutina nocturna anterior.

—Ah, ¿ese es un tic por la cafeína o es que estás contenta de verme? —bromeó él.

—Sí, me estoy agarrando el estómago de tanto reír.

Él la miró de reojo.

—¿Intentas hacerte la graciosa? —preguntó, y se miró el lado izquierdo del vientre, donde un mes antes le habían clavado un cuchillo de diez centímetros.

—Cielos, Bryant, no he querido...

La llegada de Penn la salvó.

—Buenos días —dijo.

Colocó su táper en el escritorio vacío. Después, se quitó el bolso y lo lanzó debajo.

—Siento llegar tarde, jefa —dijo Stacey, que entraba a toda prisa. Se dejó caer en el asiento que antes había pertenecido a Kevin Dawson.

Kim sabía que todos echaban de menos a Dawson, y lo hacían todos los días. Ella, a veces, aún esperaba que el joven llegara con algún comentario socarrón. Pero no tan a menudo como al principio. Lo iba aceptando poco a poco.

—Vale, vale, amigos —dijo Kim—. ¿Alguna novedad con respecto a los casos de ayer?

—¿No te llamaron anoche, jefa? —preguntó Stacey con el ceño fruncido.

Por lo general, una llamada a altas horas de la noche era la noticia precursora del siguiente gran caso. Significaba que, en la medida de lo posible, los demás debían resolverse a toda velocidad o traspasarse a otro equipo.

Por lo general, un miembro del equipo debería estar en la pizarra escribiendo el nombre de la víctima, subrayándolo, recalcando la prioridad de descubrir la causa de defunción.

Por lo general, habría un aire de expectación; un crujido, invisible pero eléctrico; una energía que solo aparecía al empezar. Bryant lo habría comparado con el inicio de una comida de cuatro platos en su restaurante favorito. Kim lo habría comparado con emprender la construcción de una moto clásica en su garaje, con todos los componentes esparcidos por el suelo de hormigón, cada uno con su propósito, que esperaban a ser ensamblados, unidos a la siguiente parte que, en sazón, formarían el todo.

Solo que este caso no tenía misterios que desentrañar. Por trágica que hubiera sido la escena, no había sido un asesinato ni había el menor vínculo con ella.

—Doble sobredosis, Stace —explicó Kim—. Solo estoy a la espera de que Mitch me llame para confirmar los hallazgos, y estará cerrado.

Stacey hizo lo posible por que no se le notara la decepción.

—Ah, vale —dijo.

Cualquier ajeno al oficio habría calificado de fría esa reacción ante la muerte de un joven y la casi muerte de otra, pero Kim la entendía. No conocía un solo detective que no se hubiera alistado para impedir que los malos se salieran con la suya. Stacey no era insensible a esa

muerte; estaba decepcionada por no poder rastrear a un culpable y encontrarlo. Y, por norma, Kim habría estado de acuerdo con ella, solo que esta vez quería distanciarse lo más posible para que la visión y los recuerdos desaparecieran de su mente.

Cuanto antes, mejor.

—Entonces, Penn, ¿en qué estás?

—Quedan tres testigos por interrogar, jefa, pero no confío en que los resultados logren entusiasmarnos.

Ella asintió. Dos chavales de trece años que pasaban por la entrada de Hollytree habían recibido una paliza de tres chavales mayores. A pesar de que había descripciones decentes, nadie en la urbanización decía nada.

Kim presentía que se avecinaba una charla de «hicimos todo lo posible» con los padres.

—Sigue investigando. —No era lo habitual, pero a veces no había nada más que hacer. Sin embargo, para cuando esa conversación tuviera lugar, quería asegurarse de que, de verdad, habían hecho todo lo posible—. ¿Stace?

—Hoy tengo la última entrevista con Lisa Stiles. Esto debería quedarse listo para presentarlo esta noche.

—Buen trabajo —dijo Kim.

Lisa Stiles era una mujer de poco más de treinta años con dos hijos pequeños. Durante un decenio, había sido víctima de malos tratos conyugales y no había dicho nada. Aceptaba el comportamiento de su marido bajo el supuesto de que protegía a sus hijos de la verdad. Hasta que, un mes antes, el menor le había dado un puñetazo en la boca «Como hacía papá».

Se había sentido aterrada al darse cuenta de que podía estar educando a dos niños pequeños para que creyeran que ese era un comportamiento normal.

Fue Stacey quien tomó la declaración preliminar y, con delicadeza, eficacia y sensibilidad, guio a Lisa a través del proceso. Había construido un caso sólido que sería presentado a la Fiscalía de la Corona.

Kim señaló con la cabeza el escritorio de Penn.

—Penn, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo.

Él puso mala cara.

—¿En serio? —Kim asintió—. Así que, cuando dijiste que Betty era mi «regalo de bienvenida al equipo»...

—Sí, no era del todo exacto, así que devuélvela. Stacey se queda con la planta. —La asistente de detective acarició las hojas verdes y le dirigió una mirada triunfante—. Trabaja con más ahínco,

Penn, y la tendrás... —El sonido de su teléfono la interrumpió.

»Voy a coger esta llamada de Mitch —anunció. Caminó hacia su despacho y les hizo señas para que continuasen con su trabajo. Se dejó caer en la silla—. Hola —saludó.

Bryant apareció y se apoyó en el marco de la puerta.

—Buenos días, inspectora. Confío en que estéss bien después de tu salida nocturna —comentó Mitch. —Lo había echado de menos en la escena, pero ella no había tenido motivos para quedarse—. Te mandaré un inventario completo a la hora de comer, pero he pensado que querrías oír un resumen de nuestros hallazgos iniciales.

—Adelante —dijo, y se puso a girar un bolígrafo entre los dedos.

—Monedas sueltas caídas del bolsillo de los vaqueros del varón por un total de 1,72 libras. Un pañuelo en el bolsillo delantero, una cartera vacía, un recibo descolorido de B&M y muy poco más.

Para cuando Mitch terminó de hablar, ella ya había calculado que había diecisiete rayas azules en la corbata de Bryant.

—¿Y...? —preguntó, a la espera de lo más importante, aquello que descartaría la explicación del pacto suicida o la muerte accidental.

—Eeeh..., ¿y no es una mañana preciosa?

Kim miró a Bryant y negó con la cabeza.

—Jeringuillas —dijo. A veces Mitch era excelente en su trabajo; otras, no tanto.

—Lo siento, no hay jeringas —aseguró el técnico forense con contundencia.

—Pero los paramédicos..., los oficiales...

—Definitivamente, ninguna jeringa —repitió, tajante. «¡Invéntatelas!», quería gritar Kim. «¡Miénteme!»—. Así que el informe completo...

—Gracias, Mitch —dijo, y colgó. —Bryant le dedicó una mirada inquisidora—. No había jeringuillas en la escena —susurró ella.

En su expresión se reflejaba el horror que sentía al darse cuenta.

Esos chicos no se habían inyectado solos.

Capítulo 6

—La autopsia empezará en unos cinco minutos —dijo Bryant cuando vio que Kim, después de haber entrado en el hospital Russells Hall, fue en dirección opuesta a la morgue. Ella aún era incapaz de caminar por esos pasillos sin recordar la puñalada que su compañero había recibido durante el último caso importante.

—En la víctima muerta —replicó ella con ironía—. Y lo último que he sabido es que aún nos queda una viva.

—Es cierto —dijo él, y la siguió hasta la recepción principal, que abría en ese momento.

Kim sonrió mientras pasaba junto a las dos personas que ya hacían fila. Esperaba que su sonrisa fuera interpretada como una disculpa.

Detrás, los susurros de «Lo siento» de Bryant le revelaron que no había tenido tanto éxito. Mostró su placa a una mujer que se disponía a explicarle el sistema de colas.

—Detective Stone —dijo—. Anoche trajeron a una chica: una adolescente, sospecha de sobredosis.

La mujer se volvió a su ordenador.

—¿Nombre?

Kim se sintió tentada de decir que, de saberlo, habría empezado por ahí, pero se contuvo. La cooperación de esta mujer podría ahorrarle el recorrido por innumerables salas en busca de la chica.

—No identificada —respondió.

Los labios de la mujer se fruncieron ligeramente mientras pulsaba algunas teclas.

Hizo una pausa para, con la mano derecha, encender un pequeño ventilador de mesa.

—Unidad de Alta Dependencia. —Por fin mostraba una media sonrisa—. ¿Necesita...?

—No, gracias. Sabemos dónde está.

Pasó a toda velocidad por delante de la cafetería, con Bryant detrás.

—Bueno, jefa —le dijo él en cuanto estuvo a su altura—, sobre lo de anoche...

—Bryant, no quise hablar del tema ayer y no quiero hablar del tema ahora. Sí, había una ligera similitud con un incidente de mi pasado, pero es pura coincidencia, nada que yo quiera analizar

más a fondo. ¿De acuerdo?

—Sí, es bueno saberlo. Solo quería disculparme por haber exagerado.

—Ah, disculpa aceptada —dijo ella, sorprendida.

—Aunque tienes que admitir...

—Bryant, cállate y pulsa ese botón —dijo en cuanto llegaron a la sala.

Y él hizo ambas cosas.

Kim mostró su placa a una mujer y esta le devolvió una sonrisa de principio de turno.

—¿Puedo ayudarla?

—Anoche trajeron a una adolescente. Sospecha de sobredosis. Necesito hablar con...

—Lo siento, no puedo ayudarla —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

La paciencia de Kim se estaba agotando.

—Pero la recepcionista ha dicho que está...

—No puedo ayudarla, inspectora, porque la chica que busca ha muerto hace no más de quince minutos.

Capítulo 7

Austin Penn estaba sentado en su Ford Fiesta a la entrada de la urbanización Hollytree.

Ya había oído hablar de aquel lugar incluso cuando estaba en el colegio. Era un sitio duro que aparecía en las noticias casi todas las noches. Después, durante su etapa de entrenamiento, el edificio era conocido por su violencia, el comportamiento antisocial y las drogas, pero la mentalidad pandillera había emergido solo en los últimos diez años.

West Mercia tenía su cupo de urbanizaciones como esa. Penn había tenido que acudir a Westlands, en Droitwich, más veces de las que podía contar, pero no había estado tan cerca de la desesperanza absoluta que asediaba cada centímetro de Hollytree.

Era frustrante que nadie se chivara, que nadie hablara, pero eso no tenía nada que ver con la comunidad. La mayoría de la gente de Hollytree estaba allí porque eran incapaces de vivir en sociedad. Y, si no hablaban, era por dos razones: en primer lugar, porque odiaban a la policía y, en segundo, porque le tenían miedo a la pandilla local. Ya era bastante difícil combatir uno de esos problemas. Lidiar con ambos era casi imposible.

Si consiguiera encontrar a una sola persona que no le tuviera tanto miedo a la banda...

Observó la hilera de tiendas abandonadas; todas cerradas, menos dos. Douglas Mason y Kelvin Smart se habían aventurado en Hollytree hacía dos noches. No habían traspasado la zona de tiendas cuando ya tenían seis huesos rotos y una nada envidiable colección de cortes y magulladuras.

En el interrogatorio, ambos afirmaron que creían que en la esquina había un fish and chips.

Penn no les había creído, pero tampoco les dijo nada a los padres de los chicos.

Preguntando por ahí, se enteró de que muchos chavales de la zona, procedentes de entornos trabajadores y socialmente aceptables, se retaban unos a otros a entrar en Hollytree para ver hasta dónde llegaban. Pues bien, esos dos no llegaron muy lejos. Aun así, hubiera sido un juego o no, los chicos no habían molestado a nadie. Desde luego, no se merecían lo que les habían hecho.

Ahora, ambos estaban en casa, atendidos y, con toda seguridad, mimados por unos padres que esperaban justicia. Y Penn sospechaba que terminarían decepcionados.

Había visto la cara de su jefa mientras le revelaba los avances en el caso. Tampoco le gustó la conversación con los padres. Estos le habían preguntado cómo era posible que les hubieran dado una paliza a plena luz del día sin que nadie viera nada. La respuesta «Hollytree es así» no bastó, lo que era de esperar.

De la misma manera, la expresión de su jefa no le había agradado. Sabía que no estaba

decepcionada con él a título personal, sino con la situación.

—Maldita sea, —Golpeó el volante con las manos. Si tan solo consiguiera encontrar a una persona dispuesta a hablar... —. No me jodas, colega —dijo en voz alta cuando un vehículo de gran tamaño pasó junto a su plaza de aparcamiento, a solo un pelo, e hizo temblar el Ford Fiesta.

»Voy a denunciar tu maldita... —Sus palabras se fueron apagando al tiempo que leía el rótulo de la parte trasera del camión.

Sonrió, arrancó el coche y fue tras él.

Capítulo 8

Keats detuvo su dictáfono en cuanto entraron Kim y Bryant. Se quedó mirando a Kim.

—Me alegro de verte, Bryant —dijo—. Y veo que has traído a tu bulldog.

—No la provoques, Keats. No está de buen humor —contestó Bryant con cansancio.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó Keats.

—Desde luego, mi humor no mejorará gracias a dos payasos como vosotros, que actúan como si yo no estuviera aquí —protestó.

—Qué quisquillosa, inspectora —dijo él, imperturbable—. Así que ¿quién te ha quitado la piruleta?

—La chica ha muerto —dijo sin energía.

Se sentó sobre la camilla de metal.

—Ah, sí, había oído que estaba mal. Tengo entendido que los paramédicos ya la habían salvado.

—Dos veces —confirmó Kim—. Pero entró en coma y ha muerto hace media hora.

—Si la ayuda hubiera llegado antes —suspiró Keats—, no sé... Las sobredosis de heroína pueden revertirse si se detectan a tiempo.

—¿En serio? —preguntó Bryant—. Pensaba que con un exceso de ese veneno en tu cuerpo se acababa la partida.

Keats negó con la cabeza.

—La heroína es un opiáceo, como ya sabéis. Entra en el cerebro y se convierte de nuevo en morfina. Se une, entonces, a los receptores opioides de todo el sistema nervioso central. La dopamina inunda el sistema y te da un subidón de placer mucho mayor del que esperarías experimentar de forma natural.

—Y eso es lo que los hace adictos —observó Bryant.

—En realidad, no —aclaró Keats—. La euforia dura poco. La sensación se disipa y desaparece por completo a medida que el consumidor se vuelve tolerante a la droga. La mayoría de los consumidores experimentados siguen consumiendo para evitar el síndrome de abstinencia, pero el subidón que sintieron al principio les queda como un recuerdo lejano.

—Entonces, ¿puede revertirse una sobredosis? —preguntó Kim, sorprendida.

Keats asintió.

—Hay sustancias químicas que se unen a los mismos receptores y desplazan temporalmente la droga, pero esos químicos tienen una vida más corta que la heroína y no permanecen mucho tiempo en el organismo. No es perfecto, pero se puede hacer.

—Aunque no para nuestra chica, por desgracia —dijo Bryant.

—Pobre niña —se lamentó Keats, y sacudió la cabeza—. Al parecer, tendré una cita con ella más tarde.

Kim consultó su reloj.

—Creía que empezabas a trabajar con nuestro amiguito a las nueve.

Los tres fregaderos estaban vacíos.

—He terminado —dijo Keats con una sonrisa—. Cuando Mitch me dijo que no había jeringuillas en la escena, tuve la extraña premonición, acertada, por cierto, de que irrumpirías aquí, exigiendo respuestas, a primera hora de la mañana.

—Has dado palos de ciego, ¿verdad? —preguntó ella.

Él no le hizo caso y leyó en su portapapeles:

—«El varón no identificado mide 1,70 metros y tiene el pelo negro rizado. Pesa cincuenta y tres kilos». Esto lo sitúa dos kilos por debajo del percentil mínimo para su estatura. No hace falta que os diga que tenía marcas de agujas por la heroína inyectada. «En su historial, aparecen cuatro fracturas durante su infancia».

—Torpe o maltratado —dijo Bryant.

Keats asintió.

—No hay forma de saberlo con seguridad, pero sus huesos me dicen que no lo cuidaron durante la niñez. Todos los órganos principales están en un estado razonablemente bueno, aunque también era un poco bebedor. Hay daños hepáticos menores.

»Desde mi punto de vista, y por falta de pruebas que insinúen con claridad otra cosa, este varón murió de una sobredosis de heroína. Ahora bien, ¿cómo le llegó esa heroína? Ese es tu trabajo, inspectora.

—¿Hay algo que nos ayude a identificarlo?

Detestaba pensar en víctimas anónimas. Necesitaba saber por quién estaba luchando.

—¿Opiniones o hechos? —preguntó él.

—No sueles preguntar antes de compartir ni unos ni otros —observó ella.

—Y Kim ha vuelto —dijo Keats, que la miraba por encima de sus gafas—. En mi opinión, está al final de la adolescencia, tiene poco más de veinte años y es un sintecho. Sus uñas y dientes no son los de alguien que haya tenido un acceso fácil o regular a instalaciones higiénicas. Tiene un tatuaje de banda celta alrededor del brazo izquierdo, en la parte superior. —Keats hizo una pausa mientras Bryant sacaba su bloc de notas.

»En la oreja derecha hay un piercing que ha cicatrizado. Hemos enviado todas las muestras al laboratorio. Tendré los resultados en los próximos días.

Kim bajó de la camilla sintiéndose más ligera que al subir. Estaba claro que no había ningún vínculo con ella ni con su pasado. Aunque dos personas habían perdido la vida de forma semejante a como su madre había intentado matarlos a ella y a Mikey, no había ninguna conexión. Era, de verdad, una coincidencia. Podía resolver este asesinato como cualquier otro que le hubieran encargado investigar. Todo lo que unía ambas situaciones era circunstancial, nada más, y, por una vez, estaba dispuesta a admitirlo. Alguien, en cualquier momento, podría haber dejado ahí la botella de Coca-Cola, pero faltaba una parte vital de la escena, y era cuanto ella necesitaba saber para descartar cualquier conexión. Woody le había dicho que volviera si se producían novedades.

—Uf —exclamó Bryant al llegar a las puertas—. Veo que estás aliviado de que no haya relación, así que no hay necesidad de volver al...

—Solo una cosa más, inspectora —dijo Keats. A Kim se le revolvió el estómago. Tenía que haberla, por supuesto. Se giró hacia él, la tensión reflejada en la mandíbula.

»Apenas había contenido estomacal, pero debió de apetecerle algún tentempié poco antes de morir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella. Se le estaba secando la boca.

—Me estoy haciendo el gracioso con lo del tentempié, pero tenía un trocito de papel en la garganta. Muy profundo. Lo que quiero decir es que, de algún modo, se le había encajado muy adentro. Parece ser de algún tipo de galleta.

Kim se volvió hacia su colega y resistió su mirada interrogante.

—Llévame de vuelta a la estación. Ya.

Capítulo 9

—Señor, tenemos que hablar —dijo Kim en cuanto entró en el despacho de Woody.

El leve aleteo nasal y la mandíbula tensa del jefe le recordaron que se había olvidado de llamar a la puerta. Una vez más.

Él levantó la mano mientras escuchaba una voz por el teléfono.

—Entendido, señor. Estoy de acuerdo. Lo mantendré informado —dijo, y colgó.

Entrelazó los dedos bajo la barbilla.

—¿Y qué es tan urgente como para que irrumpas en mi despacho sin llamar?

—Una novedad —dijo, y se sentó.

Woody frunció el ceño, aunque no porque no la hubiera invitado a sentarse, sino porque ella no se sentaba si podía evitarlo. De hecho, si era posible, hablaba desde la puerta.

—¿Qué clase de novedad? —preguntó él antes de volverse hacia su ordenador—. Entiendo que ya no es la sobredosis de drogas simple y llana que pensabas que era y que ha pasado a ser un doble asesinato. Apenas son las diez de la mañana y vienes a decirme que aún hay más.

Ella asintió.

—Me temo que sí —dijo entre respiraciones profundas. Lo que estaba a punto de revelar podría cambiarlo todo—. Señor, tal vez haya una conexión.

—¿Con qué?

—Conmigo —respondió—. Se trata de algo que ha aparecido en la garganta de la víctima masculina —bajó la voz—: un trozo de un paquete de galletas.

—Ah —dijo él, y repitió esa exclamación mientras detalles más concisos del expediente personal de Kim se abrían paso en su mente. Guardó silencio durante cinco largos segundos—. De modo que...

—Señor, no quiero que me saque de este caso —soltó ella—. Entiendo su postura, pero, si está relacionado conmigo, soy la persona más adecuada para dirigir la investigación; y, si no está relacionado conmigo, sigo siendo la persona más adecuada.

Él le dedicó una leve sonrisa.

—Y también la más modesta.

Ella sabía lo que iba a pasar. Dado lo que acababa de decirle, a él no le quedaría más remedio que apartarla del caso, traer a un nuevo detective o, incluso, dejar el asunto en manos de otro equipo.

—¿Conoces a las víctimas? —preguntó Woody.

—Ambos están sin identificar todavía, pero no me resultan familiares en absoluto.

—¿Así que tenemos dos heroinómanos desconocidos, asesinados en un piso cerca de donde vivías, y uno tenía papel en la garganta?

—Sí, señor, pero ha sido...

—Stone —la interrumpió—, ¿he dicho algo incorrecto? —Ella negó con la cabeza—. Entonces, te sugiero que te calles un minuto.

—Pero, señor, solo creo que...

—Ese es el problema, Stone. Lo que pienses me importa un comino. En este caso, la única opinión que importa es la mía.

Capítulo 10

—Vale, chicos, dejad lo que estéis haciendo —dijo Kim, que acababa de entrar otra vez en la sala del escuadrón.

Todo el mundo se quedó sorprendido, aunque Penn parecía especialmente abatido.

—¿De verdad, jefa?

—Bueno, tu caso no es muy apremiante, ¿no? —preguntó. Estaba segura de que los padres de los dos adolescentes podían esperar unas horas antes de saber que no tenían cómo presentar cargos.

—Tengo un testigo del asalto a los chicos, jefa —dijo Penn.

Kim frunció el ceño.

—¿Cómo?

No había estado fuera más que un par de horas.

—La señora Mowbray, de Church Court, 9. Estaba en la puerta de su piso cuando tres jóvenes, todos con nombres y apellidos, pasaron riendo y alardeando de lo que habían hecho.

Kim lo miró con desconfianza.

—¿Cómo es posible?

—Se está mudando. Ha tenido de sobra. Se va a vivir con su hermana a Anglesey. Ya no tiene miedo de hablar.

Kim estaba impresionada.

—Stace, devuélvele Betty a Penn.

—Pero, jefa...

—Se merece que le devuelvan la planta —le ordenó. A regañadientes, Stacey la empujó por el escritorio hasta las manos de Penn—. Vale, chicos, que alguien vaya a la pizarra. —Bryant se puso de pie.

»Venga. Que alguien que no sea Bryant vaya a la pizarra —especificó. Su letra era atroz.

Stacey se levantó y cogió el rotulador.

Como siempre, había tardado unos segundos en comprender los procesos mentales de Woody.

La había animado a callar por algo. Si había que apartarla o no de un caso era decisión de él. Así que, en ese momento, no importaba si Kim creía que había un vínculo con su pasado; importaba que él pensara que lo había. Y, ahora, era él quien calificaba de «coincidencia» el envoltorio de la galleta.

—Antes de empezar, Woody ha insistido en que recibamos ayuda en este caso. No sé de quién ni por qué, pero es un requisito. —Uno contra el que no había tenido argumentos—. Y lo más inquietante es que a ninguno de nosotros se nos permite hablar, interactuar o relacionarnos de ninguna forma con la prensa. Se gestionará desde arriba. —Era una condición que se había alegrado de no refutar.

—Semejante prohibición ha debido caerte mal, jefa —observó Bryant.

—Como si me hubieran abierto en canal —comentó ella.

Stacey estaba preparada ante el tablero.

—Bien. «Mujer desconocida» en un tablero y «Hombre desconocido» en el otro. —Le molestaba no tener nombres, pero esperaba corregir eso cuanto antes—. Debajo del nombre del varón, añade «Tatuaje de banda celta», «Vagabundo» y «Envoltorio de galleta».

Stacey se dio la vuelta.

—¿Eh? —preguntó.

—En la garganta —dijo Kim, sin cambiar de voz. Había decidido que pensar en aquello como un envoltorio de galleta la ayudaría a seguir siendo objetiva... y a mantener la distancia.

—Virgen santa, ¿qué es todo esto? —preguntó Penn.

Kim se encogió de hombros.

Su equipo sabría lo menos posible.

Con suerte, encontrarían al maldito hijo de puta responsable antes de que ella tuviera que decirles nada.

—Vale, Penn, te quiero en los circuitos cerrados de televisión. Y a ti, Stace, identificando a las víctimas y la llamada anónima a la policía.

—¿Y nosotros, jefa?, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Bryant.

Ella tomó aire.

—Nosotros, Bryant, volveremos a la escena del crimen.

Capítulo 11

—¿De verdad crees que es una buena idea no contarles nada? —preguntó Bryant mientras salían del edificio.

—¿Qué quieres?, ¿que haga copias de mi expediente personal y los reparta por la comisaría? —le soltó ella.

—¿No crees que les estás atando un poco de manos?

—Bryant, llevamos este caso dos horas, más o menos. Apenas he tenido tiempo de atarme los cordones, no digamos ya atarles las manos a ellos. Tienen los hechos del caso, y eso es todo lo que necesitan.

—Entonces, ¿quién es la persona que vendrá a ayudarnos y qué hará, exactamente? —preguntó en un hábil cambio de tema.

—No tengo ni idea. —Él condujo fuera de la estación.

—¿Así que era un requisito para que te quedaras con el caso? —preguntó él, perspicaz.

—Tengo una idea: vamos a fingir que ha habido un doble asesinato y que tenemos que resolverlo. Hablemos de eso, ¿vale?

—Ah, eso pensaba —dijo él, cooperativo—. Entiendo. Tengo algunas preguntas: ¿quiénes eran esos chicos?, ¿cómo los han matado?, ¿cómo los atrajeron a ese piso?, ¿o son okupas? ¿Quién ha hecho la llamada anónima a la policía? ¿Lo han planeado para que tú acudieras? ¿Por qué las esposas? ¿Por qué el envoltorio en la boca? ¿Cómo...?

—Por Dios, Bryant, déjalo ya y respóndeme una pregunta muy sencilla.

—¿Cuál?

—¿Hemos llegado?

Capítulo 12

—Venga, entonces; cogeré otra. —Stacey buscó en el táper una galleta con pepitas de chocolate.

—No recuerdo habértela ofrecido —dijo Penn sin apartar la vista de la pantalla.

—Es una compensación por haberme quitado a Betty tan pronto. —Le dio a la galleta un mordisco y las migas cayeron sobre su escritorio.

—Para qué te duermes en los laureles... —dijo él, y cogió sus cascos.

Stacey ya había aprendido que, de esa forma no tan sutil, Penn le estaba diciendo que quería concentrarse en el trabajo que tenía entre manos. Y le parecía bien. Respetaba ese espacio.

—¿Qué opinas de este caso? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Ya he trabajado en dobles asesinatos.

—Sí, sí, sí, todos lo hemos hecho, ¿no? Pero ¿no hay algo un poco raro? La jefa acude al lugar de los hechos y no es un asesinato. Al día siguiente, resulta que sí lo es; y ahora vienen a ayudarnos.

Penn se lo pensó un momento.

—¿Sabes?, responder a eso no me ayudará a examinar más rápido las cámaras de seguridad —dijo, y se puso los cascos.

Ella ya había enviado correos electrónicos con descripciones de las víctimas a todos los refugios y centros comunitarios en un radio de treinta kilómetros. Estaba a la espera de alguna respuesta. Hasta ahora, Personas Desaparecidas no había encontrado nada.

Penn tecleaba con fuerza. Stacey no pudo evitar que sus labios esbozaran una sonrisa. Se había cansado de ser atenta con su colega.

—No tenemos nada sobre Hollytree, así que estás perdiendo el tiempo —le dijo en voz alta.

—Así que te haré caso e ignoraré las órdenes directas de la jefa, ¿qué te parece?

—Lo que ella espera es que lo soluciones y emplees tu tiempo de forma productiva —sugirió Stacey.

—Sí, claro. —Se quitó un auricular—. ¿Sabes que ya no soy el nuevo?

Ella se encogió de hombros, contenta con haber intentado ayudarlo. Él ya tendría que saberlo: había momentos en los que debías seguir al pie de la letra las instrucciones de la jefa, y otros en los que te las debías arreglar por tu cuenta. Descubrir cuándo se trataba de uno u otro era un viaje peligroso que no debía emprenderse sin equipo de protección.

—Mmm... —dijo Penn, y se quitó del todo los cascos.

Stacey echó un vistazo por encima de su ordenador.

—Ah, ¿así que ahora quieres algo de mí? —preguntó.

—La llamada anónima entró a las 22:03 y Keats estima la hora de la muerte del varón sobre las 21:00.

—¿Y? —preguntó Stacey.

—Bueno, sabemos que los agentes tuvieron que forzar la entrada, así que el telefonazo solo pudo venir del asesino.

Stacey asintió. Habían escuchado la grabación innumerables veces, pero, con las palabras «Chaucer, 4B, muerto», no habían podido determinar la edad ni el sexo de la persona que había hecho la llamada.

—Así que —continuó Penn— el asesino estaba en la habitación y debía saber que la chica seguía viva.

Stacey empezaba a entender por qué la jefa insistía en identificar a las víctimas cuanto antes. Odiaba oír «El niño, la niña, el varón», la mujer». Los despersonalizaba. Ponía distancia entre la víctima y la investigación.

—Continúa —lo instó.

—Bueno, ¿no habrías querido asegurarte de que ambos estuvieran muertos?

—Quizás lo interrumpieron —razonó Stacey.

—¿Y llama a la policía después? —preguntó él, dubitativo—. Sobre todo, si te han importunado. ¿No querrías alejarte de la escena tanto como fuera posible?

—Penn, tu atención a los detalles...

—Pero ¿por qué no asegurarse, antes de irse, de que la chica estuviera muerta? ¿Por qué no matarlos sin más y marcharse y dejar que los encontraran en cualquier momento? ¿Por qué llamar a la policía?

Stacey cogió una segunda galleta, pero se detuvo antes de darle un mordisco.

—Sin violencia, sin forcejeos, sin contusiones ni heridas defensivas. Es como si hubieran entrado en ese piso y se hubieran sentado en silencio, obedientes, a esperar la muerte.

Él asintió con la cabeza.

—Tengo una palabra en mente, pero no es muy bonita. Sigo pensando que son irrelevantes, que no tienen ninguna importancia, ¿me entiendes? —preguntó, al parecer desconcertado por lo que sentía.

—Creo que sí —dijo ella, que seguía el hilo de sus pensamientos.

—Es como si este asesinato no tuviera nada que ver con ellos, sino con algo más. Son una parte del decorado, utilería.

Stacey entendía su punto de vista, pero nunca había trabajado en un caso en el que las víctimas no fueran el centro de la investigación, así que se preguntó si Penn no estaría errando del todo el tiro.

Estaba a punto de dar voz a sus pensamientos cuando su bandeja de entrada acusó recibo de un mensaje del centro comunitario de Stourbridge.

Lo leyó y se volvió hacia Penn.

—Bueno, ya sea que Mark y Amy le importaran a nuestro asesino o no, asegurémonos de que sí nos importan a nosotros.

Capítulo 13

Kim respiró hondo varias veces antes de pasar por debajo de la cinta de la escena del crimen. Entrar le resultaba más difícil que la noche anterior.

Catorce horas antes, todos los espacios disponibles se habían llenado de paramédicos, agentes de policía, testigos potenciales y curiosos que se disputaban el sitio, a pesar de que no podían ver nada de lo que sucedía cuatro plantas más arriba.

La noche anterior, la zona no se parecía en nada al apartamento de unos pisos más arriba, pero hoy las cosas eran diferentes. La multitud se había dispersado y alejado del cordón policial. La gente había vuelto a su vida cotidiana después del espectáculo nocturno. Patrullaban la barrera dos agentes que sentían cada gramo de su chaleco antipuñaladas de tres kilogramos bajo un calor que, antes de la hora del almuerzo, ya alcanzaba los veinte grados.

Más allá, un oficial iba de un lado al otro frente a la entrada principal. Kim no podía pasar junto a esas personas sin sentir una punzada de compasión. Lo de estar de pie en un cordón no era el sueño de ningún policía. Vigilar la entrada de un edificio de apartamentos no era para sacarte de la cama cada mañana.

La policía ya había sido retirada de las demás plantas, por lo que la mayoría de los residentes estaban ocupados con sus asuntos; excepto los de la cuarta, donde aún había agentes apostados, tanto en el ascensor como en las escaleras.

Con menos gente, menos actividad y espacios más abiertos, Kim pudo fijarse en los detalles de la vivienda. Había un estrecho vestíbulo sin ventanas que llegaba hasta el salón principal. A la derecha, una puerta daba acceso a la cocina y a un dormitorio; a la izquierda estaban el segundo dormitorio y el cuarto de baño. Y hacia allí giró, hacia una habitación que tenía una ventana orientada al sur, ideal para atraer el calor del sol y convertirla en un horno industrial.

Los espacios casi siempre nos parecen más pequeños a medida que nos hacemos mayores, pero este parecía más grande de lo que Kim recordaba, aunque sabía que era exactamente del mismo tamaño que el de la séptima planta.

Claro, en aquel piso, las dos camas individuales encajonadas habían dominado por completo la habitación y dejaban espacio tan solo para una maltrecha cómoda en la que, sin ningún problema, había cabido su exigua colección de ropa.

Kim se estremeció al volver a ese lugar, a ese piso donde un Mitch de mono blanco y un colega recolocaban la moqueta. Sus ojos se posaron en el radiador y su mente repitió las imágenes de la noche anterior.

Mitch se quitó los guantes azules y la mascarilla.

—Hola, inspectora —dijo—. ¿Qué te trae de vuelta?

Ella se encogió de hombros, se apartó y fue a la ventana.

—Solo quería hacerme una idea del lugar. —Estuvo a punto de añadir «Otra vez».

Su parte adulta, lógica y policíaca sabía que no era la misma habitación y, sin embargo, imaginaba a Mikey durmiendo plácidamente en la cama de la izquierda. Lo veía envuelto como una cebolla en las mantas grises y ásperas y gritando «Ven a buscarme». Se veía a sí misma fingiendo que iba a buscarlo. Veía con claridad el miedo reflejado en la cara del niño la vez que su madre lo inmovilizó contra la cama, le puso un cuchillo de pan en el pecho y le juró que le arrancaría el alma si era necesario.

Pero lo más claro de todo era la imagen de la pequeña forma de Mikey apoyada en Kim mientras el cuerpo debilitado y enfermizo del niño los traicionaba a ambos. Incluso entonces, la niña de seis años había pensado que, si los encontraban pronto, podrían revivir a su hermano.

Y, por fin, la ayuda había llegado. Al principio, pensó que el ruido provenía del radiador al que estaba atada. Dos veces al día, a las ocho de la mañana y a las ocho de la tarde, el sistema de calefacción entraba en funcionamiento para suministrar agua caliente a cada piso, lo que provocaba un fuerte temblor provenía del tejado y recorría las viejas tuberías. Al principio, Kim había intentado contarlos para saber el tiempo que pasaba, pero se había confundido.

Solo cuando los golpes continuaron y traspasaron su estado de semiinconsciencia, comprendió que la ayuda llegaba. Pero, para su gemelo, era demasiado tarde. Y lo mismo le había ocurrido al varón que la noche anterior estaba sentado exactamente en la misma posición. Con la chica, sin embargo, habían llegado a tiempo; no lo suficiente para salvarla, pero la habían encontrado viva, como a la propia Kim treinta años atrás. Desnutrida, débil y frágil, pero con energía suficiente para luchar contra los policías que trataban de separarla de su hermano.

No pudo evitar que las comparaciones pasaran lista en su mente.

Ubicación: marcada.

Radiador: marcado.

Esposas: marcadas.

Chico muerto: marcado.

Chica viva: marcada.

Paquete de galletas: marcado.

Botella de Coca-Cola: marcada.

Entendía que Woody hubiera decidido hacer caso omiso a una conexión tan aplastante con tal de mantener a Kim en el caso, una vez que ella le aseguró que era capaz de manejarlo.

Y podía hacerlo.

Estaba segura.

Capítulo 14

Kim le devolvió a Stacey la llamada perdida y activó el altavoz.

—Vaya, Bryant, ¿se ha averiado tu aire acondicionado? —preguntó justo antes de que la agente le cogiera la llamada.

Él negó con la cabeza, arrancó el coche y encendió el aire. De inmediato, el flujo alcanzó la cara de Kim con una fresca ráfaga.

—Tenemos los nombres —dijo Stacey antes de que Kim tuviera la oportunidad de hablar.

—Continúa. —Algo se tensó en su cuerpo. Se dio cuenta de que esperaba reconocer los nombres.

—Mark Johnson y Amy Wilde, novio y novia. Merodeaban por un par de albergues y centros comunitarios; pero, sobre todo, por Stourbridge. El tipo de allí habló bastante con la pareja.

—Buen trabajo, Stace, ¿y dónde puedo encontrar a ese tipo? —Le hizo señas a Bryant para que bajara el aire acondicionado. La oreja derecha se le estaba congelando.

—En Langley Road, detrás de la estación de autobuses.

—¿Y el nombre? —preguntó Kim. Hizo nuevas señas a Bryant y este volvió a ajustar el regulador.

—Se llama Harry...

—Espera —interrumpió Kim. Se volvió hacia su colega—. Bájalo, Bryant, no lo subas.

—Lo siento, me he equivocado —dijo él con una expresión que revelaba que no había sido un error en absoluto. Malditas las pequeñas victorias de ese hombre.

—Venga, Stace.

—Harry Jenks es quien dirige el centro.

—Entendido. Gracias, Stace. Bien...

—Jefa, Penn y yo hemos estado hablando y creemos que aquí pasa algo raro. Es como si el asesinato de esos chicos no tuviera nada que ver con ellos. Lo que quiero decir...

—Gracias, Stace, luego hablamos —dijo Kim, y colgó.

Maldita sea, aquella no iba a ser tan fácil como había pensado.

Capítulo 15

—Sí, no me parece una línea de investigación que la jefa quiera que sigamos —dijo Stacey, aturdida por el silencio en su oído.

Le había llevado algún tiempo perfeccionar su adaptación a los niveles de brusquedad con que la jefa actuaba.

Kim se mostraba fría en persona, aunque con la ventaja de las expresiones faciales y el lenguaje corporal. Por teléfono, una vez perdido el lenguaje corporal, se enfriaba unos grados; sin embargo, aquella respuesta había sido definitivamente gélida. No era propio de ella negarse a escuchar siquiera. Lo normal era que lo hiciera y luego dijera que no.

—Supongo que tendré que volver al circuito cerrado de vigilancia —dijo Penn. En ese momento, su teléfono sonó. Contestó, frunció el ceño, escribió algo, dijo que de acuerdo y colgó.

»El desguace Dobbie, en Brierley Hill. Mujer histérica al teléfono —dijo, y se puso de pie—. Ya hay policías en camino, pero quieren que aparezca el Departamento de Investigaciones Criminales por si acaso. ¿Vienes?

Stacey negó con la cabeza, aún dolida por la actitud de la jefa.

—Parece una pérdida de tiempo. Me pondré con el circuito cerrado cerca de Hollytree. Ya me ayudarás cuando vuelvas.

Él asintió y se marchó.

Stacey se sentó y suspiró con fuerza. Sus propios instintos habían resonado en Penn, pero la jefa le había dicho que dejara el asunto en paz.

Pasaba algo raro con esas dos víctimas y, sin embargo, a la jefa no le interesaba.

La cuestión era: ¿debía seguir indagando?

Capítulo 16

A Kim le cayó mal Harry Jenks al instante, aunque no sabía por qué.

Podía perdonarle el tinte del pelo, de un negro antinatural. Podía perdonarle el sudor de la palma de la mano, cuyo recuerdo no la abandonaría hasta que hubiera cogido una de las toallitas antisépticas que Bryant llevaba en la guantera del coche; pero no podía perdonar su vanidad.

El reloj de su muñeca izquierda era caro y vistoso. En la otra lucía una gruesa y pesada cadena que hacía juego con la que llevaba al cuello. Nunca le habían gustado las joyas en los hombres, pero, aparte de sus prejuicios personales, ahí había contexto. En su opinión, uno no debería ponerse todas sus galas para ir a trabajar con gente que no sabía ni cómo conseguiría su próxima comida.

Las personas no frecuentaban un centro comunitario por elección propia. Ese lugar no aparecía en ningún sitio web de lugares que vale la pena visitar, como TripAdvisor. Tampoco figuraba como un destino apetecible. Las personas que iban allí estaban en lo más profundo del agujero; eran sintecho, trabajadores de la calle, desempleados. Todos necesitan ayuda. Ese hombre no hacía nada malo, pero a ella le pareció un poco frío e insensible.

Con un movimiento de cabeza, saludó a una mujer que estaba sentada detrás de un escritorio, en el otro extremo de la habitación.

—Tengo entendido que conoce a una pareja, a Amy Wilde y Mark Johnson —le dijo a Jenks.

En la pared del extremo izquierdo había una hilera de pantallas apagadas. Kim se acordó del centro de una sola habitación de Hollytree, gestionado por voluntarios. Funcionaba solo unas horas a la semana, pero estaba abarrotado desde el momento en que abrían la puerta. Tenían un ordenador desechado por dinosaurios y con menos memoria que un teléfono inteligente, pero se utilizaba sin parar.

—Sí, su chica preguntó por ellos en un email.

—Sí, mi asistente trata de identificarlos —dijo Kim con frialdad. Vio que una sonrisa se dibujaba en la boca de la mujer, aunque sus dedos mecanógrafos no se detuvieron en ningún instante—. ¿Usted los conocía? —quiso aclarar.

Él vaciló.

—Tan bien como a cualquiera de los que vienen aquí. No nos implicamos emocionalmente con nuestros usuarios —añadió, y luego entrecerró los ojos—. Pero me gustaría enterarme bien de lo que han hecho, oficial.

A Kim no le gustó esa suposición inmediata de que habían hecho algo malo.

—Han muerto, señor Jenks —dijo, consciente de que los nombres de las víctimas no habían figurado en ninguna noticia. Hacía apenas media hora apenas que los sabían.

A la derecha, los dedos dejaron de teclear, pero la mujer no se volvió.

—¿Cómo...? O sea... —Jenks dejó de hablar mientras ataba cabos—. Las noticias de anoche. ¿Amy y Mark son la pareja de la sobredosis?

—¿Qué puede decirme de ellos? —preguntó Kim sin responderle.

Las pulsaciones a su derecha se habían reanudado, aunque más despacio.

Él se tomó un momento para pensar.

—Eran una pareja extraña, de orígenes muy distintos. Amy tenía una familia estable. Mark pasó por el sistema asistencial y nunca tuvo un hogar adecuado, así que eran muy diferentes.

—¿Sabe si tenían algún enemigo?

El tecleo se detuvo.

Kim se volvió hacia su compañero.

—Bryant, ¿te importaría tomar un par de notas? —Solo con la expresión, Bryant le preguntó si se había vuelto loca, pero, de todos modos, sacó el cuaderno. Harry Jenks se relamió y sacudió la cabeza—. ¿No han cabreado a nadie? —insistió—. ¿Cogieron demasiadas jeringuillas?, ¿comieron porciones extra en el comedor de beneficencia?

Él sacudió la cabeza.

El tecleo se reanudó con lentitud; no obstante, Kim se dio cuenta de que la mujer mantenía la expresión fija. Le parecía irónico estar sacándole más información a la persona que no hablaba.

—¿Y cuándo fue la última vez que los vio? —preguntó.

Él consultó algo en la pantalla de su ordenador.

—Firmaron por última vez hace tres semanas. Se llevaron condones y jeringas y comieron pastel de requesón.

—¿Y esa fue la última vez que usted los vio?

—Por supuesto —respondió él.

La mujer frunció los labios.

Kim extendió la mano para coger el cuaderno de Bryant. Lo abrió.

—Solo quiero asegurarme de que lo tienes todo.

Leyó la única línea que él había escrito: «¡¡¡La jefa ha perdido el hilo!!!».

Kim ocultó su sonrisa.

—Sí, creo que esto es todo —dijo, y se puso en pie—. Gracias por su ayuda, señor Jenks. Estoy segura de que volveremos a hablar en cuanto sepamos más.

Al pasar junto al escritorio de la mujer, le hizo un gesto a Bryant para que se adelantara. Captó la mirada de ella y asintió antes de seguir hacia la puerta.

Alcanzó a cerrar un poco antes de que Bryant enarcase una ceja airada.

—¿Qué demonios ha sido todo eso? No estoy senil y puedo recordar hechos básicos, sobre todo cuando acabamos de enterarnos de una mierda —despotricó mientras caminaban hacia el coche.

Ella guardó silencio y dejó que se desahogara. Era, a veces, una bondadosa concesión de su parte. El pobre estaba atrapado con ella, día tras día. Necesitaba explayarse de vez en cuando.

Bryant extendió la mano.

—¿Y dónde está mi libreta?

—Ah, bueno. Hablando de eso...

—Agente, espere, que se le ha caído esto. —La mecanógrafa tendía la libreta hacia Bryant.

—Enrevesado, jefa —susurró él antes de que la mujer llegara hasta donde estaban.

Kim fingió que rebuscaba en su ropa y negó con la cabeza.

—Ay, lo siento. Gracias, señorita...

—Señora Tallon. Emma. Soy la secretaria del director.

—Ah, entonces, ¿usted también conoció a Amy y a Mark? —preguntó Kim, como si tal cosa.

La señora Tallon vaciló antes de asentir.

—No suelo trabajar por las noches, ya sabe, los niños, pero estuve aquí la última noche que cualquiera de nosotros vio a Amy y Mark.

—¿Y pasó algo? —preguntó Kim. Se daba cuenta de que esta mujer quería contarle algo.

—Sí, inspectora, fue la noche en que Mark Johnson le dio un puñetazo a Harry Jenks en la boca.

Capítulo 17

Penn había visto tomas aéreas del desguace, pero nunca había puesto un pie en él.

Desde arriba, se podía imaginar la franja de terreno de cuatrocientos metros de largo y una fila tras otra de coches, algunos apilados de tres en tres.

Aparcó detrás de dos coches patrulla y se dirigió hacia un edificio que, según sabía, se encontraba en el centro de la propiedad.

Mientras se acercaba, notó que no había el menor rastro del personal ni de los policías. El trayecto le recordaba la biblioteca pública de cuando iba al colegio. Las estanterías de libros se elevaban sobre él igual que lo hacían ahora los coches destruidos. Si hubieran estado en hileras ordenadas, quizá habría sido capaz de ver el límite del terreno.

De repente, se acordó de haber ido en su infanciaal Gran Laberinto de Worcester, en Broadfields. Su padre estaba en el trabajo, y su madre, embarazada de Jasper, a poco tiempo de dar a luz.

Ella no se había animado a recorrer el laberinto con Penn, pero le había dado instrucciones sobre qué hacer en caso de que no encontrase el camino de vuelta. Sonrió y esperó que alguien más hubiera tenido la suerte de tener una madre tan pragmática. Siguió aquellas instrucciones, igual que entonces.

Se metió dos dedos en la boca, curvó la lengua y silbó.

A los tres segundos, le llegó una respuesta y, con ella, la dirección en la que debía desplazarse.

Caminó con rumbo al límite oriental, cerca de un puente que atravesaba el canal y conducía al complejo de oficinas y entretenimiento Waterfront.

Oyó voces por fin. Se desvió por un callejón de vehículos hacia un espacio abierto en el que se encontraban la grúa y la trituradora.

Evaluó la escena a toda velocidad, sin dar importancia a las miradas de «Chico nuevo» que un par de agentes cruzaron entre sí. El operario de la grúa fumaba un cigarrillo y sacudía la cabeza. Sentada, lejos de todo el mundo, una mujer —supuso que sería la histérica que había hecho la llamada— aún sollozaba. Un hombre con sobrepeso y una camiseta que le llegaba a la cintura puso una mano en el hombro de la mujer en un intento por consolarla. Penn se preguntaba si habría habido un accidente de algún tipo.

—¿Es usted el dueño? —interrogó Penn al grandullón. No había ambulancias por ningún lado.

—Soy Warren Dobbie, tercera generación.

—¿Y esta mujer es...?

—Mi esposa, Debbie —contestó.

Penn se esforzó con seriedad en no unir los dos nombres en su mente.

—¿Y usted llamó a la policía? —le preguntó a la temblorosa mujer. Ella asintió y sollozó otra vez. Se volvió hacia el Dobbie de tercera generación—. ¿Hay alguien herido? —preguntó, aún inseguro de qué hacía allí.

—Bueno, no, no tanto como herido... —dijo él—. Solo que... Bueno..., aquí. Eche un vistazo usted mismo.

Penn siguió al hombre a través del tumulto de policías hasta el objeto de su atención.

Un cubo.

Sabía que las compactadoras de los depósitos de chatarra aplastaban el metal mediante placas accionadas hidráulicamente. Una prensa embaladora comprimía el coche desde varias direcciones hasta darle la forma de un gran cubo. Y, a primera vista, no había nada insólito en el perfecto poliedro de metal alrededor del cual estaba todo el mundo. Miró a los policías. Luego, ya con otros ojos, volvió a mirar el objeto.

Y descubrió la mano.

Capítulo 18

Kim llegó a Dobbie’s al mismo tiempo que Mitch y su equipo.

Durante todo el trayecto, su mente había estado ocupada con la revelación de la señora Tallon. Se preguntaba si la mujer les había dicho toda la verdad cuando había declarado que desconocía los motivos del violento arrebato de Mark Johnson. Pero Harry Jenks había decidido no denunciar la agresión a la policía. Kim se preguntaba por qué. Ahora sabían que Mark Johnson tenía mal genio. ¿A quién más había molestado? A su cerebro le estaba costando mucho trabajo condenarlo por haber golpeado a Jenks en la cara. Fuera justificado o no, algo tenía Jenks que a ella también le daban ganas de abofetearlo.

Y entonces había sonado la llamada de Penn, que le pidió que acudiera a Dobbie’s de inmediato.

—Oye, Mitch, he oído que este te va a costar mucho trabajo. —Kim y Bryant se reunieron con él en el cordón de la entrada.

—¿He oído bien? ¿Hay un miembro humano en el metal? —preguntó él mientras pasaban junto a la furgoneta de Keats.

—Eso parece —dijo Kim. Siguieron la fila de agentes hasta el lugar que Penn había descrito.

Ella conocía muy bien el depósito. Había pasado muchas mañanas de sábado explorando ese sitio en busca de piezas de motocicleta. Estaban amontonadas al azar al final de las hileras de coches, igual que los anaqueles de ofertas especiales en las cabeceras de los supermercados.

Divisó a Penn, que se acercaba.

—El forense ha llegado, jefa —dijo él—, pero parece un poco perdido.

Ella asintió y lo siguió hasta la trituradora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó de camino.

—El tipo que manejaba la grúa sacó el cubo de la prensa y, cuando lo estaba bajando al suelo, vio la mano. Se bajó de la grúa y la tocó. Desde entonces, no ha dejado de temblar.

Sí, ese descubrimiento lo acompañaría durante algún tiempo.

—Hola, Keats —saludó al forense, que estaba al otro lado del cubo.

—Bueno, esto es un rompecabezas, ¿no? —comentó Keats, y se acarició la barba.

—No creo que tu sonda rectal sirva de mucho en este caso —le dijo Kim. Luego se agachó para

echar un mejor vistazo.

La mano parecía en buen estado, pero estaba helada al tacto, a pesar del calor del día. Tenía la piel suave. Kim supuso que era de hombre.

—¿Alguien lo ha movido? —preguntó.

Penn negó con la cabeza mientras Kim daba vueltas alrededor del cubo.

—¿Es solo una mano? —preguntó Bryant. Mitch sacó una gran hoja de plástico y la desplegó.

Keats negó con la cabeza.

—Parece que hay un pie en ese lado y un codo en este otro. También algo de pelo en la parte superior.

Kim se apartó para que dos técnicos tomaran fotografías desde todos los ángulos.

—Así que ¿crees que todo el cuerpo está ahí?

—Es posible, por las partes del cuerpo que hemos conseguido ver. Separarlas del metal destrozado no va a ser tarea fácil.

Kim tuvo un pensamiento repentino.

—¿Quién se lo queda, entonces? ¿Tú o Mitch?

¿Estaban observando un cuerpo o pistas? ¿Cómo podría Keats hacer una autopsia? ¿Cómo podría Mitch retirar el metal mientras trataba de conservar las partes del cadáver? Porque una cosa estaba clara: aquello no había sido un suicidio.

—Estoy convencido de que será un proyecto conjunto —dijo Keats cuando los fotógrafos ya se alejaban.

—Venga, chicos, vamos a volcarlo —dijo Mitch.

El equipo del técnico forense se reunió alrededor del cubo y Keats se adelantó para observar. Mitch dio las instrucciones. Lo volcaron sobre la lámina de plástico y dejaron al descubierto el lado que había estado en el suelo.

—Ay, mierda —dijo Kim al darse cuenta de que toda la parte inferior estaba manchada de sangre.

Capítulo 19

Cuando Kim colgó, Keats ya iba rumbo a la salida del desguace, seguido de cerca por Mitch. Ambos, a su vez, seguían al camión de plataforma al que se había encomendado el traslado del cubo al laboratorio. Mitch se había limitado a envolverlo en plástico con el fin de preservar los indicios, ya que no había ningún vehículo equipado para transportar algo así.

Ya había llegado un segundo equipo de forenses que, bajo las instrucciones de Mitch, debía centrarse en la zona en la que el vehículo había estado almacenado antes de que lo aplastaran. El primer equipo permanecería en la trituradora.

Penn ya iba de vuelta a la comisaría con la misión de buscar entre los informes de personas desaparecidas e identificar posibles.

Kim entró en el edificio de oficinas, situado en el centro del recinto.

—Así que ¿cómo estás, Dob? —preguntó. El sol de la tarde azotaba el tejado de tela asfáltica y las ventanas orientadas al sur, con lo que el espacio resultaba sofocante más allá de lo soportable. Había un ventilador de tres velocidades que no hacía nada por enfriar el aire. Solo lanzaba partículas de polvo a los rayos del sol.

—Yo estoy bien, pero mi parienta está cagada. —dijo. Sin embargo, cuando el hombre colocó el pisapapeles más cerca del ventilador, sobre una pila, Kim apreció que le temblaban los dedos.

—Es comprensible —reconoció ella.

Con el dorso de la mano, Dobbie se secó el sudor que se le había formado entre la nariz y el labio superior.

—Mira, no quiero ser desconsiderado...

—No lo seas, entonces —dijo Kim, sin más—. Podrás recuperar tu equipo cuando hayamos terminado, pero, hasta ese día, estás cerrado, colega.

Él abrió la boca y, al mismo tiempo, puso los ojos en blanco, como echando mano de todas las partes del cuerpo que se le ocurrieron para comunicar su disgusto.

—Tendré que pagarles a unos tíos para que se queden sentados hasta que...

—Podrías ponerlos a hacer una limpieza de primavera. —Levantó una carpeta, con lo que dejó al descubierto otro montón de papeles que estaban escondidos debajo—. Hablando de eso, necesito la marca, el modelo y la matrícula del vehículo; el nombre y la dirección de la persona que lo trajo y en qué fecha.

—Toyota Corolla —respondió él.

Ella se quedó esperando.

Nada.

—Vale. Me has dado dos de las seis respuestas que quiero y, para ser sincera, son las menos útiles que podrías haberme dado —dijo ella con el ceño fruncido.

Él se encogió de hombros y señaló el escritorio, que estaba como si dos imprentas hubieran parido.

—Lo tenía en un trozo de papel. Por aquí.

Bryant echó un vistazo al escritorio.

—¿El contable se ha tomado unas vacaciones? —preguntó.

—Sí, desde la última puñetera recesión, cuando la gente dejó de comprar coches nuevos —dijo Dob.

Kim inclinó la cabeza.

—No te va muy mal, Dob. —Señaló con el mentón las hileras de coches apilados. No quedaba mucho espacio.

—Díselo al director del banco... O, mejor aún, díselo a mi mujer —gimió.

—Debes de tener un sistema de algún tipo —dijo Kim. Dobbie llevaba demasiado tiempo en el negocio para semejante nivel de insensatez.

—Sí, escribo cada mierda en un papel hasta que tengo tiempo de registrarlo en los libros —alegó. Se frotó la frente con una muñeca sucia.

—Entonces, ¿no pones los coches en determinada área basándote en el día en que entraron o...?

—¿Es una pregunta seria de verdad? —Miró a Bryant en busca de una pista. Bryant asintió—. Sí, trabajo bajo el sistema de «Donde haya puto espacio», y me ha funcionado bien durante...

—Bueno, no, en realidad, porque un hecho indiscutible es que en ese coche había una persona cuando lo metiste en la trituradora. La pregunta es ¿cómo narices llegó allí?

—Oye, ya hemos hecho...

—¿El coche estaba a ras de suelo?

Dobbie asintió.

—Así que podría tratarse de un vagabundo que se coló. Le apetecía un asiento cómodo en uno de

los coches, se quedó dormido, pasó inadvertido y se llevó más que...

—¿Crees que estaba vivo?

Kim se encogió de hombros.

—No lo sé, Dobbie, eso es lo que tendremos que averiguar; pero, espera. —Frunció el ceño. Recordó un programa de televisión que había visto hacía poco—. ¿No les quitáis a los coches todo menos la pintura antes de meterlos en la trituradora?

—Hostia, claro que sí, si ahí es donde hacemos dinero. Asientos, pedales, cableado, todo sale.

—¿Y cuándo se hizo eso?

—Joder, inspectora, no me acuerdo...

—Entonces, ¿es posible que no se revisara el maletero?

—Podría ser si esos putos gandules no hubieran hecho su trabajo. Hay moqueta, y a veces se han dejado neumáticos de repuesto.

—Bueno, nuestra víctima tenía que estar en el coche, en alguna parte —dijo ella—. Y asumo que tus chicos no movieron el cuerpo, quitaron los asientos y lo volvieron a poner.

La expresión de Dobbie transmitía que no le habría sorprendido.

Todavía no podía descartar que un vagabundo hubiera entrado sin ser visto, que se hubiera subido al coche y estuvieran ante algún tipo de trágico accidente. Lo que Kim necesitaba de inmediato eran los datos del propietario o del vehículo.

—Vale, Dob, ¿cuándo tendrás la información? —Consultó su reloj para subrayar que hablaba de horas.

—Tan pronto como el cabrón de ese vago que se suponía que iba a desmontar el coche haya puesto orden en este lugar.

Kim accedió a regañadientes y salió del despacho.

—Bueno, este Rubik es como un rompecabezas, ¿no? —preguntó Bryant de camino al coche.

Ella puso la mano en la puerta del pasajero e hizo un alto.

—Bryant, por favor, dime que no acabas de llamar Rubik a nuestro chico del cubo.

Él asintió con la cabeza.

—Había pensado en llamarlo Hielo, pero creo que recordaremos mejor ese nombre.

Ella sacudió la cabeza mientras se sentaba.

—¿Adónde? —preguntó él, y arrancó el motor.

—Al Russells Hall. Quiero saber cómo les va a los chicos con Rubik y ver si ha llegado el regalo que he encargado para ellos.

—¿Un regalo? —preguntó Bryant.

—Sí, sí. He pedido algo que creo que van a necesitar mucho.

Capítulo 20

Eran casi las cuatro cuando Kim pulsó el botón para entrar a la morgue. Se dirigió al final del pasillo, justo antes de los frigoríficos, a una habitación que solo había visto usar una vez en la que Keats no había tenido espacio suficiente para un accidente de dos coches. Siete personas se habían calcinado hasta quedar irreconocibles. Alineados contra la pared, estaban los cuerpos carbonizados de cuatro adultos y tres niños. Sintió un estremecimiento al recordar aquello mientras entraba allí por segunda vez. Se interpuso entre Mitch y Keats, que reflexionaban, uno a cada lado del cubo.

—Hola, chicos, ¿cómo va todo? —preguntó.

Mitch sostenía una sierra y Keats, un bisturí.

—Tenemos que tratar de aflojar un poco el metal —dijo Mitch.

—Destruirás pruebas valiosas —respondió un Keats exasperado—. Necesitamos los tejidos intactos para hacer pruebas y extraer pistas.

—Queremos lo mismo, Keats, pero no podemos sacar trozos del cuerpo hasta que hayamos aflojado algo del metal retorcido.

Kim miraba del uno a otro mientras el intercambio seguía adelante.

—Inspectora, ¿qué piensas? —preguntó Mitch. Keats puso los ojos en blanco. No le importaba mucho la opinión de Kim.

Ella se encogió de hombros.

—Si por mí fuera, le metería la motosierra, pero ¿qué sé yo? —Le lanzaron una mirada, horrorizados.

Kim no envidiaba a ninguno de los dos. En última instancia, ambos querían lo mismo: preservar el cuerpo para obtener datos. Keats, por su formación médica, tiraba hacia un lado, en tanto que la eficiencia dictaba a Mitch que, cuanto antes desplegaran el metal, antes llegarían las respuestas.

Kim retrocedió hasta el borde de la habitación, se colocó junto a Bryant y se cruzó de brazos.

—Son como dos niños que han recibido un regalo de Navidad para compartir y son incapaces de decidir cómo abrirlo.

—Sí. Uno hasta podría olvidarse de que ahí dentro hay una persona que ha perdido la vida —dijo Bryant en voz baja.

—Y lo dice el hombre que le ha puesto el apodo de Rubik —señaló ella.

—Bueno, sin duda, está haciendo que la vida de estos dos sea un puzle —observó él mientras los científicos se movían alrededor del cubo y lo observaban desde todos los ángulos.

—Sí. Es divertido, ¿verdad? —preguntó Kim.

—Desde luego, pero no nos dará respuestas pronto.

—Eh, Bryant, cálmate.

—La ironía es asombrosa —dijo él, y luego se volvió hacia Kim—. Venga, que tú ya deberías estar pataleando y amenazándolos cruelmente. Tu calma me parece desconcertante.

Ella le regaló una sonrisa.

—Ten paciencia.

—¿No has dicho que habías pedido algo que podría ayudarlos?

Kim vaciló al oír el silbido de las puertas automáticas en el otro extremo del departamento.

—Sí, y creo que acaba de llegar.

Keats y Mitch aún debatían acalorados cuando una diminuta figura rubia apareció en la puerta.

—Buenas tardes, caballeros. La doctora A, a su servicio. ¿Cuánto me han echado de menos?

Kim sonrió y dio un paso adelante el gimoteo colectivo de tres adultos.

Capítulo 21

Con la mano tendida, Kim fue hacia la mujer.

—Doctora A, gracias por venir. Creo que nos vendría bien un poco de ayuda.

La doctora A le devolvió el apretón de manos mientras miraba a su alrededor, hacia el cubo metálico que ocupaba el centro del escenario.

—No creo que... —dijo Mitch.

—Sin duda, podremos... —dijo Keats.

—Silencio, señores —dijo ella. Se acercó.

Keats lanzaba cuchillos con la mirada. Kim se los devolvió con una sonrisa.

La doctora A era una antropóloga forense con la que Kim había trabajado en varias ocasiones y en la que confiaba sin reservas. De origen macedonio, ella misma había simplificado su largo y complicado nombre por el de «Doctora A». Muchas personas se sentían turbadas por su forma de ser directa y sin tonterías, pero eso también había hecho que Kim se encariñara más con ella.

La idea de llamarla se le había ocurrido en el desguace. Necesitaban a alguien acostumbrado a buscar pistas con rapidez y precisión; alguien capaz de comprender la necesidad de preservar las pruebas y, al mismo tiempo, rebuscar en ellas.

La doctora A cogió una goma elástica y se recogió su larga melena.

—¿Eso es una mano? —preguntó.

—Sí —respondió Kim.

La doctora A se volvió hacia ella.

—No me dijiste que tenías aquí a R2B2.

—D —la corrigió Mitch—. R2D2.

—Eso he dicho —le espetó ella, sin dejar de rodear el cubo y dando pasos silenciosos sobre el plástico con sus características botas Doctor Marten.

—¿Crees que es un hombre? —preguntó a Kim.

Ella asintió.

—El tamaño de la mano —explicó.

—¿Y crees que está todo ahí dentro?

Kim se encogió de hombros.

—No estoy segura, pero podría tratarse de un vagabundo que hubiera querido dormir cómodo y caliente en un coche.

La doctora A siguió contemplando el cubo. Echó un vistazo a la sierra de Mitch y le dedicó una mirada de repulsión. Del bisturí de Keats se rio a carcajadas.

—Menos mal que he venido.

—¿Puede aconsejarnos sobre la mejor manera de abrirlo? —preguntó Kim, diplomática.

La doctora A negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Kim hizo lo posible por ocultar su decepción mientras los otros tres casi bailaban de alivio.

—Esta caja de metal no es diferente a la tierra —continuó—. El método y el ritmo los desarrollas sobre la marcha. El material se abre para ti, te guía, te aconseja. No es algo que yo pueda hacer a distancia. No puedo supervisar dencima.

—Por encima —la corrigió Kim con rapidez.

—Me quedaré a trabajar —dijo decidida—. Traeré mis propias herramientas, pero estaré al mando.

—Hecho —dijo Kim. Le tendió la mano y giró sobre sus talones antes de que Keats y Mitch lograran captar su atención.

Durante los brevísimos segundos en que la oposición de los dos hombres se hacía ensordecedora, llegó a preguntarse si había tomado la decisión correcta.

Pero, en ese instante, la científica macedonia se arrodilló en el suelo y acarició la mano.

—No te preocupes, amigo mío, te sacaremos de ahí en un santiamén, te lo prometo.

«No», pensó Kim mientras se alejaba de la morgue.

No se había equivocado. En absoluto.

Capítulo 22

—Bien, Stace, ¿qué tienes? —preguntó Kim desde el escritorio vacío.

El sol del atardecer envolvía el edificio y la brisa serpenteaba alrededor de la cafetera y refrescaba la habitación.

Contenta de que se estuviera haciendo todo lo posible con el hombre del cubo, la prioridad de la detective era el asesinato de dos jóvenes.

—Mark Johnson tenía veintiún años. Era hijo de una prostituta que intentó criarlo durante siete meses, pero luego lo abandonó. No hay ningún padre registrado. Con los años, el niño se iba volviendo más difícil de tratar, por lo que pasó la mayor parte de su vida en un lugar llamado Fairview.

Kim disimuló el revoltijo que se produjo en su estómago al escuchar el nombre del lugar en el que ella también había pasado la mayor parte de su infancia. Se limitó a asentir. Y, punto para Bryant, él tampoco reaccionó en absoluto.

—No sé cuándo empezó a consumir drogas, pero hace un año terminó un programa de treinta días, solo que no aguantó limpio mucho tiempo. Desde entonces, no tengo registrada ninguna dirección. Algo sorprendente es que no tiene antecedentes penales.

Kim tenía por fin una imagen clara de Mark Johnson. El chico nunca había tenido problemas serios, había intentado desintoxicarse. Había entrado en el programa, pero, lo que era más importante, había permanecido en él. Era alguien que quería cambiar de vida.

Sin embargo, ya liberado de las drogas, había sido arrojado de nuevo al mundo. Sin hogar, probablemente sin amigos, sin trabajo y sin forma de hacer que los cambios fueran permanentes. Había vuelto a caer entre la misma gente, el mismo entorno, la misma vida. Su regreso a las drogas había sido inevitable.

Kim trató de no hacer caso a la punzada que la recorrió. En muchos sentidos, lo conocía; o, al menos, sentía que lo conocía.

—Amy Wilde era hija única y acababa de cumplir veinte años. Era una chica normal que se mudaba a menudo, puesto que su padre estuvo en el Ejército hasta que, hace cinco años, una bomba improvisada lo mató en Afganistán. No se sabe cómo se conocieron ella y Mark, pero parece que llevaban juntos un par de años. Su madre vive en la urbanización Lakeside, en Stourbridge.

—No me jo...

Kim cerró la boca. Stacey ya le estaba pasando la dirección a Bryant.

El reloj le decía que eran casi las seis y que había sido un día muy intenso.

—Vale, chicos, ya basta. Es hora de cerrar.

—¿Tan rápido?, inspectora, pero... acabo de llegar —dijo una voz desde la puerta.

Kim se giró, gimió y dejó caer la cabeza sobre el escritorio.

Capítulo 23

Kim se quedó congelada durante unos buenos diez segundos.

Estaba segura de que, si esperaba lo suficiente, la doctora Alison Lowe no sería quien estuviera allí de pie.

—¿Puedo pasar? —preguntó la visitante, confirmación de que el astuto plan de negación de Kim no había funcionado.

Penn se volvió, estrechó la mano de la doctora y se presentó. Kim levantó la cara. Se puso en pie y señaló con el mentón el escritorio de reserva. Se puso al frente de la sala del escuadrón.

—Me alegro de volver a verte —dijo.

—No eres nada sincera, pero te agradezco el esfuerzo —dijo Alison sin dejar de sonreír.

Kim notó que la mujer no había cambiado nada. Seguía vistiendo trajes negros ajustados con tacones de aguja, como si hubiera viajado a los años ochenta a ver en bucle Armas de mujer.

Durante todo el día, su pelo pajizo había obedecido instrucciones precisas de permanecer limpio y perfecto.

—Penn, te presento a Alison Lowe. Hace un par de años nos ayudó como criminalista y analista de conducta en el secuestro de dos niñas. Nos dio una gran visión sobre la mentalidad de los perpetradores.

Solo que no había sido capaz de descubrir que habían tenido todo el tiempo delante de las narices a la responsable del crimen. La parte más razonable de Kim debía añadir que ninguno de ellos lo había hecho, pero prefirió no decir nada.

Alison colocó su maletín sobre el escritorio.

—Así que, según he escuchado, tienes una escena del crimen que se parece...

Kim dirigió a Alison una mirada fulminante.

—Es hora de marcharse, chicos —dijo.

Penn se puso en pie, se quitó el pañuelo de la cabeza, cogió su bandolera, dio las buenas noches y salió de la oficina. Stacey parecía tomarse su tiempo.

—Buen trabajo hoy, Stace, con los antecedentes de los chicos.

—Adiós, jefa —dijo la asistente, pero en sus ojos no había sonrisas. Solo sospechas. Se despidió

de todos con un movimiento de cabeza y se marchó.

Kim esperó un par de minutos antes de ocuparse de Alison.

—Eso ha sido una puta falta de tacto —le espetó.

La analista no parecía tener intenciones de disculparse.

—¿Tienes algún problema con que alguien diga lo obvio?

—Delante de todo mi equipo, sí.

Alison arqueó la ceja izquierda.

—A ver, tienes a la mitad de tu equipo trabajando a ciegas en un caso de doble asesinato que guarda cierto parecido con un suceso traumático de tu propia infancia y que puede estar relacionado directamente contigo.

—Creemos que no —dijo Kim.

—Está bien que tu jefe haya decidido pensar que no con tal de mantenerte en el caso, pero ¿dejarlos a oscuras mientras les pides que trabajen lo mejor que puedan con las manos y los pies atados a la espalda?

—No quiero que sepan nada —dijo ella, obstinada.

—Te diré algo, y estoy segura de que será la primera de muchas veces: estás cometiendo un terrible error.

Capítulo 24

—¿Cómo coño se atreve? —explotó Kim cuando ya estaban en el coche.

Dirigió una mirada asesina a la ventana de la sala del escuadrón.

—¿Te has enfadado porque ha dicho la verdad?

—Bryant —protestó ella. Se suponía que él estaba de su lado.

—Lo siento, jefa, pero no voy a fingir, solo por tu bien, que discrepo, puesto que tiene razón. Los chicos necesitan saber a qué se enfrentan. Los dos son muy buenos agentes y son capaces de tener ideas originales y de hacer las conexiones necesarias, pero, si solo les das la mitad de la información, harás que se atasquen. Y, eso, sin tocar la cuestión de la confianza hacia los dos; sobre todo a Stacey, que le dolerá que no hayas confiado en ella lo suficiente como para contarle toda la historia.

Ella negó con la cabeza.

—No va a ocurrir.

—Sé lo que te detiene —dijo él en voz baja.

—Para, Bryant.

—No puedes soportar la idea de debilitarte ante sus ojos. Crees que te verán de otro modo, que te perderán el respeto y...

—Ay, Bryant, qué equivocado estás —dijo, y miró por la ventana.

—Vivirás para lamentarlo —la advirtió él.

¿Y no era esa, tal cual, la historia de su vida?

Capítulo 25

—En mi niñez, todo el que vivía en Lakeside era un pijo —observó Bryant mientras reducía la velocidad para sortear los badenes de la calle principal.

Estaban en Lakeside, una urbanización de unas dos mil viviendas, más o menos, construidas en los años ochenta y noventa. A menudo la llamaban Withymoor Village, por el nombre de la mina a cielo abierto sobre la que había sido construida.

Kim tenía entendido que la vivienda media se vendía por unos cuatrocientos mil euros, así que la zona no era, precisamente, moco de pavo.

Bryant giró a la izquierda y pasó tres entradas sucesivas con caravanas.

—Ah, por aquí —dijo.

Se detuvo junto al bordillo, delante de una vivienda donde no había vehículos recreativos, aunque sí un BMW de cuatro años de antigüedad.

El pequeño jardín delantero estaba inundado de colores veraniegos. A ambos lados de la puerta, de unos cestos colgantes pendían flores. El suelo era un estallido de rosas, morados y amarillos vivos, tanto que los ojos no eran capaces de procesarlo todo.

Esa familia nunca había oído aquello de «Menos es más».

Les abrió la puerta una mujer a la que Kim le calculó unos sesenta años y que le recordó al instante a Judi Dench.

—¿Señora Wilde? —preguntó, insegura.

Ella negó con la cabeza.

—Soy su madre —aclaró, expectante.

Bryant sacó su identificación y la mujer se hizo a un lado.

Entraron en un pequeño pasillo que no se ajustaba a la percepción del espacio que se tenía desde el exterior.

La mujer señaló a la derecha y Kim la siguió hasta una espaciosa cocina-comedor de planta abierta. Unas puertas de patio daban al pequeño pero colorido jardín.

Sentada en la barra del desayuno, otra mujer miraba hacia fuera.

—¿Señora Wilde? —dijo Kim.

Ella se giró para mostrar unos ojos enrojecidos y una expresión estupefacta. Kim no podía identificarse con la pérdida de un hijo, pero sí que comprendía lo que era darse cuenta de que un ser querido ya no iba a volver.

Bryant le dio el pésame y se adelantó para ofrecerle la mano.

La señora Wilde quitó la suya de una taza de algo y le devolvió el saludo sin fuerzas.

—¿Té? —preguntó, desde detrás de la barra del desayuno, la madre de la señora Wilde.

Tanto Kim como Bryant dijeron que no mientras tomaban asiento.

—Qué fotos tan bonitas —dijo Kim refiriéndose la colección de retratos de estudio que había en la pared de la chimenea.

La madre echó un vistazo.

—A Andrew le encantaba fotografiarse —dijo—. Y qué guapo estaba siempre con su uniforme.

Kim estaba de acuerdo y, aunque no la entusiasmaban los posados, en ese conjunto había algo que llamaba la atención.

Las posturas y los fondos eran diferentes, pero todas tenían algo en común: cierta vivacidad. Las sonrisas eran abiertas y sinceras, y los ojos resplandecían de alegría. Era como si alguien hubiera contado un chiste un nanosegundo antes de que la cámara se disparara. Esa había sido una familia feliz.

—Señora Wilde, sé que esto va a ser doloroso, pero ¿podemos hacerle algunas preguntas sobre Amy?

A Kim no le pasó inadvertida la última foto colgada en la pared, una en la que Amy aparentaba unos quince años, llevaba ortodoncia y tenía las mejillas bien redondeadas. En comparación con las fotos anteriores, la chica llevaba la larga melena más corta y estaba más delgada.

Esa Amy no se parecía en nada a la que Kim había visto luchando por su vida la otra noche.

—Por supuesto, pero hace tiempo que no la veía, oficial. Cinco meses, para ser exactos. Vino a verme al hospital.

—¿Y cómo estaba? —preguntó Kim. Quería saber si algún suceso de hacía cinco meses podía ser significativo u ofrecerle una perspectiva sobre la muerte de la chica.

—Colocada —respondió la madre—. Lo vi en sus ojos. Era incapaz de quedarse quieta ni dos minutos. A la mujer de la cama de al lado, que estaba recién operada, le gritó porque roncaba. Después, les cerró las cortinas a los demás, riéndose a carcajadas. Las enfermeras le pidieron que se fuera.

Kim no podía dejar de contemplar la foto de la pared.

—¿Dijo alguna cosa?, ¿si había tenido algún problema con alguien?

La señora Wilde se enjugó los ojos.

—Me dijo que estaba fantástica, que «hashtag la vida es maravillosa», lo que quiera que eso significase. Hacía unos seis meses que no la veía, más o menos, desde un día en que me negué a darle más dinero para esa mierda que se metía en el brazo. Siempre pensé que volvería a su debido tiempo, que algo ocurriría, algo que la haría percatarse de lo que se estaba haciendo a sí misma.

«Y podría haber sucedido», pensó Kim. Solo que a Amy le habían arrebatado esa opción.

—Yo la habría esperado, ¿sabe? —dijo la madre entre sollozos—. De haberme dado alguna esperanza, la habría apoyado para que dejara eso. Y ahora siempre será recordada como la drogadicta que sufrió una sobredosis cuando estaba encadenada a un radiador.

Kim no tenía nada que decir al respecto. Era cierto.

—Señora Wilde, ¿puedo preguntarle cómo se conocieron Amy y Mark? No parecen una pareja al uso. Los antecedentes de Mark...

—Sí, lo sé todo sobre sus antecedentes —contestó. Su rostro y su voz se endurecieron al mismo tiempo—. Amy me lo contó mientras intentaba convencerme de que lo dejara mudarse aquí. —Movió la cabeza de un lado a otro—. Y quizás debería haberlo permitido, porque ella se fue ese mismo día.

—¿Porque usted no estaba dispuesta a que Mark viviera aquí? —preguntó Bryant.

Kim detectó indignación en la voz de su compañero, cuya hija no hacía mucho que había salido de la adolescencia.

—Sí, para entonces, ya llevaba algunos meses viéndolo. Un día en que él salía del Tesco de Cradley Heath, se le cayó la bolsa de Big Issues, esa revista que venden los sintecho y las personas en riesgo de exclusión. Ella lo ayudó a recoger los ejemplares, y eso fue todo. Al día siguiente, volvió a hablar con él, y al siguiente, y al siguiente, hasta que no pudo soportar estar ni un minuto separada de Mark.

Kim oyó un resoplido detrás. La abuela acababa de darles la espalda. Vio en la señora Wilde el deseo de ir a consolar a su madre, pero la mujer apartó la mirada. Su propio dolor era demasiado grande como para cargar con el de los demás.

Debido al largo tiempo que la madre y la hija habían estado distanciadas, Kim pensaba que ya no tenía más que rascar. La chica podría haberse granjeado innumerables enemigos o haberse visto envuelta en una docena de situaciones de las que su madre nunca se habría enterado.

A Kim se le ocurrió algo de pronto y, antes de marcharse, quiso ofrecerle algo de consuelo.

—Bueno, al menos Amy fue a verla al hospital.

—No estoy tan segura de eso, agente. Creo que vino a ver si su plan había funcionado.

Kim se quedó perpleja.

—Lo siento, no creo haber...

—Estaba en el hospital porque me asaltaron y me golpearon, inspectora, y estoy bastante segura de que Amy y Mark estuvieron detrás de aquello.

Capítulo 26

Eran casi las siete cuando, a la salida de la comisaría, Kim le devolvió a Bryant las llaves de su propio coche.

—Vale. Ahora, vete a casa —le dijo.

Él echó un vistazo a la ventana de la sala del escuadrón.

—¿No quieres que suba?

Ella movió la cabeza de un lado al otro.

—No, tenemos que hablar antes de que ella empiece a hacer el perfil del asesino y sernos de utilidad.

—Vale, pero, en caso de que quieras charlar más tarde...

—Llamaría a tu mujer, que me cae mejor que tú.

Bryant lo pensó un momento.

—Ya, no te culpo —respondió antes de subirse al coche.

***

Kim entró en el edificio. En la recepción, saludó a Jack con un movimiento de cabeza. Luego subió las escaleras hasta el segundo piso.

La vez que Alison se unió a ellos en el caso del secuestro, Kim no había ocultado su desdén por la elaboración de perfiles criminales, los análisis del comportamiento y otras supercherías. Creía con firmeza que las personas eran únicas y que no era correcto hacer generalizaciones por los actos de otros en el pasado. Creía, también, que entrañaba peligros suponer que algo así era posible.

Le gustaba trazar el perfil de un asesino basándose en las pistas y los hechos. Si una víctima recibía una veintena de puñaladas, ella podía asegurar, sin temor a equivocarse, que el asesino estaba enfadado, enfurecido; pero había menos certeza en afirmar que se trataba de un varón de veintisiete años que había sufrido acoso escolar y que seguía viviendo con su dominante madre mientras trabajaba en algún empleo sin futuro.

Porque todo el mundo tiene acceso a la ira. Cualquiera puede sentirse furioso a causa de otra persona, una situación o una circunstancia. Y todo el mundo tiene la capacidad de, simplemente, reventar.

Sin embargo, Kim tenía que admitir que, cuando ella y Alison habían trabajado juntas, la doctora le había ofrecido algunas valiosas ideas sobre la forma de pensar de un asesino. Así que estaba contenta de recibir su ayuda, pero sabía que, antes, tenían que hablar.

—¿Todo en orden? —preguntó Kim en cuanto entró en la sala del escuadrón.

Alison asintió, se levantó y fue a la cafetera eléctrica.

A Kim le pareció divertido verla caminar en medias. La doctora había dejado bajo el escritorio los zapatos de tacón.

—Shhh, no me juzgues. Llevan casi doce horas en mis pies.

Kim levantó las manos en señal de que no la juzgaba.

—Eh, yo llevo botas moteras de dos centímetros de altura, así que, créeme, no te juzgo.

Alison volvió a sentarse, esta vez en la silla de enfrente, la de Bryant.

—Entonces, ¿a qué crees que nos enfrentamos? —preguntó Kim en un intento por eludir lo inevitable.

—Tranquila, fiera, pisa el freno. Lo primero es lo primero. Por supuesto, el inspector jefe de detectives Woodward me lo ha contado a grandes rasgos, pero me gustaría saber más de ti. —dijoSacó un cuaderno negro de espiral—. Háblame de las similitudes con los sucesos de tu infancia. De todas.

—Un chico y una chica —dijo Kim.

—Ajá —respondió Alison, e hizo un gesto para invitarla a continuar.

—Un piso tres plantas más abajo de donde yo vivía.

—Sip.

—El chico muerto; la chica, no.

Alison levantó la vista.

—Pero acabo de leer...

—No estaba muerta cuando llegó la ayuda. Los paramédicos trabajaron en ella durante horas.

—Entiendo. ¿Qué más?

—Encadenados con esposas a un radiador.

—Sí.

—Botella de Coca-Cola.

—Sip.

—Un paquete de galletas metido en la garganta de Mark Johnson.

—¿Algo más? —preguntó Alison, y alzó el rostro.

—¿No te basta con eso? —espetó Kim.

—¿Cuál es tu problema?

Kim no dijo nada.

Alison se reclinó en la silla y movió la cabeza de lado a lado.

—No hay forma de complacerte —dijo—. Esperabas una respuesta emocional por mi parte y no la has obtenido. Te molesta mi frialdad y, sin embargo, eso es exactamente lo que quieres. No quieres comprensión, empatía ni simpatía; si no, ya se lo habrías contado todo a tu equipo.

—Ay, por favor, continúa —gruñó Kim cuando Alison hizo una pausa. Después del día que había tenido, eso era lo que más necesitaba, ni más ni menos.

—Eso planeo hacer. ¿Creo que tu pasado es horrible? Sin duda. ¿Ganas algo con que yo te lo diga? Nada, en absoluto, porque eras tú quien estaba allí. Ahora bien, te lo digo con toda franqueza: he entrevistado a gente tan retorcida y destrozada por sucesos de su pasado que lo tuyo parece una excursión al castillo hinchable seguida de un helado.

—No estoy en ninguna puta competición por la infancia más mierda del siglo.

—Perderías por goleada; así que, por favor, dime si hay algo más —dijo Alison. Con toda tranquilidad, fijó su mirada en la de Kim.

—Fairview. Mark Johnson pasó gran parte de su infancia allí, igual que yo, pero creo que ha sido solo una coincidencia.

—¿Estás segura?

Kim asintió.

—Entonces, ¿cuándo podrás ayudar y darnos tus conclusiones acerca del asesino? —le preguntó a Alison.

Kim leyó verdadera confusión en los ojos de la mujer que tenía enfrente.

—Detective Stone, por lo visto, aquí ha habido un error de comunicación. Ni el informe ni mis instrucciones tienen nada que ver con el asesino. He venido aquí a observarte a ti.

Capítulo 27

Al entrar en el vestíbulo del Worcestershire Royal Hospital, Alison trataba de sacudirse la sensación de que hacía algo malo. Tenía que convencerse a sí misma de que visitar a un enfermo no era un delito.

Era consciente de que la detective Stone quería algo más que una explicación. Quería el sumario completo, palabra por palabra, acerca del papel de Alison en el caso. Y, por mucho que le hubiera gustado quedarse y rechazar el ataque, sabía que tenía que conducir unos treinta kilómetros por la M5 hasta el hospital antes de que terminara el horario de visitas.

Alison sabía que en la unidad de cuidados intensivos no eran tan estrictos con los horarios siempre y cuando fueras de visita y no a armar jaleo. En el entorno silencioso y enclaustrado de los enfermos graves, cualquier tos o rasguño en la silla se magnificaba, como si uno estuviera en la iglesia o en una biblioteca. Las enfermeras se movían con sigilo, con sus zapatos de gomaespuma o de plástico, entre los pitidos y tintineos de los equipos de apoyo vital.

—¿Cómo está? —le preguntó Alison a Valerie, la enfermera de sala, en cuanto entró.

—Igual —dijo ella con una sonrisa amable.

—Gracias. —Fue a la cama del fondo. Se quitó la chaqueta y se sentó antes de echar un buen vistazo a la mujer de la cama.

Los moratones apenas habían desaparecido en los seis días transcurridos desde que Alison viera a Beverly tumbada allí por primera vez. La cara seguía manchada de púrpura y amarillo. De vez en cuando, asomaba algún centímetro de carne de color crema pálido. Y las marcas no paraban ahí. La piel ciruela continuaba sobre el cuerpo en los lugares donde la mujer había recibido patadas y puñetazos, tanto antes como después de la despiadada violación.

Alison se estremeció al pensar en lo que esa mujer habría sufrido.

Volvió a mirar la cara de Beverly: la piel estirada y brillante, hinchada sobre el ojo izquierdo. La cabeza rapada y las cicatrices de una cirugía mayor destinada a reducir la inflamación y la hemorragia cerebral.

Le cogió la mano fría y suave y le acarició rítmicamente el pulgar.

—Lo siento mucho —susurró.

—No tienes nada que lamentar —dijo Valerie, lo que la sobresaltó. No había oído acercarse a la enfermera. Malditos Crocs—. Tú no le has hecho esto.

«Ah, pero sí», estuvo a punto de replicar, solo que logró contenerse justo a tiempo.

—Lo sé —contestó, gracias a que consiguió recuperarse en un santiamén—. Pero estaba fuera por mi trabajo y no puedo evitar pensar que, si hubiera estado...

—Shhh, ya —dijo la enfermera, amable, y recolocó la sábana alrededor de los hombros de Beverly—. No necesita oír este tipo de charlas. Tienes que decirle todas las cosas que vais a hacer en cuanto mejore.

Alison agradeció el optimismo, pero no casaba con un pronóstico que era poco más que encogerse de hombros y esperar a ver cómo evolucionaba. Valerie le apretó el hombro con suavidad.

—Háblale de ir de compras —dijo—. Háblale de un fin de semana en un balneario o de una salida al teatro. Seguro que es lo que tu hermana quiere escuchar.

Alison asintió y luchó contra las razones de su propio malestar y la sensación de haber obrado mal.

Esa mujer no era su hermana.

Alison era hija única.

Capítulo 28

Cuando Alison entró en la sala de la brigada para la sesión informativa matinal y se sentó en la mesa de reserva, Kim hizo lo posible por mantenerse inexpresiva.

Inmediatamente después de la conversación de la noche anterior, Woody la había llamado para anunciarle que pronunciaría un discurso en una entrega de premios. Desde las seis de la mañana, se había sentado frente al despacho de su jefe, solo que este no había aparecido. Un escéptico habría pensado que hacía todo lo posible por evitarla. Pero, para ser realistas, ella sabía que Woody no haría eso. Siempre había enarbolado sus convicciones con valor. Nunca se habría echado atrás ante la ira de Kim; sin embargo, eso no le impedía cuestionarlo.

Se había pasado la noche dando vueltas, furiosa, preguntándose qué demonios había hecho creer a su jefe que tenían que cuidarla hasta ese punto. Quería decirle que estaba equivocado.

Y si él estaba evitándola, no lo haría por mucho tiempo.

—Vale, chicos, ¿qué hemos encontrado de Amy y Mark en las cámaras alrededor de Hollytree?

—Muy poco hasta ahora, jefa —dijo Penn mientras tecleaba—. He conseguido esta captura desde la cámara del estacionamiento: ellos saliendo del Asda de Brierley Hill alrededor de las cuatro de la tarde del domingo. Lo mejor que he podido lograr son imágenes borrosas, y Amy lleva algo, pero todavía estoy esperando que Asda me dé las imágenes de alrededor de la tienda. Se dirigen a Little Cottage Lane y desaparecen.

—Sigue por ahí, Penn —dijo Kim. Cualquier imagen de los dos en ese último día podría ayudarlos.

»Stace, sé que estás investigando el entorno de las víctimas. Hemos conseguido algunos datos de la madre de Amy —dijo—. Al parecer, la chica se enamoró de Mark justo a las afueras de un Tesco. No es exactamente el comienzo de cuento de hadas, pero tendríamos que preguntarnos si parte de la fascinación de Amy consistía en tratar de salvar a Mark. Luego ella misma se habría terminado enganchada a esa cosa.

—Típico síndrome del salvador —intervino Alison—. Ocurre, sobre todo, en mujeres que se centran en su pareja y se preocupan por ella más que por sí mismas. Por norma les atraen personas con depresión, ansiedad o adicciones. El amor lleva al trabajo y al sufrimiento, en lugar de a una relación sana y equilibrada.

—Así es. —continuó Kim—. A la madre de Amy la asaltaron y la golpearon hace unos meses. Ella cree que su hija y Mark estuvieron detrás, puesto que la madre se había negado a darle dinero. Al parecer, lo había intentado todo. Entre otras cosas, había conseguido que las amigas intentaran que Amy entrar en razón, pero nada funcionó. La chica incluso fue al hospital, drogada, y la echaron del pabellón.

—¿Fue a visitar a su madre? —preguntó Stacey, molesta.

Kim comprendía el enfado de Stacey. La agente estaba muy unida a sus padres. Nunca se habría imaginado a sí misma faltando al respeto a su madre de esa manera; sin embargo, Kim entendía bien lo que las drogas podían hacerle a alguien. Erosionaban tu personalidad, atacaban y destruían tus sentimientos hacia otras personas, de tal modo que se convertían en lo más importante de tu vida. Colocarse era la única prioridad, por encima de la familia, el amor, los sentimientos. Las drogas lo destruían todo. Por desagradable que resultara, esa acusación de la señora Wilde sobre el hecho de que su hija estaba implicada en el atroz ataque no era del todo descabellada.

—Stace, hubo algún tipo de altercado entre Mark Johnson y Harry Jenks en el centro comunitario de Stourbridge. No nos lo mencionó el propio Jenks, sino una compañera de trabajo. Me gustaría saber de qué se trató, pero, sobre todo, por qué Jenks lo ha ocultado.

Stacey asintió y tomó nota.

—Y, como sabéis, tenemos una víctima desconocida. La encontraron dentro de un coche desguazado. Keats, Mitch y la doctora A están trabajando para sacar a Rubik de su cubo. —Detectó la mirada reprobatoria de Alison y se volvió hacia ella—. ¿Qué?

—Es una falta de respeto.

—¿Tú crees?

Alison asintió.

Kim tomó aire. Señaló con la cabeza las fotos del cubo, que ya estaban en la pizarra.

—¿Crees que le importa una mierda cómo lo llamemos? —preguntó sin esperar ninguna respuesta—. Como bien sabes, tenemos estrategias para afrontar lo que nos toca vivir cada día, y el humor es una de ellas. Nos mantiene cuerdos. —Miró a Bryant—. Bah, a la mayoría de nosotros, al menos. Nos ayuda a sobrellevar esto y a funcionar, y no me disculpo por ello. —Su teléfono vibraba en el bolsillo, pero necesitaba consultarlo para saber quién era.

»Has dicho que es una falta de respeto, aun así, necesitamos encontrar la manera de personalizar a cada víctima. Una vez tenemos un nombre, la víctima se convierte en una persona, una vida, un alma. —Kim se dirigió a la puerta y se detuvo—. O podríamos olvidar su nuevo nombre y sustituirlo por «Sujeto desconocido»; solo que, en mi opinión, eso sí sería una falta de respeto.

Mientras subía las escaleras de dos en dos, no pudo evitar preguntarse si las dos llegarían vivas al final de ese caso.

Capítulo 29

—Ah, Stone, ya estás aquí —observó Woody, que encendía su ordenador.

Ah, sí, Kim había sobornado a Jack, el de la recepción. Le había llevado de la cantina su pastel de manzana favorito para que la avisara en cuanto llegara el jefe.

—Señor, con todo respeto...

—Discrepo —dijo él, y señaló la silla.

Ella no le hizo caso.

Él señaló de nuevo la silla y entrecerró los ojos.

Kim se sentó.

—Señor, no necesito a la maldita Alison Lowe de niñera en este caso. No necesito que vigile todos mis movimientos.

—Continúa —ordenó él.

—¿Con qué?

—Sin duda, se te ha ocurrido toda una letanía de razones para endilgármela, y me gustaría darte la oportunidad de expresarlas todas para que tu tiempo no sea un completo desperdicio.

Ella tomó aire y exhaló con fuerza.

—No piensa ceder, ¿verdad?

—No —respondió él.

—Pero ¿por qué ella? —insistió Kim—. No trabajamos bien juntas.

Woody levantó la cabeza después de haber rebuscado en el cajón superior.

—¿Hablas en serio, Stone? ¿De verdad crees que tengo tiempo para encontrar a alguien con quien trabajarías bien? Me conformaré con que seas tolerante y que, al menos, Alison tenga el carácter necesario para defenderse.

—Pero usted nunca ha dicho...

—He dicho que necesitabas ayuda, pero sin especificar el tipo o en qué envoltorio vendría.

—Solo habría deseado que me hubiera dicho...

—Stone —dijo Woody en voz baja—. Anoche asistí a la ceremonia de entrega de la medalla George. Se la otorgaron a título póstumo a una agente de policía asesinada hace siete meses por la explosión de un coche bomba. El premio se lo entregaron a un afligido marido que, en toda la noche, no soltó a su hijo de dos años. Aceptó la medalla delante de una foto de gran tamaño de su fallecida esposa. Así que, si tus sentimientos están un poco heridos, en estos momentos no podría importarme menos.

Kim no tenía nada que responder a eso.

Había tantas cosas que quería decir, que se sentía con derecho a decir... Solo que no le salían las palabras.

Cuando él volvió a hablar, ella ya estaba en la puerta.

—¿Sabes, Stone?, para alguien tan inteligente, hay veces que, de verdad, eres un poco densa.

Ella se giró.

—¿Señor? —¿De verdad su jefe acababa de llamarla densa?

—Mis disculpas por la terminología, pero permíteme decírtelo de otra manera: unos años antes de morir, mi mujer me compró un abrecartas. Era precioso, con mi nombre tallado en el mango de madera, una hoja fina y brillante y un estuche de cuero. La cosa es que, durante cuarenta años, me las había arreglado muy bien para abrir los sobres sin abrecartas, pero te juro que era el mejor rascador de espalda que he tenido nunca. Imagina que tienes una cosa justo entre los omóplatos. No ha sido diseñado para eso, pero...

—Lo entiendo —dijo ella. Dejó que una breve sonrisa se dibujara en sus labios.

—Stone, este asesino ha conseguido meter a dos jóvenes en un bloque de pisos y asesinarlos sin que nadie se diera cuenta. Nos enfrentamos a dos asesinos o a uno muy listo, y necesitamos todos los recursos disponibles para que no vuelva a ocurrir.

—De acuerdo —dijo ella, y abrió la puerta.

—Una cosa más —dijo Woody. Kim empezaba a sentirse como la cabeza de cartel de un concierto a quien le piden otro bis—. No te pases con Alison, ¿vale? No es tan dura como ella cree.

Kim asintió y por fin salió del despacho. Su interés se había despertado.

¿Qué demonios había sido todo aquello?

Capítulo 30

Cuando Woody terminó por fin, Kim pudo leer un mensaje de texto que le había llegado.

Frunció el ceño y, siguiendo las instrucciones, se dirigió a la cafetería.

Encontró a Alison y a Bryant sentados en el rincón más cercano a la cocina. Era evidente que Alison se había perdido el desayuno y había optado por tostadas y zumo de naranja; Bryant, en cambio, tomaba una taza de té. Un café grande parecía esperarla.

Se abrió paso entre las mesas ocupadas por oficiales que degustaban desayunos ingleses completos. Había otras opciones más saludables que irían desapareciendo del refrigerador a lo largo del día, pero, en ese instante, lo que importaban eran las proteínas.

Alison sacó unas libretas de su maletín

—¿Te sientes mejor ahora, inspectora? —preguntó.

Kim se sentó.

—¿Sobre qué? —Que Woody le hubiera dado a Alison acceso a su expediente no quería decir que se lo hubiera dado a su mente.

—Bueno, supongo que, después de lo que te dije, has esperado toda la noche para hablar con el inspector jefe de detectives Woodward. Me imagino que has ido a verlo a la primera oportunidad y, aunque nada ha cambiado, le has planteado tus objeciones. Así que te pregunto si ahora te sientes mejor respecto a mi implicación en este caso.

—Supongo que sí, pero ¿qué hacemos aquí abajo? —preguntó mientras le recorría la espalda la brisa fresca del aparato de aire acondicionado. No se quejaba.

—Como ya te conozco, supongo que, desde la última vez que hablamos, no habrás cambiado de parecer con respecto a informar a tu equipo. —Kim negó con la cabeza—. Así que me ha parecido mejor mantener esta conversación en privado. No tengo ningún interés en que me distraigan los esfuerzos por identificar al sujeto desconocido del metal. —Era de admirar la negativa de Alison a llamarlo Rubik—. Es mejor que hagamos esto lejos de los demás.

Kim miró a Bryant, quien se encogió de hombros.

—¿Qué hacemos aquí exactamente?

—Ahora mismo, tu equipo está buscando pistas e indicios independientes: rencores, vínculos, gente a la que pudieron haber molestado, familia y...

—Sí, se llama trabajo policial y es algo que a Bryant y a mí nos gustaría...

—Tenemos que considerar la otra posibilidad —dijo Alison. La estaba capeando bien. Kim se preguntaba de qué demonios hablaba Woody. No había un solo hueso vulnerable en el cuerpo de esa mujer—. Inspectora, este doble asesinato podría estar relacionado de alguna manera contigo y, dado que no podemos hacer esto como un equipo unido, tendremos que hacerlo lejos de los demás.

—Y, para ser exactos, ¿cómo propones que lo hagamos? —Kim se cruzó de brazos.

—Empezaremos con una lista —puso libretas y bolígrafos delante de Bryant y Kim—,una lista muy larga de todas las personas a las que has cabreado.

Bryant negó con la cabeza y empujó la libreta hacia Alison.

—Lo siento, pero no voy a participar en esto —dijo con voz grave.

Alison frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Kim también miró a su compañero en busca de una respuesta.

—Porque solo me quedan siete años para jubilarme.

Capítulo 31

—¿Por qué en la cafetería? —preguntó Stacey sin dejar de mirar la pantalla de su ordenador—. ¿Cuándo has sabido que la jefa haga una reunión en la puñetera cafetería?

Penn se quitó los cascos.

—Bueno, nunca, pero solo llevo aquí...

—La respuesta correcta es «nunca» —dijo ella—. ¿Y por qué está aquí esa mujer?

—Si piensas seguir haciéndome preguntas que no puedo responder, volveré a mi trabajo —dijo él, y cogió de nuevo los cascos.

—Sabes que la jefa nos oculta algo, ¿verdad? O sea, hasta tú lo sabes —dijo Stacey, que tamborileaba con los dedos sobre el escritorio.

—No sé bien qué infieres con lo de «Hasta tú», pero, por supuesto, sé que no nos lo ha contado todo. Supongo que tendrá sus razones y las compartirá cuando...

—Penn, ¿alguna vez tienes reacciones emocionales normales? —preguntó Stacey.

—Sí, cuando es necesario —contestó—. Pero ahora te molesta que no sienta lo mismo que tú.

Sí, Stacey debía admitir que en eso había algo de verdad. Quería que Penn estuviera tan cabreado como ella porque la habían dejado de lado.

—Mira, nos ha dado trabajo, así que será mejor que nos pongamos manos a la obra.

—Vale, ¿qué opinas de Rubik? —preguntó Stacey.

—Por Dios —murmuró él con frustración—. Dime qué quieres que piense y lo pensaré. Espero que después me dejes volver a mi trabajo.

—Una muerte extraña, ¿no crees? —Stacey trataba de imaginarse el cuerpo entero del hombre aplastado entre el metal.

—La verdad es que no. Ha habido muchas muertes extrañas. Hubo un brasileño que murió cuando una vaca atravesó su tejado. Un abogado estadounidense del siglo xix se pegó un tiro por accidente mientras trataba de demostrar que una supuesta víctima podría haberse disparado a sí misma. Un abogado canadiense murió después de lanzarse contra un panel de cristal en el piso veinticuatro de un edificio de oficinas. El cristal no se rompió, pero él rebotó y cayó al vacío. Otro...

—Penn, ¿dónde guardas toda esa información inútil?

Él se encogió de hombros y recuperó sus cascos. Esta vez, lo dejó en paz, pero el cerebro de Stacey no dejó de funcionar.

Sí, al ser humano que llevaba dentro le dolía que la mantuvieran a oscuras, pero su ser investigador quería saber de qué iba todo aquello y por qué.

La jefa la había puesto a investigar el altercado de Mark Johnson con Harry Jenks en el centro comunitario y eso iba a hacer cuando, de pronto, recordó algo: Alison había estado a punto de decir algo la noche anterior, al llegar, pero la jefa la había interrumpido.

Intentó recordarlo palabra por palabra: «Así que, según he escuchado, has tenido una escena del crimen que se parece...».

Stacey lo escribió en una nota adhesiva y lo estudió durante un minuto.

No tenía ni idea de lo que podía significar, y decidió que haría todo lo posible por averiguarlo.

Capítulo 32

Bryant extendió la mano y recuperó el cuaderno.

—En serio —dijo—, ¿cómo vamos a reducir la lista a cientos?

Kim sabía que tenía razón.

Alison se volvió hacia ella.

—Vale, si esto tiene algo que ver contigo, no es tan simple como haber cabreado a alguien. Nadie actúa así solo porque lo hayas enfadado —explicó—. Estamos hablando de una vida destrozada, de alguien que siente tanta rabia hacia ti que está dispuesto a matar gente para defender su punto de vista.

—Eso reduciría la lista a un tercio —dijo Bryant, que empezó a escribir nombres en el bloc de notas.

—¿Nina Croft? —preguntó Kim, con la vista fija en su libreta.

—¿Quién es? —dijo Alison después de haber anotado el nombre.

—La esposa de un concejal local, a la que investigamos en uno de nuestros primeros grandes casos, el del hogar de acogida Crestwood.

—¿Y?

—Sería justo decir que nuestros descubrimientos prácticamente destrozaron su vida —dijo Bryant—. También sería correcto decir que odiaba a la jefa con pasión.

—Ponla en la lista —dijo Alison.

A Kim le parecía poco creíble que el desprecio le hubiera durado tanto tiempo a Nina Croft. Ya habían pasado más de tres años, pero Bryant tenía razón en que había existido un odio profundo, ya que Nina responsabilizaba a Kim.

—Symes —dijo Bryant, y anotó el nombre.

Alison asintió. Se trataba del secuestro que habían resuelto juntos. Alison había trabajado con el equipo y conocía bien a los criminales.

—Symes es una posibilidad. Te odia lo suficiente.

—Pero está en la cárcel —objetó Kim. Se estremeció al recordar que lo único que le importaba a aquel hombre era causar dolor y, cuanto más joven fuera su víctima, mejor.

—Algunas personas están lo bastante enfadadas y son lo bastante poderosas como para vengarse desde la cárcel —dijo Alison—. Ponlo en la lista.

Sí, claro, Kim ya había pasado por esa experiencia: gente que trataba de manipular su vida desde detrás de las rejas.

Bryant pareció seguir el curso de sus pensamientos.

—¿No crees que Alex...?

—No —dijo Kim—, tuvo su oportunidad y falló. No es de repetir.

—¿Te importaría explicarte? —preguntó Alison.

Kim abrió la boca, pero Bryant la interrumpió.

—La doctora Alexandra Thorne es una psiquiatra sociópata. Usaba a sus pacientes y abusaba de ellos para sus enfermizos experimentos. Sus juegos provocaron innumerables muertes.

»Durante la investigación, se sintió fascinada por la jefa y trató de destrozarla. Fracasó, pero, desde prisión, intentó otra vez someterla psicológicamente y jugó con sus puntos más débiles. Además, tenía a alguien en espera, preparada para matarla si algo fallaba.

—Ponla en la lista —dijo Alison.

—Quítala —respondió Kim.

—Inspectora, conozco a los sociópatas —disparó Alison.

—Y yo conozco a Alex. No es ella; ahora, sácala de la lista.

Bryant miró de una a la otra y tachó el nombre.

Alison no.

—Vale, ¿cuál fue tu siguiente investigación importante? —preguntó la doctora.

—Mujeres asesinadas que aparecieron en una granja de cadáveres —dijo Kim.

—¿Hay algo ahí?

—No hay suficiente odio hacia mí —dijo Kim.

Bryant asintió con la cabeza.

El bolígrafo de Alison planeaba sobre el bloc.

—Siguiente.

—Asesinatos de parientes cercanos —dijo Kim. Recordó haber encontrado a Woody casi inconsciente en el suelo de su caravana, en Gales—. No hay bastante motivación.

Una vez más, Bryant estuvo de acuerdo.

—Siguiente.

—El caso de los delitos de odio —dijo Bryant—. Nuestra asistente de detective, Stacey, estuvo a punto de perder la vida.

—¿Alguien —Kim empezó a sacudir la cabeza, pero se detuvo— lo bastante poderoso? —preguntó la doctora. Kim asintió—. ¿Te odia lo suficiente?

—Podría ser —respondió mientras Bryant escribía el nombre de Dale Preece en su lista. Por culpa de Kim, el hombre lo había perdido todo. En eso sí estaba de acuerdo.

—¿Siguiente?

—Asesinatos de prostitutas —dijo Kim—. Y no, esa persona no me odia lo suficiente, aunque piense que tal vez sí.

—¿Siguiente? —dijo Alison.

Kim tragó saliva.

—La investigación Heathcrest. —Nunca conseguiría decir esas palabras sin pensar en el sargento detective Kevin Dawson—. Durante la investigación, descubrimos una sociedad secreta con miembros en puestos importantes y poderosos. No les caigo muy bien, pero han tenido meses para venir a buscarme y no lo han hecho. Los miembros de la familia más afectada por esa investigación se odian más entre sí que a mí.

—Eso debe reconfortarte mucho —dijo Alison con sorna.

—Y nuestra última gran investigación se centró en uno de los médicos vinculados a Heathcrest, a quien yo había intentado acusar de practicar abortos ilegales.

—¿La familia? —preguntó la doctora.

Kim sacudió la cabeza después de pensárselo un poco.

—Luke fue bastante hostil al principio, pero se entibió un poco al terminar el caso.

—¿Cómo de hostil? —preguntó la doctora.

Kim lo recordó dirigiéndose hacia ella con la cara y los puños llenos de rabia.

—Lo suficiente —opinó Bryant. Era obvio que evocaba el mismo recuerdo.

—En la lista —dijeron los tres a la vez.

—¿Algo actual? —preguntó la doctora. —Kim negó con la cabeza—. Entonces, tenemos a Nina Croft, Symes, Alexandra Thorne, en mi lista, no en la tuya, Dale Preece y Luke Cordell.

—Sí —dijo Kim.

—Y eso solo abarca los tres últimos años —comentó Bryant—. Apenas hemos arañado la superficie.

Alison miró la lista.

—Creo que tenemos un buen punto de partida.

Capítulo 33

Penn se preguntó si su colega se daba cuenta de que tenía el ceño fruncido mientras tecleaba en el ordenador. La preocupación de Stacey por el secretismo de la jefa le provocaba sentimientos encontrados.

Venía de un equipo en el que el jefe del departamento compartía la información confidencial cuando era necesario, así que aquello no era nuevo para él; sin embargo, su compañera se lo estaba tomando muy en serio y, desde luego, de forma personal. Si había cosas que no se debían comunicar, lo respetaría.

—¿Tenéis algo? —preguntó la jefa. Acababa de entrar en la sala de la brigada por delante de Bryant y Alison Lowe.

Penn se quitó los cascos.

—Tengo todas las imágenes del Asda. Estuvieron allí casi una hora y, puesto que se trata de gente que no tenía dinero, eso es mucho tiempo; así que estoy intentando seguir sus pasos desde que entraron hasta que salieron.

La jefa asintió hacia él. Penn entendió que eso significaba que siguiera adelante.

—¿Stace?

—Nada sobre Harry Jenks todavía. No ha dejado ni un tufillo de escándalo y está perfectamente cualificado para su trabajo.

Por el tono de voz, Penn detectó que Stacey no solo sentía que estaba errando el tiro, sino que se encontraba en el campo de batalla equivocado. Pero, si la jefa se dio cuenta, no lo demostró.

Volvió a su pantalla.

—Bryant y yo estaremos fuera siguiendo nuevas pistas y...

—¿Qué pistas nuevas? —preguntó Stacey con la cabeza levantada.

—Te avisaremos si surge algo, Stace.

—Voy a hacer unas llamadas a Drake Hall —dijo Alison.

La jefa señaló el Tazón con un movimiento de cabeza.

—Ahí dentro —dijo.

Alison recogió sus pertenencias y se dirigió al despacho.

Penn, con interés, aunque sin decir palabra, seguía atento la forma en que Stacey observaba los sucesos, hasta que algo en la pantalla captó su atención. Reprodujo el vídeo de nuevo. Levantó la mano.

—Un segundo —dijo.

—Penn, de verdad, no hace falta levantar la mano.

—Lo siento, jefa —dijo, y la bajó de nuevo al teclado. Era la fuerza de la costumbre. En un equipo más grande, habría sido necesario levantarla para que, de inmediato, la jefa pudiera ver quién hablaba.

—¿Qué pasa?

—Mira esto. —Pulsó el icono de reproducción.

Ambos observaron que Amy Wilde dejaba de pasear por la sección de verduras y se palpaba el bolsillo trasero.

A pesar de la mala calidad de la imagen, estaba claro que se había llevado la mano a la oreja. Mark, que había seguido caminando, retrocedió y se puso a su lado.

—Tenía un teléfono —dijo la jefa—. Pero no en la escena del crimen.

—¿Alguien se lo robó? —preguntó Bryant.

—O se lo robaron entre esta visita al Asda y el asesinato o el homicida se lo llevó.

—Y el homicida solo lo habría hecho si en el teléfono hubiera algo incriminatorio —observó Penn.

—¿Y eso significa...? —preguntó la jefa.

—Que Amy Wilde conocía a su asesino, aunque fuera vagamente —afirmó Bryant.

Penn sintió un golpecito en el hombro.

—Buen trabajo, Penn, pero quiero más. Quiero enterarme de todos sus movimientos por esa tienda desde que entraron hasta que salieron.

Penn sabía que no tenía sentido acudir a las redes móviles. Sin una dirección ni un número, no tenían la menor posibilidad. De todos modos, era poco probable que la línea fuera de contrato.

—Entendido, jefa. —Ya estaba evaluando el trabajo que tenía por delante. Dado el metraje que había recibido del supermercado, la tarea iba a ocupar la mayor parte de su día, pero era comprensible. Esos eran los únicos vídeos de cámaras de seguridad que tenían de la pareja en las horas previas a su muerte. De no encontrar más pistas ahí, estarían perdidos.

Reflexionó, entonces, mientras miraba a su compañera, al otro lado del escritorio: Alison se

había cambiado al despacho privado para trabajar en algo secreto, en tanto que la jefa y Bryant habían salido de las oficinas a trabajar en otra cosa y se preguntó si Stacey se daba cuenta de que había fruncido el ceño todo el rato.

Capítulo 34

—¿Te das cuenta de que sabe que no eres sincera? —dijo Bryant en cuanto estuvieron en el coche. Kim no le hizo caso—. ¿Y te das cuenta de que está cabreada?

—¿En serio? —respondió ella con sorna—. Heme aquí, después de haber trabajado tres años con Stacey, y sin la menor idea de cómo interpretarla. Qué agradecida estoy de tenerte...

—Te entiendo, jefa, pero hay otras cosas que considerar.

—¿Cómo qué?

—División del trabajo, uso de los recursos apropiados para la...

—A ver, ¿estás enfadado porque has tenido que hacer un poco de minería de datos?

No le había resultado tan difícil averiguar qué estaba haciendo Nina Croft esos días.

—Sabes que el ordenador y yo no somos los mejores amigos, pero lo que quiero decir es que a cualquiera de ellos le lleva un tercio del tiempo que a mí o a ti. Eso no es eficiencia.

—Tampoco lo es mantener esta conversación una y otra vez. No voy a ceder. —Creía con firmeza en que podrían resolver el doble asesinato sin tener que dar lecciones de historia personal —. Entonces, ¿qué sabemos de Nina Croft?

—No mucho —se sinceró él—. Con el tiempo que he tenido, he averiguado que dirige su propio bufete desde una oficina en Cradley Heath High Street.

—Mmm...

Era muy probable que ella misma hubiera conseguido averiguar eso. Los conocimientos informáticos de Bryant, al igual que los de ella, se limitaban a teclear un nombre en Google y desplazarse hasta el resultado más prometedor. En ese mismo tiempo, Stacey, casi con seguridad, habría encontrado el nombre de la escuela de los hijos y se habría enterado de si Nina tenía algún contacto con su marido en prisión. Hasta habría sido capaz de decirles lo que la mujer había desayunado, aunque no viniera al caso.

—Me pregunto si es más feliz ahora —dijo Kim mientras Bryant ponía rumbo a Colley Gate.

—Sí, seguro que sí. Seguro que te dará un gran ramo de flores, te invitará a...

—Vale, basta. —Bryant ya iba por Lyde Green hacia Cradley Heath—. Tal vez no se acuerde de mí. Ni siquiera estoy segura de que deba estar en la lista. —El coche se detuvo ante una tienda de alfombras que Kim recordaba de su infancia—. ¿Qué estamos haciendo...? ¡Ah! —exclamó

cuando vio la placa a la derecha de la entrada.

Salió del coche y siguió a Bryant por la estrecha escalera a la parte superior, hasta una puerta cerrada.

—¿Sabes?, puede que incluso me dé las gracias por haber descubierto lo que tramaba su marido —dijo mientras la puerta empezaba a abrirse.

Un esbozo de sonrisa se borró cuando los ojos oscuros se llenaron de odio.

La mujer miró a Kim de arriba abajo con incredulidad. En su voz, cada palabra destilaba veneno.

—¿Qué coño quieres?

Capítulo 35

Alison llamó a la puerta y esperó a que la invitaran a entrar.

—Siéntese —le dijo el inspector Woodward. Le señaló la misma silla que había ocupado durante menos de cinco minutos el día anterior—. Siento que no pudiéramos hablar de esto ayer, pero le agradezco que haya venido a ayudarnos con tan poca antelación.

Ella le agradeció las palabras. Prefirió no señalar que en realidad no tenía prisa.

—¿Y cómo ha reaccionado el equipo ante su presencia?

—¿No habrá querido decir «Cómo ha reaccionado mi inspectora»? —preguntó ella—. Creía que usted lo sabía mejor que yo, dado que ya ha venido a echarle abajo la puerta —añadió.

—Bueno, en principio, me gustaría saber de todo el equipo. Han pasado por muchas cosas en los últimos meses.

Sí, ella había leído en el periódico la noticia de la muerte de Dawson y se había entristecido, pero no sorprendido del todo. Mientras trabajaba con el equipo en el caso del secuestro, había tenido la oportunidad de observarlos de cerca y se había quedado fascinada por la impetuosa energía de Dawson y los esfuerzos que el joven sargento hacía por reprimirla.

—El equipo está bien —respondió Alison—. Penn es un libro muy abierto. Stacey es recelosa y desconfiada, y Bryant, ferozmente protector.

—¿Y Stone? —preguntó él.

—No la he visto mucho —admitió Alison—. Pero, en este momento, no parece llevarlo bien.

Alison no mencionó que aún estaba familiarizándose con el lenguaje corporal de la detective y tomando notas. Había sido difícil interpretarla hacía tres años y, desde entonces, las cosas no habían mejorado. También decidió no revelar que el reto le hacía ilusión, que algunas personas eran mucho más fáciles de leer que otras.

Recordó cuando tenía nueve años y estaba en el entrenamiento de gimnasia, después del colegio. Como siempre, se había descubierto a sí misma observando a la gente, a las otras chicas. A Naomi, por ejemplo, una excelente deportista un año más joven que ella, a quien le habían dicho que se centrara en la barra de equilibrio. La niña había asentido con entusiasmo, solo que Alison había notado que se le doblaban los dedos de los pies. Naomi hizo los ejercicios en la barra y se cayó una y otra vez. Unas semanas más tarde, ocurrió exactamente lo mismo. Tenía flexionados los dedos. Se cayó.

Un mes más tarde, durante los campeonatos regionales, la estrella de la barra, Kaisha, se puso

enferma, con retortijones. La entrenadora del gimnasio eligió a Naomi para que ocupara su lugar. Alison había notado que a la niña se le volvían a doblar los dedos de los pies y, temerosa, le dijo a la profesora de gimnasia que se iba a caer. La profesora no le hizo caso, le dijo que era capaz de sobra.

Naomi se subió a la barra y, durante la rutina, se cayó y se torció la muñeca. Más tarde, Alison comprendió que su compañera, aunque estaba bien entrenada para dominar la barra, había desarrollado un bloqueo mental que le hacía temer el aparato. Ese miedo se manifestaba como un arqueo de los dedos del pie, algo de lo que la propia chica no era consciente. Desde entonces, Alison se sintió fascinada por comprender el comportamiento de las personas: de lo que eran conscientes y de lo que no.

—También me gustaría hablarle del otro asunto —dijo el director.

Ella asintió y se obligó a no tragar saliva, a no revelar que se doblegaba ante su propio nerviosismo.

Ya se había dado cuenta de que el «otro asunto» quedaría, de algún modo invisible, vinculado a su currículum durante el resto de su carrera; que el «otro asunto» eclipsaría cualquiera de sus triunfos anteriores y todos sus logros futuros. Nunca lograría escapar del «otro asunto», y la prueba estaba tumbada y silenciosa en la cama de un hospital.

—No tiene nada que ver con el tema para el que la hemos traído.

—Gracias —dijo ella sin revelar nada.

—Todos cometemos errores —dijo Woody, y fijó su mirada en la de la criminóloga.

Ella lo miró sin inmutarse. Apreciaba, al mismo tiempo, la amabilidad con la que él estaba abordando ese error que Alison había cometido.

Solo que había un pequeño problema: no estaba del todo convencida de que hubiera sido un error.

Capítulo 36

La habitación era cutre, oscura y estaba llena de carpetas. Kim se acordó de las oficinas de los detectives privados de la televisión.

—No te invitaría a sentarte ni aunque tuviera más sillas —dijo Nina, que se había situado de pie junto al escritorio.

Kim se sintió aliviada al ver que la mujer seguía vistiendo bien, con un vestido azul marino ajustado y recto que terminaba justo por debajo de las rodillas. El nombre del diseñador no era obvio para ella, pero la prenda tenía un aspecto elegante y funcional. Llevaba el pelo castaño oscuro dos centímetros más largo de como lo recordaba. Sería el resultado de menos visitas al salón, supuso Kim.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó. Ocupó la silla individual.

El rubor inundó el rostro de Nina.

—¿En serio? —explotó la mujer—. ¿Qué demonios haces aquí?

Kim se encogió de hombros.

—Solo pasaba.

—Mentirosa —le escupió Nina—. Ahora bien, si esto no es un asunto oficial relacionado con alguno de mis clientes, puedes...

—¿Quiénes son? —preguntó Kim—. Quiero decir, ¿quiénes son tus clientes hoy en día?

El odio burbujeaba tras los ojos de la mujer.

—No es asunto tuyo. Aquí no hay nada que sea de tu incumbencia. No eres bienvenida ni aquí ni en mi...

—¿Y dónde está eso ahora? —preguntó Kim. No podía resistirse a provocarla. Era una diversión sin culpa y sin calorías; sobre todo, cuando recordaba a aquel perro y su dolorosa muerte, después de que Nina lo alimentara con anticongelante para evitar que Kim siguiera investigando el centro de acogida de Crestwood—. ¿Aún vives en esa casa grande y bonita en...?

—No tienes puta gracia. Sabes muy bien que me fue imposible quedarme con mi casa y llevar a hijos a un colegio privado. Vivo en una casa adosada en Old Hill y mis hijos asisten al colegio local por culpa tuya, zorra de mierda, y...

—Ay, Nina, por favor —dijo Kim, que estaba perdiendo la paciencia con esa actitud santurrona

—. Tu marido se merecía lo que le ocurrió. Siento que hayas perdido todo lo que tenías. Siento que hayas perdido tu trabajo bien pagado en Birmingham, siento que te hayas perdido tu inminente ascenso a socia. Siento que hayas perdido tu casa y que tus hijos hayan tenido que cambiarse de colegio. Y todo por lo que hizo tu marido. —Vio que en los costados de la mujer le temblaban los puños—. Solo que, en realidad, no lo siento en absoluto, Nina, porque sabías todo lo que él había hecho y nunca se lo dijiste a nadie. Si hubieras hablado, habrías salvado vidas, así que me importa una mierda...

—Vete —ladró, y señaló la puerta—. El solo verte me ofende. No tengo por qué tolerar...

—Por no hablar de lo que le hiciste a ese perro —dijo Kim, y sacudió la cabeza—. O sea, eso fue una bajeza.

—Fuera —gritó Nina.

—Y obstruir el curso de la investigación para proteger tu propia...

—Inspectora, se lo advierto. Fuera.

—¿Dónde estabas el domingo por la noche, Nina? —preguntó Kim, tranquila, con lo que le provocó confusión.

—En casa, con mis hijos —respondió ella sin pensarlo, demasiado atrapada en la rabia como para pensar en no responder.

—Gracias. —De un salto, Kim se levantó del asiento—. Ha sido un placer que nos pusiéramos al día —dijo, y siguió a Bryant fuera del despacho.

No le sorprendió oír que algo se estrellaba contra la puerta de madera que acababa de cerrar.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Bryant cuando terminaron de bajar la escalera.

—No estoy seguro —respondió él—. Pero puedo decirte que, si antes no estaba tan enfadada como para hacerte daño, seguro que ahora sí.

Capítulo 37

Penn echó un vistazo a la cronología que estaba trazando minuciosamente para su jefa. En ella se detallaba el recorrido de Amy y Mark por el supermercado el domingo por la tarde.

15:09 A y M entran en el Asda.

15:14 Vistazo a la nevera de sándwiches.

15:18 Examinan las frutas y las verduras.

15:20 Recoge una manzana y la devuelve a su sitio.

15:26 Deambula por el pasillo de las carnes refrigeradas.

15:30 Atiende una llamada telefónica (3 minutos).

15:33 Charla junto al pasillo del pan fresco.

15:34 Se mira la muñeca.

15:37 Examina el pasillo de artículos de aseo.

15:40 Se mete algo en el bolsillo.

15:42 Va a los aseos.

Y en eso estaba, esperando a que uno de los dos, o ambos, salieran de los lavabos. Había visto entrar y salir a una limpiadora y a innumerables compradores, pero ellos llevaban unos siete minutos dentro.

—¿Café? —oyó más allá de los cascos.

Hizo una pausa y miró a su colega. Ella nunca tocaba el café y rara vez lo preparaba. Por lo general, Penn se tomaba uno o dos por la mañana, pero luego lo dejaba. De tomar mucho más, sería como un abejorro liberado en verano.

Negó con la cabeza, pero, por el rabillo del ojo, vio cómo Stacey echaba un par de vistazos a Alison, que seguía haciendo llamadas desde el Tazón.

Volvió a sus grabaciones y vio que Amy y Mark salían de los aseos a las 15:52, justo ocho

minutos antes del cierre de la tienda.

Cambió a la cámara que cubría las puertas de entrada y salida y esperó: 3:53; 3:54; 3:55. Nada.

¿Adónde habían ido? En menos de diez segundos, se podía ir de los aseos a la puerta.

Retrocedió la grabación desde la cámara que cubría el quiosco de tabaco, lo único que había entre los aseos y las puertas.

Se encontró con la pareja inmersa en una conversación detrás de los periódicos. Amy fue la primera en alejarse. Mark la siguió. Pero Penn sabía que no habían llegado a la salida.

Se irguió en la silla, tecleando furioso y cambiando de una cámara a otra para volver a captarlos.

Por fin los volvió a encontrar. Observó cómo examinaban algo, se decidían y, finalmente, lo compraban.

Anotó la hora en la cronología, pero, por Dios, no se esperaba aquello.

Capítulo 38

Kim no recordaba la última vez que había visitado la prisión de Winson Green, pero no había pasado mucho tiempo.

Ahora era conocida como la cárcel de Su Majestad en Birmingham, pero, para ella, siempre sería Winson Green. Recordaba los viajes ocasionales en tren a Birmingham, con Erica y Keith. En cada uno, Keith le advertía de que se acercaban al imponente edificio. Y cada vez se había sentido obligada a mirarlo y, luego, a arrepentirse. La visión del exterior victoriano la asustaba y fascinaba a la vez. La coraza descarnada, dura e implacable le había provocado miedo, pero Kim también se preguntaba entonces por los hombres malos que se alojaban ahí.

Pues bien, ahora mismo había mil cuatrocientos cincuenta malvados recluidos entre estos muros de categoría B: una mezcla de reclusos adultos y en prisión preventiva. Ella misma había contribuido a meter allí a un buen número.

Llegaron hasta las emblemáticas columnas azules de la policía y entraron. Bryant había llamado con antelación, de modo que la primera visita se había organizado en una sala privada y bajo una fuerte presencia de guardias. Ella no habría solicitado algo así, pero Bryant y el director se habían puesto de acuerdo. Ese encuentro no tendría lugar en el centro de visitantes.

Un hombre de unos treinta años, de pelo negro y bigote bien cuidado, se adelantó para saludarlos.

—Soy Gennard, jefe de equipo. Seré el supervisor de su visita —les dijo. Hacía alarde de su entrenamiento en atención al cliente.

Una parte de Kim se revolvía ante el logotipo de la empresa de seguridad privada que Gennard llevaba en la camisa. La privatización de las prisiones, que había comenzado en 1992, no le sentaba nada bien. Su mente no podía aceptar que la protección del público frente a los delincuentes peligrosos se convirtiera en un negocio lucrativo. Las consecuencias del recorte de gastos y la tacañería podían ser desastrosas. Pero pensó que no era culpa de ese hombre.

Bryant, mientras, estrechaba a Gennard la mano y le daba las gracias.

—Sus identificaciones, por favor —les dijo él en tono agradable, con una expresión que parecía decir: «Esta norma no se la salta nadie».

Ambos se identificaron. El hombre sacó una cesta y la señaló con el mentón.

—Pongan aquí sus cosas —dijo—. Les devolveremos todo.

—¿Todo? —preguntó Kim.

—Las armas improvisadas te retorcerían el estómago —dijo—. He visto cuchillos hechos con cepillos de dientes, látigos fabricados con navajas de afeitar. Incluso tenemos que controlar el consumo de agua —dijo, muy amable, como tratando de hacer que la visita fuera una experiencia positiva.

—El agua es bastante inofensiva, ¿no? —preguntó Bryant. Kim también barruntaba qué podrían hacer con el agua las mentes más ingeniosas.

—Ja, no se engañe pensando que algo es inofensivo cuando está tratando con el rebuscado cerebro de un criminal. El agua parece bastante segura hasta que alguien llena con ella una bolsa de plástico y, desde una gran altura, la deja caer sobre alguna cabeza. Se convierte, entonces, en una bomba con capacidad mortal.

Ella sabía que eso era cierto.

—Vale, ¿todo listo? —preguntó él, como si fuera un día de excursión.

—Casi —dijo Kim, y se volvió hacia su colega—. Bryant, quédate aquí.

Con su expresión, él decía que «Ni de coña», pero era importante que le hiciera caso para lo que ella estaba a punto de hacer.

—Jefa, no creo...

—Estaré bien —dijo Kim, muy decidida, antes de darse la vuelta.

—Harris, Iqbal, venid conmigo —dijo Gennard a un grupo de agentes de camisa blanca.

Los dos más robustos se adelantaron y los siguieron a través de la puerta codificada. Caminaron en silencio hasta que Gennard se detuvo en seco ante una pesada puerta metálica.

Tecleó una clave y la abrió.

Iqbal fue el primero en entrar. Se situó en la esquina izquierda. Harris entró enseguida.

Kim observó al hombre musculoso, de cabeza rapada y cicatriz en el ojo izquierdo. No sintió ningún remordimiento por haber sido la responsable de que él estuviera allí. Tenía enfrente al tipo más malvado y perverso que hubiera conocido, un sujeto cuya avidez de infligir dolor físico no tenía límites.

El odio que surgió de los ojos del hombre llenó el espacio entre los dos.

Ella sonreía por dentro mientras le decía:

—Hola, Symes, ¿te alegras de verme?

Capítulo 39

—Tranquilos, tranquilos —dijo Gennard ante un Symes que intentaba arrancarse las esposas de la barra de seguridad que lo tenía confinado a la mesa.

No había sillas en el lado opuesto. Por supuesto, lo que ese hombre sentía por Kim no se había suavizado desde su último encuentro, cuando ella le había incrustado un cristal en el ojo. Y ella estaba excepcionalmente orgullosa de las cicatrices que le había dejado. Serían un recordatorio permanente de que el criminal había fracasado en su empeño.

—¿Cómo has estado, Symes? —le preguntó en cuanto Gennard se situó a su lado.

—¿Qué coño quieres, puta? —preguntó él, con las fosas nasales dilatadas.

—Esto es solo un control rutinario. He venido a ver si te estás portando bien.

—Te juro que, si pudiera...

—Symes —le advirtió Gennard.

—¿Has hecho amigos y has jugado bien con ellos? —preguntó.

—Vuelve a tu puta esquina —le espetó él.

—Ah, nadie quiere jugar, ¿eh? Me gusta ver que los chicos de aquí tienen normas.

A su lado, Kim sintió que, ante el tono perezoso y retozón con que hablaba, Gennard se ponía rígido, pero era necesario, calculado e intencionado. Y por eso había querido a Bryant fuera de la habitación. Él habría intentado detenerla.

—Ni siquiera estos tipos soportan a un cobarde que les hace daño a niños —dijo ella. Miraba con fijeza el único ojo bueno de Symes.

—Con una sola de mis manos en tu puta garganta...

—Y no les importan mucho los fracasos, ¿verdad? Supongo que sabrán que fue una mujer quien te detuvo, y eso debe de hacerle un flaco favor a tu credibilidad. —. Hizo un cero con el pulgar y el índice.

—Gennard, ¿quieres dejar que...?

—Y te alegrará saber, estoy segura, que esas niñas son felices, que están en forma y gozan de buena salud. No les importas en absoluto —añadió con una sonrisa.

—Voy a torcerte...

—Así que, vamos, ¿con quién vas a las clases de macramé?, ¿alguien interesante? —le preguntó. Notaba cómo la rabia le blanqueaba los nudillos apretados, pero él, por una vez, no dijo nada—. ¿Has pensado mucho en mí?

De repente, Symes se irguió y la miró con frialdad.

—¿Alguien te la ha estado metiendo, puta? —preguntó.

Kim se daba cuenta de que, durante todo ese intercambio, él no había mirado a nadie más en la sala, ni una sola vez; y ella tampoco.

—Responde a la pregunta, Symes —dijo.

—¿De verdad crees que he ido detrás de ti? —preguntó él.

—Contesta —volvió a decir ella.

—¿Sabes, Stone?, tu cara no me deja dormir ninguna puta noche. Te imagino debajo de mí, retorciéndote y gritando mientras te violo...

—Symes —lo advirtió Gennard.

Kim levantó la mano.

—Déjalo que hable sin tapujos. —Estaba allí para descubrir lo profundo que era el odio que le tenía este tipo y si podía ser el responsable, de forma remoto, del asesinato de Amy y Mark. Ella lo había incitado a ser brutalmente franco y ahora tendría que escucharlo.

—Te imagino gritando, pidiendo clemencia mientras te parto por la mitad con mi rabo. Y, un día, cuando mi polla haya quedado satisfecha, te aporrearé hasta matarte. Un hueso roto tras otro hasta que patee una bolsa de piel con todos los órganos destrozados.

Kim vio cómo, mientras ese personaje hablaba, un velo de éxtasis caía por sus ojos. Symes había vivido solo para la violencia. Ahora vivía solo para ser violento con ella.

A Kim no le quedó la menor duda de lo que le ocurriría si ese hombre quedaba libre.

Escondió la sensación de que un dedo frío recorría su espina dorsal.

—Sí, vale. Ahora, ¿vas a responder a la pregunta? —lo presionó.

—Si alguien está sacudiendo tu avispero, tiene mi puto voto; pero hay una cosa que ya deberías saber sobre mí, perra, zorra, puta.

—¿Cuál?

—Si te estuviera persiguiendo yo, ya estarías muerta.

Capítulo 40

Symes se puso la mano en la polla flácida y empezó a masturbarse.

Ayer, después de una visita de Deana —esa sucia escoria—, se había dado el gusto de hacerse una paja en los aseos de visitantes. Según le había confesado a Gennard, no habría sido capaz de contenerse hasta llegar a las celdas.

Había algo satisfactorio en masturbarse en esos aseos, un lugar de suelos limpios y bien surtido de papel sanitario, donde no olía a orines ni mierda de hacía cuatro días.

Pero hoy no. Hoy ni siquiera lo habían llevado a la sala de visitas. No era seguro para la visitante, le habían dicho, y habían tenido toda la puta razón al encadenarlo a esa maldita mesa, porque, de haber tenido las manos libres...

Su mano iba de allá para acá, tratando de expulsar el veneno que la zorra le había metido en los huevos. La rabia, siempre presente, se había avivado y necesitaba salir disparada para dejarlo pensar con claridad.

Recordó la visita de Deana el día anterior: sus grandes tetas apretándose contra la camiseta barata, dos tallas más pequeña. La carne tambaleante de la mujer no le provocaba nada, pero esa zorra sabía lo que a él le gustaba. Se había puesto la mano derecha en la piel blanca y lechosa para pellizcársela; primero con suavidad, incitándolo, y luego con más fuerza, hasta que aparecieron manchas rojas. Symes empezó a excitarse cuando las marcas se hicieron más profundas y el malestar apareció en el rostro de la mujer. Ella se agarró la piel con más fuerza, se la retorció con rudeza, se clavó las uñas como garras hasta gritar de dolor.

Él pensaba que se correría de un momento a otro.

Bombeó con más fuerza, tratando de retener la imagen del sufrimiento, de los moratones, del dolor.

Pero la polla caía flácida en su mano.

Encaminó su mente hacia el único recuerdo al que siempre podía sacarle jugo. Uno que, por no agotarlo, utilizaba con moderación.

Se imaginó a Kim de los Cojones Stone en el suelo del sótano, interponiéndose entre él y la niña de nueve años cuya vida le habían prometido.

Recordó la sensación de haberle dado una fuerte patada en la rodilla para derribarla, evocó el gemido de dolor que había escapado de su boca.

«Aquí viene», pensó; la polla se desperezaba.

Se imaginó encima de ella, dándole puñetazos en la cara.

«Ah, sí, ah, sí, ay, sí», su mano trabajaba con más ahínco.

El rostro de la mujer se estremecía con el dolor que él le provocaba.

«Esto está mucho mejor», pensó mientras el calor le recorría la mano.

—Vamos, Symes, no tenemos todo el día —le gritó Gennard desde fuera.

—Vete a la mierda —protestó él ante semejante intrusión.

Pero ya era demasiado tarde. La voz de Gennard le había recordado por qué tenía a los guardas encima: por la visita de esa zorra.

Y, ahora, la nueva visión venía a atormentarlo. Venía a reemplazar el viejo y atesorado recuerdo, guardado tan a buen recaudo para su propio placer.

Esa puta, en forma y saludable, sin dolores y sin lesiones. Su cara arrogante y victoriosa burlándose de él desde el otro lado de la habitación.

La polla se le aflojó entre las manos. Supo que nunca recuperaría aquel precioso recuerdo.

Y ahora odiaba a esa zorra aún más.

Capítulo 41

Alison observó a Stacey mientras esta se acercaba a la puerta y llamaba antes de entrar en el Tazón.

—¿Café? —preguntó la asistente. Alison negó con la cabeza—. ¿Té, agua?

La criminóloga levantó un frasco plateado que contenía un batido preparado en casa.

—Estoy bien, gracias.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Stacey con tono amable—. La minería de datos no es algo que todo el mundo quiera hacer y...

—Stacey, ya sea que le des vueltas al tema todo el día o que me preguntes directamente, tendrás la misma respuesta: no puedo decirte en qué trabajo.

—Pero ella nos oculta algo, ¿verdad? Podrías decirme eso, al menos.

Alison dudó un segundo antes de asentir.

—Siento decirte, Stacey, que, en definitiva, es lo que está haciendo.

Alison vio cómo la agente volvía al despacho general y se sentaba. Estuviera de acuerdo o no con el secretismo de Stone, tenía que respetarlo.

A pesar de lo que la detective había dicho sobre Alexandra Thorne, había marcado el teléfono del alcaide de Drake Hall para pedirle que la llamara en caso de que hubieracualquier cambio en el patrón de conducta de la mujer. ¿Algún visitante nuevo? ¿Alguna nueva alianza en la prisión? Si esa psiquiatra era una verdadera sociópata, debían tomarla en cuenta, estuviera o no en la cárcel. Bryant, con sus comentarios, le había dado a entender que Thorne ya había intentado cosas desde detrás de las rejas. Eso no hacía más que aumentar las sospechas de Alison. Y, a diferencia de Stone, su propia experiencia con los sociópatas le decía que rara vez se rendían tras el primer intento.

Sin embargo, después del encuentro con el inspector Woodward, su mente aún se centraba en Beverly Wright, que seguía postrada en una cama de hospital. No dejaba de pensar en el error que había cometido y que había llevado a Beverly a estar allí.

Se preguntó si, por su arrogancia, se había negado a aceptar el resultado de la investigación de la policía de West Mercia. Era una posibilidad, lo sabía. Nadie quería admitir nunca que se había equivocado; sobre todo, si ese error terminaba con una mujer inocente brutalmente golpeada y violada.

No paraba de abrir la carpeta en su ordenador portátil. Por enésima vez, se preguntó por qué no la había archivado, por qué no la dejaba pasar. Era incapaz de entender su error. Necesitaba saber en qué se había equivocado. ¿Cómo trabajar con este equipo o, en el futuro, con cualquier otro si antes no entendía en qué había metido la pata?

Hacía casi cuatro meses le habían pedido ayuda para aclarar la brutal violación y asesinato de una mujer de veintinueve años, en Malvern. En la escena del crimen faltaban pistas tangibles.

De inmediato, se dio cuenta de que la tarea suponía un reto. Un aspecto fundamental en la elaboración de perfiles criminalísticos era que a un delincuente concreto se lo podía vincular con múltiples delitos. El perfil, entonces, podía utilizarse para predecir sus futuras acciones. Dado que había un solo delito, no había tenido más remedio que partir de la premisa de que el comportamiento reflejaba la personalidad.

De haber habido otros crímenes, habría utilizado el análisis de vínculos y buscado casos semejantes en los que hubiera pocas pruebas para relacionarlos por similitud; pero la brutal violación y asesinato de Jennifer Townes no se parecía a nada que hubiera visto antes.

Alison había estudiado cada dato. Lo había leído una y otra vez, extrayendo tipologías, categorizando la escena del crimen y, por extensión, la personalidad del delincuente.

Al final, había trazado un perfil del agresor para los investigadores en un momento en que el equipo ya había decidido quién era su principal sospechoso. Ella, sin embargo, insistía en que estaban equivocados.

Habían elegido a un exnovio de Jennifer, un aspirante a músico que recorría los pubs y clubes de Worcester dando conciertos y esnifando en busca de su gran oportunidad. Alison había insistido en que no había sido él. Curtis Swayne era un vagabundo creativo e inestable que vivía en la habitación extra de alguien. El interés del equipo se basaba en que el músico había mostrado tendencias violentas en una pelea de bar, en el que Jennifer había trabajado a tiempo parcial.

Al principio, habían escuchado a Alison y centraron la investigación en los interrogados que sí se ajustaban al perfil. En particular, dos sospechosos: Gerard Batham, de veintiocho años, socio junior del bufete de abogados donde Jennifer trabajaba durante el día. Su ambición, falta de escrúpulos, impulsividad y organización, junto con su buena apariencia, lo convertían en un posible sospechoso. El otro era Tom Drury, propietario del bar Elite, en Kidderminster, en el que Curtis tocaba y Jennifer trabajaba.

Y una noche, en el Elite, mientras Curtis tocaba y Tom atendía la barra, alguien atacó a Beverly.

Tom tenía coartada, pero Curtis ni siquiera recordaba adónde había ido al terminar su actuación.

Dos días después, Curtis había sido detenido y acusado. A Alison, por su parte, la habían invitado a salir por la puerta.

Para colmo de males, durante una rueda de prensa, el superintendente jefe había hecho una declaración pública donde en la que condenaba el uso de métodos de identificación

«abracadabra» por encima de los trabajos policiales sólidos.

Ella se había ocultado en su casa, rodeada de pañuelos desechables y envases de comida rápida.

Había visto en los informativos todo lo relacionado con los asesinatos. Además, había descargado una y otra vez Sky News para estar al tanto de cualquier novedad. Había visto que Beverly Wright era señalada como prostituta y que, después, poco a poco, su nombre desaparecía de las noticias.

Y era Beverly en quien se interesaba, fuera cual fuera su profesión. Cuando le asignaron el caso a Alison, Jennifer ya había muerto; sin embargo, el ataque a Beverly era el que ella podía, debía, haber evitado.

Se había armado de valor para llamar al hospital por fin. Y, en ese momento, mortificada, se enteró de que era la única persona que había llamado.

Desde entonces, visitaba a la chica todas las noches.

Durante los últimos cinco días, había estudiado con detenimiento cada detalle de los dos casos en un intento de relacionar cualesquiera con Curtis, pero no lo había conseguido. No sin ir en contra de todo lo que sabía.

Ya apartada del caso, también la habían repudiado todos aquellos con quienes había trabajado. Su reputación y su carrera estaban por los suelos. Y eso le molestaba, pero no tanto como el malestar en el estómago que se negaba a desaparecer cada vez que se sentaba junto a Beverly Wright.

Repasó los nombres de los interrogados en relación con el asesinato de Jennifer.

Sus ojos volvían a dos una y otra vez. Y a uno en particular.

Inspiró hondo. En realidad, solo importaba una pregunta: ¿qué iba a hacer al respecto?

Capítulo 42

A Kim no le habría ido mal una buena ducha caliente después de haber dejado a Symes en la celda.

—Uf, eso ha sido un poco intenso —comentó Gennard, y, con una seña de la mano, alejó a los otros dos agentes—. Aunque no sería obligatorio con el siguiente recluso, preferiría, por ahora, que dejaras tus pertenencias aquí. —Kim asintió. Bryant se unió a ellos—. Las normas son las normas —explicó sin necesidad.

—Entonces, ¿dónde encontraremos a Dale Preece? —preguntó ella.

Él señaló con la cabeza el centro de visitantes situado al otro lado de la calle.

—A medio camino de la visita vespertina. Su madre suele estar aquí.

A Kim no le entusiasmaba la idea de volver a ver a ninguno de los dos.

Tomó aire y cruzó la calle.

***

La sala estaba medio llena de presos. Había visitantes sentados en asientos de plástico ante mesas de madera fijadas al suelo. Sobre las mesas había vasos de cartón con café y envoltorios de bocadillos.

Dale Preece había cambiado muy poco. Eso pensó Kim durante el segundo que tuvo para examinarlo. Llevaba el pelo negro corto y parecía elegante. Daba la impresión de haber perdido unos kilos, lo que hacía que sus pómulos fueran más pronunciados.

No le sorprendió que estuviera cogiendo la mano de su madre por encima de la mesa. Solo quedaban ellos dos.

Avanzó un paso y Dale la miró.

Durante unos brevísimos segundos, volvieron a estar en aquella granja, Dale apuntándole con un rifle.

El rostro del hombre se endureció mientras, en apariencia, recorría los mismos horrores que tuvieron lugar aquella noche.

Cuando Mallory Preece notó que su hijo estaba distraído, también giró la cabeza.

En su expresión de sorpresa no había ningún regocijo. Pero Kim no estaba interesada en Mallory Preece, que había demostrado ser una mujer blanda e ineficaz, dominada por su propio padre, un racista que había destruido la vida de sus dos nietos y las relaciones entre ellos. Y no se creía que Mallory no hubiera sabido nada.

—¿Qué quieres? —dijeron al tiempo.

—Tener una pequeña charla —dijo. Fijó su mirada solo en Dale. Los ojos oscuros del hombre eran impenetrables, pero la mandíbula desencajada delataba el disgusto que le provocaba la presencia de la detective.

Mallory Preece consultó su reloj.

—Me marcho, cariño —le dijo en voz baja—. Te veré mañana.

Él asintió y le apretó la mano antes de levantarse.

Mallory recorrió a Kim con una mirada de disgusto mientras agarraba su bolso y abandonaba la sala.

—¿Lo visita todos los días? —preguntó Kim. Se sentó.

Él asintió con la cabeza.

—Más o menos. —Kim sospechaba que, a esa mujer, ya sin tener que ocuparse de su despreciable padre, no le quedaba mucho más que hacer—. Ahora está sola —dijo el recluso. No hablaba con tono acusatorio, aunque detectó que se controlaba para mantenerlo así. Dale Preece siempre había conseguido controlarse—. Ha tenido que aprender a cuidar de sí misma.

Kim estuvo a punto de decir que tenía suerte de haberse librado de aquel despiadado y malvado hijo de puta, pero recordó que Dale y su abuelo habían estado muy unidos.

—¿Qué tal se está aquí? —preguntó.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar él con frialdad, mirándola a los ojos. Como era de esperar, no tenía ningún interés en intercambiar cortesías.

El objetivo de Kim era calibrar las respuestas emocionales y los niveles de odio. Con Symes había sido pan comido, pero con Dale no iba a resultar tan fácil. Ese hombre mantenía sus emociones bien ocultas tras el oscuro y apuesto exterior.

Aquella noche, en la granja, había optado por salvarle la vida a Kim, y quizás ahora se arrepentía, ya que a cambio había perdido a su abuelo y a su hermano, aunque era algo de lo que ella no sentía en absoluto.

—Visita rutinaria para ver... —Sus palabras se fueron apagando. No, eso no iba a funcionar—. Dale, puede que alguien esté tratando de hacerme daño. He venido para saber si eres tú.

Un atisbo de sorpresa se reflejó en sus ojos inexpresivos. Él lo ocultó de inmediato y su rostro volvió a la neutralidad.

—¿Estás sorprendido?

Él negó con la cabeza.

—No de que alguien pueda estar detrás de ti, sino de que hayas venido a verme. ¿Qué podría hacer yo desde este lugar?

No negó nada. Kim tomó nota.

—Te sorprenderías —respondió ella con sinceridad.

—Pero ¿por qué yo? Seguro que hay gente que te odia más. —Kim no pudo sino maravillarse ante la falta de emoción que acompañaba semejante frase. Una con la que el hombre admitía que la odiaba. De algún modo, eso la dejó aún más helada que el hombre tuerto—. Como Symes —añadió.

—¿Conoces a Symes? —Ahora ella era la sorprendida. Sí, aunque estaban en la misma prisión, estos dos hombres no podían ser más diferentes. No se habrían conocido en el club de macramé.

Dale asintió.

—Me buscó cuando yo acababa de llegar. —Hizo una pausa—. Para serte franco, Symes se acerca a cualquiera que haya llegado aquí por tu culpa. Es su propio Club del Odio.

Kim frunció el ceño. Esto era algo que la inteligencia de la prisión debería haber detectado.

—Vale, Dale, gracias —dijo, y se puso en pie.

—Y, por si te sirve de algo, su compañero de celda, otro miembro de su club, salió hace poco.

Capítulo 43

A las seis en punto, en la comisaría, Kim estaba preparada para recibir los avances de su equipo.

—Stace, ¿qué sabes de Jenks?

Stacey negó con la cabeza.

—Nada todavía, jefa.

—¿Perdona? —preguntó Kim. Ella y Bryant habían estado fuera todo el día y Stacey no tenía nada que darle.

—He probado por todos los canales normales. No hay banderas rojas. Está cualificado para el trabajo y...

—Stace, por la pared que el tipo tiene detrás, yo ya me había dado cuenta. Lo lleva como una insignia.

—Lo siento, jefa, pero...

—Al despacho, Stace —dijo Kim, y se dirigió al Tazón.

Stacey cerró la puerta después de entrar.

—Mira, jefa, he...

—No me interesa, Stace —la interrumpió Kim, y sacó su teléfono. Marcó un número y activó el altavoz.

Le cogieron la llamada al segundo timbrazo.

—Dime.

—Oye, Gem, ¿sabes algo de ese centro comunitario en Stourbridge, el que está detrás de la estación de autobuses?

Gemma soltó una trompetilla.

—¿Qué significa eso?

—El lugar está bien, tiene un montón de cosas, pero el jefe es un poco ruin, por lo que dicen.

—Cuéntame. —Kim miró a su colega.

—La mayoría de las chicas que conozco no van allí, porque ese tipo, Jenkins...

—Jenks —la corrigió Kim.

—Sí, él, al parecer, ofrece a las chicas dinero y ayuda con esto o aquello a cambio de una mamada. Nunca he tenido la experiencia, pero es lo que he oído.

—Entiendo. Gracias —dijo, y colgó.

Kim se quedó esperando.

Stacey señaló el teléfono con la cabeza.

—No conozco a...

—Sé muy bien que no conoces a Gemma, pero tienes tus propias fuentes, tus propios contactos, gente que has conocido a lo largo de los años. Si has probado los canales oficiales y no has conseguido nada, vuelves a intentarlo, a ver si han cambiado de opinión. O buscas en otra parte. Maldita sea, Stace. ¿Un día entero? —La agente tuvo la delicadeza de parecer mortificada, pero su propio enfado no se disipaba tan fácilmente.

»Lo que sea que te está molestando, déjalo aparte —le dijo. Fue a la puerta y la abrió.

Sabía cuál era el problema de la asistente y no estaba haciendo nada por resolverlo.

Stacey la siguió hasta la sala del escuadrón. Todos desviaron la mirada, incluso Alison.

—¿Stace?

—Sí, jefa.

—Empieza a investigar el nombre de John Duggar, recluso reciente de Winson Green.

—Me pongo a ello.

—¿Alison?

La mujer negó con la cabeza.

—La pista que estaba siguiendo no me ha llevado a nada. Creo que podrías tener razón con respecto a Alexandra Thorne.

Kim no ocultó su sonrisa de triunfo.

Alex no jugaba dos veces el mismo partido. Se aburría con demasiada facilidad. Y Kim sabía que esa mujer no tenía nada que ver, pero a veces había que darle un poco de cuerda a la gente. Por la expresión de Alison, supuso que a la criminóloga no le gustaba que le demostraran que se había equivocado.

—¿Penn? —preguntó. Rezó por que el sargento sí tuviera algo.

Él sacó un papel y se lo pasó. Era una cronología completa del tiempo que Amy y Mark habían pasado en el supermercado.

—Después de la llamada telefónica, Amy desliza algo en su bolsillo. Estaba en el pasillo de los artículos de aseo, así que supongo que era un desodorante de bola o algo así. —Kim asintió con la cabeza y Penn giró la pantalla hacia ella—. Pero eso no es lo interesante.

Ella observó el montaje que había construido con imágenes de las diferentes cámaras.

Vio a Amy y Mark salir de los aseos, pasar por delante del quiosco de cigarrillos, del de periódicos y de la garita de seguridad antes de detenerse.

Frunció el ceño mientras seguía observando. La grabación terminó.

—Ponla de nuevo —Kim se rascó la barbilla y la observó una vez más—. ¿Así que un par de drogadictos sintecho entran en el supermercado, miran con anhelo la comida, reciben una llamada telefónica y roban desodorante, pero el poco dinero que tienen se lo gastan en flores?

Penn asintió.

—Ni más ni menos.

—Entonces, ¿quién demonios estaba al teléfono y qué les prometió a esos chicos?

Capítulo 44

—Se ha redimido un poco con eso, ¿eh? —dijo Bryant cuando llegaron al coche.

Stacey había hecho todo lo posible para conseguir una dirección actual de John Duggar, el compañero de celda de Symes liberado hacía poco. Aún no relacionaba su nombre con ninguna investigación importante, pero ya se ocuparía de eso tras conocerlo.

—Sí, bueno, lo necesitaba —dijo Kim.

—Si tan solo...

—Cállate y conduce. —Se puso a mirar por la ventanilla. Aún no había pruebas concluyentes de que los asesinatos de Amy y Mark tuvieran algo que ver con ella. La conversación con Gemma también había hecho descollar a Harry Jenks. Sospechaba que le había ofrecido dinero a Amy a cambio de sexo. Mark se habría enterado y eso habría provocado la pelea. Y eso también explicaría por qué Jenks no había revelado el incidente ni lo había denunciado.

Esperaba con impaciencia su próxima conversación con él, y dudaba que fuera igual de cordial que la anterior.

—¿Sabes dónde vive este tipo? —preguntó a Bryant mientras este sorteaba la isleta de Shenstone.

—Sí, justo detrás de The Civic, en Old Hill.

—Cielos, Bryant, ¿dónde está eso?

—¿No conoces The Civic? —preguntó, atónito.

—No, y me estás haciendo sentir como si me perdiera algo.

—Lo han llamado The Civic durante decenios, incluso después de que lo hubieran rebautizado como The Regis. Lo construyeron a principios de los cincuenta y allí se hacía de todo: bodas, fiestas de empresa, de todo. Tiene un salón de baile con capacidad para seiscientas personas. Se supone que es elegante, y, si te hubieran invitado a un...

—Bryant, cállate —le espetó Kim.

—Oye, has preguntado tú.

—Calla —repitió ella.

Subió el volumen de la radio portátil de Bryant, un aparato que los acompañaba a todas partes.

—Mierda, parece algo serio —dijo él entre las voces que llenaban el coche.

—Incendio en Dudley Wood —confirmó Kim. Trataba de reconstruir los detalles a través de las voces crepitantes e inconexas.

Al acercarse a una fila de tráfico que atravesaba el centro de Old Hill, Bryant aminoró la marcha.

—¿Han dicho «incendio de coche»? —preguntó.

—He oído la palabra «ocupado» —respondió ella, y subió el volumen.

—Acabo de oír «pista de carreras» —dijo Bryant.

Kim tragó con fuerza cuando ese dedo helado volvió a recorrer su columna vertebral.

—Bryant, vamos para allá. Ahora.

Capítulo 45

Bryant acercó el coche tanto como pudo antes de dejarlo frente a una tienda de motos Kawasaki. Los dos salieron corriendo.

La escena era un caos: una acumulación de tráfico, sirenas, coches de policía que intentaban pasar y el inconfundible sonido del agua que salía a chorros de las mangueras de los bomberos.

Al doblar la esquina, Kim vio la columna de humo que se elevaba hacia el cielo. Un olor acre se le metió en los pulmones. Cuatro coches de policía y dos de bomberos estaban justo delante de lo que solía ser la entrada a la pista de carreras, ahora convertida en una urbanización. Un tercer camión intentaba abrirse paso entre el tráfico que atascaba Dudley Wood Road.

Ya se había establecido un perímetro de seguridad. Los uniformados con chalecos reflectantes se estaban reuniendo para desviar el tráfico del lugar de los hechos.

Tanto ella como Bryant mostraron sus identificaciones antes de pasar bajo la cinta.

Kim observó que el caos estaba siendo organizado y que, a pesar del frenesí, todos los presentes se dedicaban a atajar el fuego o a proteger a la gente.

—Hola —saludó al primer oficial que reconoció.

El Sargento Bowyer, que trabajaba en Brierley Hill, frunció el ceño.

—Esperaba a un inspector, no detectives de investigaciones criminales —contestó.

—Estábamos cerca —le explicó ella. Trataba de echar un vistazo alrededor del sargento.

—Olvídalo, no nos dejarán acercarnos más. Créanme, tengo un héroe que ya lo ha intentado. —Señaló con la cabeza a un agente del cordón, que tenía una marca de color rojo intenso en el codo izquierdo—. Esos chicos te sacarán del camino si es necesario.

—¿Qué ha hecho tu héroe, entonces?

—Ha tratado de llegar hasta las personas que hay dentro.

—¿El coche está ocupado?, ¿no hay dudas? —preguntó Kim.

Él se encogió de hombros.

—No he conseguido ver nada a través de las llamas, pero el maldito calor...

—¿Y tu agente ha intentado acercarse?

—Sí, no lo ha pensado. El bombero lo ha derribado y le ha dicho que, aunque todavía estuvieran vivos, seguramente no se lo agradecerían.

Era una afirmación horrible, pero Kim la entendía.

La prioridad de un bombero, al llegar a un lugar, era preservar la vida, pero solo hasta cierto punto. Arriesgar la de otros en el proceso nunca era una buena idea. Incluso si el ocupante estuviera vivo, podría haber sufrido quemaduras tan graves que rescatarlo lo habría condenado a una muerte mucho más larga y dolorosa.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Bryant.

El sargento negó con la cabeza mientras se acercaba un agente.

—Aquí está, sargento. —Le entregó un trozo de papel.

—Gracias, Ash. —El policía leyó la nota.

—¿Víctima? —preguntó Kim.

Bowyer asintió.

—El coche está registrado a nombre de Bill Phelps. Tiene cincuenta y cuatro años y vive en Hagley con su mujer, Helen, de cincuenta y dos. —Sacó su teléfono y marcó un número. Esperó y esperó y terminó colgando—. Y no parece que haya nadie en casa.

—¿Crees que los dos están en ese coche? —preguntó ella.

—Es probable.

Kim se alejó un paso para tratar de controlar su respiración.

—¿Solías venir aquí con Keith y Erica? —le preguntó Bryant. Se había colocado de modo que nadie pudiera ver a su jefa.

—Este sitio y el castillo de Dudley eran nuestros lugares favoritos —susurró.

Bryant se había inclinado para oírla por encima del ruido.

Ella suspiró con fuerza mientras procesaba todo lo que había averiguado en unos cuantos minutos.

Un coche en llamas y una pareja de mediana edad en la entrada de lo que solía ser la pista de carreras.

Las náuseas agitaban el estómago de Kim. Se volvió hacia su compañero.

—Bien, Bryant, es hora de hablar con el equipo.

Capítulo 46

Stacey acababa de terminarse el último bocado de lasaña cuando el mensaje de texto sonó en su teléfono.

Y no estaba segura de cómo sentirse.

Si la jefa quería darle otro buen repaso, bien podía esperar hasta el día siguiente, sin duda.

Sí, era de agradecer que la hubieran regañado en privado, pero no era como si el resto del equipo no supiera por qué la habían llevado al Tazón.

—¿Y tenía motivos, nena? —le preguntó Devon después de retirarle el plato vacío.

Stacey ya le había contado la historia a su pareja.

—Ese no es el problema —protestó. Dios, si alguna vez creyó que el viaje con esa mujer iba a ser fácil, tendría que volver a pensárselo—. Dee, ¿puedes ponerte de mi lado?

Devon rio entre dientes.

—Por supuesto, el día que tengas razón o me hayan hecho una lobotomía frontal completa. ¿Tu jefa tenía razón? ¿Estás enfurruñada porque te oculta algo?

Stacey soltó un suspiro.

—En realidad, yo no diría enfurruñada...

—Así que estabas enfurruñada, pero pensabas que lo estabas disimulando.

—Ay, Dee, venga, ahora estás...

—Hace tres semanas, cuando reservé para comer fuera por tu cumpleaños y te llevé a The Chateau, a la mejor mesa del lugar, con iluminación romántica y música suave, tuve claro que había metido la pata.

Stacey se sorprendió.

—Es un restaurante encantador con...

—Pero habrías sido más feliz en el Brewers Wharf del Waterfront, porque te encanta la comida de allí.

—Pero yo no he dicho...

—Ni que hiciera falta, nena —dijo Devon. Se volvió hacia ella en la cocina—. Tienes una pequeña arruga justo aquí —dijo, y se tocó la comisura de los labios—. Siempre te delata.

Stacey inclinó la cabeza.

—¿Me estoy convirtiendo en una puta mimada?

Devon sonrió y le dio un tenue beso en la nariz.

—No, mi amor. Creías que ocultabas tus sentimientos para proteger los míos. Fui yo quien metió la pata y cometió un error. Quizá tu jefa piensa lo mismo y quiera disculparse —dijo Devon, y le dio una palmadita en el trasero—. Así que será mejor que vayas a averiguar lo que tiene que decir.

Capítulo 47

—Bien —dijo Kim delante de su equipo—. No me disculpo por lo que voy a deciros. —Evitaba mirar directamente a Stacey, a quien iba dirigido el comentario—. Nuestro homicida podría estar convirtiendo sus asesinatos en algo personal contra mí. —Stacey y Penn se irguieron. A sus espaldas, Kim sintió la mirada compartida entre Alison y Bryant—. Parece que intenta recrear acontecimientos traumáticos de mi pasado.

»No os voy a dar los detalles escabrosos, pero puedo decir, con toda seguridad, que ciertos puntos significativos, como las esposas, el radiador, la ubicación y el paquete de galletas, son relevantes. —Hizo una pausa. Nadie dijo nada—. Penn, Stace, hace un par de horas ha habido otro incidente. Una pareja de mediana edad dentro de un coche calcinado frente al antiguo autódromo de Cradley. Todo es importante.

No les daría más detalles. La visión de sus padres adoptivos calcinados, ennegrecidos, tras el accidente de la autopista era algo en lo que no quería pensar. No podía.

—Entonces, ¿esa persona trata de hacerte daño? —preguntó Stacey con los ojos muy abiertos.

—Eso parece —respondió Kim.

—Se trata del dolor, no de la muerte —dijo Penn—. Quieren que sufras.

Kim asintió.

—Espera, no lo sabemos con certeza —intervino Alison—. Todo esto podría ser el calentamiento de algo más. El final sería la muerte.

Kim se giró.

—Gracias por hablar de mi posible asesinato sin un ápice de emoción.

—De nada —dijo Alison—. Pero, si te odia tanto como para hacer todo esto, debemos asumir, casi con seguridad, que te quiere muerta.

—Chicos —dijo Kim después de volverse—, he decidido que está bien que hagáis oídos sordos a lo que Alison diga. —Nadie se rio—. Era una broma —explicó—. Aunque también deberíais saber que Alison está aquí para vigilarme. Está aquí para observar mi comportamiento, controlar mi rendimiento e informar de cualquier cambio notable en mi personalidad como resultado de trabajar en este caso.

La doctora no se defendió.

—Entonces, se aburrirá un poco, ¿no? —comentó Stacey.

Kim sonrió ante el voto de confianza.

—Bueno, vamos a asegurarnos de que esté lo bastante ocupada como para que me deje en paz.

—Estoy aquí —dijo Alison, agitando la mano.

Kim no le hizo caso.

—Pero mañana estará examinando a algunos posibles sospechosos que hemos destacado de casos anteriores y...

—¿Symes está en la lista? —interrumpió Stacey. Demostraba así su impaciencia por poner manos a la obra lo más pronto posible. Su cerebro analítico disfrutaba con cualquier dato nuevo.

—Sí, sí que está en la lista —dijo Bryant—, junto con Nina Croft, Dale Preece y...

—No es él —dijo Kim, categórica.

—Para ser justos, jefa, él tiene razón, aunque, en realidad, Symes odia...

—Gracias, Stace —la cortó Kim. Era plenamente consciente del nivel de odio de ese hombre.

—Pero, sin duda, hay más gente que odia...

—Bravo, Penn —dijo Kim, y se cruzó de brazos.

—Perdona, lo que quería decir es que has trabajado en casos muy importantes y, con el tiempo, has destrozado un montón de vidas.

—¿Y estamos seguros de que esto va de un caso en el que trabajaste? —preguntó Stacey—. En otras palabras: habría que revisar todo tu pasado. Estoy segura de que, a lo largo de los años, podríamos sugerir docenas de... —Dejó de hablar en cuanto sopesólo que estaba diciendo.

La sala se quedó en silencio durante unos segundos antes de que Kim los sorprendiera a todos riendo a carcajadas. Había esperado muchas cosas de su equipo, pero esa capacidad para liberar parte de su propia tensión no había sido una de ellas.

—Bien. Gracias, chicos, por ser tan entusiastas y honrados acerca de la cantidad de gente que podría odiarme —dijo, y se llevó las manos a los bolsillos.

—Y compañeros de trabajo —dijo Bryant con una sonrisa.

—Asesores —añadió Alison.

—Vecinos —apuntó Penn.

—Compañeros del cole —dijo Stacey.

—Viejos amigos... Naaaaa —dijo Bryant, con lo que les sacó a todos una risita.

Kim puso los ojos en blanco.

—Buen rapapolvo, chicos —dijo—. Ahora, idos a casa y empezaremos de nuevo mañana.

Stacey le buscó la mirada y ambas entablaron una conversación silenciosa.

«Lo siento, debería haber confiado en ti».

«Olvídalo y sigue adelante».

Stacey cogió su bolso y salió detrás de Penn.

Alison cerró el maletín con un clic.

—Era lo correcto —dijo.

—Ah, sí —dijo Kim—, y tu aprobación ha sido primordial en mi proceso de toma de decisiones. —Alison sacudió la cabeza con cansancio—. Oye, ¿estás bien?

—Por supuesto, ¿por qué?

—Porque juraría que has estado a punto de hacer una broma justo cuando nosotros...

—Buenas noches, inspectora —dijo Alison; y salió por la puerta, como todos los demás.

—No has podido contenerte, ¿verdad? —le preguntó Bryant, sonriendo.

Kim se encogió de hombros.

—Necesita relajarse un poco.

—Como solo tengo respuestas demasiado obvias para eso, te preguntaré si estás bien.

—Ha ido bien. —Se encaminó hacia el Tazón para coger su chaqueta.

—Regreso al futuro —dijo él, de repente.

—¿Eh?

—Este caso es como la película. Tendremos que volver al pasado para encontrar a nuestro asesino y predecir el futuro.

Kim lo comprendió y estuvo de acuerdo. Tenían que retroceder.

—Pero el futuro no es importante aquí...

—Sí que lo es. Tenemos que pensar en lo que puede ocurrir si no lo atrapamos pronto. Por ejemplo: ¿qué suceso traumático de tu vida será su próximo objetivo?

Capítulo 48

En cuanto entró en el bar, Alison se sintió fuera de lugar: demasiado arreglada, a pesar de los vaqueros rotos y la camisa. Una rápida exploración le indicó que muchos de los otros clientes vestían de forma similar, solo que los demás vaqueros rotos no eran de diseño ni las camisas estaban recién lavadas y planchadas.

Genial, y ella que había elegido este atuendo para mimetizarse, para parecer cómoda en ese entorno. Qué gran fracaso.

Su decisión de ir allí había sido, en parte, inspirada por la detective, después de que los hubiera llamado de vuelta a la comisaría. Una parte del coraje de esa mujer la había contagiado. Había visto cómo la agente de policía admitía ante su equipo algo que, en realidad, no había querido admitir. Aparentaba no tener miedo, aunque las manos metidas en los bolsillos señalaban lo contrario. Por ahora, la analista del comportamiento ya se había dado cuenta de que esa mujer se recogía la corta melena detrás de la oreja al prepararse para las batallas y que escondía las manos cada vez que se sentía insegura. Y, sin embargo, su rostro no delataba nada.

Y, en ese momento, Alison esperaba ser capaz de hacer lo mismo. Un movimiento en falso y su vida podría estar en peligro; sobre todo, si sus sospechas resultaban ciertas.

Al acercarse a la barra, le llamó la atención cómo cambiaban las reglas si uno miraba.

Se acordó de cuando tenía veintitrés años y recorría esos pubs y clubes con sus amigos, que se sentía totalmente a gusto y en el lugar que le correspondía.

Tres años. Habían sido solo tres cortos años de ausencia, mientras estuvo con un novio. A su regreso, después de una desastrosa ruptura, ella y sus amigas habían pasado la noche con una copa de vino blanco y evocando los «¿Te acuerdas cuando...?».

Se preguntó si la mayoría de los chicos tendrían carné. Todos parecían muy jóvenes.

No había música en directo, sino un tipo que pinchaba algo dance electrónico para una pista de baile vacía. ¿Cuánto tiempo llevaría tocando el pinchadiscos?, quién sabía, pero hasta ella podía decir que el público de esa noche era grunge. Aun así, el sujeto daba la impresión de estar en su propio mundo. Saltaba de arriba abajo con un casco pegado a su oreja.

Alison se acercó a la barra y se coló en un hueco. El lugar acababa de dejarlo una joven pareja que ya se encaminaba a la puerta, después de haber mirado con desprecio al pinchadiscos.

Miró la selección de bebidas. No sabía qué eran la mayoría.

—Hola, ¿qué te pongo? —preguntó el tipo que había al otro lado de la barra. No hacía ningún esfuerzo por ocultar su desconcierto.

Ella se quedó callada un segundo mientras tomaba conciencia de lo que ocurría: justo delante tenía a Tom Drury, su principal sospechoso en un caso de asesinato y en otro de intento de asesinato.

Cada gramo de su cuerpo quiso darse la vuelta y salir corriendo.

—¿Estás perdida? —preguntó él, y arqueó una ceja.

Alison sintió la necesidad de responder a los risueños ojos de Drury, y sonrió antes de conseguir controlarse. Él se inclinó para escucharla.

—Vino blanco seco —le dijo.

De la suave piel del hombre le llegó una vaharada de aroma a pino.

Lo vio avanzar por la barra y casi chocar con una joven camarera. Ambos rieron y se rodearon con soltura.

Se tomó un momento para observar el cuerpo atlético de Drury. Llevaba vaqueros oscuros y una camiseta de rugby caqui con el nombre del bar. Tenía los brazos bronceados y musculosos. Su única joya era un reloj deportivo.

Se movía con la desenvoltura y la confianza de quien sabe exactamente lo que está haciendo. El pelo oscuro, que llevaba cortado a la perfección y con elegancia por detrás, le llegaba justo a la línea del cuello.

Él se volvió y le ofreció una sonrisa. Por un segundo, Alison casi olvidó los motivos por los que estaba aquí.

Drury le puso la bebida delante.

Ella sacó su bolso.

Él negó con la cabeza.

—La casa invita.

—No, no, no podría —protestó ella.

—Soy el dueño y digo que sí puedes —dijo, y le tendió la mano—. Tom Drury.

Ella, sin saber qué hacer, le devolvió el saludo.

—Encantada de conocerte, Tom. Me llamo...

—Ali —se oyó, por detrás, una voz masculina—. Siento llegar tarde —dijo Jamie Hart, y tomó asiento a su lado.

Tom les sonrió a ambos y volvió a desplazarse por la barra.

—Jamie, ¿qué demonios estás...?

—Podría preguntarte lo mismo —siseó él entre dientes. Agarró su caña y el brazo de Alison—. Ven conmigo.

Ella lo siguió hasta una mesa en un rincón.

El pinchadiscos, que parecía haberse dado cuenta por fin de cuál era su público, había puesto a Nirvana, pero la gente ya se iba. Uno a uno.

Jamie Hart era la última persona con la que habría esperado encontrarse y la última con la que habría deseado hacerlo. Era el psicólogo que había asignado al caso antes de que ella se reincorporara. Mientras mordisqueaba barritas saludables y bebía té verde, el hombre había pasado más tiempo del conveniente sermoneando a Alison sobre su comida basura. Pero sus manías de salud no terminaban ahí. A sus veintinueve años, nunca había tenido un coche; prefería desplazarse a todas partes en transporte público o bicicleta. Después de cierta conferencia sobre los beneficios de los antioxidantes, Jamie se había olvidado de quitarse del pantalón la pinza de ciclista. Para Alison, había sido un deleite verlo caminar todo el día con una pernera fruncida.

—¿A qué demonios juegas? —preguntó él en cuanto estuvieron sentados.

—Es pura curiosidad —dijo ella.

—¿Sobre qué? —insistió Jamie. Sacudió la cabeza y el pelo rubio le cayó sobre los ojos azules. Se apartó el mechón y tomó un sorbo de su bebida—. Sabes que tenemos al tío, que te equivocaste. Acéptalo y supéralo. —Se habían enfrentado en numerosas ocasiones por el caso, pero él nunca había sido tan directo.

»Mira, me preocupo por ti —dijo, y desvió la mirada—. Te entiendo. Eres joven, ambiciosa. Créeme que te entiendo, pero parte del aprendizaje es saber cuándo te has equivocado. —Bebió un trago de cerveza y se limpió la boca. Tocó la mano de Alison con suavidad—. Déjalo, Ali. Sé que esto te ha afectado mucho y que quizás te aburres, pero....

Ella apartó la mano. Cuando trabajaban juntos, ya abominaba que acortara su nombre. Ahora lo detestaba aún más.

—Me llamo Alison —gruñó—. ¿Y tú, qué haces aquí? —lo encaró—. Está claro que también tienes dudas.

Él negó con la cabeza.

—Me parece que tenemos al hombre. No tengo ninguna duda de que ha sido Curtis. Pero, a diferencia de ti, he venido para fortalecer el caso policial, no para debilitarlo. Alguien de aquí tuvo que verlo salir con Beverly.

La criminóloga hizo lo posible por no fruncir el ceño. Dio un sorbo a su bebida.

—¿Por qué tú sigues en esto y yo no? —preguntó. En realidad, Alison no tenía ganas de beber. Empujó la copa y parte del vino salpicó por el borde. Jamie cogió una servilleta de papel y limpió el líquido derramado.

—Porque yo no me jugué el cuello. Escuché lo que se decía sobre el caso, mezclé esos conocimientos con mi propia experiencia de la psique humana y luego ofrecí mi opinión.

—Pero dijiste que había sido alguien que conocía a Jennifer íntimamente y, sin embargo, nada sugiere que Curtis conociera a Beverly en la intimidad ni que...

—Es una prostituta conocida. Ha intimado con cientos, si no miles, de hombres. O sea, dado su oficio...

—Ni se te ocurra decir que tiene la culpa por ser una trabajadora sexual —replicó, furiosa—. Hay un solo responsable, y ese es el hijo de puta...

—No estaba diciendo eso, así que cálmate. Lo que quiero decir es que Beverly se jugaba la vida cada vez que se subía al coche de un desconocido, y tú sabes que es cierto.

Sí, debía admitir que Jamie tenía razón.

Se hizo un silencio entre los dos.

—Y, antes de que te marcharas —continuó él—, cuando te pedí que salieras a tomar una copa conmigo, no era precisamente esto lo que tenía pensado. —Alison hizo un esfuerzo por calmarse. Él se lo había pedido varias veces, pero ella siempre estaba enfrascada en el caso—. Quizá en otra ocasión podríamos vernos y no discutir por el trabajo —dijo él. Apuró su caña y se puso en pie.

—Tal vez —respondió ella.

—Venga, al menos he impedido que hicieras lo que estabas a punto de hacer. No habría terminado bien.

—Sí, gracias —dijo ella.

Jamie pasó a su lado y se dirigió a la salida. En realidad, Alison no tenía ni idea de lo que esperaba conseguir allí. Ese no era su mundo. No se había reunido con testigos ni entrevistado a sospechosos. Resultaba irónico que su trabajo se basara en las personas y que, sin embargo, conociera a tan pocas. Manejaba temas abstractos, no seres de carne y hueso. Se pasaba el día haciendo retratos, como un artista, solo que los suyos eran psicológicos.

Tal como había dicho Jamie, había ido allí a ciegas, sin preparación y mal equipada. Mientras pensaba en eso, observaba a Tom Drury, que se movía en un extremo de la barra, sirviendo bebidas y charlando amistosamente.

¿Había creído que, tras una conversación de cinco minutos, el dueño del bar le habría confesado todo hasta darle la razón?, ¿que con eso ella recuperaría el respeto de sus compañeros y que, de

inmediato, llegaría la distensión? De acuerdo, estaba decepcionada porque apenas había intercambiado un par de frases con ese hombre.

Salió del bar en silencio, cabizbaja, aliviada de volver al aire libre.

Había bebido solo una copa de vino blanco, y a medias. Se sentía segura para conducir hasta su casa.

Pero, cuando ya estaba en el aparcamiento, de pronto tuvo una idea.

Si en West Mercia estaban tan seguros de que tenían al hombre correcto, ¿por qué Jamie estaba allí, tratando de reforzar el caso?

Capítulo 49

Kim abrió la única ventana y encendió el ventilador de mesa, junto a la impresora. A pesar de la tormenta de las tres de la mañana, que había llevado a su cama a un aterrorizado y tembloroso Barney, el calor seguía aumentando para traspasar los veinte grados, y aún no eran las ocho.

—Sí, las magdalenas de chocolate son mis favoritas —dijo la voz de Stacey en la oficina general. Era evidente que ella y Penn se habían encontrado en el camino y hablaban sobre el contenido del táper. El hermano de Penn le había cogido cariño a Stacey. Todos los días había una tarta especialmente decorada para ella y la agente siempre estaba ansiosa por ver cómo era.

—Buenos días, jefa —dijeron al tiempo mientras tomaban asiento. Por supuesto, ambos habían visto la previsión meteorológica y no se habían molestado en coger las chaquetas.

A diferencia del hombre que, con traje azul marino, camisa blanca y corbata azul cielo, seguía de cerca a la pareja.

—Jefa —dijo este, y asintió hacia ella.

—Así que solo falta...

—¿Llego tarde? —preguntó Alison, que, de inmediato, se deslizó sobre la silla del escritorio libre.

Kim sacudió la cabeza con la sospecha de que aquella mujer no había llegado tarde a nada en su vida.

—Vale, chicos, la sesión informativa de esta mañana será breve, puesto que Bryant y yo no llegamos a reunirnos con John Duggar, el excompañero de celda de Symes, debido al incendio del coche. Así que esto es lo que quiero. —Todo el equipo estaba preparado para recibir instrucciones, excepto Alison, que sacaba poco a poco las cosas de su maletín.

»Penn, sigue a Jenks, el del centro comunitario. Sabemos que es un canalla y que Mark le dio un puñetazo. Quiero enterarme de qué pasó con exactitud y conocer a todas las personas con las que los dos estuvieron en contacto. También quiero saber con quién iban a reunirse el domingo, porque, si derrochaban en flores el poco dinero que tenían, era para agradecer algo. Así que ¿quién les iba a dar algo y qué?

—Entendido, jefa —dijo Penn.

—Eso no es todo. Mantente al tanto de los avances sobre Rubik.

Él asintió con la cabeza.

Kim se volvió hacia la asistente de detective.

—Stace, busca a los familiares de Bill y Helen Phelps. Quiero que vuelvas a comprobar que no hemos pasado por alto a nadie que quisiera vengarse de...

—Jefa, sé que anoche estuvimos bromeando, pero ¿cómo reduzco...?

—Por el nivel de odio —atajó Alison con suavidad—. Para llegar a este nivel de venganza, a matar a personas inocentes y tomarse la molestia de reproducir escenarios, hablamos de incidentes que alteran la vida. Este es un asunto gordo.

—Entendido.

—Y, de todo aquel a quien identifiques, quiero saber su paradero y qué hace. Pásale los nombres a Alison. Ella construirá un perfil psicológico en cuanto haya encontrado lo que busca en ese maldito maletín.

—Ya lo tengo. —Exhibió un maltrecho KitKat.

Kim le dio al resto del equipo tiempo para que le dedicaran una mirada incrédula. Siguió adelante.

—Y, Penn, cuando tengas un minuto libre, comprueba en el desguace si Dobbie ha encontrado el trozo de papel donde apuntó los datos del vendedor del coche. Hoy, Bryant y yo asistiremos a la autopsia de Bill y Helen Phelps. —Se sacudió las imágenes de la noche anterior y la horrible forma en que habían muerto—. Es mucho trabajo, lo sé, pero tenemos que actuar antes de que ese cabrón ataque de nuevo.

—¿Jefa? —preguntó Bryant—. Les has dado todo el trabajo a estos chicos, ¿nos tomamos el día libre?

—Ya quisieras. —Se tomó el último trago de café.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Había pensado que era obvio, mi querido amigo —dijo, con una sonrisa irónica—. Vamos a centrarnos en la gente que más me odia.

Capítulo 50

Symes hizo su último press de banca con una barra de ciento cuarenta kilos. Se enorgullecía de poder levantar casi una vez y media su propio peso corporal.

Dale Preece cogió un extremo de la barra y Kai Lord, el otro. Se la llevaron para guardarla junto a las demás.

Terminada la rutina de ejercicios del desayuno, Symes se incorporó, giró en el banco y se secó el sudor de la frente. Eso era lo que necesitaba: un entrenamiento duro. El cuerpo le dolía por el esfuerzo, pero, ahora, en su mente, la situación estaba clara. La tenía para un solo pensamiento.

—Tengo que largarme de aquí.

—¿Qué? —respondieron los dos a la vez. En ese instante, Screwball, un chaval en plena adolescencia, se acercó a ellos a través del gimnasio.

Symes entrecerró los ojos.

—Vete a la mierda, capullo.

Screwball retrocedió. El chico habría hecho cualquier cosa por escucharlos. Se rumoreaba que le daban cigarrillos extra por contarle a Gennard los rumores que circulaban por allí.

Ante Lord y Preece, Seems podía hablar con toda franqueza. En ese momento, el club del odio contaba con siete miembros, pero pocos tenían tantos motivos para despreciar a esa zorra como esos dos. Lord, porque no vería la luz del día hasta convertirse en pensionista, y Preece, porque la muy puta le había robado a su familia.

—No consigo quitármela de encima. No puedo comer, no puedo dormir, no puedo hacerme una paja por culpa de esa puta vacaburra. No veo otra cosa que su maldita cara, y me está volviendo loco.

Preece movió la cabeza de un lado al otro.

—Vamos, Symes —dijo—, ya lo hemos hablado. Quédate con el...

—A la mierda —gruñó—. Sé que te gusta poner los putos puntos sobre las íes, amigo. Quieres tenerlo todo bien controlado. Qué sensato, qué prudente. Sí, paso a paso y toda esa mierda de cojones, pero estoy harto de esperar. Solo quiero a esa puta muerta. Quiero poner mis manos en ese cuello engreído y apretar...

—Sí, pero no querrás que te pillen —insistió Preece. Se dio unos golpecitos en la cabeza—. Tienes que usar esto. —Symes se preguntó por un segundo si ese hombre estaba siendo

irrespetuoso, pero solo alguien que sintiera la misma rabia que él podía tomarse esa puta libertad.

»Maldita sea, odio a esa zorra tanto como tú. Si quieres, podemos comparar lo de perder a dos miembros de tu familia con robarte un buen rato de entretenimiento. Yo gano —escupió con los ojos chispeantes.

Cada una de las células de Symes quería darle una paliza a ese imbécil por haberle cerrado la boca. Lo único que lo detenía era el odio descarado que veía en los ojos de Preece cada vez que escuchaba el nombre de la escoria.

«El enemigo de mi enemigo es mi amigo», se dijo para tranquilizarse. Tanto Duggar como Preece habían permanecido leales a él. A veces los pillaba hablando en privado. Se preguntaba si preparaban algún golpe, solo que su paranoia no tenía fundamentos, y Duggar ya había sido puesto en libertad.

Ahora bien, no estaba tan seguro acerca de Lord. Para su gusto, se distanciaba demasiado, observaba de más. Le gustaba dejar que los tíos se pelearan y disfrutaba del espectáculo. Y así no es como uno trataba a sus camaradas. No tenían que caerte bien, pero debías cubrirles las espaldas.

—Mira, Preece, no te cabrees si llego a esa zorra antes que tú. Dejaré que te quedes con el cadáver —dijo, y sonrió para aligerar el ambiente.

Screwball se dirigió a ellos una vez más.

—Chico, ¿estás buscando que te parta esa puta cabeza?

—Sé cosas —susurró, retorciéndose las manos.

—Pero no cuándo mantenerte lejos —dijo Symes, y se puso en pie. Su rabia contra Preece se había sofocado, y eso quería decir que necesitaba golpear algo. Ese pedazo de mierda parecía adecuado.

El adolescente miró a su alrededor.

—Va a volver —dijo—. Birdy va a volver.

Parecía que el talento del chico para escuchar funcionaba en ambos sentidos. Eso era lo único que lo salvaba de recibir una grave paliza.

—Vale. Ahora, lárgate —dijo Symes. Screwball se encaminó a la puerta, arrastrando los pies.

Birdy era Paul Bird, un antiguo miembro del club del odio. No había hecho lo que se suponía que debía hacer tras su liberación.

—Así que Birdy va a volver, ¿verdad? Pues bien, le voy a meter cada uno de los dientes por la garganta en el segundo preciso...

Sus palabras se fueron apagando a medida que una bombilla se le encendía en la cabeza.

Preece y Lord esperaban expectantes.

—Creo que acabo de trazar un plan.

Capítulo 51

—Así que ¿esto es The Civic? —preguntó Kim. Recordaba la conversación del día anterior. De frente, el edificio pintado de blanco parecía pequeño.

—Es más grande de lo que parece —dijo él. Giró a la izquierda para pasar frente a una hilera de casas que parecían viviendas de protección oficial—. Me parecían elegantes cuando las construyeron. —Conducía con lentitud a lo largo de la hilera.

—¿En serio? —Mientras pasaban, observaba las propiedades de fachada plana, todas idénticas.

—Ladrillos nuevos y brillantes —explicó él—. Todo lo nuevo era de pijos en aquel entonces.

—Bueno, no creo que ahora sean tan de pijos.

Una mujer sin sujetador arrojaba una bolsa de basura negra al montón que se acumulaba bajo la ventana de su casa.

—¿Es ahí?

—Al lado —aclaró Bryant—. La vieja casa de su madre. Murió mientras él estaba en prisión.

En el camino, Kim pasó por encima de dos montones de mierda canina. En cuanto llegó a la puerta, un perro empezó a ladrar en la parte trasera de la propiedad. Llamó.

—Cierra la puta boca, Hipu —oyó.

—¿Quién demonios es ese tío? —le dijo a su compañero.

Había buscado en la base de datos cualquier vínculo y no había encontrado nada. Había estudiado la foto sin que saltara ningún recuerdo. Pero el tipo había sido reclutado por Symes, así que debía tener alguna conexión.

—Bueno, jefa, estamos a punto de averiguarlo.

La forma tras la puerta no estaba distorsionada por el panel de cristal estampado. Cuando esta se abrió, dejó al descubierto una montaña humana de cabeza pelada y larga barba pelirroja. De inmediato, Kim recordó a los ZZ Top.

Le calculó una estatura de dos metros veinte y unos ciento sesenta kilos.

Y supo que nunca en su vida lo había visto.

Él parecía tan confuso como ella. Si ese sujeto pertenecía al club del odio, su mirada no tenía sentido.

—Si has venido por Hipu, está ladrando solo porque...

Bryant le mostró su identificación.

—No estamos aquí por el perro —dijo.

Él echó un buen vistazo. Retrocedió un paso.

—Oye, vete a la mierda. No he hecho nada desde que salí. Mantengo la nariz...

Para hacerlo callar, Kim le puso su propia identificación en la cara.

Él dejó de hablar, aunque, al mismo tiempo, su rostro compuso una amplia y genuina sonrisa.

—Anda, tú eres la zorra que mató a mi hermana.

Capítulo 52

Alison sabía, con absoluta certeza, que no debía hacer lo que estaba a punto de hacer. De todos modos, empujó la puerta.

Sospechaba que Stacey no se había creído aquello de que tenía que hacer un recado urgente, pero había guardado silencio mientras Alison abandonaba la sala de la brigada. No había tardado más de diez minutos en llegar a la pequeña y modesta tintorería de Romsley.

De inmediato, el aroma del suavizante saturó su olfato. Una mujer la saludó con una sonrisa profesional, aunque poco entusiasta. En el área que había detrás de ella sonaba un rumor bajo.

Alison supuso que esa mujer había aceptado el hecho de que su vida tenía que seguir adelante; que, por mucho que llorara, suplicara y rezara, no conseguiría deshacer el asesinato de su hija.

—¿Señora Townes? —Tenía que asegurarse, ya que no la había conocido durante la investigación del asesinato.

Ella asintió con cautela y, aunque sus ojos se entrecerraron, el resto de su cara se relajó, como si no tuviera que fingir que se esforzaba en ser normal.

Evaluó de inmediato a su visitante.

—¿Es usted periodista?

Alison negó con la cabeza y repitió lo que había estado practicando mentalmente.

—Fui asesora de la policía en el caso.

La señora Townes frunció el ceño.

—¿Es policía? —preguntó.

—Trabajo para ellos —dijo, y pasó de inmediato a lo siguiente—. Esta es una visita de seguimiento. He venido solo para ver si usted está satisfecha con la forma en que la policía manejó...

—¿Quiere que haga una crítica de la policía?

Empezar mintiendo le ponía baches en el camino, pero no había forma de decirle la verdad a esa mujer. Ya había sufrido bastante.

Alison podía confesar o hundirse más. Prefirió adentrarse en su mentira.

—No es algo que hagamos a menudo, y es confidencial, pero siempre buscamos mejorar la

forma en que tratamos a los familiares de las víctimas de delitos —explicó.

—Ah, vale —dijo ella. En eso, sonó el timbre.

Alison se hizo a un lado cuando una clienta entró, sacó apresurada un billete, pagó y se llevó su prenda lavada en seco sin dar las gracias siquiera.

Una parte de ella quería ir tras esa clienta, arrastrarla de vuelta y obligarla a disculparse por su grosería. Le habría querido explicar lo que esa mujer había sufrido en los últimos cuatro meses y lo que seguiría sufriendo el resto de su vida. Pero, en última instancia, para cualquier desprevenido, no era más que la señora de la tintorería. No había una vida más allá de ese papel.

—Bah, no importa —dijo la mujer, como si le hubiera leído los pensamientos.

—Entonces, señora Townes, ¿podría...?

—Trisha, por favor. ¿Se ha dado cuenta de que a uno lo llaman mucho por su nombre completo cuando le pasa algo muy bueno o muy malo? Antes era solo Trisha. Me gustaría volver a ser Trisha algún día.

—Vale, Trisha, ¿qué le pareció la comunicación con los policías durante el caso?

Ella lo meditó por un segundo.

—El inspector detective Merton nos puso al día al principio. Lo hacía con frecuencia, casi a diario. Supongo que fue a menos con el paso de las semanas, pero Jamie nos ayudó mucho en los primeros días. Nos ayudó a aceptarlo todo... El horror... El...

—No pasa nada, Trisha. —Alison se acercó para tocarle la mano.

La violación y el asesinato de su hija había sido uno de los actos más brutales que Alison hubiera visto jamás. Jennifer tenía heridas tan graves que la señora Townes salió a trompicones de la sala de identificación y vomitó. Esa imagen siempre se reproduciría junto a cualquier otro recuerdo de su hija.

—Y el detective Merton vino en persona a informarnos del arresto de Curtis.

—¿Le sorprendió el resultado, señora... Trisha?

Una multitud de emociones pasaron por el rostro de la madre.

—Por supuesto. Creo que ninguno de los dos podía creerlo. El hombre había estado en nuestra casa cientos de veces. Nos hacía la comida, llevó a Lenny al hospital cuando se rompió el brazo, incluso nos sustituyó aquí mientras mi marido no pudo trabajar.

—Entonces, ¿él y Jennifer eran felices?

—La mayor parte del tiempo. A veces, a Jen la frustraba que Curtis no se concentrara lo bastante y rompía con él porque no encontraba un trabajo decente. Pero lo quería. Siempre volvía con él,

le encantaba que sintiera tanta pasión por lo que hacía.

—¿Y estaban separados en el momento del asesinato?

Trisha asintió y luego la miró con seriedad.

—Escuche, de verdad, no sé por qué ha venido. No miente bien, pero, si esto tuviera algo que ver con alguna duda, gracias. Sé que la policía está convencida de que fue Curtis, y confío en ellos, pero me cuesta aceptar que alguien a quien acogimos en nuestra casa, que formaba parte de nuestra familia, le hiciera algo así a nuestra hija. No tengo elección, y quiero justicia, pero con la ilusión de que alivie parte de la rabia y de la desesperanza que siento. Eso sí, quiero la justicia adecuada, ¿me entiende?

Alison la entendía de sobra. En el fondo, Trisha no sentía que Curtis fuera el culpable.

—Gracias por su tiempo, Trisha, y lamento mucho su pérdida.

Trisha asintió y Alison se dirigió a la puerta.

—¿Sabe?, por si esto fuera de su interés, al detective Merton le pregunté algo que nunca me respondió.

—Dígame —la instó Alison.

—Nunca me dijo si habían encontrado el pendiente de plata de Jen o no.

Capítulo 53

Penn se quitó el pañuelo de la cabeza, se alisó unos rizos rebeldes y cerró todas las ventanillas. Las había bajado al máximo para dejar que entrara algo de frescura en el coche durante los quince minutos de viaje. No tenía aire acondicionado y hacía años que el techo solar estaba atascado. Era una de esas tareas que le daban mucho que pensar en verano, pero nada en invierno. Decidió que se encargaría en cuanto acabara el caso, porque todos los meteorólogos estaban de acuerdo en que el calor no desaparecería pronto.

Encogió los hombros dentro de la chaqueta de traje que siempre llevaba colgada en el coche y, al instante, se sintió incómodo con la capa extra. A diferencia de su colega Bryant, no podía acostumbrarse a llevar todos los días una corbata. Si por él fuera, iría al trabajo en bermudas, camiseta y descalzo, como en casa, pero sospechaba que eso no le gustaría mucho a su jefa.

Tras las revelaciones de la noche anterior, le había hecho gracia, aunque no era de sorprender, que tanto él como Stacey se hubieran ido a casa a buscar en Google. Con Jasper ya acostado, se había puesto a leer las noticias sobre la jefa. Y se había quedado impactado, entristecido y, por alguna razón, un poco enfadado. Todo eso lo ayudaba a entenderla un poco más. Con ella no tenía la misma historia que los otros dos del equipo, pero se sentía como si la noche anterior hubiera recibido un curso intensivo y se hubiera despertado ansioso por atrapar a ese cabronazo.

Entró en el centro comunitario de Stourbridge y, de inmediato, tuvo dos reacciones emocionales.

La primera se relacionaba con el lugar: ordenado, eficiente, bien equipado, bien amueblado, y muy poco acogedor para el indigente medio o alguien que estuviera pasando por un mal momento. En cierto modo, era el aspecto que cabría esperar de un centro comunitario; sin embargo, en la vida real, solían estar provistos con muebles desparejados y llenos de cicatrices de guerra, carpintería desgastada, moquetas manchadas y aparatos viejos. Este le recordaba a un local listo para abrir, la foto del «Antes». Listo para un artículo de revista que mostrase cómo se gastaba el dinero de los impuestos. No era un lugar al que la gente desfavorecida pudiera acudir en busca de ayuda, consejo y una comida ocasional.

La segunda respuesta emocional se la produjo el hombre que había sentado detrás del escritorio de la izquierda. El de la derecha estaba vacío.

La imagen que le llegó a la mente fue la de la prepotencia. El suyo era el escritorio más grande. Tenía dos sillas en el lado opuesto, en lugar de una, y el ordenador era más nuevo. Había una pequeña colección de juguetes de metal. La silla era de cuero ejecutivo. Ese hombre disfrutaba de su posición. Penn le ofreció la mano.

—¿Señor Jenks? —preguntó. El hombre asintió, se puso en pie y le devolvió el saludo con un apretón frío y firme—. Soy el sargento detective Penn, de la Policía de West Mids, ¿tiene un minuto?

—Por supuesto —dijo, y volvió a sentarse—. ¿Se trata de Mark y Amy?

—Así es. Solo queremos aclarar algo que nos ha llamado la atención —dijo con una sonrisa.

Hacía tiempo, Penn había aprendido que tenía un don para tranquilizar a la gente. Sabía que sus largos rizos rebeldes y su incapacidad para llevar un traje con serenidad lo hacían parecer más informal, más abierto. Algunas personas confiaban en la elegante seguridad de un traje bien puesto; otras no. También había aprendido a disimular bien sus sentimientos.

El hombre se ajustó el nudo de la corbata.

—Es solo un pequeño malentendido, creo, señor Jenks, pero nos han informado de que hubo algún tipo de disputa entre usted y Mark. —El color de las mejillas de Jenks se acentuó—. ¿Le pegó usted? —presionó.

Vacilación. Movimiento lateral de cabeza, no. Movimiento vertical de cabeza, sí.

—Bueno... Supongo que no, en realidad... O sea...

—Lo siento, señor Jenks, tendrá que ser un poco más claro —solicitó Penn con una sonrisa tranquilizadora.

—Solo estábamos hablando.

—¿Sobre qué? —preguntó el sargento. Recordaba lo que la jefa le había dicho acerca de la reputación de ese hombre.

—Faltas de respeto, me imagino. —Jugueteó con el nudo de la corbata.

Penn no necesitaba tener a Alison a su lado, una experta en conducta criminal, para entender lo que eso significaba. Al juguetear con la corbata, Jenks intentaba, de modo inconsciente, reforzar su imagen de tipo honorable.

—¿Faltas de respeto?

Jenks asintió.

—De eso van la mayoría de los problemas aquí. De gente que no es respetuosa con los servicios que prestamos.

Penn se preguntó, distraído, si alguno de los servicios se había utilizado alguna vez.

—¿La discusión llegó a las manos?

—Quizá hubo algunos empujones —dijo el hombre, cada vez más cómodo con su relato.

Las mejores mentiras se basaban en la verdad, y Penn lo sabía.

—Solo hemos oído que él le dio un puñetazo y le puso un ojo morado —dijo sin cambiar de

tono.

El otro jugueteó con la corbata. Movimiento de negación.

—No, sargento, en absoluto. Tal vez la mano del chico me tocase un lado de la cara mientras gesticulaba, pero sería por accidente, estoy seguro.

—¿Por eso no lo denunció? —Sugirió Penn, amable.

—Claro, por supuesto —respondió ansioso. Penn notaba que, en esa conversación, el hombre creía tener la sartén por el mango—. Los chicos ya tienen bastantes problemas sin asuntos como este. Viven al límite, sin hogar, sin saber dónde conseguirán la próxima comida, sin seguridad. Sus emociones están a flor de piel, y yo no quería estropearles las cosas.

Penn masculló que lo entendía.

—Sí, debe de ser terrible; así que, si empiezas a oír que hay rumores, sobre todo si estás haciendo todo lo posible para...

—¿Qué rumores, sargento?

—No, nada, es solo algo que hemos oído por ahí...

—Bueno, si me incumbe, me gustaría saber de qué se trata.

El hecho de que el hombre lo interrumpiera a media frase en su afán por enterarse, aparte del forzado tono de rectitud, delataban nerviosismo y previsión ante lo que se avecinaba.

—Supongo que son gajes del oficio, pero hay quien dice que, a las mujeres que vienen aquí, usted les ofrece ayuda extra a cambio de favores sexuales.

Penn habría apostado su coche a que la mano derecha del hombre se dirigiría otra vez al nudo de la corbata. Y habría ganado.

—Pero qué estupidez —espetó Jenks, indignado—. ¿Por qué demonios...?

—De hecho, ¿por qué? —Penn estaba de acuerdo—. Por supuesto, no tenemos pruebas de...

—Por supuesto —subrayó el hombre—, porque es del todo falso.

—Entonces, ¿qué más puede decirme de ellos? —preguntó Penn. Sin amenazas, el hombre hablaría con mayor libertad.

—A decir verdad, algunos consideraban a esos dos unos desagradecidos. Me incluyo.

—¿Cómo?

—Amy era una candidata perfecta para el proyecto Apadrina una Habitación. Dejó las drogas. La colocaron en un estudio, en Lye, encima de un restaurante de comida china para llevar, pero lo

perdió.

—¿Por qué? —preguntó Penn.

—No cumplía las normas. No estaban permitidas las visitas masculinas y, por supuesto, coló a Mark más de una vez. La descubrieron y tuvo que irse.

—Qué pena —observó Penn.

—Miles de chicas esperaban para ocupar su lugar —dijo Jenks con frialdad.

El sargento no pudo evitar el ramalazo de compasión. Era como si esos críos solo hubieran querido estar juntos.

Recordó algo que Jenks había dicho antes.

—Usted dijo que no había querido denunciar a Mark por miedo a estropearles algo. Estropearles ¿qué?

—Habían conocido a algún trabajador social que intentaba ayudarlos a dejar la calle. No sé si se lo merecían, pero, al parecer, iban camino de conseguir lo que deseaban.

Penn pensó en el comportamiento de la pareja en el supermercado: las flores.

—Señor Jenks, en su opinión, ¿qué querían Mark y Amy más que nada?

—Si tuviera que precisarlo, diría que, por encima de todo, lo que querían era un hogar.

Capítulo 54

—Un momento —dijo Kim, desconcertada—, ¿maté a tu hermana o no?

Habían seguido a un gigante sonriente, a través de un pasillo cutre, hasta una cocina de laminado blanco situada al fondo. Había una lata de sidra abierta entre una caja de pizza y un tubo de Pringles.

Y ahora, Kim quería respuestas.

—A mi hermana no la asesinaron. —Tomó un trago de sidra—. Ni siquiera tengo hermanas. —Kim se quedó esperando una explicación—. Mírame. La gente lleva toda la vida intentando pelear conmigo. En la escuela, los pubs, las discotecas, los bares... Siempre hay alguien que quiere ponerse a prueba.

—Pero eres capaz de cuidar de ti mismo, ¿no? —Bryant dio voz a sus pensamientos.

—Sí —dijo él—. Pero ¿quién coño tiene siempre la culpa?, ¿eh? No el puto mequetrefe que está en medio de un reto ni el tipo al que su señora lo ha abandonado y necesita demostrar algo. Es el grandullón enfadado. Y la cárcel está llena de capullos que solo quieren probarse a sí mismos.

—Así que ¿te uniste al club del odio? —preguntó Kim. El perro, un setter irlandés, entró en la cocina y saltó sobre la encimera.

—Abajo, Hipu —ladró el gigante. Con la camiseta, frotó la suciedad de la mesa.

Kim no sabía qué esperar de un hombre que llamaba a su perro Hijo de Puta pero se preocupaba por las patas sucias.

—Por Symes —continuó—. Es un cachorro asqueroso y desquiciado, y nadie se le plantaría delante; pero, si estás en su pequeño club del odio, estás a salvo.

—Dios —dijo Kim.

—Ah, sí. Y vaya si te odia —dijo Duggar, sonriendo siempre, como si todo fuera una broma.

—¿Y cómo fue todo? —preguntó Bryant—. ¿Te pusiste en la espalda un cartel para que te eligieran?

—No. Supongo que nunca has estado dentro, así que te lo explicaré. —Tiró la lata vacía y cogió otra—. Entras ahí y averiguas quién es más duro. En este caso, no fue nada difícil, porque incluso la mayoría de los guardias le tienen miedo. Si preguntas a quién evitar, ellos te dan un nombre, y sabes que es a quien buscas. Y luego te quedas observando un rato, tratando de descubrir qué tienes que hacer para caerle bien: darle tu cena, golpear a un guardia, violar a un

novato. —Kim sintió escalofríos ante la frialdad y naturalidad con que enumeró esos actos horribles, aunque necesarios para recibir protección—. Lo único que tuve que hacer para entrar fue fingir que te odiaba.

»Fácil. Y, dos meses después, ¿adivina qué? Era verdad.

—Pero nunca nos habíamos visto —dijo Kim.

Él se encogió de hombros y bebió un trago.

—Créeme, tiene argumentos muy poderosos.

—¿Tienes algún nombre para mí? —preguntó Kim.

Duggar rio a carcajadas. Ella habría jurado que hizo temblar la casa.

—Si conocieras a Symes, ni siquiera lo preguntarías. Mira, lo que hace ese tío es coger tu rabia y convertirla en odio. La masajea, la alimenta, la acaricia y la convierte en objeto de todas tus emociones negativas. Yo ya estaba listo para matarte y ni siquiera me has hecho nada. —Hizo una pausa y caviló algo durante un segundo—. Escucha, tienes que comprenderlo bien, así que te voy a contar algo: hay un tipo al que encerraste por dos robos a mano armada en Gornal. Stain o algo así...

—Peter Staines —lo corrigió Kim.

—Sí, él. Lo reclutó dos días después de su llegada. No leyó el memorándum sobre mantener la boca cerrada. Admitió que nunca había pensado en hacerte daño y que solo estaba cabreado contigo porque lo pillaste. —Puso los ojos en blanco—. Qué idiota.

—¿Y?

—Puedo decirte con total seguridad que la raja de su culo se abrió como el Gran Cañón cuando Symes y su...

—Por lo tanto, si quisiera averiguar si Symes está detrás de algo, tendría que estudiar a todos sus compinches de dentro a los que he ayudado a encerrar.

Él la observó durante un instante.

—No lo entiendes, ¿verdad? No es solo dentro de la cárcel. Recibe un montón de cartas de admiradores.

—¿Es broma? —preguntó Bryant.

Duggar dio un trago y sacudió la cabeza.

—Incluso los monstruos tuertos tienen su atractivo. Capta mucha atención a través del plan Envía un Correo Electrónico a un Preso.

—¿Todos auténticos chiflados? —preguntó Kim.

Él se encogió de hombros.

Ella lo vio todo con claridad.

—¿Estás diciendo que, a través de ese sistema, se mantiene en contacto con la gente que ha salido?

El gigante volvió a encogerse de hombros y suspiró.

—Tienes que entender que cada uno de sus pensamientos está dedicado a ti. Come, duerme, hace ejercicio y se mantiene en forma para ti. Todo consiste en canalizar su odio hacia ti.

—Entiendo. —Kim sintió de nuevo ese escalofrío, a pesar del calor.

—Pero puedo suponer que no todo el mundo está manipulado por Symes, ¿o sí? —preguntó—. Sé que no me darás nombres, pero, digamos, alguien como Dale Preece.

Duggar dudó antes de asentir.

—Sí, está en el club. —Ella frunció el ceño, sin acabar de creerse semejante confesión—. Y no te equivoques, inspectora, porque te odia casi tanto como Symes.

Capítulo 55

Eran las doce y media y Stacey ya estaba harta. A la vuelta de su recado urgente, había visto a la mujer del otro lado de la oficina comerse una barrita de desayuno. Nada mal. Una manzana. Vale. Una bolsa de Maltesers, cuestionable, y dos pasteles del táper de Penn. Ahora masticaba un sándwich de pollo y maíz dulce que había traído de la cafetería.

Stacey se había deleitado con su tarta especial de Jasper y luego con una muy normal ensalada de huevo, para compensar.

—Alison, ¿eres un poco hobbit? —preguntó.

—¿Perdona?

—Bueno, por lo que he visto en las películas, los hobbits desayunan y, antes de comer, toman un refrigerio de media mañana; luego almuerzan...

—Ah, ya entiendo —dijo entre sonrisas—. Tengo suerte, supongo. Me entra un hambre voraz cuando estoy en el escritorio.

—Debes pasar horas en el gimnasio —dijo Stacy, esperanzada.

Alison vaciló.

—Si eso te hace sentir mejor, sí.

«Una razón más para que me caigas mal», pensó Stacey, y volvió a su pantalla.

Había empezado a investigar a Bill y Helen Phelps. No le estaba gustando nada.

Google no había arrojado absolutamente ningún resultado. No había actividad en las redes sociales, lo que no era de extrañar, pero tampoco la ayudaba en absoluto.

Él había sido director de banco y se había jubilado a los cincuenta y cinco años. Helen había regentado una floristería que dejó cuando se jubiló su marido. La pareja había pasado unos cuantos años viajando en barco; sin embargo, los problemas de salud de Bill los habían hecho volver a casa. Stacey no conseguía encontrar una buena razón para su asesinato, a menos que lo hubieran castigado por ser demasiado amable, demasiado común, demasiado normal. Solo que a uno no lo matan por pasarse de anodino.

Mientras reía para sus adentros, siguió sus propios protocolos e introdujo el nombre de Bill en el sistema. Sí, como si pudiera haber algo ahí.

Y tuvo éxito.

Se enderezó en la silla.

Una disputa entre vecinos había terminado con un llamado a la policía. El señor Phelps había golpeado a su vecino por un problema con un contenedor de basura.

Por muy ridículo que fuera, Stacey sintió un revuelo en el estómago ante el posible conflicto. Más abajo, leyó la parte donde se animaba a los dos hombres a evitar los cargos y los tribunales y darse la mano. Y estuvieron de acuerdo. En los cinco años transcurridos después, no había ocurrido nada más.

Stacey volvió a leerlo todo, por si acaso hubiera pasado por alto la participación de alguien más en el basuricidio. Entonces, su cerebro registró una frase en la que no había reparado antes.

El hijo, de veintidós años, del señor Phelps consiguió por fin refrenarlo.

Y eso la llevó a preguntarse algo: ¿dónde demonios estaba el hijo de los Phelps?

Capítulo 56

—Oye, me pregunto si Keats querrá unirse al club de fans que Symes ha puesto en marcha —dijo Bryant mientras bajaban del coche en el hospital Russells Hall.

Ella lo miró de reojo.

—¿Te parece gracioso? —le preguntó.

—No. Creo que es terrible, espeluznante y aterrador. Creo que deberían apartarte del caso y ponerte en custodia preventiva bajo vigilancia armada hasta que atrapen a ese lunático; sin embargo, como ni tú ni Woody estáis de acuerdo conmigo, tendré que tragarme mis palabras. —Entraron en el edificio.

—No estamos de acuerdo porque nadie ha amenazado mi vida. En realidad, nadie está tratando de matar...

—Aún —le recordó Bryant—. No tenemos ni idea de lo que este psicópata hará a continuación.

Kim sacudió la cabeza en señal de desacuerdo y caminó en silencio hacia la morgue. Se estaba preparando para lo que estaba a punto de ver.

—Hola, Keats —dijo. Entró al lugar sin dejar de mirar el rostro del médico forense.

Este no dijo nada durante unos segundos.

—Lo siento, estaba esperando la ingeniosa réplica que suele acompañar tus saludos. ¿El guionista está de vacaciones?

Ella no le hizo caso y fue a ponerse bajo el aparato de aire acondicionado. Keats lo mantenía a dieciséis grados fijos, lo que a Kim le venía muy bien.

Vio cómo el forense lanzaba una mirada interrogativa a Bryant. Por toda respuesta, este se encogió de hombros.

—Te alegrará saber que el coche calcinado ha sido puesto en manos de los técnicos. Los investigadores están en eso ahora mismo.

—¿Serán capaces de identificar la causa del incendio? —preguntó Bryant.

—Es difícil de predecir, pero estoy bastante seguro de que descartarán fallos en el motor que hubieran provocado una combustión espontánea.

Aunque Kim aún no había mirado directamente los cuerpos que yacían sobre las camillas

metálicas sabía que, a diferencia de lo que ocurría con los cadáveres normales, esas sábanas no cubrían formas tendidas a lo largo. La cubierta era alta, en forma de carpa, como si debajo hubiera niños jugando.

—Bien, empecemos —dijo Keats, y retiró la primera sábana.

Ante la visión del cuerpo quemado, Kim trató de tragarse las náuseas. La forma ennegrecida descansaba de lado, como en posición fetal, con las rodillas dobladas y la espalda recta. Kim sabía que el calor desecaba los músculos y los contraía. Los miembros se movían y adoptaban posturas. En posición vertical, el cadáver habría dado la impresión de que seguía sentado en el asiento del coche.

—¿Qué es esto? —preguntó Kim. Se acercó al cuerpo y, a la altura del pecho, señaló un trozo de tela de material distinto al de los jirones que quedaban de la ropa.

Keats miró por encima de sus gafas.

—Supongo que es una sección del cinturón de seguridad.

—¿Soldado a la piel?

Él asintió con la cabeza.

—Tomaré una muestra para analizarla y confirmar...

—Entonces, ¿aún llevaban puestos los cinturones de seguridad? —Kim se volvió hacia su colega, que parecía igual de sobrecogido—. ¿Y seguían sentados en posición normal? —Pensaba en voz alta.

—Eso parece —respondió Keats, aunque no era necesario.

—¿Por qué? —quiso saber Bryant, que trataba de seguir sus pensamientos.

—Por qué ¿qué? —dijo Keats.

—Si el coche está en llamas, ¿no haces nada por escapar? —preguntó Kim—. Seguro que tienes tiempo para moverte un poco; como mínimo, para desabrocharte el cinturón.

Keats la apartó de la camilla.

—Mi trabajo no es resolver eso, inspectora, pero sí echar un vistazo más de cerca a esta pobre alma.

»Como sabes, un miembro humano arde igual que una rama de árbol —explicó—. Las capas externas de la piel se fríen y se desprenden a medida que las llamas recorren la superficie. Al cabo de unos cinco minutos, la capa dérmica más gruesa de la piel se contrae y empieza a abrirse. Eso permite que la grasa amarilla subyacente se filtre. La grasa corporal puede ser un buen combustible, pero necesita que algo de ropa o madera carbonizada actúen como mecha. La mecha absorbe la grasa y la arrastra hacia la llama, donde se evapora. Eso permite que...

Kim se relamió los labios resecos.

—¿Cuánto tiempo tardaron en morir? —preguntó.

—Es difícil decirlo con exactitud. Un cuerpo es capaz de arder durante unas siete horas...

—Ya lo sé, Keats —espetó—. Hablo de estos cuerpos y del tiempo que estuvieron sufriendo.

Ya había visto cadáveres quemados. Lo que quería saber era cuánto tiempo había soportado esta pobre pareja dolores espantosos.

—Minutos —respondió él—. Con toda seguridad, en un espacio tan reducido, habrán muerto por inhalación de humo. Hizo una pausa para tocar el cuerpo de la izquierda—. Y esta es la mujer. Sospechamos que se trata de Helen Phelps.

Kim pasó de querer desviar la vista a ser incapaz de apartar los ojos.

Un mechón de pelo rubio sobresalía del cráneo ennegrecido. Estaba donde debía haber estado la oreja, junto a un pómulo que fijaba en el rostro la expresión de horror que las llamas habían moldeado de forma permanente.

Erica tenía el pelo rubio.

¿Era así como había quedado su madre de acogida tras el accidente de coche, mientras volvía a casa después de haber intentado adoptarla?

La hermana de Erica, que nunca había sido su tía —a pesar de que Kim ya había pasado tres años con la pareja—, no le había permitido asistir al funeral.

Pero Kim no podía aceptar que la dulce y gentil Erica acabase con aquel aspecto. Solo conseguía visualizar la cálida, tolerante y tranquilizadora sonrisa de la mujer que esperaba con paciencia, durante los tres primeros meses, a que Kim dijera algo siquiera.

Visualizaba ese mismo mechón de pelo, recogido detrás de la oreja, cuando, cada tarde, Erica se inclinaba para dejarle el chocolate caliente encima de la mesilla de noche.

Sintió que la emoción se le agolpaba en la garganta. Tuvo que volver al presente, a un lugar que ya no era atractivo para vivir.

Sabía que Keats estaba hablando y que Bryant hacía gestos de que entendía las palabras del médico forense, pero solo una cosa llenaba su mente. Se había esforzado mucho en no pensar en la forma en que Erica y Keith habían muerto. No se permitía más que pensar en que estaban muertos. Soportar el dolor de su pérdida ya había sido suficiente. No necesitaba visualizar la agonía del suceso. No creía poder resistirlo.

Pero así habían perdido la vida. Atrapados en un coche, quemados hasta quedar irreconocibles. Las llamas lamiendo su piel. Los queridos y dulces Erica y Keith habían sufrido y muerto así.

Kim se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Capítulo 57

Penn llegó a la urbanización Hollytree sobre la una y cuarto y no tuvo reparos en dejar su coche sin vigilancia. Los Ford Fiesta de nueve años no tenían un gran valor en la calle, ni siquiera para convertirlos en repuestos.

No es que no le gustaran los coches rápidos y llamativos. Sí, había fantaseado con un Lamborghini, un Ferrari o un Aston Martin; y, en la actualidad, podías hacerte con uno si estabas dispuesto a renunciar a todo tu sueldo con tal de pagar la mensualidad. Pero ni siquiera eso lo motivaba a ansiarlo. No quería un coche del que tuviera que preocuparse. No quería un coche que no pudiera dejar en ningún sitio por miedo al vandalismo o al robo. Su Fiesta lo llevaba de un lugar a otro, y nadie más lo quería.

Enseguida vio que el cordón de los forenses ya había sido retirado, pero él no estaba allí para eso. Sabía que cualquier novedad en ese sentido se la comunicarían de inmediato a la jefa.

Subió a la cuarta planta. Allí ya solo quedaba un cordón delante del portal del piso donde Amy y Mark habían sido encontrados.

Lo atendía un solitario agente. Penn asintió en su dirección antes de seguir adelante por el pasillo hacia la siguiente vivienda. El oficial se llevó el dedo a la sien.

—Pierdes el tiempo ahí, colega —dijo—. Está más loca que una cabra.

Penn apretó los dientes y llamó a la puerta, contento de ver lo que daban de sí los entrenamientos policiales.

—Te apuesto diez libras a que te llama Steve. Para ella, todo el mundo es Steve —añadió en voz baja.

—¿Quién es Steve? —preguntó Penn.

El uniformado se encogió de hombros.

—No hay ningún Steve. —En ese momento, la puerta se abrió.

Apareció una señora que, según Penn, andaría entre los setenta y los ochenta años. Caminaba con un andador.

Su rostro arrugado compuso una sonrisa.

—Steve, pasa —dijo con una voz dañada por decenios de fumar.

Mientras la puerta se cerraba tras de sí, Penn alcanzó a oír la risita del agente.

—Bueno, ¿y cómo está? —preguntó él. La siguió lentamente por el pasillo, escuchando el extraño traqueteo metálico que provenía del andador.

La mujer se detuvo ante un sillón orejero que tenía el asiento elevado y un cojín cuadrado que no hacía juego. Se apoyó en el armazón para sentarse.

—Estoy bien, Steve. —Cogió un paquete de Park Drive. El abuelo de Penn había fumado esa marca durante años—. ¿Has traído el cupón?

—Enseguida —dijo él, muy amable, sin la menor idea de lo que le estaban hablando—. Qué mal asunto lo de al lado —comentó.

Ella olfateó.

—No es que me importe mucho, si te soy franca. Él se lo tiene creído porque trabaja en Bluebird y porque ella lleva años en Jonty's. —Se inclinó hacia delante como quien conspira—. Para serte sincera, es un engreído.

Él no tenía ni idea de qué era Jonty's, pero sabía que la fábrica Bluebird había cerrado en 1998.

—Solía traerme tofes. Ya no. Parásito miserable. —Penn ocultó su sonrisa. La mujer tenía su genio—. Si cree que voy a seguir dándole mis cupones del Escudo Verde, está apañado.

—Yo me los quedaría —dijo Penn. Sonó una alarma en la cocina.

—Ah, es mi muffin, ya está listo —dijo ella. Hizo un amago de levantarse.

Él se puso de pie.

—Permítame.

—Ah, qué buen chico eres, Steve. Y no olvides el cupón.

—De acuerdo —dijo él de camino al pasillo.

Entró en la cocina y vio que, en efecto, la mujer había programado el temporizador para una magdalena. El cronómetro estaba a un lado de la parrilla. Sin embargo, la mujer había puesto el muffin encima del extractor, boca abajo.

Lo cogió, lo sopló y lo colocó bajo la parrilla, a fuego lento. Se preguntó por la seguridad de esa mujer, que vivía sola en ese entorno, cuando estaba claro que padecía demencia.

Entendía por qué otras personas la habían descartado como testigo en relación con los incidentes de al lado, pero Penn no quiso marcharse tan rápido.

—Aún no está lista —dijo, y volvió a sentarse en el sofá.

Ella le miró las manos.

—Bueno, ¿lo tienes? —preguntó—. ¿El cupón?

Él se dio una palmada en la cabeza.

—Ay, que lo he dejado en el coche.

—Bueno, ¿y cómo voy a ganar si está en el coche?

Por supuesto, el cupón del fútbol. Ella pensaba que Penn era el hombre de los cupones del fútbol.

—Iré a buscarlo en un minuto —dijo—. Y la ayudaré a poner las cruces.

Ella sonrió de placer y él le devolvió la sonrisa.

A Jasper, de pequeño, le costaba comunicarse. Penn había aprendido a dejarlo hablar. Al final, las piezas encajaban.

Miró el andador y descubrió lo que provocaba aquel chasquido cuando la mujer caminaba por el pasillo.

Se inclinó, levantó el aparato y le quitó el tope de goma gris. Lo limpió por dentro y volvió a colocarlo, ahora más firme. Lo mismo ocurría con el andador de su madre a todas horas.

—Ahí lo tiene —dijo a un rostro lleno de sospechas. De inmediato, Penn supo lo que ocurría: ella había vuelto al presente.

—¿Quién eres? —ladró.

El sargento se limpió la mano en la chaqueta.

—He venido por ese desagradable asunto de al lado.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué?, ¿tú también eres de alguna asociación de viviendas?

Capítulo 58

Alison se puso en pie.

—¿Quieres algo de la cafetería? —preguntó.

Stacey negó con la cabeza y la criminóloga se sentó de nuevo.

—Todos los días, a esta hora, tengo un bajón de azúcar —dijo—. Pero quizás ya haya comido bastante.

La respuesta de Stacey fue un gruñido. Si esa mujer estaba buscando cumplidos por su figura, no saldrían de ella; sobre todo, después de que esa mañana hubiera tenido dificultades para abrocharse el botón de sus pantalones talla 42. Maldita fuera, le encantaba comer; sin embargo, un viaje de vez en cuando al gimnasio no la mataría.

—Entonces, ¿anoche investigaste a tu jefa?

—Alison, intento trabajar —dijo Stacey sin levantar la vista. En primer lugar, porque no quería que descubriera la mentira en sus ojos y, en segundo, porque los motivos que pudiera tener para intentar hablar con ella no le inspiraban confianza.

En ese momento, estaba más interesada en localizar al hijo de Bill y Helen Phelps. Por ahí había un joven que necesitaba saber lo que les había ocurrido a sus padres.

—No es desleal intentar averiguar todo lo que se pueda —continuó Alison—. Es un caso activo, después de todo.

—Mmm... —dijo Stacey, aunque, en realidad, no estaba poniendo atención.

—Quiero decir, ¿cómo no iba a sentirse afectada por lo que ha visto en ese piso? Una réplica exacta de uno de los sucesos más traumáticos de su vida. Me refiero al nivel de detalle: esa vivienda está unos pisos más abajo; el radiador, las esposas, el paquete de galletas.

Stacey levantó la vista. Ahora estaba atenta a Alison, que, con la cabeza inclinada, garabateaba de nuevo.

Sí, se había olvidado del paquete de galletas en la garganta de Mark Johnson.

¿Cómo era posible?

Había leído todos los informes periodísticos sobre el incidente y, sin embargo, había pasado por alto ese detalle.

Alison, como si hubiera percibido la mirada Stacey, levantó la cabeza.

—Lo siento, ¿es algo que he dicho? —preguntó.

Stacey volvió a mirar la pantalla del ordenador y abrió una nueva pestaña de búsqueda.

—Sí, Alison, creo que sí.

Capítulo 59

—Bryant, estoy bien —dijo Kim por vigésima vez. Cogió un caramelo MenthoLyptus del paquete que le ofrecía su compañero—. Habrá sido algo que he comido —continuó, en un intento de explicarle por qué acababa de vaciar el estómago en la taza del váter.

—Sí, si hubieras comido algo —murmuró él, y también se llevó a la boca un caramelo. Como ella no le hizo caso, se volvió hacia las puertas automáticas—. ¿Lista para volver a entrar? —le preguntó.

¿Estaba preparada para volver a la habitación y ver cómo Keats profanaba esos cuerpos quemados y ennegrecidos en busca de las respuestas que la propia Kim necesitaba para encontrar al cabrón que lo había hecho? ¿Podría ver al hombre hacer su trabajo sin imaginar a Erica y Keith detrás de aquellos rostros sin rasgos?

Movió la cabeza de un lado al otro.

—Vuelve tú. Yo iré a ver a Rubik.

Él vaciló un segundo antes de pulsar el botón de la entrada.

***

Kim se dirigió al final del pasillo, llamó con suavidad a la puerta de la sala de investigaciones y entró.

Habían dividido la habitación en tres zonas bien claras. A la derecha estaban los restos del cubo y la doctora A arrodillada ante él. Vistas desde atrás, las botas Doctor Martens, que sobresalían bajo la bata blanca, tenían un aspecto muy gracioso.

En una mano, la mujer sostenía la punta de una cámara endoscópica, como las que se utilizan para realizar intervenciones quirúrgicas. La vio empujar un extremo dentro de los restos. En la pantalla aparecieron imágenes. Sin que Kim pudiera evitarlo, en sus labios se formó una sonrisa. Recordaba los planteamientos y herramientas que Keats y Mitch habían considerado. En vez de eso, la doctora A aprovechaba un equipo de sondeo que solía usarse para trabajar entre carne y órganos. Estaba penetrando en el cubo, interrogándolo. Trataba de comprenderlo antes de intentar separar lo humano de lo mecánico.

Colocaban las piezas de metal ya extraídas en una impoluta sábana blanca, en el lado izquierdo de la habitación. Cerca había una gran bañera de plástico transparente con bolsas de pruebas

colgadas a los lados, así como un detector de metales contra la pared. Supuso que este servía para comprobar si había restos de metal en las partes del cuerpo, antes de embolsarlos y enviárselos a Keats.

—¿Ves?, te dije, Mitchell, que la inspectora no se había olvidado de nosotros —comentó la doctora A. Entrecerró los ojos y apagó la cámara.

Kim le devolvió la mirada.

—He estado un poco ocupada, doctora —dijo.

Mitch asintió con la cabeza y volvió a centrar su atención en el portapapeles que tenía en las manos.

—Ha avanzado mucho, doctora A —dijo Kim. Recordaba el tamaño original del cubo.

—Ejem —carraspeó Mitch.

—Los dos —corrigió Kim. Fue a situarse detrás de la doctora.

—Hasta ahora, hemos extraído una pierna y media, la mayor parte de los brazos, una mano y los dos pies. Aún me queda mucho por encontrar. —Se señaló el estómago—. Estamos montando las partes en el armario, sobre una de las camillas. —Miró hacia la puerta.

Kim supuso que se refería a la sala refrigerada, en la que los cadáveres se guardaban en cajones apilados del suelo al techo.

—Hemos tomado muestras de tejidos y las hemos enviado al laboratorio. Si el hombre estaba casado, no llevaba anillo. —Kim, en silencio, esperó más información—. ¿Qué? —reclamó la doctora A—. No tengo más, por ahora.

—¿Es broma? —preguntó Kim. ¿Treinta y seis horas y eso era todo lo que tenía? Ella ya lo había descubierto con solo ver la mano que asomaba.

—Ay, inspectora, tu sentido del humor parece haber desaparecido. Nuestra víctima es un varón de entre cuarenta y cinco y sesenta años. Medía entre un metro sesenta y cinco y un metro setenta y dos, y pesaba unos ciento ocho kilos. De niño se rompió dos huesos: el brazo derecho y la pierna izquierda, pero no al mismo tiempo. Todos los pesos y medidas son aproximados y...

—Doctora A, te quiero —dijo Kim, y sacó su teléfono.

La mujer echó atrás su larga coleta.

—Ponte a la cola, inspectora —dijo.

—¿Puedes enviar...?

—Os lo he enviado por correo electrónico a ti y a tu equipo hace diez minutos —dijo, y volvió a centrar su atención en el cubo.

—Gracias, Doc. —Con esa información, podrían empezar a construir una imagen detallada de la víctima.

Se acercó a Mitch.

—Una proeza difícil de igualar, ¿eh?

—Sí, en lo mío no hay nada tan sexy ni tan vanguardista, me temo —dijo él mientras anotaba una medida en el portapapeles.

Para Kim era solo un amasijo de números, flechas y signos matemáticos.

—Interesante —comentó, incapaz de entender lo que Mitch anotaba.

El técnico sacó un folio de papel de la parte trasera del portapapeles.

—A lo mejor esto tiene más sentido. —Extendió la hoja, de tamaño A3. —Kim vio una colección de figuras de diferentes colores y referencias numéricas—. Las formas rojas son partes del cuerpo recuperadas; las azules, partes del coche.

—De acuerdo —dijo ella, dando crédito a la palabra del técnico. Las partes del cuerpo estaban etiquetadas con números, así que no tenía forma de saber qué era qué.

—Todavía tengo que ir al laboratorio e introducir todos los datos en una simulación por ordenador, pero estoy preparado para afirmar que nuestra víctima estaba encerrada en el maletero.

—Mitch...

—Lo sé —dijo él, y sonrió—. A mí también me quieres.

—No tanto como a la doctora, pero estás en la lista de mis tarjetas de Navidad.

—Vaya, eso es...

Sus palabras se acallaron cuando el teléfono de Kim empezó a sonar.

—Stace —respondió—. ¿Has recibido el correo electrónico de la doctora?

—Sí, jefa Voy a estudiarlo en un minuto, solo que antes necesito consultarte un par de cosas. Aún estoy tratando de encontrar al familiar más cercano de las víctimas del coche, pero hay algo más.

—Continúa —dijo Kim mientras salía al pasillo.

—El envoltorio de galleta en la garganta de Mark Johnson. No lo entiendo. He repasado todas las noticias dos veces y no se menciona en ningún lado.

—Créeme, es importante —dijo Kim en voz baja.

—Claro, a eso me refiero —argumentó la asistente.

—Stace, no estás...

—Si los detalles no aparecieron en las noticias, ¿de dónde los sacó el asesino?

Mierda. Acababa de ver a qué se refería Stacey. ¿Dónde más había tanta información sobre su infancia?

Kim terminó la llamada con una idea bastante clara de por dónde seguir.

Capítulo 60

Penn llevaba veinte minutos en el mal ventilado despacho del ayuntamiento, esperando a que una de las dos mujeres de detrás del mostrador se desocupara.

La rubia, que parecía atender a dos personas por cada una de las que atendía la morena, le lanzaba a veces una mirada del tipo «No debería tardar mucho».

Veía cómo la gente pagaba el alquiler, informaba de tuberías atascadas, gritaba cosas acerca de los vecinos y recogía llaves. Una mujer, incluso, había pedido dinero con urgencia para comprar compresas. La rubia había sacado un par de libras de su bolso y se las había dado.

—Siento haberte tenido esperando —dijo cuando, por fin, llegó el turno de Penn.

—No hay problema. Me gustaría hablar contigo sobre una vivienda de Hollytree.

—¿Hollytree? —preguntó, sorprendida. Era obvio que no mucha gente expresaba su interés por trasladarse a esa finca en particular.

Él movió la cabeza de un lado al otro y le mostró su placa.

—Quiero hablar acerca del piso donde los dos...

—Sé de qué hablas —dijo ella en voz más baja. Echó un vistazo detrás de él, a la cola que seguía formándose. Al parecer, su compañera solo tenía una velocidad, y no estaba entre los números más altos.

—Es vuestra, ¿verdad? —preguntó él.

Ella enarcó una ceja.

—¿En lugar de...?

—¿No es de una asociación de la vivienda?

Penn sabía que la mayoría de los ayuntamientos habían vendido propiedades a asociaciones de la vivienda para financiar otros proyectos, solo para encontrarse, pocos años después, con una lamentable escasez de viviendas de protección oficial.

Ella movió la cabeza de un lado al otro.

—En Hollytree no hay propiedades de asociaciones de vivienda. Todas siguen perteneciendo al Ayuntamiento —dijo.

Penn casi alcanzó a oír el tácito «Qué suerte la nuestra» que tenía que haber acompañado esa

afirmación.

—Entonces, ¿cuál es la historia del lugar? —Pocas viviendas municipales permanecían vacías durante mucho tiempo. Incluso en Hollytree.

—Ni preguntes —dijo ella, y puso los ojos en blanco—. El último inquilino era un hombre de cincuenta y seis años que estaba en el registro de delincuentes sexuales por pornografía infantil. Tuvo un montón de mier... de problemas con los vecinos, así que jugó la carta de «Soy una víctima inocente» todo el tiempo que le fue posible, hasta que, un día, un tipo, que vivía dos pisos más abajo, no encontraba a su hijo de siete años y le echó abajo la puerta.

—¿Y?

—El crío estaba sentado en el sofá, sin camiseta, con una bolsa de Haribos.

—Dios —dijo Penn, que sintió naúseas.

—El padre reunió a algunos compañeros y le dieron su merecido.

—¿Lo mataron?

Ella movió la cabeza de un lado al otro.

—No del todo, pero te aseguro que nunca volverá a valerse por sí mismo.

Uno podía explicarse la poca compasión que había en la voz de la rubia.

Él lo pensó. A pesar de que había compartido la lucidez de la vecina por un breve instante, acababa de comprobar que el inmueble no estaba vinculado con ninguna asociación de la vivienda. ¿Se había equivocado al hacerle caso?, ¿al confiar en que el policía que custodiaba la puerta se había equivocado? ¿Había ido en persecución de algo guiado solo por las divagaciones de una anciana gravemente enferma?

Recordó un momento en que él tenía diecisiete años y Jasper, solo dos.

Habían estado en el salón; él, viendo la tele, y su hermano, contemplando la habitación, como de costumbre. Jasper se había alterado mucho. Señalaba un rincón, encima de la cesta de los juguetes del perro. Tanto su madre como su padre lo habían revisado y, al final, se habían dado por vencidos y habían salido de la habitación.

Jasper seguía angustiado y señalando, así que Penn se acercó a la esquina y empezó a rebuscar. Al igual que sus padres, no conseguía encontrar nada, pero supuso que el pequeño debía saber algo. De uno en uno, sacó de la cesta los juguetes del perro y se los fue mostrando a su hermano, quien los miraba muy atento. El penúltimo objeto, un juguete Kong que servía para meter golosinas destinadas al springer spaniel, contenía una avispa atrapada y furiosa. Si el perro se hubiera acercado, le habría picado casi con total seguridad. Penn llevó el juguete a la ventana y lo sacudió para liberar la avispa. La sonrisa de su hermano lo dijo todo.

Así que no, no creía haberse equivocado al seguir la pista de la mujer.

—¿Alguien ha cogido las llaves para echarle un vistazo a la vivienda? —preguntó.

—Ah, eso ya es otra historia —dijo la rubia—. Nadie quiere vivir allí, pero hay una fascinación morbosa por ir y echar un vistazo.

—¿Y hay manera de conseguir una lista? —preguntó, esperanzado. Ella miró detrás de Penn, hacia una cola que ahora llegaba hasta la puerta—. Solo indíqueme el camino —pidió él y, con una sonrisa, se hizo a un lado.

Ella se lo pensó un momento antes de apartar su silla del escritorio. El sargento supuso que la mujer pulsaría unas teclas y la impresora se pondría en marcha. Pero no fue así.

En vez de eso, cogió un archivador de palanca que parecía haber sido reetiquetado cientos de veces y lo puso delante del sargento.

—Van por orden numérico de la propiedad —dijo, y giró el expediente hacia él.

Penn le dio las gracias, si bien la rubia ya estaba escuchando a alguien hablar de atrasos en el alquiler.

Abrió la carpeta y encontró un antiguo registro de llaves. Propiedad, número de llave, nombre de la persona que la recibió, hora de salida y hora de entrada. Simple y eficaz. En esa oficina no prescindirían del papel a corto plazo.

Se mojó el dedo y hojeó hasta encontrar la dirección que buscaba.

Los registros se remontaban a finales de los años noventa, pero él avanzó hasta el periodo de siete años en el que la vivienda estuvo ocupada por el pederasta. Las llaves habían sido devueltas al Ayuntamiento hacía cinco meses y, desde entonces, muchas personas habían visto el piso.

Llamó la atención de la rubia y esta le señaló la fotocopiadora.

Sacó seis páginas de la carpeta y se dirigió a la máquina. Con unas veinticinco entradas por página, tenía alrededor de ciento cincuenta personas en la lista.

Y cualquiera de ellas podría haber copiado la llave de la escena del crimen.

Capítulo 61

—Jefa, los Cotswolds me gustan tanto como al que más, pero ¿no podríamos haber hecho esto por teléfono? —preguntó Bryant mientras ella se llevaba el móvil al bolsillo. Era el segundo mensaje de Frost en el día. La periodista no entendía que esa vez Kim había sido amordazada por su jefe y que no podía hablar con la prensa.

Bryant sorteaba los semáforos de Stow-on-the-Wold.

—Sí, lo pensé —dijo Kim. Estaban a solo ocho kilómetros de Bourton-on-the-Water y de la casa de un hombre a quien nunca había conocido; un hombre del que no sabía nada, pero que se había tomado la molestia de averiguar muchas cosas sobre ella.—¿Habló contigo alguna vez? —preguntó Bryant.

Ella negó con la cabeza.

—No supe nada del libro hasta que tuve unos quince años y una trabajadora social me habló de él.

—¿Lo has leído alguna vez?

—¿Por qué iba a hacerlo? —respondió—. Estuve allí.

—Estoy pensando en la precisión. ¿No sentías curiosidad por saber cuánto había acertado?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué habría cambiado?

Lo único que sabía era que aquel hombre era un periodista, un sujeto que intentaba sacar dinero de todo lo malo que a ella le había pasado en la vida.

Llevaba mucho tiempo sin pensar en él, hasta que, tres años atrás, Alexandra Thorne, en un intento por debilitarla, había ido a sonsacarle información. Kim llegó a pensar en hacerle frente, pero, al final, había decidido que ningún viaje a su pasado cambiaría en nada el hecho de que este sujeto, por dinero y sin que ella pudiera evitarlo, se había aprovechado de su historia.

—Aquí, a la izquierda —dijo Bryant. Giró hacia una calle de una sola vía. Había casas independientes a ambos lados de una calle que serpenteaba por curvas cerradas y que conducía a una hilera de viviendas de piedra con un aparcamiento al final.

—La del medio —dijo Bryant cuando estuvieron fuera del coche. Había una bicicleta bajo la ventana.

Ella respiró hondo antes de llamar a la puerta.

Les abrió un hombre corpulento, unos cinco centímetros más bajo que el metro setenta y cinco de Kim. El pelo le rodeaba la nuca de oreja a oreja, como una falda.

No era exactamente como Kim lo había imaginado y no llevaba la palabra «oportunista» tatuada en la frente.

—¿Henry Reed?

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó él en tono agradable.

—Con suerte, sí. Me llamo Kim Stone y usted...

Ella guardó silencio cuando vio al hombre retroceder un paso. Todo el color se le había ido de la cara.

Sí, era tal como Kim había sospechado. Esa persona no se esperaba que algún día llegaría el ajuste de cuentas. Nunca imaginó que tendría que enfrentarse a la niña rota de quien se había aprovechado para ganar unas libras. Y, ahora mismo, tenía mucho que explicar. Sí, Reed tenía motivos para parecer asustado.

—Perdóneme, querida —dijo, y se acercó de nuevo a ella—, pero he soñado con este día los últimos treinta años.

Capítulo 62

Alison volvió a sus notas. Quería darle sentido a lo que ahora sabía.

No encontró, por ningún lado, menciones del pendiente desaparecido.

Había aprendido, hacía muchos años, que los delincuentes se enamoraban de sus propios crímenes hasta el punto de llevarse recuerdos de las víctimas, casi siempre una prenda de vestir o una joya; alguna cosa fácil de desprender. No siempre se trataba de objetos valiosos ni obvios, sino de algo que la víctima llevaba puesto en ese momento.

A veces, los trofeos eran horripilantes.

Ed Gein, un asesino en serie de los años cincuenta, había fabricado muebles con piel humana, cuencos con cráneos. Tenía un corsé hecho con un torso femenino y un cinturón confeccionado con pezones. Alex Mengel, de Nueva York, se quedó con el cuero cabelludo de su víctima. Un asesino en serie de Texas coleccionaba ojos. El asesino de Yellowstone, Stanley Dean Baker, guardaba los huesos de los dedos.

El objeto no era lo importante, sino la motivación, que era siempre la misma: prolongar la fantasía del crimen; y, entre crimen y crimen —a menudo mientras ponía la mira en futuras víctimas—, el asesino en serie sacaba sus trofeos y revivía el homicidio una y otra vez.

Desde el principio, la policía había considerado el asesinato de Jennifer Townes un crimen pasional, un ataque aislado de alguien a quien ella conocía. El hecho de que se hubiera llevado un trofeo, un recuerdo, iba en contra de esa teoría; pero había algo más.

El asesinato de Jennifer podría haber sido parte de una escalada. Ningún asesino en serie se levantaba un día y empezaba a matar así como así. Siempre había una historia, como la del asesino en serie francés Michel Fourniret, que no empezó a matar hasta que una de sus víctimas de violación lo denunció a la policía.

Algunos comenzaban forzando la entrada de una casa en busca de objetos de valor. Una noche, el delincuente se daba cuenta de que había una mujer viviendo sola. La violaba y, a partir de ahí, se planteaba como objetivo las casas de mujeres solas. Escalada. Otro podía estrangular a una de sus víctimas solo porque se había defendido, y eso, a él, le había gustado. Escalada.

Sabía, por experiencia, que, cuando estaba en plena evolución, un asesino en serie solía ser organizado y demostrar más madurez y confianza con cada golpe. Aprendía e iba modificando su modus operandi.

Un asesino en serie en involución era, por lo general, desorganizado. Quedaba totalmente bajo el dominio de sus fantasías e impulsos. Sus crímenes se volvían cada vez más erráticos y carecían de un propósito real. Solía perder el control total sobre la realidad y sus propias acciones.

La mente de Alison barajó las posibilidades, la más inquietante de las cuales era que hubieran descubierto al asesino cuando empezaba a involucionar: un momento peligroso para cualquier mujer que se cruzara en su camino.

Comparó las dos escenas del crimen. Jennifer había desaparecido del bar al final de su turno. El asesino había conseguido someterla a altas horas de la noche y se la había llevado a un almacén abandonado, a tres kilómetros del club. Allí había podido maltratarla y violarla durante horas, incluso antes de que consideraran a la mujer como desaparecida.

El secuestro de Beverly también se había producido de noche, pero unas tres horas más temprano. El tipo la había arrastrado hasta un callejón que pasaba por detrás de una hilera de casas, pero un perro ladró y eso lo molestó.

¿Estaría ya desmoronándose y cometiendo errores impulsivos?

Pero, como ella no creía que estuvieran ante actos de un amante rechazado a quien le hubiera dado después por atacar a otra mujer, tenía que considerar que el asesino estaba en crecimiento.

Aun en su papel de asesora de muchas fuerzas policiales, no había tenido experiencias personales con la base de datos compartida HOLMES y su versión más reciente, HOLMES2, pero la conocía como un sistema informático para delitos graves del que todas las fuerzas del Reino Unido echaban mano.

Y HOLMES2 podría ayudarla a averiguar si ya se habían registrado incidentes similares.

Si bien no tenía acceso al sistema, conocía a alguien que sí lo tenía.

Levantó la cabeza.

—Stacey, ¿tienes un minuto? De verdad que necesito tu ayuda.

Capítulo 63

Asombrada por lo que Henry Reed acababa de admitir, Kim lo siguió a un espacio luminoso y ventilado al que, era evidente, le faltaban unas cuantas paredes para ser el original. Los muros que quedaban eran de piedra gris vista. El salón se fundía con la cocina antes de convertirse en el comedor. Había una puerta que, Kim supuso, conducía al cuarto de baño.

Los sillones individuales, el pequeño televisor y las grandes estanterías le dijeron todo lo que necesitaba saber sobre el estilo de vida de este hombre.

—¿Puedo traerles algo de beber?, ¿un tentempié?...

—Estamos bien —dijo ella, aún sorprendida por la actitud de Reed en la puerta.

Bryant miró a Kim de reojo.

—Un vaso de agua —pidió.

—Por favor, siéntense. —Reed señaló una mesa de haya clara con un banco a cada lado.

Sacó una botella de agua del frigorífico, llenó un vaso y le añadió dos rodajas de limón.

Kim odiaba a su colega en ese momento.

—No tiene ni idea de cuánto tiempo he esperado...

—¿Por qué escribió ese libro? —lo cortó Kim. La pregunta era importante para ella. Ese hombre no era lo que esperaba, pero había pasado mucho tiempo. Que ahora no pareciera despiadado ni frío no significaba que entonces no hubiera sido un completo cabrón—. ¿También escribió libros sobre otros niños destrozados? —le preguntó con amargura.

Él dejó la bebida de Bryant con una mano temblorosa. Su rostro era una máscara conmocionada.

—En absoluto —contestó.

—Entonces, por favor, explíqueme por qué eligió explotarme.

La turbación de Reed aumentó. Negó con la cabeza.

—No fue así. —Tomó aire—. Permítanme empezar por el principio. Yo estaba allí ese día, en Hollytree, el día que los encontraron a los dos. Tenía veintiocho años y, por casualidad, estaba cerca, trabajando en un artículo sobre el club de críquet de Halesowen. Justo detrás del cordón. Vi a su hermano, es decir, la pequeña bolsa para cadáveres que contenía a su hermano. —Kim tragó saliva por la emoción que, de repente, le atascó la garganta.

»La gente cuchicheaba sobre su madre, sobre su padre o la falta de él, y sobre ustedes dos. Mi corazón se caía a pedazos. Y entonces la vi a usted. —Sacudió la cabeza y parpadeó con rapidez —. La estaban sacando del edificio. Nunca lo olvidaré. El silencio. Era como una frágil muñequita de trapo. Delgada y pálida, con el pelo negro y los ojos oscuros. Desprendía puro miedo. Tenía seis años y yo ya sabía que estaba completamente sola. Pasaron unos cuatro segundos hasta que desapareció de la vista en la ambulancia, pero nadie dijo nada. Todas las miradas estaban puestas en usted. Había tres fotógrafos detrás de mí que habían discutido por lograr ese sitio y, ¿sabe una cosa?, ninguno le sacó una foto.

—Continúe —dijo Kim, deseosa de dejar atrás los recuerdos compartidos y pasar a las razones para escribir el libro. Ella ni siquiera sabía que la prensa había estado allí.

—Esa noche publicamos el reportaje, pero no fue suficiente. Yo quería alguien a quien culpar, a quien responsabilizar. Por desgracia, mi editor no pensaba lo mismo. Antes de que me diera cuenta, yo ya tenía montones de investigaciones, notas, entrevistas de las que nadie quería saber nada, pero no podía dejar que usted se fuera de ese modo. Esa cara, esa expresión cuando la sacaron de ese edificio, simplemente no me dejaba en paz. No podía renunciar a usted. Me pareció que ese paso ya lo había dado demasiada gente.

—Así que ¿ganó dinero conmigo? —quiso saber Kim, aunque la pregunta ya no le sabía bien en los labios.

—Ah, no, todo lo contrario. Nunca quise ganar un penique con su angustia y su dolor. Quería que la gente la recordara, que aprendiera de los errores. Escribí el libro y lo autopubliqué. Entonces no existía Amazon KDP. Pagué para que lo imprimieran. Nunca ha dejado ni dejará un penique de beneficio. Como he dicho, su función era que la gente nunca olvidara.

—¿Y cree que escribir ese libro me ayudó a mí? —preguntó ella.

—Me gusta pensar que he contribuido a responsabilizar a alguien.

—Pero ninguno de los mencionados en el libro fue nunca...

—El libro no, querida. Acabo de decirle que quería que alguien pagara. Bueno, yo era un reportero, un periodista con habilidades de investigación desaprovechadas mientras cubría las páginas deportivas del Dudley Star. Así que recordé todo lo que había averiguado, eché mano de mis fuentes y de mi tiempo libre y demostré que podía hacer algo tangible para ayudar.

—¿Qué hizo? —preguntó Kim, confundida.

Él se encontró con su mirada.

—Salí y encontré a su madre.

Capítulo 64

De ser sincero, Symes habría confesado que no le molestaba la vida en prisión tanto como a la mayoría de los reclusos. No le importaban mucho la pérdida de la libertad ni el día estructurado ni que le dijeran lo que tenía que hacer. No era tan diferente al Ejército, excepto por una cuestión crucial: no podía hacerle daño a la gente y llamarlo «trabajo».

Los viajes por Afganistán habían sido sus mejores momentos. Nadie entendía esa clase de vida. Nadie entendía eso de ver compañeros que explotaban al lado por una bomba improvisada ni el miedo a pisar una mina incluso si solo ibas a mear.

Las frustraciones se acumulaban y crecían. La ira se enconaba y envenenaba hasta que un pueblo de civiles desarmados aparecía como por arte de magia y servía para algo. Los sargentos, comprensivos, miraban hacia otro lado mientras los soldados exploraban casa por casa. La violación nunca había sido lo suyo. Ahora bien, la violencia, el causar daños físicos, el mutilar y herir a mano limpia eran cosas muy distintas. Y siempre había alguien a quien utilizar para eso.

El premio gordo habrían sido aquellas dos niñas de nueve años que le habían prometido, pero esa zorra de Stone se las había arrebatado. Meses de planear, soñar y fantasear con despedazarlas miembro a miembro se habían ido al traste por culpa de una arpía entrometida, demasiado inteligente para su propio bien. Demasiado inteligente para ser mujer. Y ahora no era el dolor de las niñas con lo que soñaba cada noche. Era el de ella. Y ese era el único inconveniente que veía a estar dentro: que le impedía llegar a ella.

Para ser un trullo, ese lugar no era diferente a los otros en los que había estado desde que había dejado las fuerzas armadas. En este había diez unidades de alojamiento formadas por una mezcla de cuatro alas que irradiaban de un punto central. Las adiciones más recientes eran bloques de casas residenciales.

Sonrió con satisfacción al recordar su primera noche dentro. Los guardias le tomaron las huellas dactilares y sus datos personales. Le entregaron unos vaqueros, dos camisetas, dos calzoncillos y una sudadera. Antes de su ducha de dos minutos, lo habían sometido al cacheo de cuerpo desnudo. Un oficial delante y otro detrás, mientras Symes se doblaba por la cintura. Solo para asegurarse, para que los policías pudieran ver bien, se agarró ambas nalgas y tiró. Desde entonces, había estado en el ala A, más conocida como Beirut. Y le iba muy bien porque muchos de los enemigos de Stone vivían en el ala A. Gracias a eso, había conseguido reclutarlos a todos. Pero sus dos más leales eran Preece y Lord, que, al igual que él, también habían aprendido a jugar con el sistema penitenciario y encontrado alguna cosa que los ayudaba a pasar el día.

Para Symes, era el gimnasio, al que podía acceder los trescientos sesenta y cinco días del año. Era su salvación y su templo. Ahí pasaba horas fortaleciéndose, y todo por una sola razón.

Preece, aunque ya era un hombre culto, se había matriculado en todos los putos cursos existentes,

en tanto que Kai Lord había decidido encontrar a Dios, lo que resultaba igual de irónico.

—Ahí vienen —dijo Symes, mientras Gennard se acercaba seguido de tres tipos.

El guardia abrió la puerta.

—¿Sois el comité de bienvenida? —preguntó.

—Sí, aquí tengo el puto banderín y todo —dijo con la mirada fija en Birdy.

—Vale, portaos bien, amigos —los previno Gennard. Salió y cerró la puerta.

Symes asintió hacia los dos nuevos. Lord se acercó y les tendió la mano. Al ingresar, los presos tenían que elegir entre un paquete para fumadores o una tarjeta telefónica. No era una decisión importante, porque no iban a poder quedarse ninguna de las dos cosas por mucho tiempo.

Symes apoyó su carnosa palma en el codo de Birdy.

—Me alegro de volver a verte, Birdy —dijo—. Vayamos a charlar un rato, ¿vale? —Lo guio hasta la tercera celda. Lord y Preece iban detrás—. Fuera, chicos. Esta es una reunión privada.

La puerta se cerró y Birdy empezó a retroceder. El espacio era diminuto. No tenía adónde ir.

Symes hizo crujir los nudillos.

—Me has defraudado, colega —espetó.

Birdy se pasó la mano por las entradas prematuras.

—La jodí, tío. Me la follé bien follada. Le di una paliza que no olvidará en un...

—Porque la odias, ¿no?

—Sí, tío. Lo sabes de sobra. Lo que me hizo fue...

—Ella te detuvo por robo con agravantes y lesiones, ¿no? ¿Y tu señora perdió la casa mientras estabas dentro? Tus hijos sufrieron. Tu señora conoció a otro —dijo Symes. Se estaba tomando un minuto para recordarle a Birdy por qué odiaba a esa escoria—. Y, mientras te estaban dando una paliza aquí, ¿tu zorra le estaba chupando la polla a otro?

—Por eso hice lo que me pediste y le di...

—¿Cuándo?

El hijo de puta había estado fuera solo diez días.

Birdy se relajó.

—Hace una semana.

Symes ladeó la cabeza.

—Qué raro, porque el otro día estuvo aquí y no tenía ni un puto rasguño —dijo Symes.

—No, hombre, no puede ser. Ella...

Cayó hacia atrás con el primer puñetazo. Lo había recibido de lleno en la nariz. Symes lo disfrutó. Una oleada de gusto arrancó de sus nudillos y recorrió su cuerpo hasta la parte que clamaba satisfacción. El sonido del hueso al crujir lo llenó de placer. La sangre estalló en la nariz de Birdy.

—Te di la bienvenida a mi club, cabrón. Disfrutaste de los beneficios y solo tenías que hacer una puta cosa. Me has decepcionado, hermano.

Mientras asestaba puñetazo tras puñetazo, patada tras patada, oyó cómo se rompían los huesos y se desgarraba la piel. Se preguntó por qué algunos reclusos necesitaban un arma para causar un poco de daño corporal. «¿Qué tiene eso de divertido?», pensó. Se quedó mirando el revoltijo sanguinolento y roto que había en el suelo.

Suficiente diversión por ahora.

Tocaba ponerse a trabajar.

Y para eso sí necesitaba un arma.

Capítulo 65

Kim envidió el largo y lento trago que Bryant le dio al vaso de agua. Sentía como si lo hiciera en su nombre, después de aquella confesión sobre su madre.

—¿Por qué usted? —preguntó Kim.

—Porque a nadie más parecía molestarle. En cuanto se supo que su madre padecía una enfermedad mental, todo el mundo se preocupó por cubrirse las espaldas. No querían ser los causantes de la crisis de un sistema inepto. Todos estaban demasiado ocupados intentando redirigir las culpas. No me malinterpreten: la policía realizó una búsqueda poco entusiasta, interrogó un poco a los vecinos, pero se desvió enseguida hacia otros casos que requerían atención.

—Pero ¿usted no? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Ni siquiera puedo explicarle qué me impulsó —dijo con sinceridad—. Pero su cara, mientras la sacaban del edificio, nunca se me borró de la cabeza.

—Entonces, ¿cómo la encontró? —preguntó Kim.

—La policía no había hecho las preguntas pertinentes a los vecinos. Se habían centrado en los que vivían más cerca, pensando que la conocerían mejor; tanto a ella como sus movimientos. Yo ya había aprendido que, fuera donde fuera, todo lo que necesitaba era un vecino entrometido porque no se limitan a observar, sino que preguntan y hablan. Tratan de averiguarlo todo sobre todo el mundo. Había un hombre de unos sesenta años, viudo, que se dedicaba a informarse de las costumbres de los demás. Y sabía bastante sobre su madre.

—¿Dónde la encontró? —preguntó Kim. Quería enterarse de dónde había estado su madre mientras ella luchaba por su vida en el hospital.

—Estaba borracha, sin medicación, en una casa okupa, en West Bromwich.

—¿Habló con ella?

Él asintió con la cabeza.

—Le pregunté si tenía alguna idea de lo que les había hecho a usted y a Mikey.

—¿Y? —preguntó Kim. Deseaba, más que nunca, beber un trago del agua de Bryant. La revelación de que ese hombre había hablado con su madre le había secado hasta la última gota de saliva. No tenía dudas sobre lo que estaba a punto de escuchar: las reacciones de su madre ante

las noticias sobre ella y Mikey; pero, por duro que fuera que le recordaran el desprecio de esa mujer por su vida y la de su hermano, se sentía obligada a saberlo.

—No querrá...

Kim apretó los dientes.

—¿Qué dijo? —preguntó.

—Me preguntó quién era usted.

Bryant miró su vaso.

—Llamé a la policía y esperé a que llegaran. Toda la conversación está relatada palabra por palabra en el libro, si quiere...

—No, gracias. —Trataba de mantenerse concentrada en el caso—. Pero, en el libro, ¿mencionó lo de las galletas de crema?

Él frunció el ceño y asintió.

—Por supuesto.

—¿Cómo se enteró? —preguntó Bryant.

—Por un oficial de la Policía, creo; o un paramédico. Sin duda alguna, por alguien que estuvo allí, en la escena. Ellos vieron el paquete.

Así que Stacey podría tener razón.

—¿Ha vendido algún libro hace poco? —preguntó Kim.

Él movió la cabeza y se levantó.

—Por favor, síganme.

Bryant apuró el agua y siguió al hombre por el pasillo.

Reed abrió una puerta que daba a un estudio muy reducido tras el que había un pequeño pero abarrotado jardín. Las vallas bajas dejaban ver el campo más allá.

La mirada de Kim se dirigió de inmediato a una caja en un rincón. Supuso que habría unos diez ejemplares, más o menos. La portada mostraba la silueta de una niña bajo las palabras La niña perdida. Desvió la mirada. Henry Reed hojeaba una carpeta.

—Hablando de «hace poco», vendí uno hace unos cuatro meses. —Mientras leía sus notas, asintió con la cabeza—. Sí, ahora lo recuerdo. El dinero llegó en una bolsa de papel de estraza con un sobre franqueado adjunto.

El corazón de Kim se aceleró.

—Entonces, ¿sabe usted adónde envió el libro?

—Ah, sí, lo recuerdo bien. Lo envié a la prisión de Winson Green. Me pareció un poco extraño, pero supongo que hasta a los presos les gusta leer.

Kim miró a Bryant para ver si su compañero experimentaba la misma sorpresa.

Y así era.

Se dio cuenta de que esa visita le estaba aportando mucho más de lo esperado.

—Gracias, inspectora —dijo el hombre, como si presintiera que la visita tocaba a su fin.

—¿Por qué?

—Por haber venido. Creo que, por fin, podré dejar atrás la visión de aquella niña asustada, ahora que he conocido a la mujer fuerte y triunfadora en la que se ha convertido. —Desvió la mirada con los ojos enrojecidos—. Y la forma en que lo ha conseguido es un testimonio de su entereza y determinación, estoy seguro.

Ella había previsto enfrentarse a ese hombre, avergonzarlo por haber intentado aprovecharse de su desventura. Sin embargo, la persona a quien había encontrado no había hecho nada de eso. A su manera, él había sido el único que había luchado por ella mientras ella luchaba por sí misma. Y ese pensamiento la reconfortó de algún modo. No había estado tan sola como pensaba.

—Henry, antes de que me vaya, me gustaría pedirle un par de cosas más —dijo Kim.

—Por supuesto —respondió él, y cerró la carpeta.

—Destruya los libros que quedan.

Él vaciló, miró la caja y asintió.

—¿Y la otra?

—Mataría por un vaso de agua.

Capítulo 66

Penn se enorgullecía de ser un tipo razonable y paciente. Pero incluso él tenía sus límites.

Aparcó el Fiesta bien lejos de la entrada del desguace por miedo a que confundieran su coche y lo remolcaran directamente a la trituradora, aunque le complació comprobar que el negocio estaba en marcha otra vez.

Echó un vistazo a la oficina.

—Hola, Dobbie —saludó, amable. A pesar del tiempo de inactividad de los trabajadores, nadie había pasado a limpiar.

—¿Qué co... diablos quieres? El último furgón ha salido de aquí no hace ni diez minutos.

Penn ya podía oír la trituradora a lo lejos.

—Todavía estoy esperando ese nombre, colega. —Se apoyó en el mostrador de recepción y deseó no haberlo hecho. Ese hombre no había aprovechado la oportunidad para refrescarse un poco las axilas.

—He estado ocupado, amigo —dijo Dobbie sin interés. Lo único que le importaba era haber recuperado su negocio y volver a ganar dinero—. Y, por cierto, ¿cuándo me van a devolver el metal?

Penn enarcó una ceja.

—¿Lo quieres de vuelta, aunque sea un amasijo de piel, huesos, sangre y...?

—Pagué por él, ¿no?

—Sí, veré qué puedo hacer —dijo Penn—. Pero yo no me quedaría aguantando la respiración. Todo se registra como prueba. Y, sí, pagaste por él, pero ¿a quién? Esa la cuestión. Ahora me gustaría creer que serás todo lo servicial posible, dado que un pobre diablo ha quedado destrozado en tu trituradora. Y no quisiera pensar que, puesto que tu forma de hacer negocios es ilegal, ocultas datos importantes, como el nombre del propietario del coche.

—Oye, espera un puto...

—Todas y cada una de las transacciones de este lugar deben tener un número de registro, el precio de compra y si el vendedor era empresa o particular. En otro libro mayor, se deben registrar todas las ventas, los beneficios, el IVA y las tasas para que Hacienda y la Seguridad Social puedan hacer una inspección en cualquier momento, ¿no es cierto? —No le dio tiempo a responder—. Con toda franqueza: me importa una mierda cómo llevas tu negocio, lo que me

importa es quién te vendió ese coche. Eso sí, podría empezar a interesarme más por tu contabilidad; tanto como para llamar a Hacienda, por ejemplo, y explicarles cuánto me preocupa que...

—Dios, a vosotros, los maderos, os trae sin cuidado amenazar a quien sea, ¿verdad? —dijo mientras movía papeles en el escritorio.

Penn habría jurado que, en alguna parte, había una hamburguesa a medio comer, aunque no podía imaginarse a este tipo dejando la mitad de algo.

Dobbie le entregó pósit.

—Toma —dijo—. Y, para tu información, esta mañana he puesto los detalles en mi libro de compras.

En efecto, en la nota adhesiva estaba la fecha, el precio de compra, el número de registro y el nombre del vendedor.

Y era un nombre conocido.

Capítulo 67

—¿Ya estamos en el descanso para comer, jefa? —preguntó Bryant a la media hora de haber salido de casa del periodista.

Ella consultó su reloj.

—Son casi las tres y has cogido un bocadillo de...

—Sí, pero aún tengo derecho a mi pausa para comer —dijo, obstinado, mientras se acercaban a Redditch.

—Bryant, ¿qué demonios te pasa? Nunca comemos bien...

Kim dejó de hablar cuando él frenó con brusquedad, se detuvo en una estación de servicio y estacionó el coche en la zona reservada a los compradores de comestibles.

—Jefa, ¿puedo comer, por favor? —preguntó, mordaz.

—Por supuesto, si de verdad es lo que quieres hacer.

Ella esperaba verlo salir corriendo del coche para coger algo urgente o sacar el teléfono y hacer alguna llamada importante. En lugar de eso, Bryant se desabrochó el cinturón y se volvió hacia ella.

—No creo que debas trabajar en este caso.

—¿Disculpa? —dijo ella con rudeza.

—No creo que sea sano.

Kim se preguntó de dónde demonios había sacado esa conclusión.

—¿Esto es por lo que pasó en la morgue?

—No es una sola cosa —dijo él, y se mordió el labio—. No creo que debas pasar por esto.

Kim no podía entender el problema por más que lo intentaba.

—No me he emocionado en exceso. No me he quedado en los acontecimientos del pasado. No me he puesto histérica ni he empezado a llorar mientras interrogábamos a alguien.

—Sí, y eso es lo que me preocupa —dijo él en voz baja.

—Bryant, lo que estás diciendo no tiene sentido.

—No expresas emociones, ni siquiera cuando Henry te ha contado el encuentro con tu madre. He visto lo que has hecho, otra vez. Era información nueva y, sin embargo, has contenido tus reacciones emocionales, las has sofocado, reprimido. Ese cabrón te está obligando a enfrentarte a algunos de los momentos más dolorosos de tu vida, a desenterrar los recuerdos más horribles que tienes, y no hay sentimientos. Actúas como si le estuviera ocurriendo a otra persona. Lo está reprimiendo tan dentro de ti que...

—¿Que qué, Bryant? —preguntó ella.

—Que puede que nunca los vuelvas a encontrar. No es normal y no es sano. Incluso tu propio cuerpo te ha traicionado hace un rato, en la morgue, pero no lo has escuchado.

—Eso no ha sido más que un error, o algo así —mintió—. Tienes que recordar que yo estaba allí. Estos incidentes no me sorprenden. Ya los he experimentado y he vivido con ellos toda mi vida.

—No es como si revivieras una excursión al zoo o unas buenas vacaciones que recuerdas con cariño. Son sucesos traumáticos que has decidido guardar en cajas estancas. Ni siquiera te tocan.

—A ver si lo entiendo: ¿me quieres fuera de este caso porque lo llevo yo? —preguntó solo para asegurarse de haber comprendido la compleja lógica de su compañero.

—Te quiero fuera del caso porque lo estás llevando bien. Demasiado bien para que sea normal. Estás cortando de raíz tus emociones, paralizándolas, y quién sabe si alguna vez...

—Bryant, arranca el coche —le ordenó. En ese moemento, su mayor preocupación no era el bienestar de sus emociones a largo plazo. Haría lo que fuera necesario para atrapar a ese cabrón antes de que le hiciera daño a alguien más.

—Jefa, escucha...

—Arranca el coche, Bryant, y regresa a la comisaría. La pausa para comer ha terminado.

Capítulo 68

Sin poder evitarlo, Stacey se sintió mal al decirle a Alison que no, pero interrogar a HOLMES2 por casos anteriores similares no era tarea fácil.

Había escuchado a Alison. La mujer pensaba que todo era cuestión de introducir unos pocos detalles clave. Y así habría sido si estuvieran buscando casos de violaciones y asesinatos brutales; pero, si Alison tenía razón en que el asesinato de Jennifer Townes era el resultado de una escalada, estaban ante delitos de violaciones sin resolver que se contaban por miles. Les llevaría semanas de interrogatorios y análisis.

Y, para ser sincera, creía que Alison perdía el tiempo en un caso en el que el equipo de West Mercia ya tenía a su hombre. A la conductista le estaba costando asumir su propio error.

No era tan insensible como para decirle algo así, pero el aire parecía haberse congelado entre las dos. Stacey respiró aliviada cuando unos pasos familiares resonaron en la sala general.

Penn la saludó.

—Hola, Stace. —Entró en las oficinas con premura y se deshizo de su bolsa. Se volvió y asintió en dirección a Alison, como si antes se hubiera olvidado de que estaba allí—. ¿Dónde está la jefa? —preguntó.

—Comprobando una pista en los Cotswolds. Detalles de la primera escena del crimen que nuestro asesino no pudo obtener de las noticias. Aún no me ha contestado —dijo Stacey, extrañada. La jefa, por norma, se comunicaba cada dos horas.

—Ponme al día. ¿Qué hay en los Cotswolds?

Stacey casi había olvidado cuánto tiempo había pasado Penn fuera.

—Un tipo que escribió un libro sobre la infancia de la jefa. Un periodista o algo así.

—Hostias, ¿hay un libro?

Stacey asintió.

—Se trata de lo del envoltorio de la galleta. No aparece en ningún sitio en la prensa, así que me puse a pensar...

—Ejem —dijo Alison, sin levantar la vista.

—Con un poco de ayuda de ahí —reconoció Stacey—. Me puse a pensar que tuvo que haberlo sacado de algún sitio. La jefa ha ido a ver si el periodista ha vendido algún ejemplar hace poco.

—¿Y no podía haber telefoneado? —preguntó él. Cogió el último pastelillo del táper.

Mientras daba un bocado, Alison le dirigió una mirada de odio. Stacey ya ni siquiera intentaba contar la ingesta diaria de calorías de la mujer.

—Bueno, he estado... —dijo Penn.

—Así que he estado... —dijo Stacey dijo al mismo tiempo.

Ambos rieron.

Alison los miró por encima de sus gafas sin montura.

—Sí, vale, podréis compartir los resultados de vuestros deberes en un minuto, pero primero me gustaría obtener información. —Los dos se volvieron hacia ella—. He estado mirando los nombres que me habéis dado y elaborando algunos perfiles. Unos cuantos los he descartado basándome en la motivación, en la pérdida que sufrieron, después de compararla con el nivel de planificación, energía, conocimientos, reglas de tenacidad. La mayoría no encajan.

—¿La mayoría? —preguntó Stacey—. Entonces, ¿los descartamos o no?

—Siempre habrá excepciones a las reglas, pero, en el conductismo y la elaboración de perfiles criminológicos, tenemos que seguir las reglas, no las excepciones.

Stacey no estaba segura de si eso la hacía sentir mejor. No le gustaba que esta mujer descartara gente porque no encajaba en su ecuación.

—Percibo tus dudas, Stacey, pero, por ahora, escúchame. —Penn la miró como si él y Stacey fueran dos niños regañados por la maestra—. Vale, míralo así:

»En una investigación se buscan motivos, medios y oportunidades. Estableces vínculos entre esos tres requisitos; y unas cuantas pruebas forenses no vienen mal. Es como hacer perfiles, pero incluyendo rasgos de personalidad. Por ejemplo, ¿está enfadado, pero es perezoso? Si es así, no va a ser nuestro asesino. ¿Es enérgico pero no ingenioso? Una vez más, no será nuestro asesino si ciertos rasgos de personalidad están presentes y, en algunos casos, son dominantes. ¿Alguien sufre de ira explosiva, pero de corta duración? Si es así, es poco probable que su ira lo lleve a este nivel de planificación y ejecución. ¿Es creativo pero indisciplinado? De nuevo, solo alguien con disciplina podría hacerlo sin confiar en otra persona. Hay todo tipo de factores y consideraciones...

—¿Y si fuera más de uno? —preguntó Stacey—. ¿No pueden complementarse sus puntos fuertes y débiles?

—Y destruirse mutuamente —respondió Alison.

—Pero, con el secuestro...

—Funcionó bien durante un tiempo, porque ambas partes querían cosas diferentes. Uno quería

dinero; el otro, una gratificación personal. Con la venganza es diferente. Es más personal y es poco probable que se comparta.

Bien. Stacey vio que, por una vez, la mujer decía cosas con sentido.

—Entonces, ¿tienes algo? —preguntó.

Alison pasó páginas de notas.

—He analizado todas las características necesarias para cometer estos delitos y, definitivamente, he descartado a muchos, pero todavía hay un nombre que, por ahora, me está costando borrar de la lista.

—¿Qué necesitas? —preguntó la asistente.

Alison se quitó las gafas antes de hablar.

—Me gustaría que me hablaras un poco más de Nina Croft.

Capítulo 69

Kim se acomodó junto a la impresora, en la parte de enfrente de la sala.

—Vale, recapitulemos —dijo. La ligera brisa que había tomado forma a lo largo del día entraba por la ventana abierta y les llevaba el alivio que tanto necesitaban todos—. Así que hemos hablado con John Duggar a primera hora. Mintió acerca de que me odiaba, ya que nunca nos habíamos visto, y se unió al club del odio solo para protegerse. —Notó que Stacey y Penn intercambiaban una mirada—. Si lo ves en persona es difícil de creer, pero...

»La autopsia de los señores Phelps no ha revelado una causa clara de la muerte, aunque las pruebas son...

—¿Y cómo ha ido? —preguntó Alison, aunque no miraba a Kim. La pregunta iba dirigida a Bryant.

Kim también esperaba la respuesta con interés. Después de la conversación en el coche, no tenía ni idea de cuál sería. Ahora era asunto de Bryant. Ella no le había dado instrucciones, no le había pedido que mintiera en su nombre. Sabía que cualquier palabra inadecuada ascendería por la cadena de mando más rápido que una palmada en la espalda y se cumpliría el deseo de Bryant: la apartarían del caso.

En ese momento, la cuestión era si él confiaba en ella o no.

—La jefa ha reaccionado exactamente como yo esperaba —dijo mirándola a los ojos—. Con profesionalidad e integridad.

Vale, eso último había sido un poco exagerado, pero Alison parecía satisfecha.

—También ha quedado claro que lo más probable es que nuestro hombre del cubo estuviera encerrado en el maletero. Por último, hemos sabido que, hace unos cuatro meses, se envió un ejemplar del libro a la prisión de Winson Green.

—Madre mía —dijo Stacey—. ¿No creerás que él...?

Kim negó moviendo la cabeza.

—No recordaba el nombre del tipo que se lo pidió.

Stacey miró a Alison.

—Entonces, ¿esto excluye a Nina Croft? —le dijo.

—Eh, ¿me he perdido de algo? —preguntó Kim.

Alison hojeó un par de páginas de su cuaderno.

—Es una candidata, creo. Stacey ya me ha explicado que estaba al tanto de las acciones de su esposo en relación con el asesinato de aquellas niñas, así que ahora sospecho de ella aún más. ¿Y es cierto que le pagaba a la niñera para que se acostara con su propio marido?

Kim asintió.

—Sí, no quería mantener relaciones con él. Pero, por otra parte, quería controlar los gérmenes que el padre llevaba a casa.

Alison tomó nota.

—De verdad, creo...

—No es Nina —argumentó Stacey, pero Kim le llamó la atención y negó con la cabeza. Tampoco ella lo sentía en sus entrañas, solo que, mientras Alison estuviera enfocada en eso, no miraría en otra dirección; hacia ella, en concreto.

—Entonces, ¿qué tienes, Stace? —preguntó Kim.

—He estado con Alison, revisando casos pasados, como me ordenaste, e investigando un poco. Los señores Phelps tienen un hijo.

Kim frunció el ceño.

—Vale, ¿y dónde narices está?

Stacey negó con la cabeza. La criminóloga se sentó de nuevo.

—No tengo ni una pista. Está viajando por el extranjero, según han dicho los vecinos de los Phelps. Eso les dijeron los padres hace un año, cuando el hijo desapareció. No era un tipo popular, a decir verdad, y nadie lo ha echado de menos.

—Sigue con eso, Stace —dijo Kim. La desaparición de los hijos de padres muertos no le daba buena espina—. ¿Penn?

—Bueno, jefa, me he reunido con Jenks. Me ha dicho que lo que más querían Amy y Mark era un hogar. Una de las vecinas del edificio mencionó algo sobre una persona que merodeaba por allí, alguien de la asociación de viviendas.

—¿De los pisos en Hollytree?

—Son propiedad del Ayuntamiento —continuó Penn—. Yo ya lo sabía, así que fui allí y conseguí una lista de todos los que han pedido la llave para ver la propiedad.

—Buen trabajo.

—En el camino de vuelta me he dejado caer por Dobbie y he conseguido la matrícula y el

nombre de la persona que le vendió el coche.

—Madre mía, Penn —exclamó Kim—. Que alguien le dé una planta a este hombre.

—Ya la tiene, jefa —dijo Stacey con voz de cansancio.

—Ah, claro. Bien.

—El registro no sirve de nada. El coche se lo robaron hace diez días a uno de los compañeros, un pintor de diecinueve años, y él lo denunció enseguida. No hay ningún vínculo con nadie que esté implicado o conectado...

—¿De dónde es? —preguntó.

Penn volvió a comprobar la dirección.

—Lo robaron en Fairview Road, en...

—Ya lo sé —dijo ella. Fairview Road. La ubicación del Hogar Infantil Fairview. El lugar donde había pasado la mayor parte de su infancia. Ahí estaba la conexión. Era como un puñetazo en el estómago.

—Pero hay más —dijo Penn—. La persona que le vendió el coche a Dobbie también está en la lista de personas que vieron el piso.

—¿Es una broma? —preguntó ella mientras Bryant también se erguía en su asiento. Eso era importante.

—Sí, pero no te va a gustar, porque es alguien a quien ya has descartado. Es nuestro John Duggar, ese que no tiene ninguna razón para odiarte.

Capítulo 70

Al pie de la escalera, Alison apareció junto a la jefa.

—Mmm..., interesante —dijo.

Kim y Bryant iban camino a casa de Duggar, pero él se había desviado para refrescarse un poco antes.

Kim estaba de acuerdo con la criminóloga sobre lo que Penn acababa de descubrir.

—Sí, qué extraño que las manos de Duggar aparezcan...

—No es eso —dijo Alison. La siguió a través de una puerta protegida con código de seguridad —. Lo que me interesa es la respuesta de Bryant a mi pregunta sobre tu comportamiento durante la autopsia. —«Ah, eso», pensó Kim. Esperaba que la mujer hubiera aceptado la respuesta de Bryant al pie de la letra—. Quiero decir que no lo llamaría mentiroso, pero...

Kim se volvió.

—¿Perdona?

—Bueno, si Bryant ha sido sincero sobre tu reacción ante los cuerpos quemados durante la autopsia, tus sentimientos por Keith y Erica no están ni cerca de...

—Alison, te sugiero encarecidamente que cierres la puta boca —dijo Kim. Avanzaba a zancadas hacia el coche.

—Y ahora estás demostrando que tengo razón, y sin haberlo intentado siquiera —dijo Alison, que la seguía—. No es normal que alguien no reaccione ante las similitudes entre ambos sucesos; ni siquiera tú, sobre todo cuando esos puños apretados me demuestran el nivel de emoción que te provoca la pareja.

Kim abrió las manos. Rebuscó en sus bolsillos y se dio cuenta de que Bryant tenía las llaves. Ya no tenía la opción de entrar en el coche, dar marcha atrás y pasar por encima de la mujer.

Se giró.

—Por sorprendente que parezca, soy capaz de seguir siendo profesional y hacer mi trabajo...

—No lo dudo. —Alison movió la cabeza de un lado al otro—. Lo más interesante ha sido la fraseología en la respuesta de Bryant: «La jefa ha reaccionado exactamente como yo esperaba».

—Bryant no ha mentido, así que no te atrevas...

—Me atrevo porque me da la gana y porque para eso estoy aquí. Si crees que espero que no tengas ninguna reacción emocional ante esos hechos y que esa es la mejor manera de intentar engañarme, estás mal de la cabeza. Tu falta de transparencia solo me hace dudar aún más de tu capacidad para gestionar esto, así que no te haces ningún favor intentando fingir que este caso es como cualquier otro.

»En segundo lugar, me atrevo porque tú no eres mi jefa. Una cosa es que esté adscrita a tu equipo, pero....

—Sí, porque, si yo fuera tu jefa, no te irías después de medio día de trabajo —dijo Kim. Miró hacia la ventana, detrás de la cual el resto de su equipo seguía trabajando duro. Apenas habían pasado las cinco.

—Tengo un pariente en el hospital —fue la vaga respuesta de Alison.

—Para ser conductista, eres una mentirosa de mierda —observó Kim—. Pero, a diferencia de ti, aceptaré tu respuesta, ya que está claro que no quieres decirme la verdad. Respetaré tu deseo de...

—Escucha, yo no soy tu enemiga —dijo Alison, e inclinó la cabeza—. Tú te conoces a ti misma, yo conozco a la gente. Entiendo los comportamientos y, te guste o no, algo te terminará traicionando. Por mucho que intentes controlar todas tus funciones físicas y psicológicas, algo fallará.

Kim pensó en el momento en el que había estado mirando la taza del váter, después de haber salido corriendo de la morgue.

—Alison, no necesito...

—Escúchame. No sé cómo gestionas tu pasado, si es disociación, ignorancia, negación o una mezcla de todo, pero puedo decirte que tus técnicas normales, la forma en que sobrellevas un día normal, no son rivales para la tensión de que te restrieguen en la cara todos tus demonios. —Kim respiró hondo y apartó la mirada. Odiaba, otra vez, que todo el mundo supiera que luchaba contra sus demonios—. Verás, el problema no es tanto que te obliguen a recordar toda la mala mierda. El verdadero problema es analizarla.

»No puedes observarla como si fuera una valla publicitaria, desviar la mirada y dejar que el recuerdo regrese sano y salvo al lugar donde lo habías guardado. Para resolver este caso, para averiguar quién está detrás, te verás obligada a analizarlo todo, a inspeccionarlo y a diseccionarlo en busca de pistas e indicios. —Kim la miró, sorprendida de ver empatía y comprensión en los ojos de la mujer.

»Básicamente, te obligarán a revivir cada suceso horrible, y te juro que, en algún momento del futuro, terminarás haciendo algo de lo que luego te arrepentirás.

Capítulo 71

Cuando Alison entró en el vestíbulo del hospital, ya casi se había deshecho de su irritación con la detective. Le estaba resultando una completa pérdida de tiempo intentar que la mujer comprendiera que ella no era el enemigo. Sus palabras y consejos no iban a ninguna parte. Tenía la sensación de estar viendo un coche que se dirigía a gran velocidad hacia un muro y no tenía forma de detenerlo.

Mientras pronunciaba su nombre por el altavoz para que la dejaran pasar, decidió que había avisado con la mayor antelación posible.

Valerie ordenaba papeles en el escritorio.

—¿Cómo está? —preguntó Alison.

—Igual, me temo. Aún no responde, pero no perdemos la esperanza.

Alison se alegró de oír eso. Dio las gracias a la enfermera y se alejó del mostrador.

—Me alegro de que por fin haya llegado tu madre —dijo Valerie en voz baja.

Los pasos de Alison titubearon.

—¿Qu... qué?

—Tu madre está con ella ahora mismo. Supuse que querrías saberlo. Podría haber sido todo un shock para ti, ya que me dijiste que había muerto.

Alison sintió que el calor le subía por las mejillas. Intentó pensar en cómo aclarar el embuste.

—No te molestes —dijo Valerie—. Mientes fatal, ¿te lo ha dicho alguien alguna vez?

«Algunas personas, hace poco», pensó Alison.

—Siento haberte mentido. Tendría que haber...

—Lo supe la primera vez que viniste, pero nadie más la había visitado. Estaba completamente sola.

—Entonces, ¿me dejas entrar y ya está?

Valerie se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa.

—Parecías bastante lista y leí que al tipo que la atacó ya lo habían detenido. No representabas un peligro para ella. —Alison no podía creer que, a ella, una total desconocida, le hubieran

permitido sentarse durante horas y horas junto a la cama de la víctima de una agresión—. Parecías tan triste, tan apenada y perdida que...

—¿Me dejaste entrar porque estaba triste? —preguntó Alison.

Valerie sonrió.

—No, te dejé entrar porque tengo esto. —Señaló bajo el tablero del escritorio.

Alison se asomó. Una sola pantalla mostraba cuatro imágenes.

—¿Circuito cerrado de televisión?

—Te he estado observando todo el tiempo.

Alison ni siquiera sabía que había cámaras de seguridad.

—Mira, no sé cuál es tu problema, pero, ahora, su familia está con ella. No hay nada más que puedas hacer.

De repente, Alison se dio cuenta de que había alguien a quien pedirle disculpas, alguien que la ayudaría a aliviar su carga. Era como llevar una cadena atada al cuerpo, como arrastrarla por donde quisiera que caminara.

—¿Puedo ir a hablar con su madre?

—Depende —dijo Valerie—. ¿Tienes algo que ofrecerle? ¿Algún consuelo? ¿Algún alivio? ¿Algo que le haga más llevadero ver a su hija en ese estado?

Alison pensó un poco y negó con la cabeza.

—Entonces, no; prefiero que las dejes en paz.

La psicóloga comprendió que ya no podía hacer nada más.

Excepto una cosa.

—¿Tienes sus pertenencias? —preguntó.

—No sé si quiero saber por qué me lo preguntas, pero no. Se lo llevó la policía en cuanto la metieron en el quirófano. —Mierda, era obvio. Estaba dolorosamente claro que no era detective —. Pero, por supuesto, se lo quitamos todo y lo anotamos en una lista. Cuando una víctima está viva, su seguridad personal está por encima de la conservación de las pruebas, y yo no iba a permitir que esos agentes o los de la escena del crimen la tocaran. —Alison no pudo ocultar su sonrisa—. Lo registramos todo, desde luego, para mantener la cadena de pruebas y para protegernos —añadió.

Echó la mano atrás y cogió un archivador de palanca. Se chupó el dedo y pasó las dos primeras hojas antes de girar el archivador hacia ella.

Alison vio la firma de Valerie junto a la del inspector detective Merton, con lo que ambos confirmaban la entrega de los objetos.

Leyó la lista:

Pantalones

Camiseta

Sujetador

Pantalones de chándal

Sandalias × 2

Bolso (marrón)

Monedero (marrón, sin abrir)

Reloj Casio

Tobillera

Cuando llegó al final, su corazón empezó a martillear.

Señaló con un dedo.

—¿Estás segura?

Valerie asintió.

—Se lo quité yo misma.

La entrada decía:

Pendiente de plástico (flamenco rosa × 1)

Capítulo 72

—Oye, Bryant, llama como si de verdad te importara —dijo Kim, que aporreó con más fuerza la puerta principal

Habían tardado menos de quince minutos en llegar desde la comisaría de Halesowen a la casa de Duggar, detrás de The Civic.

El viaje había sido frenético. No tanto para Bryant, que había cerrado los ojos. Le había preguntado de qué habían estado hablando ella y Alison, pero, con una sola mirada, la jefa le había hecho saber que no estaba de humor para compartirlo.

Kim corrió hasta el final de la hilera de casas.

—Probemos por detrás. —Se encontraron con un estrecho barranco lleno de viejos juguetes infantiles y basura de jardín.

Se abrió paso hasta la tercera casa y se detuvo en seco.

La valla de dos metros estaba rematada con un enrejado que recorría los paneles de madera a lo largo y añadía un metro más a la altura. Pero ese no era el problema. El problema era el alambre de espinos que la coronaba.

—Maldita sea, ¿era para sentirse más en casa o qué? —dijo.

—Ni se te ocurra —le advirtió Bryant—. Esto no lo supera ni Bear Grylls.

—Oye, Bryant, ¿qué cuesta más, un panel de cristal o uno de valla? —preguntó ella, pensativa.

—Bueno, los paneles de la valla son bastante baratos en estos...

—Sí, es justo lo que pensaba —dijo ella. Levantó la pierna y la pateó.

—Virgen santa, jefa, ni siquiera sabemos...

—Cállate y ayudame —le ordenó. Al verlo dudar, puso los ojos en blanco—. Mira, Woody estará encantado de que hayamos tenido en cuenta sus limitaciones presupuestarias, y tengo razones para creer que el hombre está en peligro, ¿satisfecho?

—Bueno, en realidad no, porque el tío es un armario de dos por dos, como decía mi abuela...

—Pero no le gustan los conflictos —le recordó ella. Su segunda patada hizo más grande el agujero. Dos golpes más, y ya estaban en la hilera de laburnos que ocultaba el alambre de espino a la vista de la casa.

Kim se abrió paso sin dejar de mirar las telarañas que se adherían a cada prenda de su ropa.

Se dirigió a la puerta del patio, pero ya podía ver, desde allí, que la cocina estaba vacía.

Intentó abrir.

En cuanto la puerta cedió, se oyó el ladrido de un perro.

Bryant le dedicó una mirada inquisitiva. Ella ya sabía lo que su compañero estaba pensando: un hombre que había puesto alambre de espino alrededor de su jardín, ¿se dejaría la puerta abierta al salir de casa?

Entró en la cocina y se detuvo junto a la entrada del lavadero.

—¡Está bien, Hipu! —El perro dio un último ladrido y gruñó. Luego se calmó, como si su tarea de alejar a la gente hubiera fracasado y no tuviera sentido continuar.

Bryant entró en el salón para que ambas salidas quedaran cubiertas.

—¡Policía! —gritó. No hubo respuesta ni señales de movimiento—. ¡Policía! —repitió—. ¡Voy a subir! —advirtió desde las escaleras.

Kim ya sabía que Bryant no iba a encontrar nada.

En medio de la encimera de la cocina había una taza de café. Aún estaba tibia.

En algún momento, en la última media hora, John Duggar había salido de casa y, al parecer, lo había hecho con algo de prisa.

Capítulo 73

A pesar de que la jefa le había dado instrucciones de irse a casa, Stacey apareció frente a la vivienda de los señores Phelps.

En toda esta situación había algo incompleto. Dos personas respetables y modestas habían ardido vivas dentro de un coche y no había nadie a quien informar.

Sabían que había un hijo y que estaba de viaje. Ella esperaba encontrar alguna pista de adónde había ido: una postal, una carta, un ordenador en el que buscar correos electrónicos.

Un vecino le había dado el nombre: Joel. Pero las búsquedas de «Joel Phelps» no habían arrojado ningún resultado por las vías ordinarias: ni antecedentes policiales ni redes sociales, así que, dondequiera que el hijo estuviera de viaje, parecía haber salido de la civilización. Sin embargo, tenía que estar en contacto con sus padres; eso era seguro.

Stacey mostró su placa y se deslizó bajo la cinta del cordón. Algunos curiosos merodeaban en pequeños grupos, pero no había ningún espectáculo. Miró a su alrededor los ordenados y poco llamativos semirremolques de la calle. Supuso que la gente de allí no se sentía muy inclinada a dar espectáculos, y tampoco había mucho que ver. No había cadáveres saliendo de la casa ni se difundían secretos escandalosos en las noticias. Estaban peinando la vivienda en busca de pistas. Stacey apareció en el pasillo.

—Hola, Mitch. —Recordó lo que les había contado la jefa—. ¿Estás descansando de la doctora A?

Él puso los ojos en blanco.

—Te juro que si esa mujer me llama idiota una vez más... —Sus palabras perdieron fuelle mientras negaba con la cabeza.

—¿Algo interesante?

—Nada que indique algún tipo de lucha. Todas las habitaciones están en orden; las cosas, guardadas. —Se quitó la máscara de la cabeza—. ¿Qué te trae por aquí?

—Solo quiero hacerme una idea de estas personas. ¿Has visto algún ordenador o iPad?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Esta gente ni siquiera tenía Sky o cable. Freeview, y un teléfono fijo normal. —Consultó su reloj y miró alrededor—. Y sellaremos la propiedad en media hora.

Stacey asintió y empezó a dar vueltas. Lo primero en lo que se fijó fue en los libros. Los había

por todas partes: en estanterías, en mesas auxiliares, apilados en pequeños montones, junto a las sillas. A esa pareja le gustaba mucho leer, lo que explicaba su falta de interés por los canales de televisión.

Se aventuró a subir las escaleras y contó tres dormitorios. En el más grande había una cama doble, armarios empotrados, un tocador y más libros. El segundo dormitorio doble se había convertido en una biblioteca-sala de lectura, mientras que el más pequeño se utilizaba como almacén.

Al parecer, el hijo no iba a volver pronto a casa.

Volvió al dormitorio principal y se sentó en el lado derecho de la cama.

Abrió el único cajón de la mesilla de noche y casi dio un respingo.

—Madre de Dios —susurró. Sus ojos contemplaban un colorido surtido de juguetes sexuales y lubricantes. Stacey cerró el cajón y sonrió. Era obvio que la pareja disfrutaba de algo más que de buenos libros. Y bien por ellos, pensó.

Se acercó al otro lado de la cama y dudó antes de abrir el cajón, insegura de con qué podría encontrarse.

Suspiró aliviada. No había juguetes sexuales, sino unas cuantas pinzas para el pelo, un par de joyas y un puñado de recibos; y, debajo de todo, una pequeña agenda con cerradura. A Stacey le recordó una que había tenido de adolescente. La minúscula llave colgaba de la correa, pero la agenda se abrió con un clic.

Mientras la hojeaba, se preguntó de cuántas formas distintas era capaz de invadir la intimidad de esa pareja.

La última entrada estaba fechada la noche anterior a la muerte. La letra era prolija, y las palabras, breves. Al leer, Stacey notó que parecían notas cortas. Era una especie de registro, más que una efusión de sentimientos.

El día anterior al asesinato habían acudido a una cita médica para que Bill se tomara la tensión. También habían ido a correos a comprar sellos y a la biblioteca.

Stacey hojeó hacia atrás y vio entradas similares, hasta que llegó a una fecha, dos semanas antes.

He visto a Joel. No he sabido qué decirle.

Se ha ido temprano.

Stacey frunció el ceño. ¿Dónde había visto Helen Phelps a su hijo? Por lo que le había dicho el vecino, le había dado la impresión de que Joel llevaba mucho tiempo de viaje.

¿Y por qué le había costado tanto mantener una conversación?

Se dio cuenta de que eso ya no tenía sentido. Mientras tanto, comprobó la parte posterior de la agenda, en la que encontró un solitario trozo de papel maltratado y marcado por el tiempo.

Lo abrió y descubrió que era un certificado de nacimiento.

Sus ojos se fijaron varias veces en los detalles.

El certificado era de Joel, pero su apellido no era Phelps en absoluto.

Con razón no había conseguido encontrar ningún rastro de él.

Habían estado buscando al hombre equivocado.

Capítulo 74

—Mira, jefa, ahora mismo no podemos hacer nada más —dijo Bryant mientras volvían a la comisaría—. Ya hemos difundido la descripción de Duggar. Si apareciera en algún sitio, seríamos los primeros en saberlo. Son casi las ocho, así que...

Dejó de hablar cuando empezó a sonar el teléfono de Kim.

—¿Estás trabajando hasta tarde, Keats? —dijo ella.

—Solo para mi detective favorito —respondió el médico forense.

—Sí, tu detective favorito está justo a mi lado —dijo ella, y puso el teléfono en altavoz.

—Hola, Keats —saludó Bryant.

—Perdón por llamar tan tarde, pero he tenido que revisar unos resultados y he pensado que querríais saber...

—Sí —interrumpió ella.

—Se trata de los resultados toxicológicos de Amy Wilde y Mark Johnson. Como era de esperar, había cantidades importantes de heroína en su organismo y, con toda seguridad, la suficiente para provocarles una sobredosis. Pero había algo más. También había niveles elevados de un fármaco llamado baclofeno. Es un relajante muscular que se usa para tratar la espasticidad y las afecciones musculoesqueléticas.

—La leche —exclamó ella—. ¿Me estás diciendo que lo más probable es que nuestro asesino los haya relajado lo suficiente como para inyectarles la heroína?

—Yo diría que sí —respondió Keats.

—Gracias por...

—Eso no es todo, inspectora —dijo el médico, con lo que le impidió colgar—. En los tejidos blandos de los señores Phelps ha aparecido el mismo medicamento.

Se hizo un silencio de pocos pero suficientes segundos.

—Entonces, ¿estaban paralizados? —preguntó Kim, en voz baja.

—Sí. Semiinconscientes, quizás, pero incapaces de moverse.

—Mierda —dijo Bryant. Negó con la cabeza.

Kim pudo adivinar que los tres se estaban imaginando a esa pareja obligada a permanecer inmóvil mientras las llamas los envolvían, lamiendo sus carnes, calcinándolos hasta los huesos. Solo esperaba que la inhalación del humo los hubiera acabado con rapidez.

Tragó saliva y apartó esa imagen de su mente.

—Gracias, Keats —dijo, y colgó.

Salió del coche sacudiendo la cabeza. ¿Había alguna forma peor de morir?

Bryant apoyó los brazos en el techo.

—Jefa, vamos a atrapar a ese cabrón —le dijo.

Las puertas de la comisaría se abrieron de par en par. Tres agentes corrieron hacia el coche patrulla que había junto a Kim y Bryant. Al pasar, el conductor la golpeó sin querer en un costado.

—Oye...

—Lo siento, señora, no quería...

Los demás ya estaban sentados.

—¿Por qué tanta prisa?

—Violación en Linley Park, señora. Tengo que...

—¿Qu... qué? —preguntó Kim. La sangre se le congeló.

El uniformado repitió las palabras y se deslizó dentro del coche.

Kim se dejó caer de espaldas en el asiento del copiloto. Bryant volvió de inmediato.

—Jefa, ¿qué pasa? —preguntó.

—Yo... no... O sea...

—Jefa, háblame —ordenó Bryant.

Ella asintió y se recompuso.

—Bryant, sigue a esos oficiales. Ahora.

Capítulo 75

Linley Park tenía un nombre mucho más grandioso de lo que merecía.

Era un trozo de tierra con un columpio, un balancín y un espacio donde antes había un carrusel giratorio. Más allá del parque había un campo y, en el extremo opuesto, un grupo de árboles de unos treinta metros cuadrados.

Todo el espacio estaba enclavado entre dos pequeñas urbanizaciones de viviendas privadas adosadas.

Y una de esas casas había pertenecido a su familia de acogida número cinco.

—¿Qué hacemos aquí, jefa? —preguntó Bryant en voz baja mientras aparcaba. Delante tenían un coche patrulla y, más allá, una ambulancia. Kim no dijo nada y salió del vehículo—. ¿Dónde está...?

—Entre los árboles —dijo ella, incapaz de mirar a su compañero.

Tenía los ojos fijos en los uniformados que corrían por el campo. Al llegar a la línea de árboles, los dos varones aminoraron la marcha y dejaron pasar primero a la mujer.

—Jefa...

—Bryant, por favor, no me hables —dijo en voz baja.

Ahora mismo, no tenía nada que ofrecer.

Su cerebro era un caleidoscopio. Se vio a sí misma sentada en el balancín mientras anochecía y los niños volvían a sus casas y desaparecían; vio a los padres que, desde la parte más alta del parque, se limitaban a gritar el nombre de sus hijos. Algunos lanzaban un grito de advertencia cinco minutos antes de que la luz empezara a desaparecer.

Kim esperaba y esperaba con la esperanza de que la señora Lampitt fuera quien la llamara cada noche. No él.

Cruzó el campo con mucho cuidado. Iba poniendo un pie delante del otro, como si su cerebro se hubiera olvidado de hacerlo automáticamente.

Intentó no mirar a su alrededor, hacia las porterías situadas en ambos extremos del campo. Le resultaba familiar hasta la hierba que rodeaba sus pies. Solo que, en aquella época, ella tenía los pies más pequeños y los llevaba enfundados en unas simples zapatillas negras. Él la llevaba cogida de la mano.

Se estremeció y trató de alejar los recuerdos. No podía rememorar eso ahora. No podía volver a ese lugar. No podía revivir los sucesos de una familia de la que nunca hablaba. La familia justo después de Keith y Erica.

Pasó por delante de los uniformados y se adentró en el bosque. El aroma a lilas la inundó. El olor viajó hasta su banco de memoria y la hizo tambalearse. Bryant, que estaba a su lado, le puso una mano firme en la parte baja de la espalda.

Kim avanzó hasta donde estaba arrodillada la mujer policía. Había dos paramédicos, también arrodillados, uno a cada lado.

—Está bien, cariño, estás con nosotros —dijo con suavidad la agente.

Kim no veía a la chica y la agente les hizo señas para que retrocedieran.

Lo entendía, y guardó el debido respeto. Nadie sabía lo que esa muchacha había padecido. La mujer policía intentaba establecer un vínculo de confianza. Demasiadas caras. La chica no sabía a quién escuchar.

Kim dio unos pasos a la derecha y, a un lado de uno de los paramédicos, vio un montón de pañuelos ensangrentados. Los dos sanitarios estaban muy concentrados en la zona media de la víctima. Sudaban profusamente. Uno sacudía la cabeza.

«Ay, Dios, ¿qué le habrá hecho este hijo de puta?», se preguntó Kim mientras su corazón se aceleraba.

Más allá de uno de los asistentes, vio unos pies descalzos con las uñas pintadas. Notó que las delgadas piernas estaban desnudas. A medida que su mirada viajaba hacia arriba, Kim distinguió las líneas de sangre seca que recorrían los muslos.

Al lado, un segundo equipo de paramédicos pasó corriendo con una camilla.

—Gracias a Dios —dijo uno de los que estaban en el suelo—. No sé cuánto más habría aguantado perdiendo tanta sangre. —Se volvió hacia la mujer policía—. Tenemos que moverla ya, no podemos detener la hemorragia.

La uniformada asintió.

—Me voy con ella en la ambulancia.

De repente, había más cuerpos agolpándose alrededor de la muchacha. Por lo que Kim recordaba, aún no había emitido ningún sonido.

Habría querido dar un paso adelante, cogerla de la mano, asegurarle que todo iba a ir bien, pero no podía, porque, de alguna manera, todo eso era culpa suya.

A la de tres, subieron a la chica a la camilla. Kim habría jurado que había escuchado un gemido. La mujer policía seguía susurrándole mientras la cogía de la mano.

El equipo avanzó hacia el claro para salir de allí. Kim seguía sin ver a la chica.

—¿Naturaleza de la lesión? —preguntó cuando los paramédicos pasaron junto a ella.

—Tiene una botella de gaseosa encajada dentro.

Kim se tragó las náuseas, se hizo a un lado y los dejó marcharse. Si había albergado alguna duda de que ese asalto estaba relacionado con su caso actual, ya se había extinguido.

Siguió a la camilla, aunque el enfermizo olor a lilas parecía haberse adherido a su piel. Igual que entonces, ninguna ducha conseguiría eliminarlo de sus fosas nasales.

Caminó entre los dos policías hombres. Uno de ellos habló por encima de su cabeza.

—Esto le da un nuevo significado a darle a la botella, ¿eh?

Kim se quedó quieta, a la misma altura que él. Giró la cabeza.

—¿Estás de puta coña?

El hombre tenía la cara desencajada.

—Humor de escena del crimen, señora. Nosotros...

Dejó de hablar cuando ella lo agarró de la parte delantera del chaleco antipuñaladas y le dio un tirón. Kim levantó un puño y...

—Vale, vale, vale —dijo Bryant. Agarró a su jefa del brazo y la empujó hacia el campo abierto.

—Qué mal gusto, tío. Pero qué mal gusto —dijo Bryant, muy molesto—. Alégrate de que no sea tu puñetera hermana.

La rabia que ardía en el cuerpo de Kim la urgía a soltarse e ir directa hacia el desalmado cabrón que había quedado atrás.

—Suéltame —rugió—. Le voy a meter el...

—No, no lo harás —dijo Bryant. La tenía bien sujeta por el codo.

—Me cago en la hostia —gruñó ella.

—Sí, grita, chilla e insúltame todo lo que quieras. Pégame, si eso te hace sentir mejor; no te denunciaré. Bueno, no creo —dijo.

—¿Piensa que puede salirse con la suya después de haber dicho eso de una chica joven e inocente que...?

—Darle un puñetazo y perder tu trabajo no hará que las palabras vuelvan a meterse en su boca ni nos ayudará a atrapar al hijo de puta que ha hecho esto.

Bryant le soltó el brazo solo cuando estuvieron junto al coche.

Por segunda vez aquel día, la miró por encima del techo del Astra.

—¿Se me permite preguntar el significado de lo que acabamos de ver en el bosque?

Kim sacudió la cabeza. Estaba haciendo un gran esfuerzo por contener la emoción que se le agolpaba en la garganta. Su respuesta fue poco más que un susurro.

—No, Bryant, no se te permite.

Capítulo 76

Bryant tuvo la delicadeza de permanecer callado mientras, a toda velocidad, seguían a la ambulancia entre el tráfico vespertino.

Eso le había pedido ella, pero ¿era de verdad lo que quería?, ¿más tiempo para pensar?

Kim miraba las puertas traseras de la ambulancia y se imaginaba a la chica que iba dentro. Violada, dolida, asustada, confundida, enfadada. Una agente de la policía la cogía de la mano.

Quería estar al lado de la víctima, disculparse, explicarle que todo era por su culpa; que estas cosas estaban ocurriendo por ella y que no había hecho nada malo. Pero, sobre todo, quería decirle que atraparía a ese hijo de puta y que se lo haría pagar.

—Jefa, no sé bien cómo se relaciona esto...

—Era la familia de acogida número cinco. El señor Lampitt trabajaba en la planta embotelladora de refrescos. Y, si me haces más preguntas, saltaré de este coche en marcha, ¿entiendes?

—Bueno, los seguros para niños están puestos, pero podrías probar el techo solar —comentó él, inexpresivo.

Kim sintió que una sonrisa rozaba sus labios, a pesar de las emociones que le recorrían las venas.

—Bryant, a veces eres...

—Sí, sí. Entonces, ¿vas a intentar hablar con esta chica en el hospital?

—Eso espero —respondió ella—. Creo que no está en condiciones de darnos nada ahora mismo, pero no me importa esperar. Mientras tanto, quizá pueda hablar con la mujer policía, conseguir un nombre o algo.

—La espera podría ser larga —observó él. Pisó el freno cuando un idiota interpuso su MR2 entre ellos y la ambulancia—. Ojalá hubiera hecho más sonidos. —Se hacía eco de los pensamientos de su compañera en la escena.

El teléfono de Kim empezó a sonar. Ella lo sacó y leyó el nombre de Woody en la parte superior de la pantalla.

Por un momento, pensó en no contestar hasta haber recibido noticias del hospital.

—Buenas noches, señor —contestó. Acababa de darse cuenta de que hacía tiempo que no lo ponía al día.

—Stone, ¿dónde y qué estás haciendo?

Ella supuso que el deje en la voz se debía a la hora de la noche.

—Vamos al hospital, detrás de una ambulancia que lleva a una víctima de agresión sexual. Intentaremos hablar con ella sobre...

—Ponme en altavoz ahora mismo —bramó él.

Mientras obedecía, miró a Bryant, pero su compañero estaba concentrado en seguir el ritmo de la ambulancia por la carretera de Pedmore.

—Listo, señor —dijo.

—No vayas al hospital. No intentes interrogar a esa víctima y vuelve a comisaría de inmediato. Y, Bryant, a menos que quieras arriesgarte a que los dos perdáis el trabajo, harás exactamente lo que acabo de decir.

La línea se cortó.

Bryant frenó y la ambulancia se alejó de ellos a toda velocidad.

Y luego giró a la izquierda.

Capítulo 77

Kim llamó a la puerta y entró.

—Siéntate, Stone —le dijo Woody.

Ella obedeció sin decir nada. A la brusca llamada telefónica había seguido un breve mensaje de texto que decía:

Tú sola.

A Bryant le había dicho que se fuera a casa a ver a su mujer y a hornear pasta, pero sabía que su compañero se quedaría abajo, en la sala de la brigada.

Woody le clavó la mirada.

—¿El incidente de esta noche?

Kim no tenía ni idea de por qué su jefe estaba siendo tan hostil, pero había aprendido que, si se ponía así, lo mejor era obedecer.

—Acabábamos de llegar a la comisaría, señor. Estaba a punto de hablar con usted —le dijo con la esperanza de apaciguarlo. No lo estaba manteniendo lo bastante informado— cuando supimos que había pasado algo en Linley Park. Seguimos a los oficiales hasta la escena y...

—Stone, puede que te sorprenda saber que tengo una radio en mi escritorio y que estoy al corriente del incidente de Linley Park y de tus motivos para acudir. Pero lo que no he oído por la radio, sino que me ha llegado a través de una llamada telefónica del sargento Wilkins, es que has agredido a un agente de policía en el lugar de los hechos.

Mierda, lo había olvidado.

—¿Puedo explicarme?

—¿Agarraste al hombre por el chaleco y le mostraste el puño? —preguntó Woody. Tenía las fosas nasales dilatadas.

—Sí, pero...

—No hay ningún «pero», Stone. Sabes muy bien que es un comportamiento inaceptable.

—Por supuesto que sí, señor, pero es que él me ha provocado —protestó.

Él se irguió en su silla y escuchó el relato detallado de lo que ella había visto y del comentario del agente.

Permaneció impasible.

—¿Es tu primera escena del crimen?

Ella negó con la cabeza.

—¿Es la primera vez que asistes a una escena y alguien dice algo de mal gusto, hayas sido tú, un miembro de tu equipo u otra persona?

—No, pero...

—No digas nada, Stone. Ya no confío en tu implicación en este caso, a pesar de los informes favorables de Alison.

—¿En serio? —preguntó, sorprendida.

—Me ha asegurado que lo estabas llevando bien. Hasta ahora. Pero este es un comportamiento que no puedo consentir, independientemente de las opiniones de los demás.

El miedo real se instaló en el estómago de la detective. Miedo de que aquel hijo de puta nunca fuera capturado y de que más gente inocente sufriera.

—Señor, déjeme hablar con el agente en cuestión. Me disculparé y suavizaré...

—No lo harás, Stone.

—Pero, si tan solo me permite que...

—Te mantendrás bastante lejos, por ahora. A partir de este instante, este no es tu caso hasta que yo diga lo contrario. Así que te sugiero que te tomes un par de días de permiso para calmarte y distanciarte.

—Señor, no puede...

—Puedo y ya lo he hecho. Ahora, con el debido respeto, inspectora, apártate de mi vista.

Capítulo 78

Bryant subió las escaleras hasta el tercer piso. No hacía ese trayecto a menudo.

No tenía la menor idea de lo que le habían dicho a la jefa, pero la cara de Kim era de rabia pura cuando entró furiosa por la puerta de la sala de la brigada y le dijo, a ladridos, que era su turno.

Llamó a la puerta y esperó instrucciones para entrar. Por lo general, ese era el trabajo de la jefa, y él estaba encantado de que así fuera.

No es que no le tuviera respeto al hombre que había sentado tras el escritorio que tenía delante. A lo largo de los años, el inspector jefe de detectives Woodward había desempeñado sus funciones a la perfección. Había conseguido mantener el respeto de su equipo y la confianza de sus superiores. Y no era tarea fácil, Bryant lo sabía bien. Sin embargo, Woody siempre había encontrado la manera de hacer lo correcto.

—La inspectora Stone está fuera del caso —declaró.

«Hasta ahora», pensó Bryant.

—¿Puedo preguntar por qué, señor?

—Porque no lo está controlando —espetó Woody—. Has visto cómo ha actuado con ese agente. ¿Eso no ha estado fuera de lugar?

Bryant asintió con la cabeza.

—Muy fuera de lugar, pero es que ha sido una escena criminal excepcionalmente horrible.

—Lo que no excusa que ella hubiera golpeado a ese oficial si tú no hubieras intervenido.

—Señor, no creo que ella...

—Le agarraste el brazo en el aire, Bryant, así que siento discrepar. Por suerte, tú estabas allí, una vez más, para salvarle el pellejo y el trabajo; sin embargo, no está fuera de peligro, y no tengo más remedio que apartarla del caso. Hay un sargento muy cabreado que ya odia al Departamento de Investigaciones Criminales y está pisándome los talones.

—¿Y el uniformado? —preguntó Bryant.

—Eso no cambia nada. Es el sargento quien está haciendo todo el ruido que puede. Dice que el Departamento de Investigaciones Criminales cree que puede tratar a sus agentes como le da la gana.

—Con toda franqueza, señor, yo también quería darle un puñetazo. Lo que ha dicho...

—Ha sido grosero, insensible, asqueroso y repulsivo. No tiene excusa. Haríais bien en creerme cuando os digo que acudo a reuniones con gente de traje que negocia presupuestos para la seguridad pública y no me importaría coger una Uzi y cargármelos a todos. Pero hablamos de control, y tu jefa no ha mostrado ninguno al tratar con ese agente, así que ya no puedo confiar en ella para llevar este caso.

Bryant pensó un poco antes de hablar.

—Señor, comete un error —dijo con tono educado, pero definitivo.

—Sargento Bryant, ¿sabe cuántas quejas llegan a mi mesa cada semana porque...?

—¿Y sabe cuánta gente deja de morir a pesar de esas quejas? —preguntó, sombrío—. Y no me malinterprete, hay muchos días en los que cuestiono sus métodos, su franqueza, pero nunca pongo en duda su pasión ni su impulso por atrapar al malo.

—De acuerdo, pero este caso no le conviene. Está perdiendo la perspectiva, el control. Sus emociones, o bien están demasiado a flor de piel, o bien enterradas a demasiada profundidad y luchando por salir. De una u otra forma, esto no es bueno para ella y no es bueno para el caso.

A Bryant no le sorprendió que Woody expresara exactamente las mismas preocupaciones que él había manifestado ese día. El hombre era astuto, incluso desde la distancia. Y, aunque una pequeña parte de él estaba de acuerdo, también sabía que no había nadie mejor que su jefa para llevar el caso.

—Sin embargo, con esos mismos argumentos, nadie es tan cercano a todo esto como ella. Si no la dejamos aportar información útil que nos conduzca a atrapar a ese cabrón antes de que mate a alguien más, el resto no tendremos ninguna posibilidad.

Woody negó con la cabeza.

—No voy a ceder en esto, Bryant. Estarás a cargo hasta que encuentre un detective de reemplazo para dirigir la investigación.

Bryant gimió para sus adentros. Su día no estaba mejorando.

—Señor, sabe que haré todo lo posible, pero le repito que está cometiendo un error. Sé que está enfadado con ella y que, al perder el control, una parte de usted siente que lo ha defraudado, pero piense en lo que ha tenido que afrontar esta semana. Casi golpear a alguien no se puede comparar con semejante montaña rusa emocional. Usted está en una posición complicada, pero, sin ella en este caso, me temo que muchas otras personas perderán la vida.

Woody negó con la cabeza.

—Lo siento, Bryant, pero estoy atado de manos.

Capítulo 79

Cuando Alison entró en el club, se sentía menos fuera de lugar que la noche anterior.

Unas tijeras y un rallador de queso habían desaliñado sus vaqueros Victoria Beckham. En vez de la blusa, llevaba una camiseta con cuello en V. Se había sacudido el pelo y ahora le colgaba suelto alrededor de los hombros.

Esta vez era, para su propia sorpresa, un animal muy diferente. Aunque el local no estaba abarrotado, había pocas mesas libres. La mayoría parecían ocupadas por parejas que disfrutaban tranquilas de una copa con una canción de Coldplay de fondo.

Tom levantó la vista de la caja, dudó y luego sonrió.

—¿Otra vez? —preguntó.

Ella asintió mientras tomaba asiento.

—Aunque esta noche esto está mucho más tranquilo.

Él miró a su alrededor.

—Sí, mi entretenimiento habitual de los miércoles por la noche está indispuesto.

Ella frunció el ceño y luego fingió sumar dos más dos.

—Ah, el músico que agredió...

—Sí —interrumpió él—. Pero, por favor, baja la voz.

—Lo siento —dijo Alison. Se dio cuenta de que era probable que la hubiera oído la gente de la mesa de detrás.

Maldita fuera. No estaba allí para hacerse notar. Estaba para observar a Tom.

A diferencia de los agentes de policía, no tenía experiencia con el instinto visceral ni con ese sentimiento especial por la verdad. Lo único que hacía era analizar acciones, comportamientos. No entrevistaba, interrogaba ni hablaba con mucha gente. Había utilizado todos sus conocimientos y experiencia para elaborar un perfil del asesino de Jennifer Townes y necesitaba ver hasta qué punto ese hombre se ajustaba a él.

—¿Vino blanco seco? —preguntó.

—Por favor —respondió ella. Cogió su bolso y se alegró de que, esta vez, él no hiciera ningún intento por detenerla—. Y una bolsa de papas con sabor a pollo.

Él puso la bebida y el paquete sobre la barra y cogió el dinero.

Alison se fijó en las uñas limpias del hombre y recordó el agradable olor a pino de la noche anterior.

Limpio y bien peinado.

Comprobado.

Miró hacia el otro extremo de la barra. Acababa de entrar una pareja, pero Tilly apareció milagrosamente y los atendió. Alison había leído numerosas veces las declaraciones del dueño del bar y de su empleada.

Abrió el paquete y se giró un poco hacia un lado. Cogió un par de papas, pero una se le cayó de entre los dedos antes de que pudiera llevársela a la boca.

—Uy —dijo mientras la veía caer.

Tom se inclinó sobre la barra y apoyó los antebrazos.

—Entonces, el tipo de anoche —dijo— ¿es tu novio?

—Ay, no —dijo ella.

—Parecía que teníais una pequeña discusión.

Observador.

Comprobado.

—Es un compañero de trabajo. Solo ha sido una diferencia de opinión.

—¿Y a qué te dedicas, Alison? —preguntó. ¿Cómo sabía su nombre?—. Anoche, antes de apartarte de la barra, tu colega dijo tu nombre, y yo nunca olvido el nombre de una mujer guapa.

Sintió que se le ruborizaban las mejillas.

Encantador.

Comprobado.

Se comió otra patata. Se le cayó una más.

—Profesora —mintió—. Matemáticas —añadió. Había sido su segunda opción profesional.

Tilly se acercó.

—Hola, Tom —dijo—. Los pedidos de mercancía ya están hechos y...

—¿Archivados? —preguntó él.

Ella sonrió.

—Por supuesto. Sé cómo te pones.

—Vale, ¿puedes llamar a Freda y ver si se encuentra mejor? Si no, tendremos que cubrirla.

Tilly asintió y se alejó.

Eficaz y organizado.

Comprobado.

Se comió una papa y se le cayó otra.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Desde cuándo eres dueño de este lugar?

—Tres años —respondió él con orgullo.

—Desde que... —«Tenías veintiséis años», empezó a decir, pero se dio cuenta de que él no le había dicho su edad—. ¿Desde que los anteriores propietarios lo pusieron en venta?

Él asintió, sin mostrar ninguna reacción a la metedura de pata de Alison.

Ella se comió una papa y se le cayó otra.

—Por suerte para mí, solo querían deshacerse de este lugar. Conseguí hacer algunos tratos decentes con los proveedores, aproveché mi licenciatura en Empresariales y logré que el local obtuviera beneficios en solo dos años.

Educación universitaria.

Comprobado.

Alison vio su oportunidad.

—¿Puedo suponer que el entretenimiento en vivo ayuda?

Él asintió con la cabeza.

—Siempre que sea del tipo correcto.

—Como aquel tipo... Curtis no sé qué.

Alison dejó caer unos trocitos de sus patatas y luego estrujó el paquete. Él se lo quitó de las manos, lo puso detrás de la barra y señaló con la cabeza hacia la esquina.

—Hablemos allí.

Cuando Tom terminó de rodear la barra, ella se puso en pie.

—Siento mucho haber dejado semejante desastre por aquí —dijo.

Él se encogió de hombros.

—Esperemos que Freda vuelva mañana de su baja por enfermedad. Todo el local necesita una buena limpieza.

Alison se sintió un poco decepcionada con esa respuesta. Cogió su vaso y lo siguió.

Tom frunció el ceño.

—¿Eres periodista o algo así? —preguntó.

—No, por Dios, ¿por qué lo preguntas? —protestó ella mientras se sentaba enfrente.

—Pareces demasiado interesada en Curtis.

Alison acarició el tallo de la copa de vino y desvió la mirada.

—En realidad, eso no es lo que me interesa. Es solo un tema de conversación, pero, si prefieres que me vaya...

—No, está bien —dijo él, y negó con la cabeza—. Es solo que conozco al tipo, así que...

—Sí, debe ser muy raro. ¿Dio alguna señal de que era capaz de algo así?

Tom se frotó la frente.

—Me lo he preguntado cientos de veces. O sea... Algunas personas creían que era un poco extraño: introvertido, intenso... Yo solo pensaba que era una persona creativa. Era un buen tío que hacía su número con el mismo entusiasmo ante una sala llena que ante un puñado de personas. Yo pensaba que el tema era solo la música.

—¿Y ha afectado el negocio?

—No tanto, como puedes ver. La gente no sabe que Jennifer trabajó aquí y que Beverly también estuvo aquí esa última noche. La policía lo sabe, claro, pero...

—¿Han venido mucho por aquí? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Estuvieron aquí la mañana después de que Beverly sufriera la agresión. Querían saber si habíamos visto algo, pero, cuando Curtis se fue, Tilly y yo estábamos atrás, cuadrando caja, así que no había nada más que añadir.

Alison se tragó su rabia contra el inspector Merton. Sí, sonaba a interrogatorio intenso, si se

consideraba que Tom encajaba del todo con el perfil que ella había hecho.

Dio otro sorbo a su bebida y se movió en la silla.

—Bueno, gracias por la charla, pero debo...

—¿Tan pronto? —preguntó Tom con una sonrisa torcida—. Esperaba que pudiéramos hablar más; comer algo, tal vez...

—Quizás en otra ocasión. —Trató de mantener un tono uniforme.

Mientras se alejaba de la mesa, sentía su mirada en la espalda. Vaya, como si fuera a abandonar esa zona tan poblada con un hombre de quien sospechaba que era un violador y un asesino.

De nuevo, apenas había tocado su bebida y se sentía capaz de conducir.

De camino al coche, sabía que tenía que hacer algo, pero no tenía ni idea de cuál debería ser el siguiente paso. ¿A quién quejarse? ¿Cómo se hacían esas cosas? No quería meter a nadie en problemas, pero la investigación había ido...

Una mano en el hombro la sobresaltó.

—¿Qu... qué?

Tom la giró hacia él.

—¿Estás segura de que no quieres picar algo? —preguntó. Sus ojos ardían de interés.

A Alison se le secó la boca. El corazón le martilleaba el pecho. La mirada del hombre era intensa y oscura.

Negó con la cabeza y miró la mano que seguía agarrándola del brazo. Se apartó.

—Me tengo que ir —dijo.

Le dio la impresión de que él quería hacer algo más, pero se dio la vuelta y regresó al bar. Por un segundo, Alison había visto más allá del amable y simpático dueño del bar. Ahora quería alejarse de allí lo máximo posible.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos bruscamente cuando algo en el suelo llamó su atención.

Dejó de caminar y se agachó. El corazón seguía palpitándole con fuerza en el pecho.

De ninguna manera. No era posible.

Con dedos temblorosos, sacó el móvil y encontró el contacto que buscaba.

—Alison, ¿qué coño te pasa? —preguntó el detective Merton sin hacer ningún esfuerzo por

ocultar su hostilidad.

—Por favor, dame un minuto —le suplicó—. Estoy en el Elite y...

—Alison, te juro que he oído mal cuando has dicho dónde estabas, porque, si te hubiera oído bien, ahora mismo estaría rellenando una queja formal a tus superiores por este intento de obstaculizar una investigación en curso. ¿Está claro? —siseó. Ella no pudo responder, a pesar de que estaba con la boca abierta. ¿De verdad Merton sería capaz de algo así?—. No vuelvas a llamar a este número —dijo él, y colgó.

«Mierda, mierda, mierda». Y, ahora, ¿qué podía hacer?

Necesitaba ayuda de verdad y solo se le ocurría una persona a quien llamar.

Capítulo 80

Bryant entró en el campo de rugby mientras el resto del equipo terminaba de calentar. Hereford, el equipo adversario, se había situado a la derecha, en tanto que los dos capitanes ocupaban sus lugares en el centro.

Miró a Lenny para que le dijera su posición. Él le respondió haciéndole una seña con el dedo.

Bryant sabía que su capitán, un joven de veintiséis años, ya no sabía qué hacer con él. Lo que le impedía retirarse con elegancia y permitir que un jugador más joven ocupara su puesto era pura obstinación.

Antes jugaba en la línea de tres cuartos, normalmente reservada a los más rápidos. Su misión era, por tanto, coger los balones que le servían los delanteros para abrirse paso y marcar. Los delanteros eran los tipos más pesados. Construían los ataques y les daban forma a través de asegurar la posesión.

Esta noche lo estaban poniendo detrás de los alas.

Bryant sabía que era una forma de limitar los daños. Y la decisión era buena, considerando que en ese partido se iba a decidir su ascenso en la liga.

Hizo señas de asentimiento a sus compañeros y estiró los músculos. En el equipo todavía quedaban un par de colegas de los tiempos en que Bryant había empezado, pero se daba cuenta de que a los otros ya no les interesaba tanto. Los moratones y los cortes se curaban con mayor lentitud cuando te acercabas a los cincuenta. Los dolores y las molestias de un partido duro perduraban más, pero uno seguía resistiendo sin haber encontrado nada que sustituyera ese dorado momento de esparcimiento varonil.

Y Bryant también tenía otros motivos. Mientras corría arriba y abajo por el campo, tratando de seguir el ritmo de jugadores que tenían la mitad de su edad, no pensaba en otra cosa que en el juego. El esfuerzo físico y la concentración no dejaban huecos para llenarlos con el trabajo, la familia, las preocupaciones. Todo se quedaba en el vestuario, junto con su ropa.

Gruñó al ver a un jugador conocido. Era un chico rudo llamado Beasley, de poco menos de treinta años y con ganas de demostrar cosas. Con un metro ochenta de estatura y unos hombros por los que podría trazarse una autopista, no tenía fama de jugar limpio.

Bryant evaluó al pelirrojo. Se preguntaba si lo habría endurecido el chasco de verse a una letra de distancia de su propio doble en las películas de Harry Potter.

«Ven a por mí, gilipollas —pensó Bryant—, porque estoy de un humor perfecto para ti».

Tomó su posición y esperó a que sonara el silbato.

De inmediato, sintió la intensidad del partido. La tensión pasaba de un lado al otro junto con el balón.

A los pocos minutos, ya se había librado por los pelos de una patada en una melé espontánea. Después, había recibido un golpe en la nuca durante un avance de melé y, más tarde, en un ruck, una patada en la espinilla.

Sí, sí, lo que necesitaba en este momento era un juego duro, pensó mientras Lenny lo llamaba hacia delante.

Tras un fuera de juego accidental, se formó un scrum. Ocupó un lugar en la primera fila, dispuesto a presionar al otro equipo y ganar el balón.

El medio melé arrojó la pelota entre los jugadores y el talonador giró el pie para ganar la posesión. Su equipo la tenía.

Pero, cuando salía del scrum, un codazo lo alcanzó justo encima del ojo derecho. El dolor de la piel partida le recorrió la cara. Sintió la sangre fresca descender por la mejilla.

Siguió la dirección del codo y no le sorprendió ver del otro lado el rostro sonriente de Beasley.

—¿Qué coño...?

No estaba jugando limpio. El maldito scrum ya había terminado.

—Lárgate del campo, anciano —le dijo Beasley.

Bryant se abalanzó con el puño en alto. La sangre goteaba dentro de su ojo.

—Repite eso, tú...

Lenny se interpuso.

—Eh, eh, eh —dijo.

El entrenador del equipo contrario aprovechó la ocasión para llevarse a Beasley de ahí.

—¿Qué cojones te pasa, tío? —Lenny se interpuso en su campo de visión—. Ha sido una jugada limpia...

—¿Estás de coña? Es un matón con una puta camiseta...

—Cálmate, colega. Este no eres tú. Sí, es un mierda, pero no ha sido más que un poco de juego duro. ¿Has tenido un mal día o algo así?

—Estoy bien —le soltó Bryant. Con el dorso de la mano, se limpió la sangre del ojo.

—Sí, vale. Sal y quédate quietecito en el banquillo. No jugarás más esta noche.

—Joder, Lenny —protestó.

Lenny negó con la cabeza.

—Te largas o se acaba el juego. No tienes razón. Vete.

—Mierda, mierda, mierda —escupía mientras, furioso, cruzaba el campo en dirección a los vestuarios. Se quitó la camisa y la usó para limpiarse la sangre—. «¿Has tenido un mal día?» —repitió. Arrojó la camisa al suelo. No, solo había pasado la semana viendo cómo la vida privada y el pasado de su jefa y amiga eran usados como cuchillo para apuñalarla. La había visto enterrar sus emociones para cumplir con su trabajo y atrapar al enfermo hijo de puta que, solo por demostrar algo, estaba matando inocentes. Había visto cómo ella seguía dirigiendo a su equipo, analizando pruebas y hechos, cribando y clasificando pistas, al mismo tiempo que se disociaba en silencio de sí misma ante la pérdida más importante de su vida. Privacidad. Y luego había tenido que ver cómo la sacaban del caso.

Sí, había sido un puto mal día en el trabajo. Y, de verdad, ¿los había de otro tipo? Cada jornada se veía obligado a contemplar y analizar las profundidades más despreciables del ser humano, a contemplar cosas que no podía dejar de ver, imágenes que se enquistaban en su cerebro y se reproducían en un bucle infinito. Lo torturaban, lo enfermaban sin darle tregua y, por la noche, regresaban para meterse en sus sueños.

Le dio una fuerte patada a su mochila, que estaba en el suelo.

—Joder, joder, ¡joder! —gritó entre unos dientes que rechinaban.

Se paseó por el vestuario con los puños a los costados, bien apretados. Necesitaba un objetivo. Necesitaba un desahogo, algún lugar donde expulsar la rabia que bullía por sus venas como lava.

El conocimiento.

Los pensamientos.

Las imágenes.

—¡Nooooo! —clamó mientras, con el puño derecho, golpeaba la pared.

El dolor llegó de inmediato y era bienvenido, pero no despejó su mente. En algún lugar, mezclada con todo lo que había presenciado esa semana, estaba la imagen de Billie Styles, agredida con saña y brutalidad; abandonada a su suerte en el bosque, sometida a un horror indescriptible que cambiaría su vida para siempre.

Pero esa no era la imagen que lo torturaba. Esa no era la imagen que lo había acompañado hasta el campo de rugby. Esta era más personal y cercana, y lo llenaba de una rabia que, como un incendio, le quemaba hasta el alma.

Una niña de trece años abandonada por todo el mundo. Una niña a quien nadie quería, desprotegida y asustada —aunque intentaba no estarlo— a quien habían llevado al bosque para

violarla.

Esa era la imagen que nunca lo dejaría en paz.

Se dejó caer en el banco y bajó la cabeza.

Y lloró.

Capítulo 81

Eran casi las nueve cuando Kim aparcó delante de una puerta amarilla que conocía muy bien.

La ira la llevaba muy dentro, arraigada en su sangre. Cada vez que le atravesaba corazón, salía impulsada a recorrer todo su cuerpo.

—¿Vas a portarte bien? —le preguntó a Barney mientras llamaba.

El perro alzó el morro y volvió a mirar la puerta, lo que ella interpretó como un sí.

Ted Morgan les abrió y sonrió, tal como lo había venido haciendo desde que Kim tenía seis años y se la habían enviado a consulta por primera vez.

—Llegas tarde —dijo.

—Discúlpame por la...

—Lo que he querido decir es que te esperaba a principios de la semana —dijo, y se hizo a un lado. Ella entró, con Barney detrás, y Ted cerró—. ¿Dónde?

—Cocina —respondió ella.

—Ya veo.

Kim se sentó a la mesa.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó.

—Es ese tipo de charla —dijo Ted mientras llenaba la tetera—. Esta noche beberás instantáneo. No voy a malgastar el Colombian Gold en una bebida que probablemente no te vas a terminar.

—Ted, ¿por fin te has vuelto loco?

Él rio entre dientes.

—No, no, querida, te lo explicaré más tarde. —Se volvió hacia ella—. Primero, dime por qué has venido —dijo.

—¿Has visto las noticias?

—Por supuesto.

—¿Y sabes lo que significan las muertes?

—Claro. Lo primero fue una imitación de lo tuyo con Mikey. Lo segundo ha revivido la muerte de Keith y Erica. Por eso te esperaba antes. ¿Cómo van los compartimentos de tus recuerdos?

—Intactos. —La palabra se le escapó por poco—. Esta tarde ha habido un tercer incidente.

—¿La chica del parque? —Kim asintió. No sabía que ya era noticia—. Han dado pocos detalles. ¿Está relacionada contigo?

Kim asintió.

—Familia de acogida número cinco.

Él se volvió y frunció el ceño.

—De la que nunca has hablado y de la que siempre me acuerdo.

Kim asintió.

—¿Por qué siempre la recuerdas?

Ted puso las tazas sobre la mesa y Barney lamía con avidez el cuenco de plástico que le habían puesto en el suelo.

—Cuando viniste conmigo después de la familia de acogida cinco, eras diferente a todas las otras veces. Había una dureza en ti que antes no estaba. A pesar de todo lo que ya te había sucedido, era como si la familia cinco te hubiera enseñado a odiar.

—Continúa —dijo Kim.

—Hasta entonces, había tenido la esperanza de serte útil; de que, de algún modo, lograríamos avanzar y podría ayudarte a que te curaras. —Kim sentía pedazos de su ira desmoronarse junto a este hombre, cuyo único objetivo había sido tratar de ayudarla—. Pero, después de aquella familia, sentí que ya estabas lejos de mi alcance, que ya no conseguiría llegar a ti.

A ella le pareció que esa apreciación podía ser correcta.

—He estado a punto de golpear a alguien en la escena del crimen —admitió—. A un uniformado.

—Pero no lo has hecho, ¿verdad?

—Solo porque Bryant me ha detenido. Le habría pegado, Ted.

—Estoy tentado de preguntar qué ha hecho el policía, pero lo importante no es lo que él haya hecho, ¿o sí?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, esto se carga la teoría de Bryant —dijo ella.

—¿Cuál?

—Que estoy reprimiendo lo que siento y actuando como si le ocurriera a otra persona.

—Mmm... No necesariamente. ¿En algún momento has usado esa técnica como mecanismo de supervivencia? ¿Fingir que le está pasando a otra persona algo que, en realidad, te está sucediendo a ti?

Ella tragó saliva y asintió.

—*Entonces, si la técnica ya te ha funcionado, no hay razón para que no vuelvas a usarla. El término correcto es disociación, y la gente la usa a menudo en la infancia en casos de abuso sex...*

—Al grano, Ted.

—Me temo que no hay una respuesta fácil. Si dejaras salir tus emociones, tus cajas de recuerdos se derrumbarían y te engullirían. No hablamos de uno o dos recuerdos traumáticos con los que lidiar; hablamos de todos al mismo tiempo, porque no puedes elegir. No se puede abrir una caja y hacer como si las demás siguieran cerradas. No cuando te enfrentas a recreaciones de aquellos incidentes, porque es como si te los restregaran por la cara.

»Así que el único comportamiento que te queda es reprimir tus emociones, bloquear los recuerdos y tragártelos.

—¿Está bien, entonces? —preguntó ella. Se sentía reivindicada.

Ted tomó un sorbo de su bebida.

—La verdad es que no —dijo.

—Vaya —comentó ella. Se agachó para acariciar la cabeza de Barney.

—Porque estás acumulando dolor sobre dolor y este sobre ira. Imagina que tuvieras un armario lleno de ropa y siguieras comprando ropa nueva. Abres la puerta, metes la prenda sin mirar y cierras de golpe. ¿Qué pasaría después?

—Compraría un armario más grande.

—Ja, qué graciosa. Ahora, responde la pregunta.

—Al final, cuando abra el armario para meter una prenda, se me va a caer todo encima.

—Así es.

—¿Me estás diciendo que solo estoy retrasando el sufrimiento?, ¿que me va a pillar al final?

—Cada armario tiene una capacidad limitada, Kim.

Ella respiró hondo.

—Woody me ha sacado del caso.

Ted no pareció sorprenderse.

—¿Por lo del agente?

Kim asintió.

Él tomó otro sorbo.

—Hay una especie de loco que está recreando cada punto traumático de tu vida. Lo hace para provocarte sufrimiento, para hacerte daño. Se está tomando muchas molestias para causarte un gran dolor. Con tal nivel de odio, el único final posible es la muerte. Tu muerte. Es el único resultado final que tiene sentido.

»Y, ahora, te explicaré el significado de esta habitación. Cuando vienes, tú eliges dónde nos sentamos. Si quieres estar a solas para reflexionar o quieres que me siente cerca de ti en silencio, sales al jardín. Si lo que quieres es una conversación en profundidad, en la que haya concesiones mutuas y en la que estás dispuesta a aceptar de buen grado mis ideas y opiniones, eliges el salón. Si, por el contrario, lo único que quieres es que esté de acuerdo con lo que tengas que decir, eliges la cocina.

—¿En serio?

Él asintió con la cabeza.

—Por eso estás tomando café instantáneo, porque rara vez estoy de acuerdo contigo. Y me temo que esta no es una excepción. Dadas las circunstancias, dado tu estado emocional y tus acciones, por no hablar de tu seguridad física, creo que Woody ha hecho muy bien en apartarte del caso.

Kim sintió los pedazos de ira volver a unirse a un núcleo que ya pesaba en la base de su estómago.

Y, fiel a su estilo o no, se levantó y salió de la casa, furiosa.

Capítulo 82

Al ver que el taxi entraba en el aparcamiento, Alison respiró aliviada.

Salió del coche.

—Stacey, gracias por...

La ayudante de detective miró a su alrededor.

—¿Qué demonios está pasando, Alison? —preguntó—. Por Dios, ¿estás borracha? —Alison negó con la cabeza—. Entonces, ¿por qué estás aparcada en diagonal y ocupando tres plazas? Y, si lo que querías era que te llevara a casa, soy la única que no...

—No necesito que me lleves —dijo—, y tampoco necesito un alcoholímetro. Lo que necesito es una policía en quien pueda confiar.

Stacey gimió y le dijo al taxista que se fuera.

—Te juro que mi pareja quiere sacarte los ojos. Palomitas de maíz, Baileys y una película de Melissa McCarthy. En realidad, pensándolo bien, podría matarte. Así que, dime, ¿qué...?

—Stacey, lo siento —dijo Alison, con toda sinceridad. A veces se olvidaba de que las personas con las que trabajaba tenían vidas fuera de la oficina—. Siéntate en el coche y te lo explicaré.

Stacey entrecerró los ojos, pero hizo lo que le pedían.

Alison se subió, inspiró hondo y le contó toda la historia.

Vio cómo la expresión y la postura de Stacey pasaban del desinterés a la curiosidad, de la sorpresa al enfado y a la incredulidad.

La conductista hizo un alto después de haberle relatado la charla que acababa de tener con Tom.

—¿Y crees que lo hizo él? —preguntó Stacey.

—Apostaría mi próxima comida a que fue él, y no Curtis —respondió.

—Entonces, ¿por qué me has llamado?

—Porque está aquí —dijo Alison—. El pendiente perdido de Beverly, el flamenco rosa, está aquí.

Stacey miró a su alrededor y luego a ella.

—Está debajo de nosotras, ¿no? ¿Has aparcado sobre él?

Alison asintió.

—No quería que se contaminara aún más. Podría contener el ADN del asesino.

—Qué novedosa idea para preservar las pruebas, Alison, pero, si a Beverly la agredieron hace más de una semana, ese pendiente podría tener el ADN de cientos de personas —dijo Stacey.

—Entonces, ¿es inútil? —preguntó.

—No estoy diciendo eso. Lo que digo es que, desde el punto de vista probatorio, es problemático, pero es un buen hallazgo. —Sacó una bolsa de pruebas de su bolsillo.

—¿Doy marcha atrás para que puedas...?

—No, no, no —dijo de inmediato Stacey—. No queremos arriesgarnos a que le pase nada más. Me arrastraré debajo y lo recuperaré.

Alison salió del coche y, de repente, cuando su compañera ya se había puesto de rodillas, se sintió mal.

Había apartado a esa mujer de su pareja durante un periodo de descanso muy necesario. La había agobiado con toda la historia y, ahora, estaba debajo de su coche, buscando pruebas de un caso en el que no tenía nada que ver.

Por un momento, se preguntó a cuántos cuerpos de Policía estaría cabreando al mismo tiempo.

Y todo porque creía en sus perfiles.

—Vale, lo tengo —dijo la agente. Se arrastró fuera del coche y se sacudió el polvo.

—Muchas gracias, Stacey. Siento mucho haberte llamado. Este es mi problema, no el tuyo, así que, si me entregas el pendiente, pensaré qué hacer con él.

Stacey puso los ojos en blanco.

—Por desgracia, Alison, no puedo hacer como si no hubiera visto ni oído nada, así que, nos guste o no, estoy dentro. Ahora, la pregunta pertinente es ¿qué vamos a hacer con esto?

Capítulo 83

Eran casi las once cuando la llave de Kim se deslizó dentro de la cerradura de su puerta principal.

Justo durante el ocaso, había conducido directamente de la casa de Ted hasta Clent Hills. En condiciones normales, le encantaba aprovechar ese periodo entre el atardecer y la noche. Lo utilizaba para sacudirse los acontecimientos del día.

Recordó la vez que Bryant había intentado explicarle la diferencia entre el crepúsculo civil, el náutico y el astronómico. El interés de Kim había decaído a los diez segundos. Para ella no era más que el momento en el que le gustaba pasear al perro.

Esa noche, sin embargo, los sentimientos negativos no habían hecho el recorrido hasta la suela de sus botas y se le habían quedado adheridos al cuerpo.

Rellenó el cuenco de agua para Barney; para ella, la cafetera eléctrica. Una jarra llena de café a esas horas no favorecía un sueño reparador, pero tampoco es que tuviera que ir a trabajar por la mañana.

Inmóvil, miró al perro, que sorbía con avidez y salpicaba el suelo de piedra.

—Sí, tienes razón, muchacho, ha sido una pena.

Se echó en el sofá, pensando en que nunca había sucumbido a la autocompasión.

El perro se materializó a un lado y encajó la cabeza debajo de su mano.

—Solo por esta vez, ¿eh?

Barney se apoyó en su costado y se deslizó hasta poner el lomo contra su cadera y apoyar la cabeza sobre su muslo. Ella sonrió.

Mientras Kim le acariciaba la cabeza y le pasaba la mano por el espinazo, se daba cuenta de lo bien entrenada que la tenía su perro.

Ya en su sofá, le era difícil no sentir los efectos de la jornada.

Le parecía que habían pasado días desde que había salido furiosa de la autopsia, incapaz de soportar la visión de los cuerpos carbonizados y ennegrecidos, e intentando, desesperada, que la visión no se superpusiera a la de sus padres adoptivos, sonrientes y bromistas, como la última vez que los había visto. Cerró los ojos con fuerza, como tratando de impedir que la instantánea se clavara en su mente.

Con los ojos cerrados, apoyó la cabeza en el sofá. Recordó la amabilidad en la mirada del

hombre que había escrito sobre su vida. La ira se había disipado en cuanto ella había empezado a comprender la motivación del periodista para escribir el libro y exponer la verdad.

Más difícil de soportar había sido que Bryant cuestionara su capacidad para llevar el caso.

De repente, Barney se movió a su lado y frotó la barbilla contra su pierna.

—Sí, vale, eso no es lo que ha dicho exactamente —admitió. Pero era lo que ella había sentido, aunque sabía que lo de Bryant eran solo preocupaciones por su bienestar.

Luego había venido la escena fuera de la comisaría, cuando Alison había evaluado su estado mental. Una evaluación con la que Kim había discrepado con vehemencia justo antes de agredir a un compañero en una escena criminal. «Bien hecho», pensó, y sacudió la cabeza.

Sin embargo, estaba haciendo un esfuerzo por no justificar sus propios actos en esa situación, a pesar de que habían provocado su retirada del caso.

Pero el mero hecho de ver a aquella chica allí tendida, agredida sexualmente y violada de la peor manera posible, le había hecho revivir sentimientos contra los que había luchado toda su vida: impotencia, miedo, aversión, asco, rabia.

Y, mientras esas emociones empezaban a invadirla, sintió que su mano se tensaba sobre la cabeza de Barney.

—No, no, no —dijo. Apartó al perro y se puso de pie. Fue a la máquina de café y se sirvió una taza grande de Colombian Gold.

Nunca permitiría que esas emociones volvieran a atormentarla. Ya no tenía trece años. Pero, solo por unos minutos...

El insulto final había venido de Ted, quien sabía de ella más que nadie. El hombre pensaba que Woody había hecho bien en sacarla del caso. Podía entender que otros fueran incapaces de ver la verdad, pero no Ted. Había ido, segura de que él lo haría.

Pero ninguno comprendía que los recuerdos debían permanecer en sus cajas. No podía sacarlas, examinarlas y soplarles las telarañas. A su alrededor, todos insistían en que las emociones ligadas a los recuerdos estaban siendo empujadas hacia dentro, a algún profundo lugar interior donde fermentarían, burbujearían y explotarían; pero se equivocaban.

Aquello era como un truco de magia, una ilusión; un juego de manos, tal vez. Nada por aquí, nada por allá, mientras, por este lado, hago esto otro. Conseguiría, a duras penas, desvincularse de los acontecimientos que se desarrollaban ante sus narices, siempre y cuando pudiera distraer su mente en resolver el caso, buscar pistas, seguirlas, encontrar pruebas.

Lo que Woody, Bryant, Alison e incluso Ted parecían incapaces de comprender era que los demonios se mantendrían alejados siempre y cuando pudiera concentrarse en atrapar a ese maldito.

Capítulo 84

Mientras subía las escaleras a la sala de la brigada, Bryant iba respirando hondo. ¿Cómo demonios iba a explicarle aquello al equipo? ¿Cómo se suponía que avanzarían sin la jefa en esa investigación? Su mente no funcionaba igual que la de ella.

Para él, el cerebro de Kim era como un cíborg con tentáculos que se extendían en todas las direcciones para recoger datos minúsculos, introducirlos y obtener respuestas. Había veces que se quedaba callado porque, en realidad, no podía seguirle el ritmo. Así que ¿cómo se suponía que iba a dirigir la investigación?, ¿ya no digamos al equipo?

—Hola, Bryant, ¿has sido tú? —preguntó el sargento Devlin, con una sonrisa burlona, cuando se cruzaron por las escaleras.

—¿Qué? —preguntó él.

—Eeeeh... nada —dijo Devlin, sin detenerse. Por el movimiento de sus hombros, Bryant supo que su colega se seguía riendo entre dientes.

¿Qué leches había sido eso? Fuera lo que fuera, no era su culpa. Acababa de llegar... Aunque, pensándolo bien, al entrar en el edificio, Jack, el de la recepción, le había dedicado una sonrisa cómplice. Llegó al final de la escalera y examinó su aspecto. No, llevaba la camisa metida dentro del pantalón, no calzaba zapatos raros y nadie le había puesto ningún cartel en la espalda.

El corte de la noche anterior estaba oculto bajo su ceja, además de que esa gente estaba acostumbrada a verlo llegar, en ocasiones, con heridas de guerra conseguidas en el terreno de juego. Y cada vez con mayor frecuencia.

—Idiotas —susurró para sí. Recorrió las oficinas generales en dirección a la sala de la brigada.

Lo perseguían las risitas, y entonces supo por qué.

A la puerta de la sala de la brigada, que estaba cerrada, le habían pegado cinta adhesiva de seguridad en forma de X.

—Pero ¿qué...? —exclamó.

Leyó el cartel: «Prohibido el paso. No abra».

Genial, justo lo que necesitaba. Con un idiota gastándole bromas pesadas, el día no iba a empezar bien.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó. Todos desviaron la vista y volvieron a sus asuntos.

Bryant negó con la cabeza y rasgó la cinta adhesiva.

—¿No sabes leer, Bryant? —dijo, desde atrás, una voz grave.

Se giró y vio que Woody lo miraba con el ceño fruncido.

—Señor, algún gilipollas ha estado poniendo carteles estúpidos...

—Yo soy el gilipollas que ha puesto el cartel en la puerta, Bryant, y con muy buenas razones.

Genial, acababa de llamar gilipollas al jefe.

—¿Señor?

—Pulgas —sargento—. La oficina parece estar infestada. Anoche entré a por una fotocopia y me picaron los tobillos.

Bryant estaba confundido. El día anterior todos habían estado allí sin problemas.

—Pero...

—No se va a podrá trabajar ahí dentro hasta que hayan salido los fumigadores.

—¿Y dónde diablos...?

—Ya eres mayorcito, Bryant. Por ahora, estás al mando, así que, mientras sigas los procedimientos y seas eficaz, dónde trabajes en tus investigaciones es asunto tuyo, no mío —dijo antes de darse la vuelta.

Bryant ocultó su sonrisa. Sabía que no era el más listo de la clase, pero, al final, siempre conseguía aprobar.

Capítulo 85

Kim volcó en el fregadero la cuarta taza de café y apagó la cafetera. Cada sorbo enviaba una descarga de electricidad por sus venas y conectaba sus emociones.

Dios, estaba enfadada por tantas cosas, y ya no la ayudaba ni siquiera ofrecerse respuestas racionales equilibradas.

Estaba enfadada con Woody por haberla sacado del caso, aunque entendía su postura. Estaba enfadada con Bryant por haberla reemplazado en el puesto, pero no sabía qué más podría haber hecho él. Estaba furiosa con Ted por no haber estado de acuerdo con ella, pero aceptaba que había acudido a él en busca de un punto de vista sincero.

Y, sin embargo, lo único que no podía digerir era que ningún miembro de su equipo la hubiera llamado ni le hubiera enviado un mensaje de texto para ver si estaba bien.

Bueno, tenía veinte mensajes de texto de Bryant de la noche anterior, pero esos no contaban. ¿Qué le ocurría al resto del equipo esa mañana? Habían llegado al trabajo y les habrían dicho que ella estaba fuera del caso, pero... ni un mensaje.

Bajó del taburete de la barra y, por tercera vez, se dirigió a la puerta del garaje. Barney estaba a su lado, mirándola inquisitivo.

—Sí, lo sé, chico —dijo—. Yo también lo estoy pasando mal.

Solía ir al garaje cada vez que tenía tiempo libre. Con el iPod a tope, se dejaba llevar por Brahms o Beethoven mientras trabajaba en un nuevo proyecto de restauración, pero no ese día. Ese no era un día de descanso. La habían destituido. Se suponía que no debería tener el día libre. Su cerebro estaba en modo trabajo y no podía desconectarlo.

Suspiró y sacó el teléfono. Barney volvió al sofá.

Ni llamadas, ni mensajes, nadie se había preocupado por...

Sus pensamientos autocompasivos quedaron interrumpidos por unos golpes en la puerta principal.

«Venga, vamos —pensó—, intenta venderme un seguro de vida hoy. Te reto».

Abrió la puerta de golpe y se encontró con un Bryant sonriente.

—¿Qué...?

—Hemos venido a requisar tu casa como cuartel general temporal —le dijo—. Ahora, quítate de

en medio, que esto pesa mucho. Se abrió paso con cajas de materiales en los brazos.

Stacey también entró.

—Hola, jefa —dijo.

—Tenemos pulgas —la informó Penn mientras cruzaba el umbral.

—¿Tenéis...?

—Disculpa. —Alison cargaba otra caja.

—¿Tú también? —preguntó. Su salón se iba llenando de gente.

—Estoy asignada al equipo, así que, dondequiera que ellos vayan, voy yo —dijo, y rodeó al perro con cautela.

—Vale, ¿cómo vamos a hacer esto? —preguntó Bryant, que se había quedado en medio de la sala, junto al resto del equipo.

Por alguna razón inexplicable, la emoción se acumuló en la garganta de Kim.

Ella trató de no hacerle caso.

—Oye, no te pongas tan cómodo. No hasta que me hayas contado lo de esas pulgas.

Capítulo 86

A las nueve de la mañana, Bryant ya había encontrado los tableros ocultos y había agrandado una mesa de comedor que nunca se había usado. ¿Alguien sabía que la mesa era extensible? Kim vio el corte que tenía sobre el ojo y supuso que, la noche anterior, su compañero había estado en el campo de rugby, pero Bryant prefería que no le recordaran que no estaba en forma.

—Entonces, ¿Woody ha cerrado la oficina? —preguntó, curiosa.

Bryant asintió.

—Sí, y me ha dicho que nos buscáramos un lugar donde acampar durante el día.

Kim no pudo evitar que una sonrisa tirara de sus labios. Comprendía la presión a la que estaba sometido su jefe por lo que ella había hecho en la escena del crimen de Billie Styles. El hombre había reaccionado como correspondía con tal de guardar las apariencias y, al final, había encontrado la forma de reunirla con su equipo. Extraoficialmente.

Penn, Stacey y sus aparatos informáticos ocupaban la mayor parte de la mesa, lo que dejaba un pequeño espacio para Bryant en un extremo.

Alison se había sentado con su portátil en un taburete de la barra del desayuno.

A Kim le había hecho gracia ver que Penn sacaba de una caja el táper y a Betty. La planta ocupaba el centro de la mesa.

—He entrado a hurtadillas —dijo él cuando captó la mirada de su jefa—. No podía dejarla.

Kim no creía que Penn hubiera estado en peligro real de contraer pulgas.

Había una cosa más antes de empezar.

—¿Estás bien, Alison? —preguntó.

—No deja de mirarme —respondió ella, sin girarse.

Y tenía razón. Barney había prescindido de inmediato de las atenciones de Bryant, Penn y Stacey y tenía toda su atención puesta en Alison.

—¿No te gustan los perros? —preguntó Kim.

—Me dan miedo. —Tenía la mirada fija al frente.

Vale, Kim se dio cuenta de que debían resolver aquel problema. No iba a encerrar a Barney por nadie.

Fue al otro lado de la barra del desayuno y cortó una zanahoria por la mitad.

—No ha mordido a nadie en su vida, pero sé que ese dato no te va a ayudar. Debe de estar interesado en ti porque puede sentir tu miedo, así que, sin mirarlo, baja la mano y deja que coja la zanahoria.

La cara de Alison se llenó de pánico.

—Te juro que no te hará daño —dijo Kim—. Dale la zanahoria, se aburrirá y te dejará en paz. Confía en mí.

Alison sostuvo la zanahoria junto a su costado. La dejó caer antes de que Barney tuviera la oportunidad de cogerla, pero el repentino crujido le confirmó que el perro estaba distraído y la dejaría en paz.

—Vale, chicos, si a Bryant le parece bien, sugiero que hagamos una ronda para saber cuánto hemos avanzado con...

—Ha vuelto —susurró Alison al otro lado de la barra del desayuno.

Kim se asomó por encima y vio que Barney seguía con la mirada fija en la criminóloga. Era de lo más inusual, a menos que...

—Alison, ¿tienes comida en ese maletín?

—Ja, supongo que sí —dijo Stacey.

Alison asintió y lo abrió.

Kim sonrió.

—¿Le tienes cariño a esa manzana? Es lo que más le gusta en el mundo. Por eso no te deja en paz.

Alison movió la cabeza de un lado al otro y la sacó del maletín. Esta vez, la bajó ella misma. Soltó un gritito cuando la nariz del perro tocó su mano.

Barney se llevó el botín al otro extremo del salón.

—Vale, entonces —repitió Kim, ahora que tenía la atención de todos—, si Bryant está de acuerdo...

—Digamos que estoy de acuerdo con todo de antemano, ¿vale?

—Bien, Penn, ¿puedes intentar localizar a Duggar y también averiguar un poco más sobre el baclofeno? Es la droga que se encontró en los cuerpos de las cuatro víctimas mortales. Vale la pena seguir esa pista, aunque Duggar es la prioridad. Que su nombre esté unido al de Amy y Mark, y también al de Rubik, es más que una simple coincidencia.

Penn tomó nota y levantó la cabeza.

—Jefa, quisiera hacer un seguimiento de algo que Jenks dijo ayer. Mencionó que Amy y Mark recibían ayuda de un trabajador social de algún tipo. Quiero intentar averiguar algo.

Ella se lo pensó.

—Vale, pero no demasiado. Ahí tienes las principales organizaciones benéficas, como Crisis y Shelter...

—The Big Issue Foundation —añadió Stacey.

—Centrepoint —dijo Bryant.

—Y el Ejército de Salvación —remató Kim—. Y muchos voluntarios no necesariamente registran a todo el que le han ofrecido una manta ni lo recuerdan.

—Entiendo.

—Stacey, quiero que te centres en identificar a Rubik. De algún modo, forma parte de todo esto. Necesitamos saber más.

—Jefa, hay otra cosa —dijo la agente—. Anoche fui a casa de los Phelps. Mitch ya estaba terminando. Con respecto a Joel, el hijo, no parece que el señor Phelps fuera su verdadero padre. Se supone que está de viaje, pero no estoy tan segura, después de haber leído algo en el diario de la señora Phelps. Ahora que tengo su verdadero nombre, me gustaría intentar localizarlo. Necesita saber de sus padres.

—Si Bryant está de...

—Está —dijo Bryant.

—Bien, Stace, acabas de hacerte con otra tarea.

Stacey parecía contenta.

Kim miró la barra del desayuno.

—Y tú, Alison, sigue haciendo lo que sea que estés haciendo.

—Sé que Bryant ya te ha puesto al día sobre el incidente de anoche —dijo la criminóloga, agradecida de no tener que hacerlo ella misma.

—Bryant y yo nos mantendremos al corriente —se volvió hacia su colega—, siempre y cuando el inspector detective en funciones esté de acuerdo.

Capítulo 87

—A ver, entonces, ¿cómo haremos esto? —preguntó Bryant mientras se metían en el coche.

—Voy a tu lado en calidad de asesora, Bryant. El resto lo resolveremos sobre la marcha.

—¿Eso significa que puedo pedirte que te calles cuando...?

—Siempre puedes intentarlo.

—Mmm... Me estás machacando ahora mismo, ¿verdad?

—Un poco —admitió ella.

—Entonces, ¿vamos a Winson Green, ya que todo conduce allí? —preguntó él.

—Tú mandas, pero, si por mí fuera, tal vez quisiera ir primero al hospital para ver cómo está Billie Styles.

Salieron del aparcamiento.

—Jefa, tengo que decir que esa deferencia no va contigo, así que, por favor, déjela. De hecho, es una orden —dijo con una sonrisa.

Por la ventanilla, Kim veía a los peatones ya cansados por el calor, y no eran ni las diez. Las prometidas tormentas nocturnas no habían llegado y el calor húmedo seguía en aumento.

—Las condiciones meteorológicas extremas pueden llevar a la gente a cometer auténticas locuras —observó Bryant.

—Deberías tenerlo en cuenta cuando me des instrucciones.

—Ah, sí, quería preguntarte algo: ¿anoche se te perdió el teléfono?

—No quería hablar —contestó, sincera.

—Bueno, si hubieras respondido a uno solo de mis veinte mensajes, yo habría...

—Y yo habría creído que mi falta de respuesta a los diez primeros era una pista. —Se volvió hacia él—. Entonces, ¿qué le dijiste a Woody sobre sacarme del caso?

Él se encogió de hombros.

—Le dije que apoyaba su decisión y que me apetecía un maldito descanso.

Ella sonrió.

—¿Y ha funcionado?

—Malditas pulgas —dijo él.

* * *

—¿Estás segura de que debes hacer esto? —preguntó él mientras caminaban hacia el pabellón.

—No vengo a interrogarla, Bryant, vengo a comprobar cómo está. Ya lo habría hecho si mi casa no hubiera sido requisada. —Se adelantó y entró en el ala.

Se acercó al mostrador, pero esperó a que Bryant sacara su identificación.

—Una chica joven... Ah, déjelo —dijo Kim. Acababa de ver que, por el pasillo, salía la mujer policía de la noche anterior.

Kim fue hacia ella. La mujer se había quitado el chaleco antipuñaladas, pero aún vestía los mismos pantalones negros y la misma camiseta.

—¿No ha ido a casa? —le preguntó Kim.

Ella negó con la cabeza.

—No, señora. Dormí un poco mientras ella estaba en el quirófano.

—¿Nombre?

—Billie Styles... Ya lo hemos confirmado...

—Me refería al suyo —aclaró Kim.

Ella sonrió, cansada.

—Lo siento, me llamo Annie.

—¿Quiere tomarte un descanso...?

—No, gracias, señora. Quiero estar aquí cuando despierte. Espero que reconozca mi voz y sacarle algo de información. El kit forense de violación ha sido bastante inútil, dado el desastre.

Kim asintió con la cabeza mientras echaba un vistazo a la habitación.

La chica estaba vestida con una bata de hospital que dejaba a la vista un hombro desnudo y un

cardenal morado. El pelo rubio pajizo lo tenía echado hacia atrás, sobre un rostro sin color.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó Kim.

Annie se frotó los cansados ojos.

—Veintiuno. Llevo toda la noche tratando de entender qué clase de persona haría algo así a otro ser humano.

—Un monstruo —dijo Kim, y desvió la mirada—. ¿Sus pertenencias? —preguntó.

—Embolsadas, etiquetadas y con los forenses.

—Gracias —dijo Kim. Esa agente había tenido una noche muy larga y, aun así, se las había arreglado para cumplir con los procedimientos.

—Señora, ¿puedo preguntarle si de verdad golpeó a Berzotas?

Kim negó con la cabeza.

—Estuve a punto —dijo, y miró a Bryant—. ¿Se llama Berzotas?

Annie negó con la cabeza.

—Es un apodo. Es un poco idiota y se esfuerza demasiado por encajar.

Si ese era el mote que se había ganado, le costaría trabajo cambiárselo.

—Vale, Annie. Gracias por todo, y trate de conseguir algo...

Annie se rasó la cabeza.

—Solo una cosa más, señora, acerca de las pertenencias de la chica. En una cartera, dentro del bolsillo trasero de los vaqueros, llevaba el permiso de conducir junto con unas cuarenta libras en efectivo, pero en el bolsillo delantero había algo más.

Kim trató de no hacer ningún gesto.

—¿Qué? —preguntó.

—Un billete de cinco libras. Un billete de cinco libras roto. No sé si eso significa algo.

Kim le dio las gracias con la cabeza.

Vaya que sí. Definitivamente, significaba algo.

Capítulo 88

Alison estiró la espalda en la barra del desayuno y leyó las notas que había tomado sobre John Duggar. Se preparaba para trabajar en ese perfil, pero, por más que intentaba enfocar su atención, no conseguía librarse de la sensación de la noche anterior: la de haber visto u oído algo que le había sacudido alguna parte del cerebro. Cuanto más intentaba capturarlo, más esquivo se volvía.

—¿Y ese ceño fruncido? —preguntó Stacey—. Pensándolo bien, no quiero saberlo. Por tu culpa, Devon todavía me tiene en el sofá. Y no me ha ayudado nada haber salido temprano, esta mañana, a llevarle ese pendiente a Mitch.

—Stacey, he dicho...

La ayudante le guiñó un ojo.

—Joder, mujer, relájate —dijo—. Solo estoy bromeando; y, por si te sirve de algo, mi madre siempre me dice que vuelva sobre mis pasos —la aconsejó. De inmediato, volvió a su ordenador.

Alison no sabía cómo aprovechar ese consejo. No era como si hubiera perdido algo.

Pero, en realidad, sí que servía. Se dio cuenta en cuanto volvió a pensar en el asunto.

Hizo clic en la carpeta que contenía las copias escaneadas de las declaraciones.

Leyó la vaga narración de Curtis: la noche del ataque contra Beverly, él había acabado su número y recogido sus cosas. Se había fumado unos porros y no recordaba el resto. No, no iba por ahí.

Leyó el relato de Tom: le había servido a Beverly dos copas de ginebra y tónica. Ella no había causado ningún problema y se había quedado sentada, a ratos, sola, con los ojos cerrados, siguiendo la música. Él no la había visto marcharse, pero Beverly aún seguía en el local cuando Curtis estaba recogiendo sus cosas y Tom fue con Tilly a hacer caja, tal como él mismo le había contado la noche anterior. Eso era lo que Alison ya sabía, no había nada diferente.

Pasó a la declaración de Tilly. Ella confirmaba lo que Tom había dicho en el sentido de que no había visto ninguna interacción entre Curtis y Beverly. En Curtis no había notado nada distinto a lo habitual. No tomaba alcohol; solo un refresco de lima limón, a sorbos, mientras tocaba.

Tampoco había visto salir a Beverly ni a Curtis, puesto que ella y Tom habían ido a los aseos para limpiarlos a fondo.

Y eso era todo.

Eso era lo que había quedado registrado en las grabaciones. Tom había dicho «A hacer caja» y

Tilly había dicho «A limpiar». Habían estado juntos, pero ¿dónde?, ¿en la oficina o en los aseos? Las dos cosas no podían ser.

Así que, en efecto, se habían dado coartadas entre sí. Ahora la pregunta era: ¿en beneficio de quién?

Capítulo 89

Bryant no dijo nada hasta que estuvieron en la recepción del hospital.

—Quiero preguntar el significado del billete roto, pero no quiero que me arranques la cabeza en el proceso.

—Es lo que él les daba... a las chicas para que se callaran —dijo.

—¿Las chicas?

—Sí, a las chicas —respondió Kim con firmeza. Recordaba lo que Ted le había dicho.

«Disociación».

Disociación.

Disociación.

—Entonces, ¿vamos a la cárcel ahora mismo o qué? —preguntó él. En ese instante, un mensaje de texto sonó en el teléfono de Kim.

—Parece que no —dijo ella, y dio media vuelta—. Keats quiere vernos.

Bryant echó un vistazo al teléfono de su compañera.

—Y, como es natural, no sabe que estás «oficialmente» fuera del caso —dijo—. ¿Es buena idea que vayas a verlo conmigo cuando...?

—Te prometo, con toda solemnidad, no interponerme en tu camino durante esta investigación —dijo Kim—. Y a Keats le dejaré claro que tú estás al mando.

—Bueno, si voy a estar a cargo, digo que, de verdad, tenemos que ir a la prisión. Necesito saber quién pidió ese maldito libro y presionar a todo el mundo. Ahí es donde vamos a encontrar nuestras respuestas.

—De acuerdo —dijo ella, aunque ya había empezado a bajar los escalones hacia la morgue—. Pero es que ya estamos aquí.

Bryant atravesó junto a su jefa las puertas dobles. Murmuraba algo sobre promesas vacías.

—Vaya, menuda emboscada —expresó Kim al ver a Keats, a Mitch y a la doctora A en la misma habitación.

—Ya casi hemos terminado —dijo la doctora A—. Hemos separado a nuestro hombre de los

restos, solo que no tengo más detalles de los que ya te he dado.

Kim levantó la mano.

—Debo deciros que no estoy aquí en calidad profesional. Por favor, dirigid vuestros comentarios a mi compañero. —De un salto, se sentó en la superficie de trabajo de acero inoxidable.

La doctora A se volvió hacia Bryant.

—Como le he dicho a tu jefa, el otro...

—Lo he entendido, doctora A, gracias —dijo él.

Keats se interpuso.

—Entonces, Bryant, ¿cómo mantienes la cordura día tras día?

—Eh, todavía tengo oídos —se quejó Kim.

—Volveré a la celda del pasillo a clasificar los detritus —dijo la doctora A.

—¿Detritus? —preguntó Kim.

—Trozos y piezas, como habrías dicho tú. Ni hombre ni máquina. Los traeré mañana para dejarte perpleja.

—Gracias, doctora A —dijo Kim a la espalda de la forense.

Los otros dos científicos simplemente la vieron marcharse.

—Dios nos libre de las mujeres brillantes que son mucho más inteligentes que nosotros —dijo Keats cuando la doctora A ya se había ido.

—Te perdonamos —dijo Kim.

—Tú ni siquiera estás aquí. —El médico fue al otro lado de la habitación—. Y tampoco sé por qué no estás aquí, pero estoy seguro de que la acusación ha sido justa y eres culpable del delito.

—Joder, Keats, gracias...

—Así que, Bryant, vayamos a la razón por la que te he hecho venir. Ya tengo los resultados toxicológicos de las primeras muestras de tejido de nuestro hombre del coche.

—¿Y? —preguntó Bryant.

—Al igual que las otras cuatro víctimas, a él también le habían inyectado baclofeno.

Capítulo 90

—Entonces, añadiré el nombre a mi lista —dijo Stacey, y escribió «Billie Styles».

Estaba intentando localizar a Joel Greene en el extranjero; al mismo tiempo y revisaba las listas de personas desaparecidas en busca del hombre del cubo. Ya había retrocedido dieciocho meses y no había encontrado ninguna coincidencia.

—¿Alguien lo quiere? —preguntó Stacey—. ¿Penn?

—Lo siento, pero la jefa ha dicho que la prioridad es encontrar a Duggar, así que sola —dijo.

—¿Alison?

—No —dijo la criminóloga sin más.

—¿Sigues trabajando en Duggar y Nina Croft? —preguntó Stacey.

—Sí, y creo que...

—Pierdes el tiempo con Nina Croft. No es ella.

Alison se volvió hacia la asistente de detective.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Instinto —respondió Stacey—. Todos lo tenemos. Es difícil de definir, pero todo policía depende de eso.

—¿Y nunca se equivocan?

—Bueno, a veces; quiero decir...

—Así que tenemos aquí una mujer bastante perversa, manipuladora, intrigante, lista e ingeniosa que odia a tu jefa con pasión y encaja perfectamente en el perfil, pero ¿la descartamos porque no nos despierta el instinto?

—Algo así.

—Vale, entendido. ¿Y si prestara servicios jurídicos como voluntaria en el centro comunitario de Stourbridge? ¿Qué dirías?

—Mierda —dijo Stacey, y cogió el teléfono.

Capítulo 91

—Bryant, sé que quieres ir a la prisión, pero, después de lo que Stacey acaba de decirnos, primero necesitamos ver a Nina Croft. Entiendo que todo el mundo tenga dudas, igual que yo, sobre la posible implicación de esta mujer, pero no podemos pasar por alto la gran probabilidad de que haya tenido contacto con nuestras dos primeras víctimas —declaró.

—¿Y los Phelps? No hay conexión con ellos ni con Rubik.

—Que sepamos, todavía. Deja a Alison en ello, quién sabe lo que encontrará.

Bryant le dedicó una mirada. Ya habían puesto rumbo a Cradley Heath.

—Te empieza a gustar, ¿verdad? Alison —le preguntó.

—¿Tanto como un dolor de muelas, quieres decir?

—Te estás ablandando con ella. Me he dado cuenta.

—Lo que tú digas, Bryant —dijo Kim. Miró para el otro lado.

No le parecía que ablandarse fuera la palabra correcta, pero, sin duda, admiraba la tenacidad de la mujer. A contracorriente de los demás, Alison había sentido que algo no iba bien y había encontrado un vínculo.

—¿Y qué opinas de Rubik?

—Estoy pensando que tendríamos que encontrar a Duggar lo antes posible. Sus huellas parecen estar en todo.

—Sé que lo descartamos al principio, pero, ahora mismo, me temo que sí.

—¿Y podrías hacer algo por parecerte más a un personaje de serie de policías americanos? —le preguntó mientras Bryant aparcaba detrás de la tienda de alfombras.

—*Anoche vi Ley y orden. —Sonrió.*

—Vale, no vuelvas a hacerlo —dijo ella. Se apearon para caminar por la calle principal.

Subieron las escaleras hacia el despacho de Nina Croft.

—¿Crees que esta vez sí nos ofrecerá café? —preguntó Kim

—Lo veo poco probable —dijo Bryant. Alcanzó a su compañera cuando esta ya estaba en la puerta del despacho.

Kim ya había levantado la mano para llamar, pero decidió no hacerlo. No quiso darle tiempo para prepararse.

—Buenos días, señora Croft, hemos...

Dejó de hablar en cuanto posó la mirada en la figura de Nina Croft, detrás del escritorio.

Y en la persona que estaba sentada al otro lado.

Capítulo 92

—Esta chica es una auténtica contradicción —dijo Stacey en voz alta.

Nadie comentó nada, pero, de todos modos, siguió hablando. El silencio la estaba volviendo loca.

Llevaba media hora investigando a Billie Styles y sentía que la conocía muy bien. La chica estaba presente en todas las plataformas de redes sociales y tenía cuentas abiertas y accesibles.

—Es como si utilizara cada plataforma de manera diferente. Twitter, para exponer sus ideas políticas; Instagram, para publicar fotos de comidas y gatitos, y Facebook, para relacionarse con sus amigos.

—No es raro —dijo Alison, y se dio la vuelta—. Las redes sociales no son un espejo ni una interpretación fiable, ya que no captan todo lo que hay acerca de nosotros. Es solo una instantánea de cómo nos percibimos a nosotros mismos.

—¿Qué dices? —preguntó Stacey.

Penn se había quitado un auricular. Ahora lo tenía en la nuca.

—Dime tres cosas que te describan —le pidió Alison.

—Trabajadora, apasionada...

—No tu trabajo, tu personalidad.

—Divertida, apasionada por la informática, cariñosa.

Alison asintió.

—De acuerdo —dijo, y pulsó algunas teclas en su teléfono.

Stacey oyó un sonido en su móvil. Miró a Alison.

—¿Quieres que seamos amigas en Facebook?

—Es para demostrarte algo.

Stacey aceptó y Alison se calló un rato. Mientras leía, en sus labios se formó una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Stacey.

—Un minuto.

Stacey miró a Penn, que ahora las observaba con interés.

—Bien. Durante la última semana has compartido algunos chistes muy graciosos de Aunty Acid. Has comentado posts sobre protección de datos y el Reglamento General de Protección de Datos, has explicado cómo funciona y has compartido una llamada a la acción por un perro desaparecido.

—Sí. —Sabía bien lo que había publicado en Facebook.

—Divertida, apasionada por la informática, cariñosa. Las tres percepciones están cubiertas y, cuanto más me desplazo, encuentro más de lo mismo.

—¿Y?

—También eres malhumorada, a veces. Te enfadas. De vez en cuando, sientes envidia y, a menudo, inseguridad por tu peso.

Stacey sintió que el rubor le inundaba la cara.

—Todos son sentimientos perfectamente normales —dijo Alison—. Pero lo que intento decir es que, en las redes sociales, solo mostramos lo que queremos que la gente vea. Es obvio que Billie se sentía cómoda exponiendo diferentes partes de sí misma, solo que no todas en el mismo sitio.

—Pero está tan definida... —dijo Stacey, contenta de que la conversación hubiera dejado de centrarse en ella—. Mira aquí. Hace apenas unas semanas, el mismo día que provocó una tormenta en Twitter por haber expresado su opinión sobre el aborto, publicó fotos de la pasta que se comió en la Park Lane Tavern.

—¿Dónde? —preguntó Penn, que de inmediato puso toda su atención.

—Park Lane Tavern, en Colley Gate. ¿Por qué?

—Porque ahí es donde trabajaba John Duggar.

Capítulo 93

—Joder, King —reclamó Symes—. Tienes que hacerlo mejor —dijo mientras se frotaba la mandíbula. El puñetazo le había escocido la boca, pero no se acercaba a lo que de verdad estaba buscando.

—Preece, hazlo tú —ordenó. Le había pedido a King que lo ayudara, pues pensaba que su pasado como líder de una banda le permitiría lanzar un puñetazo decente. Después de todo, quizás un ratón de biblioteca habría sido mejor elección, después de todo.

Preece dio un paso adelante y se frotó los nudillos.

—Aquí —le dijo Symes—. Este cabrón es un poco flojo. Tú ya sabes en qué o en quién pensar cuando lo estés haciendo.

Symes vio cómo la rabia llenaba los ojos de Preece, cómo se preparaba para el impacto.

El puño lo golpeó exactamente donde él había pedido y con una fuerza que no esperaba. «Solo hay que darle a la gente la motivación necesaria», pensó. El sabor a sangre le llenaba la boca. Lo de menos era el dolor.

Asintió en señal de aprobación mientras se cogía la mandíbula.

—Mucho mejor, joder. —Salió de la celda y gritó—: ¡Gennard...!

—Pero ¿qué...? —exclamó Gennard al ver el borbotón de sangre en la boca se Symes. Abrió la puerta—. ¿Qué mierda está pasando aquí? —preguntó. La mirada que lanzó a King y a Preece fue recibida con un encogimiento de hombros.

—Se ha caído —dijo uno de ellos—. Qué cabronazo más torpe.

Symes abrió mucho la boca para que el guardia echara un vistazo.

—Por Dios.

La lengua de Symes ya se había enterado de que le habían desprendido una parte de un diente, aunque no todo. Perfecto.

Observó cómo el guardia realizaba una rápida evaluación de riesgos.

—Vamos, Symes. Eso hay que arreglarlo.

El recluso se sujetaba la mandíbula teatralmente y gemía mientras seguía al guardia hacia el centro de salud. Dos reclusos aguardaban sentados fuera de la sala del dentista. Cuando se

acercaron, la puerta se abrió. El siguiente al que le tocaba se puso de pie.

—¡Emergencia! —gritó Gennard.

—Vaya, vaya —exclamó el joven dentista, que los pasó al interior—. Siéntate, siéntate —ordenó.

Gennard cerró la puerta. Symes sabía que el guardia estaría rezando para que el diente pudiera arreglarse y evitarse tener que llevarlo fuera. Eso generaba mucho papeleo. Lo que estaba bien. Por hoy.

Symes abrió la boca. El dentista, que tenía un gafete con el nombre de «Dennis», le puso unas gasas en la boca. Se sentó para colocarlas bien. Encendió la luz del techo, retiró las gasas y metió el tubo de succión.

Symes gimió.

—Abre bien —le ordenó.

Symes aceptó y trató de no sonreír. El plan marchaba a la perfección. Se trataba de recibir un puñetazo en el día libre de Marcia. Marcia, que llevaba más de diez años trabajando en la cárcel, tenía mucha experiencia y se sabía todos los trucos. A pesar de su metro setenta sin zapatos, sus cuarenta años y unos cuantos kilos de más, era objeto de muchas fantasías de los reclusos. Nadie se metía con ella.

Pero los «suplentes», como llamaban a los relevos, no eran, ni de lejos, igual de astutos. Cometían errores. El principal de ellos era olvidar con quién trataban y no ver el panorama general.

—Hay que extraer el primer molar mandibular derecho —le dijo Dennis a Gennard.

¿Por qué hablaba con el guardia? No era su puta boca.

Gennard asintió.

Dennis se dio la vuelta y cogió una jeringuilla.

—Te voy a inyectar anestesia local para adormecer el dolor. Sentirás un pinchazo.

Symes no dijo nada ni reaccionó mientras Dennis le inyectaba la encía en tres lugares diferentes. El efecto adormecedor llegó de inmediato.

Gennard cambió el peso de un pie al otro. Dennis alineó las herramientas que necesitaba para el trabajo. Por fin iban a alguna parte.

El dentista se enderezó. Se situó a la izquierda, frente a Gennard, y se irguió sobre Symes. Le abrió la boca y metió dentro las tenazas, listo para empezar a tirar. Symes extendió la mano derecha y tanteó la bandeja de instrumentos. Retrajo la mano con lentitud y se metió algo en el bolsillo.

Sintió el fuerte tirón en el diente. Perfecto.

Se levantó como un rayo, gritando de dolor. Consiguió que el dentista y todos sus instrumentos cayeran al suelo.

Gennard tardó un segundo en recuperarse y, al instante, se agachó para ayudar al dentista. Ese era todo el tiempo que el recluso necesitaba para esconderse el botín en los vaqueros.

—¿Qué demonios ha sido esto?

—¡Puto carnicero! —gritó mientras se frotaba la mandíbula—. Este no es un puñetero dentista. —Bajó las piernas del asiento—. No vas a volver a tocarme.

—No seas idiota, Symes. Vuelve a la silla y deja que termine...

—Si vuelve a tocarme, lo denunciaré, ¿me oyes? —dijo el recluso—. Esperaré hasta mañana, a que vuelva Marcia. Esta es mi puta elección.

Symes fue hacia la salida y el dentista se inclinó para recoger sus herramientas.

Gennard dudó un momento, abrió la puerta y sacudió la cabeza.

—Vale, como quieras, pero ni se te ocurra cambiar de opinión cuando se te pase el efecto de la anestesia, porque esa muela te va a doler un montón.

Symes salió de ahí.

Había estado bien. Había conseguido lo que buscaba.

Capítulo 94

—¿Qué demonios hacía Harry Jenks aquí? —preguntó Kim. Jenks acababa de irse del despacho a toda velocidad.

—No tengo por qué discutirlo contigo —dijo Nina, altanera.

Kim se sentó.

—¿Así que eran negocios? —presionó.

—No es asunto tuyo.

—Pues, Nina, si fuera un asunto de placer, lo entendería. Si mal no recuerdo, te gustan zalameros y...

La abogada ocultó un papel.

—¿Qué quieres, inspectora Stone? —preguntó.

—Ah, ¿así que eran negocios? —dijo Kim—. No debería sorprenderme que ese hombre haya venido a buscar tu consejo por acoso sexual. ¿Alguien ha tenido el valor de denunciarlo por fin?

Por el rubor de la abogada, Kim supo que la mujer estaba bastante cerca del colapso.

—Como he dicho, no es asunto tuyo. No has venido aquí para hablarme de Harry Jenks, así que...

—En realidad, sí, Nina, en cierto modo. ¿De qué lo conoces?

—Alguna vez hemos trabajado juntos.

—¿Lejos o cerca?

—Cerca, supongo.

—¿Cómo en tu trabajo voluntario en el centro comunitario de Stourbridge?

Nina asintió.

En serio, esa mujer sabía cómo guardarse las cartas bajo la manga.

—¿Y cómo sucedió?

—Lo siento, pero no veo qué tiene que ver contigo.

—No me pareces muy solidaria —le dijo Kim con sinceridad.

—No me conoces tan bien como crees.

—Sé que los oprimidos, los desfavorecidos, los pobres y los sintecho no te atraen.

—Piensa lo que quieras —dijo Nina, que parecía disfrutar de su confusión.

—Lo que ocurre es que algunas personas del centro comunitario han aparecido muertas.

El rostro de la abogada reflejó sorpresa. Real o impostada, Kim no podía decirlo.

—¿Quién?

—Una joven pareja, Amy y Mark...

—¿Los drogatas? —preguntó con desagrado.

—Qué respuesta tan compasiva. Demuestra mi punto de vista, Nina. No has ido allí a ofrecer tus servicios a cambio de nada.

—Tengo poca paciencia con los que no están dispuestos a ayudar...

—Tienes poca paciencia con quien no puede pagar tus servicios, así que ¿qué ganas exactamente con eso de ofrecer gratis tus carísimos servicios jurídicos a los oprimidos?

—Ganaba, inspectora. Tiempo pasado. Tus investigaciones tenían que habértelo dicho. Ya no ofrezco mis servicios.

Kim sintió que la frustración crecía en su interior. Necesitaba una sola respuesta directa.

—Entonces, ¿cuánto tiempo estuviste ahí?

—Un par de meses.

—Nina, te juro que voy a acusarte de omisión de...

—Cálmate, inspectora. Es muy sencillo. Tienes razón: no me interesan ni ellos ni sus penosas historias. No podría importarme menos que todos se murieran mañana. Me ofrecí porque quería algo. Tenían una función y, una vez cumplieron con ella, me fui.

Capítulo 95

Penn acababa de abandonar la habitación. Se había ofrecido para ir a hablar con los familiares de Billie Styles.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —preguntó Alison.

Era consciente de que estaba consumiendo el tiempo de Stacey, pero no sabía a quién más recurrir.

La agente se cruzó de brazos.

—Bueno, está claro que uno de los dos miente. Anoche hablaste con Tom y fue coherente, así que quizá sea el momento de hablar con ella —le aconsejó.

—¿Cómo? No puedo hacerme pasar por policía.

—Pídele a Penn que lo haga. Lleva años haciéndose pasar por policía. Ja, toma esa.

Alison miró la mesa del comedor vacía.

—Si Penn estuviera, habría tenido gracia.

—Como sea —comentó Stacey—, solo te haces pasar por policía si de verdad parece que lo eres. Sé creativa.

Animada por Stacey, marcó el número de casa de Tilly Neale. Se inquietó al oír que le respondía una ronca voz masculina. Stacey asintió para darle ánimos.

—¿Puedo hablar con Tilly, por favor?

—¿Quién es?

Alison dijo su segundo nombre.

—Jane Lowe.

—¡Til, teléfono! —gritó la voz.

Se oyeron pasos en las escaleras.

—Gracias, cari, hasta luego. —Se cerró una puerta—. ¿Hola?

—¿Tilly Neale? Me llamo Jane Lowe y estoy verificando algunas declaraciones sobre el caso de Beverly Wright. ¿Podemos repasarla con rapidez? No le quitaré mucho tiempo.

—Por supuesto —respondió ella.

Servicial. Precavida.

Alison leyó en voz alta algunas frases clave y esperó los sonidos de afirmación.

—¿Y luego usted y Tom Drury fueron a limpiar a fondo los baños?

—Así es.

—Vale. A ver, espere un segundo... Estoy leyendo la declaración del señor Drury y dice que usted fue al despacho a hacer caja.

Silencio. Cerebro haciendo conexiones.

—Él tiene que... Yo debo... Uno de los dos debe de haberse equivocado, porque estoy segura de que fuimos a limpiar los baños.

—Curtis ha dicho...

—¿Qué ha dicho Curtis? ¿Ha hablado con él? ¿Ha recordado algo?

El pánico en la voz de Tilly hizo saltar todas las alarmas.

—Usted no estaba en los baños ni en la oficina, ¿verdad, Tilly? —Silencio—. Mire, no soy policía, pero tiene que decirme la verdad.

—Ay, Dios, no puedo. Si él se entera... Dios, no. Mi marido... lo mataría...

—Suéltelo, Tilly —la instó Alison. Sentía que en su frente se estaban formando gotas de sudor.

—Vale. Curtis Swayne estaba conmigo. Estábamos juntos, follando en mi coche.

Alison tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos. No se había equivocado con Curtis.

Ahora tenía una coartada para la agresión de Beverly Wright.

Tom Drury no.

Capítulo 96

—¿Le crees? —preguntó Bryant cuando estaban otra vez en el coche—. ¿Crees que Nina quería poner el voluntariado en su currículo para volver a un puesto decente?

Kim se encogió de hombros.

—Hasta cierto punto, puede ser. Nina Croft trabaja mejor si tiene a sus espaldas el prestigio de un bufete de abogados. Le gusta la estructura, la pertenencia; tener un nombre más grande detrás de ella. No le conviene estar aquí sola. ¿Por qué otra razón iba seguir viviendo con Richard Croft, con todo lo que sabía de él?

—Pero, aun así...

—Mira, si pudiéramos relacionarla con el incendio del coche de los Phelps, iríamos a detenerla ahora mismo.

—Dale tiempo a Alison, seguro que encontrará algo —dijo él, aunque medio en broma—. Y, ahora, ¿podemos ir la puñetera prisión?

El teléfono de Kim sonó. Ella sonrió mientras sostenía el móvil delante de su cara, sin contestar.

—Ay, Frost, me encantaría coger tu llamada, pero no puedo. Mi jefe dice que no debo hablar con la prensa. Iba a darte una exclusiva sobre esto, pero...

—Jefa, estás chiflada —se rio Bryant cuando el tono dejó de sonar.

Kim volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y, en ese momento, sonó otra vez.

—Dios, qué persistente... Ah, Stacey —dijo, y pulsó el botón de respuesta—. Mira, sea lo que sea, no podemos hacerlo. —Miró a su colega—. El jefe en funciones insiste en que vayamos a Winson Green.

—Sí —dijo Stacey sin aliento—. Allí es, exactamente, adonde quiero que vayas. He encontrado al hijo de los Phelps, Joel Greene. No ha viajado a ningún sitio. Lleva un poco más de un año en prisión.

Capítulo 97

Penn llamó a la última puerta en la hilera de casas adosadas de Colley Gate.

Dado que habían confluido las dos vertientes de las investigaciones, la suya y la de Stacey, los dos habían acordado que él hablaría con la familia de Billie y ella seguiría intentando descubrir el paradero de Duggar. Debía admitirlo: empezaba a tener un mal presentimiento sobre John Duggar.

Le abrió la puerta un hombre de aspecto frágil y ojos enrojecidos.

—¿Señor Styles? —preguntó.

El hombre asintió y se hizo a un lado.

Penn entró.

—Estoy aquí por Billie —dijo. El padre era mucho mayor de lo que Penn había imaginado.

—Una agente de policía muy amable me avisó de que alguien vendría. —Caminó por el pasillo arrastrando los pies. Penn, por la experiencia con su propia madre, supuso que el hombre necesitaba una cadera nueva.

Lo siguió hasta un pequeño salón que, aunque anticuado, parecía limpio y acogedor.

El señor Styles se acomodó con lentitud en el sillón.

Penn se sentó en el sofá de dos plazas.

—¿Cómo está? —quiso saber el hombre.

—¿No ha ido a verla? —Penn no pudo resistirse a cuestionarlo. El hombre sacudió la cabeza con tristeza mientras el sargento se preguntaba si sería por un problema de movilidad—. Estable —le explicó—. Aún no está fuera de peligro, pero está viva y, dada la naturaleza y el alcance de sus...

El señor Styles levantó la mano y negó con la cabeza.

—Lo siento, no puedo volver escucharlo.

—Señor, ¿puedo preguntar si Billie es...?

—Es mi nieta —dijo con la vista fija en la alfombra—. Mi hija murió de cáncer de mama a los cuarenta y cinco años. Billie tenía nueve cuando se quedó con nosotros. No había nadie más.

—¿Y el padre?

—Nunca lo conocí. Solo estaban Sylvia y Billie hasta que... —Las palabras se fueron apagando mientras el hombre volvía a enjugarse los ojos.

—¿Y su esposa? —preguntó Penn con palabras suaves. Podía sentir el silencio de la casa.

—Murió cinco años después. Un derrame cerebral masivo. Así que Billie y yo nos las hemos tenido que arreglar.

Penn sintió una repentina compasión por ese hombre. Ya había sufrido demasiadas tragedias.

—Señor Styles, si necesita que alguien lo lleve a verla...

Él abuelo movió la cabeza de un lado al otro.

—Gracias, pero no —dijo—. No puedo enfrentarme a ella sabiendo lo que ha... Lo siento, pero...

—No pasa nada, señor Styles —dijo Penn. Si bien su corazón estaba con la joven que, apenas consciente, yacía sola en una cama de hospital, sentía la desdicha que emanaba del viejo—. ¿Quiere que llame a alguien para que venga a hacerle compañía?

Él negó con la cabeza.

—Estoy bien, hijo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría hablarle de un amigo de Billie. ¿Conoce a un hombre llamado John Duggar?

Los acuosos ojos azules resplandecieron. Era una muestra de que el cerebro del hombre no envejecía al mismo ritmo que su cuerpo.

—¿No creerá...?

—Digamos que ese hombre está en nuestro radar.

—Supongo que sí... Dios.

—¿Se conocían bien?

Él asintió con la cabeza.

—Han estado juntos de forma intermitente durante un par de años. Se conocieron en el pub donde él trabajaba. A ella siempre le han gustado los hombres altos, y este tenía el atractivo adicional de ser un exdelincuente. Excepto que no era tan ex. Seguía sin hacer nada bueno, a pesar de que le habían dado la oportunidad de tener un trabajo decente. Esa era una de las razones por las que no me gustaba.

»Intenté advertirla sobre él, pero ella insistía en que John había cambiado, que había dejado atrás su pasado. No me escuchaba. Billie ganaba dinero como auxiliar de odontología y tenía su propia casa.

—Parece ser una chica muy sensata —observó Penn. La trajo de vuelta al presente. No había muerto.

—Eso era lo que, al principio, lo hacía todo más extraño. Era como si estuviera cegada por esa imagen de chico malo o como sea que la llamen. Y, entonces, empezó a entrar en razón.

—¿Él fue violento alguna vez con ella?

El viejo negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. Le gustaba asustarla, pero...

—Lo siento, me parece que no...

—Se lo explico: la primera vez que pillaron a John por vender objetos robados, ella lo perdonó. Fue a visitarlo a la prisión, estuvo a su lado y aceptó que él había cometido un error. El hombre cumplió su condena y salió. La segunda vez que lo pillaron, ella ya no fue tan indulgente. Vislumbraba cómo sería la vida con un delincuente profesional. Esperó a que John saliera y le dijo que eso era todo.

—¿Y cómo se lo tomó él?

—Bien, al parecer; hasta que Billie empezó a oír ruidos a altas horas de la noche y a recibir llamadas en las que le colgaban.

—¿Puso alguna denuncia? —preguntó Penn, aunque no habían encontrado nada en el sistema.

—No tenía pruebas de que fuera él. Pensó que, si no le hacía caso, se aburriría y dejaría de hacerlo.

—¿Y así ocurrió?

—No lo creo. Cuando hablé con ella, hace unos días, me dijo que seguía con eso de llamar y colgar.

El sargento hizo una pausa para recapacitar en lo que acababa de descubrir. El hombre no era dado a la violencia. Eso era extraño, dada la cantidad de muertes que estaban investigando, pero, para Penn, lo más interesante era la verdad simple que se destacaba: cuando John Duggar se obsesionaba con algo en concreto, no parecía dispuesto a dejarlo marchar.

Capítulo 98

—La tormenta llegará pronto —dijo Bryant mientras aparcaban frente a Winson Green. Habían oído algunos truenos y las nubes ya se estaban acumulando. Todo el mundo miraba al cielo, expectante.

—Probablemente pasará de largo —dijo Kim, de camino a la entrada.

Repitieron el proceso que les habían impuesto un par de días antes y pasaron el control de seguridad. Un malhumorado oficial los acompañó al centro de visitantes sin ofrecerles conversación alguna.

El vestíbulo estaba más lleno que antes, pero la mirada de Kim recorrió la sala y encontró al hombre enseguida. Estaba sentado solo, con la cabeza gacha. No necesitaba que el hosco guardia se lo señalara. Se dirigió hasta el fondo, entre la multitud. Con la cabeza alta, esquivó las miradas curiosas que no dejaban de sorprenderla, como si una especie de sexto sentido les dijera a todos que había policías en el edificio.

—¿Joel Greene? —preguntó Kim. Se sentó. Él levantó la cara y asintió—. No es usted el hombre más fácil de encontrar —le dijo.

—Bueno, no me he escondido —replicó, mirando a su alrededor.

—Supongo que sabe lo de sus padres.

—Él no era mi padre. Y, sí, lo he visto en las noticias.

Kim sintió que la invadía la tristeza.

—Lamento mucho que se haya enterado de esa manera.

—Sí, ha sido una mierda, pero se lo conté a Gennard y me envió a ordenar algunos libros.

Kim lo pensó y entonces entendió esa revelación. Ese no era un lugar para sacarte las emociones de debajo de la manga. Gennard le había ofrecido un momento de intimidad.

—Su apellido ha complicado las cosas. Además, todo el mundo nos decía que estaba de viaje —explicó Kim.

Él sonrió con tristeza.

—Sí, mis padres usaban ese cuento cada vez que yo me quedaba atrapado aquí.

La detective tuvo una extraña reacción ante ese hombre. Tenía casi treinta años, pero transmitía

una sensación de desesperanza que ella no podía descifrar.

—¿Cuántas veces ha estado dentro? —le preguntó.

Joel respondió con sinceridad:

—Seis, siete, y volveré.

—¿No estaba muy unido a sus padres?

Él se encogió de hombros.

—La verdad es que no. No me malinterprete. Los quería, pero no nos entendíamos. No comprendían por qué siempre me metía en líos y yo no comprendía por qué ellos estaban tan contentos de ser como todo el mundo. Me querían, pero yo no era exactamente lo que mi madre esperaba.

Kim quiso saber más.

—Continúe —lo instó.

—Bueno, toda la vida trabajaron en empleos con sueldos mediocres, vivieron en una casa mediocre con amigos y vecinos mediocres. Y no hay nada malo en ello. Es honrado, ordenado, respetable. Todo lo que yo no quería ser. Quiero ser rico, y no me importa lograrlo infringiendo la ley. Así es como vivo mi vida, así es como quiero vivir mi vida. Me soltarán y volveré a delinquir. Ya lo sé. Puede que me pillen, puede que no; pero eso es lo que ellos no podían aceptar de mí: que yo, en realidad, no quisiera cambiar.

Kim admiraba esa sinceridad, aunque ahora querría seguir a Joel desde el día de su puesta en libertad y atraparlo a la primera reincidencia.

—A ver, ¿se le ocurre quién habría querido hacerles daño? —preguntó.

Él la miró. incrédulo.

—Por lo que veo, está de coña. Ninguno de los dos ha ofendido a nadie en su vida. Ojalá lo hubieran hecho, pero eran las personas más inofensivas del planeta. Puede preguntárselo a la mayoría de estos tipos. Cuando venían de visita, pasaban más tiempo comprando bocadillos y café y charlando con otros visitantes que sentados aquí, conmigo. Les resultaba más fácil.

Kim sintió que no conseguiría sacarle nada más. Las vidas de esas personas habían sido mundos aparte.

—Liberaremos los cuerpos tan pronto como sea posible y podrá solicitar un pase de un día.

—No iré al funeral —dijo en voz baja. Giró la cabeza hacia otro lado. Tragó con fuerza, dos veces, antes de enfrentarla con los ojos enrojecidos—. Imagíneme apareciendo por allí unido a la muñeca de un gorila. Eso daría a los amigos y los vecinos de mis padres material para cotillear durante meses, y ellos lo habrían detestado. Yo no les haría eso. Haré mi propia despedida.

Kim se preguntó si Joel Greene comprendía el núcleo de decencia que llevaba dentro.

Le dio las gracias y se levantó.

Vio que, junto a la máquina expendedora, el jefe de equipo Gennard se había unido al agente Surly.

Los ojos de ambos barrían la habitación con eficacia. Evaluaban la situación, se aseguraban de que todo estuviera como debía.

—Justo el hombre al que buscábamos —le dijo Kim a Bryant.

Cuando ya estaban en el otro lado de la sala, Kim se dio cuenta de que Dale Preece y Symes no aparecían por ninguna parte.

Capítulo 99

Charlie y Barney salieron de la casa y Stacey cerró la puerta. El vecino había ido a recoger al perro para su paseo vespertino.

—Está bien, Alison, ya puedes bajar de tu taburete. Se ha ido.

—Estoy bien aquí —respondió Alison, obstinada—. Aunque necesito ir a mear ya —admitió.

Stacey se rio entre dientes. La mujer llevaba casi seis horas subida en aquel taburete sin aventurarse en las aguas infestadas de tiburones que dominaba un perro manso como un corderillo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Es la puerta que hay al lado del garaje.

Stacey, que ya había ido al baño, no había podido resistirse a echar un vistazo. La Ninja de la jefa la miraba desde el punto más lejano, junto a la puerta de persiana. Entre ella y la moto, sobre el suelo de hormigón, había una plancha llena de algo que parecía morralla.

Stacey sabía que su jefa restauraba motos clásicas en su tiempo libre. Suponía, sin embargo, que las partes venían en cajas, con pegamento, materiales de fijación e instrucciones, como los aviones Airfix con los que su padre pasaba horas cuando ella era pequeña. No había pensado que el garaje parecería la parte trasera de la furgoneta de un chatarrero.

—Por el amor de Dios —exclamó cuando volvió a sonar el timbre—. La jefa necesita un mayordomo. —Abrió la puerta a Penn—. Ah, eres tú.

—Sí, lo siento —dijo él, y pasó de prisa junto a ella. Se quitó la chaqueta, se sentó y miró alrededor—. Eeeh... ¿hemos perdido un perro y a una experta en perfiles criminales?

—Los dos han ido a mear —dijo Stacey. Se sentó frente a la silla de Alison—. ¿Qué has averiguado? —preguntó.

—Definitivamente y como sospechábamos, Duggar y Billie eran pareja, pero ella rompió con él hace meses. Se hartó de ser la mujer de un preso. Él no se lo tomó demasiado bien. La acosó un poquillo.

—¿Con violencia?

Penn negó con la cabeza.

—No. Eso es raro. Al parecer, Duggar decía la verdad cuando declaró que no le gustaban las

peleas.

—Sí, pero dada la brutalidad del ataque a Billie...

—Lo sé. Lo que quiero decir es que Duggar está metido en esto, pero nunca le puso una mano encima a su novia, además de que ninguno de sus delitos ha sido violento. Nunca ha estado en posesión de un cuchillo ni de cualquier otra arma.

—¿Qué piensas de Duggar, Alison? —preguntó Penn en cuanto ella volvió a tomar asiento en el taburete.

—Tenemos una situación en la que las pruebas dicen que sí. Visitó el piso donde Amy y Mark fueron asesinados, así que tuvo acceso a la llave. Fue quien llevó el coche al desguace y pudo haber conocido a los Phelps en la cárcel. Sabemos que está relacionado con Billie Styles. Pero, y este un gran «pero», ni siquiera se acerca al perfil. Y todos estamos de acuerdo en que quien está haciendo esto debe odiar mucho a tu jefa. Él ha sido agradable, cooperativo y sincero, así que, francamente, mi opinión es... que no tengo ni idea.

Ante la confesión de Alison, Stacey no pudo evitar que se le escapara una risita. De algún modo, eso la hacía más humana.

—Bueno, la jefa volverá pronto de Birmingham, y estoy segura de que espera algo más que esto.

Capítulo 100

Cuando Penn salió a tomar un tentempié, Alison esperó a que cerrara la puerta. Contó hasta tres y se lanzó.

—Stace, ¿tienes un minuto?

La asistente se volvió hacia ella.

—¿Me he perdido el memorándum de «Te han asignado a...»?

—Lo siento.

Después de la llamada de la noche anterior, Stacey estaba haciendo gala de la mayor de las paciencias; sin embargo, Alison la sentía fuera de su alcance. Stacey ya le había dicho que, para mantener la cadena de pruebas, había ido a entregarle el pendiente a un tal Mitch, y ahora estaba a punto de pedirle más ayuda.

Muchas veces se había planteado hablar con Penn, pero no tenía ni idea de si él había trabajado con Merton y, por tanto, de si tenía alguna conexión. Si habían sido amigos, era posible que Penn la abandonara manos del inspector.

—No sé qué hacer. Sé que Merton ni siquiera cogerá mi llamada. Y no puedo delegar todo esto, porque el equipo de West Mercia piensa que soy una inútil.

—¿No hay nadie implicado en la investigación en quien puedas confiar? —preguntó Stacey, y volvió a su ordenador.

Alison pensó en Jamie, pero el hombre estaba tan metido en el trasero de Merton que probablemente la fastidiaría sin darse cuenta.

Negó con la cabeza.

—Siento que debería hacer algo. O sea, ¿y si todavía estuviera por ahí? ¿Si se han equivocado de hombre y el verdadero asesino sigue suelto? Podría estar buscando a su siguiente víctima ahora mismo...

—Lo siento, pero necesito...

—¿Alguien puede escucharme de una puta vez? —dijo Alison, furiosa. Dio un puñetazo en la mesa—. Toda mi carrera se ha ido al traste, mi reputación está destrozada. Es improbable que me vuelvan a pedir consejo, pero lo más importante es que se han equivocado de hombre, y estoy harta de...

—¿Me estás gritando e insultando? —preguntó Stacey, con los ojos muy abiertos.

—Ponte en mi lugar. —No quería descargar su frustración en la única persona que había intentado ayudarla—. Estoy a punto de perderlo todo y sé que tengo razón. Un inocente irá a la cárcel el resto de su vida y el verdadero asesino seguirá libre. Como oficial de Policía que...

—Alison, ¿estás intentando usar tus poderes conmigo? —preguntó Stacey.

—No tengo...

—Estoy bromeando.

Alison se preguntó qué hacía esta gente para mantener la cordura. Era incapaz de bromear si tenía los nervios a flor de piel y el estómago y la cabeza revueltos.

Había vidas en peligro, y esas personas hacían eso todos los días.

Stacey le dedicó una larga mirada.

—Vale, ¿qué tienes, en realidad? Has encontrado un pendiente en el lugar del que se llevaron a Beverly. Ahora, también tienes a una camarera que ha dicho que el cantante estaba con ella.

—Y sé que Curtis no lo hizo. Es un hecho.

—Sí. Eso lo dejaremos de lado por ahora —sugirió Stacey—. Así que, dado que no tienes acceso a ninguna de las pruebas...

—Tengo declaraciones.

—¿Circuito cerrado de televisión?

Alison negó con la cabeza. Nunca había visto las imágenes.

—Joder. Vamos a necesitar más que eso para reorientar esta investigación. Ni siquiera sabes si esa mujer repetiría su confesión de manera oficial. Así que, si no puedes refutar que ha sido Curtis, lo que tienes que hacer es señalar al verdadero asesino.

—Pero ¿cómo?

—Calla, estoy pensando —dijo Stacey. Abrió una nueva pestaña y Google Earth.

Alison observó cómo la asistente ampliaba imágenes, hacía clics y navegaba con rapidez y precisión.

—Espera un...

—¿Qué?

—Silencio —espetó Stacey.

Alison se dio cuenta de que debía aprender a distinguir cuándo la gente hablaba con ella y cuándo no.

La observó moverse por la pantalla, colocar una pequeña figura azul en las carreteras y explorar los alrededores.

—Solo dame dos...

Alison no dijo nada.

—Jackson Little —dijo Stacey, que cogió el teléfono.

—¿Quién es...?

La asistente levantó la mano. Alison escuchó, atónita, cómo Stacey explicaba a alguien la naturaleza de su llamada. Citó fechas y horas y dio su dirección de correo electrónico.

—No lo entiendo —dijo la experta en perfiles criminales.

Stacey volvió al mapa.

—Vale. Has dicho que el circuito cerrado del club no registró nada y que la búsqueda de las cámaras del Ayuntamiento se centró en la furgoneta de Curtis, pues asumían que él y Beverly habían salido juntos de allí. Ahora sabemos que no lo hicieron, así que ¿Beverly se marchó sola? De nuevo, estoy segura de que habrán comprobado todas las matrículas de los vehículos que estaban en el aparcamiento, así que no tenemos nada que ganar con eso.

—De acuerdo —aceptó Alison.

—¿Y si se fue a pie y el asesino la siguió? La encontraron a menos de un kilómetro y medio del club, así que quizás no se subió a un coche. Sí, eso es posible.

Stacey volvió a poner el mapa en la pantalla.

—Así que, si nos fijamos en la ruta desde el pub hasta la escena del crimen, Lissett Road abarca cuatrocientos metros. La única nave industrial que ocupa un lado de la carretera es una fábrica de sujetadores llamada Jackson Little. Tiene una puerta de entrada para los vehículos de reparto justo aquí. —Cambió a la vista por satélite—. ¿Ves? —Alison asintió, estupefacta ante la agilidad de manos y la velocidad mental de Stacey.

»Si tenemos suerte, esa notificación que acabamos de oír es una recopilación de las grabaciones de sus cámaras externas. Podremos comprobar si Beverly pasó por allí y, lo más importante, si iba sola.

—¿Es legal?

—No, Alison. Como agente de la Policía, siento que puedo cometer cualquier tipo de delito —respondió Stacey—. Por supuesto que es legal. Se trata de grabaciones privadas de videovigilancia. Compartirlas, especialmente con la policía, es su prerrogativa, y tenemos a un

agente de seguridad muy servicial.

—Stacey, creo que me acabo de enamorar de ti.

—No estoy disponible, pero gracias de todos modos. Ahora, echemos un vistazo.

Stacey cargó el primero de los dos iconos con forma de disco.

—¿Qué llevaba puesto?

—Vaqueros amarillos y zapatillas.

—No es el atuendo habitual de una trabajadora nocturna —observó Stacey.

—No estaba trabajando —explicó Alison—. Había ido al club a por un trago y algo de música.

—La grabación es una secuencia a intervalos, pero, si pasó por allí, deberíamos verla.

Alison acercó una silla. El lapso de media hora que Stacey había calculado pasó en silencio mientras ambas miraban la pantalla.

—Nada —dijo Alison. Finalmente, la pantalla se había quedado en blanco.

—Probemos el otro.

—Nooo —se quejó Alison al comprobar que la vista era un picado sobre la acera. La cámara estaba emplazada en un pequeño agujero de la valla.

—Sí. No es lo mejor —comentó Stacey—. Todo lo que vamos a conseguir es un vistazo de la parte inferior de las piernas, ya que...

—¡Para! —gritó Alison.

—Joder, que estoy aquí mismo.

—Es ella. —Apenas podía pronunciar las palabras—. Esa es Beverly, mira: vaqueros amarillos y zapatillas.

Stacey rebobinó y volvió a reproducir el vídeo. Observaron en silencio cómo las piernas entraban en el plano y volvían a salir.

Alison sentía la urgencia de gritarle a la cámara que se girara, que la siguiera, que la protegiera del horror que estaba por llegar.

Stacey suspiró con fuerza.

—Lo siento, Alison, pero, en definitiva, iba sola.

La criminóloga sintió que se desinflaba, aunque no apartó los ojos de la pantalla. Durante un

tiempo había tenido esperanzas reales de demostrar que tenía razón, que Curtis era inocente.

Cuando Stacey ya llevaba el cursor hacia la cruz roja, Alison la agarró del brazo.

—Espera —susurró con la boca seca—. Reproduce los últimos segundos otra vez.

Capítulo 101

—Gracias por tomarse la molestia de hablar con nosotros esta tarde, señor Gennard —dijo Kim mientras se apretujaban en el pequeño despacho reservado al jefe de turno. A falta de un tablón de anuncios adecuado, había listas y notas pegadas en una pared de bloques de hormigón pintada de blanco—. Tenemos entendido que guardan información sobre la mayoría de los reclusos, como quién habla con quién y ese tipo de cosas. Nos gustaría saber más sobre Symes, Dale Preece, John Duggar y Joel Greene.

—Bueno, puedo decirle que Joel Greene no está en la misma liga que los otros. Llega, cumple su condena, se mantiene limpio, no se mete en bandas y no hay nada que lo vincule con los otros tres.

Kim se sintió extrañamente aliviada al oír eso.

—*Los otros son parte del club de fans de Symes...*

—¿Sabe algo de eso?

Él frunció el ceño.

—Nuestra información sería una mierda si no lo supiéramos.

—¿Y lo permiten? —preguntó Bryant.

—A ver, no es como si les diéramos una habitación y suministros para hacer un muñeco de vudú. Controlamos todos los aspectos de su día: cuándo se despiertan, duermen, comen, orinan, ven a la familia. No podemos controlar lo que piensan o dicen.

—Entonces, ¿cómo evitan que algo así se salga de control? —preguntó Bryant.

—Tenemos métodos, y es todo lo que voy a decir.

—Tienen a alguien en el grupo, ¿no? —preguntó Kim. Pensó de inmediato en Duggar, el hombre que había fingido tener una rivalidad con ella.

—De verdad, no voy a decir más.

¿Qué mejor manera de vigilarlos que tener a alguien dentro para advertirte de que las cosas se están saliendo de control?

—¿Cómo podríamos saber si alguno de esos tres recibió un libro aquí?

—Registros postales. Registramos todo lo que entra o sale de la prisión.

Quitó un par de notas adhesivas de la pantalla de su arrinconado ordenador y tecleó algo.

Accedió al sistema. Pulsó algunas teclas e hizo algunos desplazamientos mientras los detectives esperaban. Avanzó por unas columnas y volvió a desplazarse.

—Vale, correo de aficionadas para Symes. Diecisiete cartas desde que está aquí, todas de diferentes mujeres.

—¿En serio?

—Sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad? —comentó Gennard.

El hombre no era bien parecido, no tenía encanto ni personalidad. Era cruel y mezquino y solo vivía para infligir violencia. ¿Qué clase de mujer se sentiría atraída por algo así?

—Dale Preece ha recibido un par de cartas de fanáticas. No al nivel de Symes. —Kim podía entender esas cartas. No se podía negar que el hombre era guapo—. El resto son paquetes de su madre. Así que no hay constancia de que ninguno de los dos recibiera libros.

—Solo has comprobado dos —dijo Kim—. ¿Qué pasa con John Duggar?

—No hay necesidad de comprobarlo. Duggar no habría pedido un libro: no sabe leer ni escribir.

Capítulo 102

—Entonces, ¿qué piensas? —preguntó Bryant mientras salían del edificio.

—No saber leer ni escribir no es impedimento para pedir un libro, pero, al menos, Gennard lo ha comprobado.

—No ha reaccionado muy bien a tu sugerencia de que uno de los guardias podría haberlo pedido para pasárselo —observó Bryant.

—Sí, y, a pesar de su bravata, no puede descartarlo. Vamos, sabemos que se ha persuadido, engatusado y amenazado a guardias para que metan teléfonos móviles, tabaco, drogas y armas. Imagino que, si uno se viera obligado a entregar un libro, no perdería demasiado el sueño.

Bryant bajó la voz e imitó a Gennard:

—Mis guardias son gente íntegra, digna de confianza...

Kim se rio y exhaló una parte de la tensión.

Para alguien que no estaba trabajando oficialmente, el día había sido muy largo, y aún quedaba la hora punta de la tarde.

—De acuerdo, Bryant, volvamos y... —Dejó de hablar cuando un BMW plateado entró en el aparcamiento, dos filas más atrás.

Vio salir a Mallory Preece con una bolsa.

—Dame un segundo —dijo Kim, y salió del coche.

Mientras se dirigía hacia ella, esta negó con la cabeza.

—Déjeme en paz, inspectora, no tengo nada que decirle; y mi hijo, tampoco.

—No he venido a ver a Dale —dijo Kim. Igualó el paso de la mujer, que ni siquiera se había detenido—. Pero, por su bien, ¿sabe si su hijo encargó un libro?

—¿Cómo voy a saber lo que mi...?

—El libro es sobre mí.

Mallory dejó de caminar y la miró.

—Usted no lo es todo, Stone. ¿Por qué demonios habría un libro sobre usted?

—No se lo voy a explicar, pero debe ser consciente de lo mucho que su hijo me odia —dijo Kim.

—¿Y usted lo culpa por eso? —preguntó Mallory—. Es la responsable de que haya perdido a su abuelo y a su hermano y de que ahora esté encerrado aquí. Estaba muy unido a los dos; pero, sobre todo, a su abuelo, que...

—Mallory, su padre era un cabrón despreciable y de corazón frío que...

—No voy a escuchar...

—Vale, pero, Mallory, necesito saber si él pidió ese libro. Ahí dentro hay un club de odio contra mí y su hijo parece tener un papel importante. Si averiguara algo sobre el libro, ¿me lo haría saber?

—Por supuesto, inspectora. Cuando yo esté ardiendo en el infierno, no antes.

Kim suspiró con fuerza.

—Dios, usted sabe que hay gente inocente muriendo...

—Los demás no podrían importarme menos —indicó Mallory con frialdad—. Solo me importa mi hijo. Y, para que se entere, si de verdad existe un libro sobre usted, probablemente lo haya conseguido. Parece que usted ocupa sus pensamientos más de lo que debería —dijo con amargura—. Y, por mucho que lo quiera, nunca estaré en paz con lo que hizo.

—Yo no...

—Pudo elegir, inspectora: salvarla a usted o a su propio hermano. Y nunca entenderé por qué la eligió a usted.

Capítulo 103

—Chicos, espero que tengáis buenas noticias —dijo Kim en cuanto ella y Bryant llegaron a casa.

—En eso estoy, jefa —dijo Stacey, y giró la cabeza para liberar la tensión del cuello.

—No se sabe dónde está Duggar —la informó Penn mientras se comía el último trozo de un KitKat—. La última vez que lo vieron con total seguridad fue en la reunión con su agente de la condicional, ayer por la mañana y...

—Stace, tenemos que reunirnos con...

—Tienes una cita con ella a primera hora.

Kim sonrió, se quitó la chaqueta y fue a la cafetera eléctrica de la cocina. Ya hacía tiempo que su organismo había absorbido el ramalazo de cafeína del desayuno. Sus nervios necesitaban una recarga rápida.

Mientras preparaba la cafetera, puso a todos al corriente sobre su tarde en la prisión.

—Así que podemos afirmar, con bastante seguridad, que Joel Greene no está involucrado en nada de esto, pero sus padres pudieron haber estado en contacto con John Duggar.

Stacey volvió a hojear sus notas.

—He averiguado mucho sobre el tipo —dijo—. Nació en 1986. Es hijo de una alcohólica que lo abandonó, junto con sus dos hermanas, cuando John tenía tres años. La abuela se las arregló durante un tiempo, hasta que Duggar cumplió siete. Entonces, lo entregó al Estado, al igual que a una de sus hermanas. Se quedó con la mayor y no volvió a ver a los otros dos.

—Qué duro —dijo Bryant.

Stacey asintió.

—No lo pasaba bien en el cole. Se fijaban en él por su estatura y lo tachaban de estúpido. Tuvo muchos problemas por escaquearse y fue expulsado de tres colegios. Finalmente, a los catorce años, desapareció del sistema educativo.

»A su hermana le fue mejor. Tras una larga temporada en una buena familia de acogida, terminó el colegio con unas calificaciones medio decentes. Trabaja en administración de empresas. Hace ocho años se trasladó a la isla de Wight con su marido. He intentado ponerme en contacto con ella para ver qué sabe, pero aún no he tenido respuesta. Y ahora, mientras termino de verificar esto, le toca a Penn».

—Buen trabajo, Stace —dijo Kim, aunque allí había pocos datos útiles. Les servían para confirmar lo que Gennard había dicho: que el hombre era un analfabeto.

—Inevitablemente —continuó Penn—, empezó a cometer delitos menores. Su primera temporada en la cárcel la pasó a los diecinueve años. A veces intentaba acercarse a su abuela, pero esta se negaba a verlo.

—Dios —dijo Bryant—. Vaya vida de mierda que ha tenido.

—Sin embargo, nada de eso prescribe que deba convertirse en un individuo violento —intervino Alison—. De hecho, en muchos casos, esas experiencias tendrían que haberle inculcado la necesidad de pertenecer, de formar parte de algo más grande en cada lugar donde acababa. Las personas que destacan físicamente no siempre quieren esa atención especial. Han pasado toda la vida aisladas por sus diferencias.

—¿Estás diciendo que por eso se unió al club del odio? —preguntó Kim.

Alison se encogió de hombros.

—Podría ser, y eso también explicaría su negativa a cumplir la ley. La vida en prisión le habría resultado familiar. Junto con el castigo, hay algo interesante en que te cuiden, en disponer de comida y que te la preparen, en tener un lugar donde dormir, una rutina...

—Vamos a ver, Alison, que Winson Green no es un balneario de fin de semana —dijo Kim.

—Díselo al tipo que duerme en la puerta de una tienda Gregg cuando hay dos grados bajo cero. A ver si no quiere una cama y comida. Lo que intento explicar es que, de niños, tenemos ciertas necesidades: protección, límites, seguridad, amor, estímulo, que nos críen... Si no tenemos cómo satisfacerlas, seguimos buscando. Un niño que no recibe palmaditas en la espalda puede convertirse en una persona complaciente.

Kim no conseguía casar las imágenes contradictorias de John Duggar.

Penn intervino:

—Hace unos años, en una de sus fases de intentar no meterse en líos, conoció a Billie Styles. Se juntaron y...

—Espera —dijo Kim—. ¿Eran pareja?

—No recientemente. Él no cambió y ella se hartó de visitarlo en la cárcel. Lo echó. Solo que John no se fue en silencio.

—¿La ha estado acosando? —preguntó Bryant.

Penn asintió.

—Chicos, esto no tiene ningún sentido —dijo Kim—. No tiene antecedentes por violencia y ha habido muertes horribles. Estamos de acuerdo en que el asesino tiene que odiarme

apasionadamente y, sin embargo, Duggar no tiene, en absoluto...

—Ay, qué mierda, jefa, creo que acabo de encontrar algo.

Se quedaron a la espera mientras Stacey empezaba a leer. El hecho de que la asistente se relamiera el labio inferior preocupó a Kim.

—Hace seis años, jefa —dijo Stacey en voz baja—. Incendio de vivienda en Sutton Road. Dos niños fueron salvados gracias a dos detectives que oyeron la llamada por radio.

Kim asintió. Recordaba bien el incidente. Travis había agarrado al niño y ella se había llevado a la niña.

—Cuando los sacamos, ya estaban allí los bomberos. No iban a dejar entrar a nadie.

—La madre murió —dijo Stacey.

Kim tragó saliva y asintió. La mujer se había metido debajo de la cama del dormitorio principal. Y ellos no lo sabían.

—Se llamaba...

—Abigail Turner —terminó Kim. No tenía dificultades para recordar ese nombre.

—Aunque antes de eso se llamaba Abigail Duggar, así que, a pesar de lo que ha dicho John Duggar, supongo que, aunque de manera indirecta, es verdad que mataste a su hermana.

Capítulo 104

Eran casi las siete. Kim se dio cuenta de que había llegado el momento de echar de su casa a todo el equipo.

Probablemente habría seguido trabajando un rato más, pero los estiramientos de cuello de Stacey y las miradas no tan discretas de Penn a su reloj le decían que la jornada laboral ya había sido demasiado larga.

La rapidez con que los chicos recogieron las bolsas y las chaquetas le confirmó que sí, que la noche ya había llegado.

Kim vio a Alison rodear a Barney.

—Excepto tú —le dijo.

Captó el cruce de miradas entre la criminóloga y Stacey. Bryant condujo a los demás a la puerta principal y Alison volvió a sentarse.

—¿Tu pariente sigue enfermo? —preguntó Kim.

—Sí, así es —fue la respuesta vaga de la Alison.

Kim sabía que estaba mintiendo y que, de algún modo, sus mentiras se relacionaban con la asistente de detective.

—¿Quieres contarme lo que está pasando entre tú y Stacey?

Alison negó con la cabeza.

—No es nada. Me ha estado ayudando con algo.

Kim se cruzó de brazos.

—¿Algo conectado con este caso?

—No.

Se daba cuenta de que no iba a conseguir nada más. Decidió que llamaría a Stacey más tarde.

—¿Querías algo de mí? —preguntó Alison.

Kim bajó los brazos y ocultó una sonrisa. La franqueza era una cualidad que le gustaba y admiraba.

—Tu opinión —respondió Kim.

Alison soltó una carcajada.

—Estás de coña, ¿verdad? Has pasado toda la semana sin interesarte por mi opinión, sin hacerme caso.

Kim puso los ojos en blanco.

—Dame un respiro, mujer. Ha sido una semana dura y ahora quiero saber tu opinión antes de ignorarla. —Sonrió para demostrar que estaba bromeando. En el caso de Kim, no siempre era evidente—. ¿Qué te dice tu instinto sobre John Duggar y esta nueva información?

Alison enarcó una ceja.

—Mi instinto no inspira mis opiniones profesionales. Suelo utilizar mis estudios y mi titulación en...

—¿Por qué haces eso? —preguntó Kim. Cogió la cafetera y sirvió dos cafés.

—¿Qué?

—Recitar tu preparación académica y tus cualificaciones cada vez que hablamos. —Empujó una taza hacia la mujer—. Pasas mucho tiempo citando tu currículum, cuando lo único que quiero es tener una maldita conversación.

—No te fías de mí —soltó Alison, ruborizada, y desvió los ojos.

—Sí me fío —protestó Kim—. Vale, por mucho que confíe en alguien... En realidad... Vale, me has pillado.

Para su sorpresa, Alison rio a carcajadas, pero ya no era el sonido burlón de unos momentos antes. Era una risa fresca y le salía de las entrañas.

—Vale, mira, no es que desconfíe del todo de ti —continuó Kim—. Es solo que me opongo a presunciones, que son un elemento básico de tu profesión. Funcionan bien en programas de televisión como Cracker, pero no tanto en el mundo real. —Alison abrió la boca para protestar y Kim levantó la mano—. Sin embargo, en esta ocasión, has estado implicada en el caso casi tanto tiempo como el resto de nosotros. Has adquirido conocimientos sobre las personas con las que estamos tratando y los delitos cometidos. Que unas esa información con tu experiencia es algo con lo que puedo vivir; así que ¿responderías a mi pregunta?

—¿Acabamos de aliarnos? —preguntó Alison, con un brillo divertido en los ojos.

Kim entrecerró los suyos.

La criminóloga tomó aire.

—Vale. Esta nueva información cambia las cosas, aunque tampoco cambia nada. —Kim levantó

las manos mientras Alison daba un sorbo a su bebida—. Te lo explico: no mataste a la hermana de Duggar, aunque tampoco la salvaste. No estaban unidos ni habían crecido juntos como para favorecer el vínculo de hermanos. Él no la conocía. Creemos que la persona que está detrás de estos delitos te odia porque cambiaste su vida de manera irrevocable. No cambiaste la vida de Duggar por no haber salvado a su hermana.

—¿Así que no crees que sea él?

—Yo no he dicho eso. Si Duggar es fantasioso y había invertido mucho en las emociones que tendría en caso de volver a conectar con su hermana, podría odiarte lo suficiente, puesto que le quitaste esa opción.

—Percibo un «pero» en tu voz.

—Para atar cabos, necesitamos saber más sobre sus rasgos de personalidad dominantes. Espero que podamos hacerlo mañana, después de que hayas hablado con su agente de la condicional. No tenemos pruebas de que fuera violento con Billie, pero las heridas son...

—Atroces —terminó Kim por ella.

—Ni más ni menos.

—Pero ¿su falta de violencia no lo descarta por completo? —preguntó Kim. Trataba de entenderlo todo.

Alison reflexionó.

—Me temo que no. Los sucesos traumáticos o desencadenantes pueden incitar a comportamientos diferentes e inspirar a la gente a actuar contra su propio modelo.

—¿Hasta ese punto y durante un periodo prolongado?

—Por supuesto.

—Así que, básicamente, estás diciendo que...

—No puedo darte la respuesta que quieres. No puedo decir con certeza si Duggar es o no tu hombre, pero, con cada nueva prueba y dato, se hace más fácil suponer una cosa u otra.

Kim sintió como si se le hubieran arrojado muchas palabras para no decirle nada.

—Vale, Alison, gracias...

—... pero no me has ayuda para nada —terminó la criminóloga mientras se ponía de pie.

Kim le sonrió.

—Te agradezco la información.

—Vale, me quedo con eso —dijo Alison, de camino al vestíbulo—. Y, dicho lo cual, nos vemos mañana.

Kim gritó las buenas noches mientras la mujer se alejaba de la casa.

—Sí, lo siento, chico, solos tú y yo otra vez —le dijo a Barney.

El perro seguía con la mirada en la puerta principal. Por lo visto, Alison le gustaba a Barney más de lo que él a ella. Por otra parte, y a pesar de la charla, Kim seguía sin saber qué pensar de John Duggar. La revelación de Stacey sobre que la hermana de John había muerto en el incendio de la casa de Sutton Road había sido impactante. Aún podía recordar la culpa que tanto ella como Travis, su antiguo compañero, habían sentido al enterarse de que la madre de los niños había perecido en el incendio, y eso a pesar de que a ninguno de los dos les había sido posible volver a entrar en la propiedad.

Pero, cuando hablaron con John Duggar, el hombre se había mostrado abierto, amable y aparentemente servicial..., y siempre había sabido lo de su hermana. No tenía sentido.

Kim pensó, entonces, en lo que Alison había dicho a principios de la semana acerca del final del juego: que eso era lo único que a Duggar le quedaba por hacer. ¿La estaría vigilando en ese momento? ¿La desaparición de ese hombre estaría relacionada con la preparación del asesinato de Kim?

—Joder —gritó sobresaltada cuando su teléfono empezó a sonar—. Buenas noches, señor —saludó a su jefe.

—Bryant acaba de ponerme al día. ¿De verdad crees que John Duggar es nuestro hombre?

—Todo apunta en esa dirección —admitió ella.

—Bueno, te alegrará saber que el problema de los insectos en la oficina ha quedado resuelto y el equipo podrá volver por la mañana a la sala del escuadrón.

—¿El equipo, señor? —preguntó.

—Todo el equipo, Stone. Por lo visto, ha sido un alboroto de nada, pero confío en que tu día fuera del caso te haya dado tiempo para calmarte y reevaluar tus actos.

Kim sintió alivio de que la dejaran salir del rincón de los castigados.

—Por supuesto, señor.

—Una cosa más: el informe diario de Alison se centra en el final del juego, como ella lo llama. Considera que la amenaza de violencia se alejará inevitablemente de la reproducción de acontecimientos y se dirigirá hacia ti.

—Es una suposición, señor. —Se preguntó por qué no estaba enterada de que había un informe diario.

—He preferido ser precavido, así que, dado el nivel de amenaza que se cierne sobre ti, tendrás que asegurarte de que un compañero permanezca a tu lado en todo momento.

—Sí, señor.

«Pobre Bryant», pensó.

—Y habrá un coche fuera de tu casa toda la noche. Llegará en quince minutos.

Ella abrió la boca para discutir, pero volvió a cerrarla.

—Gracias, señor.

—Quince minutos, Stone —dijo, y colgó.

Agradecía el gesto protector de su jefe.

Pero necesitaba salir de casa y no tenía quince minutos.

Capítulo 105

Alison se detuvo fuera del Elite y tomó aire, consciente de que hacía aquello sin el apoyo de la policía de West Mercia.

No es que no lo hubiera intentado. Las tres primeras llamadas a Merton se habían cortado. La cuarta se la habían contestado con sequedad.

Apenas había podido decir que Curtis era inocente cuando Merton la había interrumpido con la amenaza de presentar una denuncia oficial. Y luego había colgado. Y ella ya no lo había intentado más.

Pero sí había hecho otra llamada. Ahora, solo una persona podía ayudarla, y ella lo sabía.

El aparcamiento estaba medio lleno. La mayoría de los clientes habían salido al frente, con sus bebidas, para disfrutar del aire fresco bajo el toldo.

Entró en el bar y vio a Jamie Hart sentado en una esquina. Lo saludó con la mano. Echó un vistazo a la barra y tragó saliva. Tom la descubrió y una sonrisa se dibujó en sus labios. Enseguida, el dueño del bar vio hacia dónde se dirigía Alison. Su sonrisa desapareció y volvió a lo que estaba haciendo.

Bien. Ella no había ido a buscar su atención. Todavía no.

Se deslizó en el asiento frente a Jamie.

—Gracias por venir —dijo.

—¿Estás bien? —preguntó él, y empujó un vaso hacia ella—. Seco y blanco, y parece que lo necesitas. ¿Qué pasa?

Ella le hizo caso y bebió un sorbo. Solo uno.

—He intentado hablar con Merton, pero no me ha querido escuchar. En vez de eso, quiere denunciarme. Dice que he obstruido la investigación.

Jamie dio un sorbo a su bebida para que ella no lo viera sonreír.

—Desde su punto de vista, has sido un poco pesada.

—Sí, supongo que sí —dijo ella, mirando por encima de la cabeza de Jamie—. Pero no sabía a quién más llamar, y tú insinuaste la otra noche que hay resquicios en la investigación, así que sabía que podía confiar...

—No tanto resquicios, sino...

—No fue él, Jamie —le soltó—. Curtis tiene una coartada. Estaba con Tilly detrás del bar.

Jamie frunció el ceño e, incrédulo, miró más allá de ella.

—¿Por qué no ha dicho nada, entonces?

—Porque no se acuerda de nada, tal vez, pero ella sí. ¿No recuerdas que Tom y Tilly intercambiaron coartadas?

Él asintió con la cabeza.

—Que estaban en la oficina o algo así...

—Eso dijo Tom, pero Tilly dijo algo un poco distinto. La diferencia ha sido suficiente para admitir que había mentido, con tal de proteger su matrimonio.

—Joder, ¿estás segura? —preguntó él, frotándose la barbilla.

—Ah, sí. Ella perdería mucho si confesara.

—Espera —dijo Jamie para no perderse—. Eso significa que Tom Drury ya no tiene coartada para el ataque de Beverly.

—Exacto —confirmó Alison—. ¿Ahora ves por qué te he llamado?

—Ali, tienes que hablar con Merton. No sé cómo, pero tienes que conseguir que escuche tus sospechas sobre Drury.

Alison negó con la cabeza.

—No me va a creer a mí, pero puede que te crea a ti.

Jamie sopesó esas palabras mientras miraba hacia la barra por encima del hombro de Alison.

—Así que has tenido razón todo el tiempo. Tu perfil daba en el clavo. Es joven, guapo, exitoso, organizado, probablemente con estudios...

—Licenciado en Empresariales —confirmó ella.

—Vive en la zona y...

Alison se volvió hacia él.

—Y sabes bien que él no lo hizo, ¿verdad, Jamie? —preguntó—. Porque fuiste tú.

El gesto de sorpresa del hombre quedó disimulado de inmediato por una sonrisa.

—¿Estás loca?

Alison controló su nerviosismo y siguió adelante.

—Me entorpeciste en cada paso de la investigación, impugnaste mis credenciales, montaste casos con gente que no podría haberlo hecho, y todo porque encajabas a la perfección en mi perfil.

»Asesinaste a Jennifer y luego te involucraste en el caso. Desviaste la investigación hacia Curtis, pero el equipo me escuchaba. No podías evitarlo. Y tenías que volver a asesinar. ¿Las emociones que el pendiente de Jennifer te provocaba habían quedado atrás? Ya no podías imaginarla suplicando por su vida. Y elegiste a alguien que tuvo algún contacto con Curtis, a sabiendas de que, después de eso, la policía tendría que tomarlo en cuenta más seriamente. Y Curtis jugó de tu lado al no recordar nada.

—Esto es fabuloso. Por favor, no pares —dijo, divertido.

—Verás: Tom encaja bien en mi perfil, pero no es perfecto. —Salpicó su bebida con toda intención.

De inmediato, él levantó la mano de su regazo para limpiar las gotas.

—También dije «obsesivamente ordenado» —observó Alison.

—Esto no significa nada. —Frunció el ceño—. No me gustan las mesas sucias.

—Qué cualidad tan admirable —dijo ella, mordaz—. Y la madre de Jennifer te manda saludos, cabrón —le espetó—. Dice que los ayudaste mucho a aceptar su pérdida. Te estabas alimentando de su puta miseria para revivir el suceso, para prolongar el éxtasis, alucinando con tu propio conocimiento de...

—¿Esto es lo mejor que tienes, Ali? —preguntó él con sorna. De repente ella, supo sin lugar a duda, que tenía razón.

—No, en absoluto. —Con la burla de Jamie, Alison se hizo más fuerte—. Tengo el pendiente que viniste a plantar la otra noche. —Él perdió un poco de color en el rostro, pero no dijo nada —. Sabías que el caso contra Curtis se desmoronaba, así que cogiste mi perfil y centraste la atención en Tom Drury. Pensaste que ese pendiente aparecería muy pronto, pero no fue así, porque la limpiadora ha estado de baja por enfermedad. Así que los clientes lo fueron pateando hasta que acabó en el aparcamiento. Ahí fue donde lo encontré, lo embolsé y empecé la cadena de pruebas. —Él ya no sonreía—. Si por casualidad llegaste a tocarlo con tus propias manos, habrá ADN a montones; y, si por casualidad tienen algo para relacionarlo, estarás metido en un buen lío.

—Eso es fácilmente refutable —dijo él. Trataba de recuperar la compostura—. Por supuesto, he estado aquí, y mi ADN podría haber llegado al pendiente de cien maneras distintas.

Estaba admitiendo que su ADN podría estar en el trofeo.

—Y eso ni siquiera es lo mejor —dijo ella. Dio otro sorbo a su bebida y respiró hondo—. Escogiste a Beverly porque era una mujer soltera y solitaria que salía de un bar. La seguiste por Lissett Road y pasaste frente a la empresa de sujetadores, a la izquierda de la calle.

—¿Cómo sabes? No hay...

Se dio cuenta de lo que estaba diciendo y cerró la boca.

—Con las prisas, se te olvidó quitarte la pinza para bicicletas. La llevabas puesta en la pernera derecha del pantalón. La seguías cinco pasos por detrás. Apuesto a que un buen técnico forense de circuitos cerrados de televisión será capaz de identificar tanto los pantalones como el clip de la bicicleta. Serán exactamente los mismos, que encontrarán en tu casa.

La expresión de Jamie pasó de la rabia a una tímida diversión.

—Bien hecho, Ali. En esto, eres mejor de lo que creía. Pero veo que no tienes apoyo policial ni refuerzos. Estás sola en esto y nadie va a creer...

—Yo sí la creo —dijo Stacey, que acababa de situarse detrás de él—. Soy la detective Wood y he escuchado cada palabra.

Capítulo 106

Kim se detuvo en la tienda del hospital antes de subir al pabellón. Estaba triste por lo que Penn le había contado acerca del abuelo de Billie, pero también comprendía que los familiares varones a veces reaccionaban así ante las agresiones sexuales. A menudo se sentían incapaces de enfrentarse a la esposa, a la hija, a la nieta.

Sonrió a la enfermera jefa que había visto la noche anterior.

En sus rasgos notó la preocupación.

—No la canse, está muy débil.

Kim asintió con la cabeza sin saber por qué le estaban haciendo esa advertencia. Entró en la habitación y lo entendió. Ya había alguien sentado junto a la cama.

—Oye... —No fue capaz de usar el único nombre que conocía de esa persona.

El agente a quien casi había dado un puñetazo se puso en pie.

—Señora... —Su rostro se puso rojo. Miró al suelo.

—¿Cómo está? —preguntó Kim. Fue al otro lado de la cama.

—Viene y va. No dice mucho. Llora un poco y luego vuelve a desmayarse.

—¿Has intentado preguntarle...?

—No, señora, no estoy de turno —dijo en voz baja. Volvió a sentarse—. Solo he venido a disculparme por lo que... —Movió la cabeza de lado a lado—. Tenía razón cuando...

—No, no la tenía —admitió Kim—. No debía haberte agarrado, y lo siento, pero... Espera, ¿cómo te llamas?

—Berzotas.

—No tu apodo.

Por mal que hiciera las cosas, ella no lo llamaría Berzotas.

—Calvin, señora —le dijo.

—Si me permites darte un consejo para tu carrera policial, te sugiero que nunca olvides a la persona que hay detrás de la víctima. Siempre es la hermana, el hermano, la madre de alguien. Merece tu respeto.

—Entendido, señora, pero creo que no estoy hecho para esta carrera.

—¿Por qué lo dices?

Calvin se encogió de hombros.

—No está funcionando como yo pensaba. No soy apto...

—Pues no estoy de acuerdo —dijo Kim, y se encogió de hombros.

—Pero es que usted no sabe...

—Aquí estás, en tu tiempo libre. Has venido a disculparte con alguien que ni siquiera escuchó lo que dijiste. Eso me dice bastante.

En ese momento, Annie entró en la habitación con un café grande en la mano.

—Lo siento, no estaba...

La agente vestía vaqueros y camiseta. Kim rechazó sus disculpas; tan solo se preguntaba cuándo había tenido tiempo de ir a casa a cambiarse.

Calvin se puso en pie.

—Me marcho —dijo, y dedicó una última mirada a Billie. Saludó a las dos con la cabeza antes de salir de la habitación.

Kim lo vio marcharse y se volvió hacia Annie.

—Hazme un favor, ¿vale? Di por ahí que ha venido.

Annie sonrió.

—Lo haré.

Los que lo llamaban Berzotas merecían saber que dentro, en alguna parte, había un tipo decente.

—Jo... John ... —dijo una vocecita desde la cama.

Annie dejó el café a un lado, se sentó y cogió la mano de la chica.

—Hola, Billie, soy yo, Annie —dijo la agente en voz baja.

—¿E... Ese era... era John?

—No, cariño, era un agente de policía que ha venido a ver cómo estabas.

Billie abrió los ojos de golpe. Miró alrededor de la habitación, como buscando pruebas de su propia presencia. Su mirada se posó en Kim. Frunció el ceño antes de volver la cabeza hacia

Annie, cuya presencia pareció tranquilizarla.

—Esta señora es detective, Billie. Va a averiguar quién te ha hecho esto.

Los ojos de la chica volvieron a cerrarse. Brotó una sola lágrima.

—¿John es tu novio, Billie? —preguntó Annie.

Ella negó con la cabeza. Luego asintió y tragó saliva.

—Era.

Kim notó que estaba retrocediendo otra vez. Dio un paso adelante y tocó el brazo de la paciente.

—Billie, ¿esto te lo ha hecho John? —le preguntó con suavidad.

La joven negó con la cabeza. Luego asintió mientras otra lágrima salía con dificultad de entre sus párpados.

—E... Estuve con él, p... pero...

—¿Te reuniste con él en el parque?

Asintió.

—P... pero... No es vio... violento. —Soltó un suspiro del puro esfuerzo.

Kim intercambió una mirada confusa con Annie.

—Yo tampoco he podido obtener ninguna respuesta clara. Los médicos le reducirán los medicamentos mañana, así que espero que esté un poco más...

Las palabras de Annie se fueron perdiendo cuando una figura apareció en la puerta. Era un hombre viejo que solo tenía ojos para quien estaba en la cama.

—Billie —susurró mientras avanzaba.

Kim se sorprendió al ver que Penn iba detrás.

Se hizo a un lado. Annie se levantó para dejar que el hombre se sentara junto a su nieta.

—¿Lo has traído? —preguntó Kim a su compañero.

Este asintió con la cabeza.

—Tenía que volver a intentarlo, jefa. La pobre chica necesita a su familia.

El hombre tocó el brazo de Billie. Las lágrimas corrían por su rostro.

—Billie, soy yo, el abuelo.

Los ojos de la chica se abrieron de golpe. Se quedó mirando un segundo al viejo hasta que sus lágrimas se acompasaron con las de él.

—Abuelo —dijo.

El hombre la estrechó entre sus brazos.

—Aquí estoy, amor, aquí estoy. —La abrazaba con fuerza.

Kim tuvo que tragarse las emociones que le obstruían la garganta.

—Buen trabajo, Penn, muy buen trabajo.

—Gracias, jefa.

Se encontró con la mirada de Annie y le indicó que se iba.

—Te acompaño a la salida, jefa —le ofreció Penn—. Iré a comer algo y luego llevaré al hombre a su casa.

Ahora Kim entendía por qué el sargento había estado tan interesado en su reloj. A ese paso, no llegaría a casa antes de las diez.

—¿Ha dicho algo? —preguntó él cuando acababan de salir del ascensor.

—Sí, que se había encontrado con Duggar, pero que no es violento...

—Lo que no tiene sentido —dijo Penn—, dado que tenemos cinco muertos y podemos relacionarlo con la mayoría.

Ella sintió con la cabeza.

—Entonces, ¿te vas directa a casa, jefa?

En condiciones normales, ella le habría dado una respuesta adecuadamente lacónica, pero comprendía el fondo de la pregunta.

—Sí, Penn, me voy directa a casa —dijo, y puso los ojos en blanco.

Dejó al sargento en la cafetería y salió por la puerta. Una cosa la preocupaba por encima de todo.

Todas las personas con las que habían hablado afirmaban que John Duggar no era violento. Así que, o no era responsable de esos asesinatos, o se lo había estado guardando todo para ella.

Capítulo 107

A las siete de la mañana, el equipo ya estaba reunido para la sesión informativa.

—Buenos días, chicos —dijo Kim—. En primer lugar, me gustaría darle las gracias a Stacey por pasarse anoche para informarme de la situación con Alison y su caso anterior, así como por comunicarme que alguien de quien yo nunca había oído hablar ha sido detenido por doble asesinato. Me parece que no necesitábamos casi dos horas para esto, pero, gracias, Stace.

»Luego, en cuanto ella se fue, y como por arte de magia, Bryant apareció para empaquetar todo el equipo informático y llevárselo muy muy despacio. Cuando por fin pude echarlo, recibí diez o más mensajes de texto tuyos, Penn. No es como si lo hubierais planeado todo, para aseguraros de que estaba a salvo, ¿eh, colegas?».

—Coincidencia —contestaron al tiempo.

—Bueno, estoy segura de que todos estaréis aliviados de saber que he tenido un coche patrulla escoltándome hasta el trabajo esta mañana, pero me gustaría haceros entender que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

Entre los tres cruzaron miradas divertidas.

Kim puso los ojos en blanco.

—Bien, que alguien vaya a la pizarra.

Stacey se puso en pie.

—¿No deberíamos esperar a Alison, jefa? —Había tomado el escritorio de Kevin Dawson después de que el sargento muriera, así que ella era, ahora, la más cercana.

—Supongo que estará ocupada ayudando a West Mercia, ahora que tienen al verdadero asesino. Sin duda, Woody nos notificará de modo oficial que ha sido reasignada. Vosotros ya me entendéis.

Bryant echó un vistazo al escritorio de repuesto.

—Ya la echo de menos —dijo.

Sí, Kim también se había acostumbrado a su presencia.

—Toc, toc, toc —oyó que decían desde la puerta.

Kim sonrió a la doctora A, que esperaba en la entrada con una bandeja de metacrilato blanco. Le

hizo señas para que entrara en la sala.

—Buenos días —la saludó.

La doctora A frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Estás o no estás?, como ayer, cuando estabas pero no estabas... Los ingleses sois raros.

—Estoy —confirmó Kim.

La doctora dejó la bandeja sobre el escritorio vacío, fue al fondo y a la derecha y estrechó la mano del miembro más reciente del equipo.

—Encantada de conocerte, Penny. —Hizo un gesto de asentimiento hacia el otro sargento—. Y Bryan —dijo—. Y a nuestra encantadora Stacey —añadió. Por enésima vez, Kim se preguntó cuántas de las palabras mal dichas por la mujer eran errores y cuántas pura diversión.

La asistente de detective estaba radiante por el cumplido, mientras que Bryant se limitaba a negar con la cabeza y Penn miraba sorprendido a su alrededor.

La doctora A se situó junto al escritorio vacío.

—Te traigo la rareza de la que te hablé ayer —dijo—. Son las cosas que no hemos podido identificar: no son restos humanos ni de máquina. Todos han sido fotografiados, examinados y sometidos a pruebas de ADN. Tal vez ayuden, tal vez no, pero no me importaría menos, ya que estoy cansada y mi trabajo aquí ha terminado.

—Gracias por ayudarme con tan poca antelación, doctora A —dijo Kim.

—De nada, y ahora os dejaré hechos pedazos. Debo volver a la universidad, porque mis estudiantes se están rebelando.

Kim comprendió el verdadero significado de esas palabras. Mientras la doctora salía por la puerta, le dio otra vez las gracias.

Todos se apiñaron alrededor de la bandeja y echaron un vistazo.

—Vaya —dijo Kim, un poco decepcionada.

Pudo distinguir trozos de plástico de no más de un centímetro de ancho, un clip aplastado y unos retazos de tela azul.

Empujó la bandeja hacia la izquierda.

—Aquí tienes, Penn. Sé cuánto te gustan los rompecabezas —dijo.

El sargento había encontrado las letras que faltaban en un rompecabezas de papel y eso, en última instancia, había llevado al equipo a salvar la vida de Stacey Wood.

—Va por ti, jefa —Se llevó la bandeja a su escritorio.

—En fin. Hay preguntas para las que necesito respuestas. Numéralas, Stace. —Stacey escribió el número uno en la parte superior del tablero—. ¿Cómo supo Duggar del piso en Hollytree y cómo tentó a Amy y Mark?

Esperó a que Stacey estuviera a medio camino antes de continuar.

—¿Qué importancia tiene la droga inyectada a Amy, Mark, los Phelps y Rubik? Siguiente pregunta: ¿adónde fue a parar el libro una vez que llegó a la cárcel? Cuatro: ¿Duggar conoció a los Phelps en Winson Green?, y, si así fue, ¿cómo los eligió? Joel Greene, el hijo, ha dicho que sus padres pasaban mucho tiempo charlando con otras personas. Después: ¿por qué Duggar fue tan violento con Billie? Y, por último, ¿quién demonios es Rubik?

—¿Podría Duggar haberse puesto violento porque Billie se negó a volver con él? —preguntó Stacey mientras daba golpecitos a la pizarra con el rotulador.

—No lo sé —dijo Kim—. Hasta la fecha, no había sido rudo, y lo poco que Billie ha dicho indicaría que no lo fue con ella, aunque sí estaban juntos en el momento del ataque. —Se encogió de hombros ante las miradas inquisitorias—. Sí, tal cual. Annie intentará sacarle algo más esta mañana.

—¿Eso es todo, jefa? —preguntó Stacey en cuanto terminó de actualizar la pizarra.

—Hay otro par de cosas que me preocupan —admitió Kim—. No me siento cómoda con la relación entre Jenks y Nina. Huele mal.

—¿Es una pregunta, jefa?

Kim negó con la cabeza.

—Solo anótalo en la pizarra.

—Pero no vamos a cambiar de rumbo, ¿verdad? —preguntó Bryant—. Quiero decir, Duggar es sin duda nuestro hombre, ¿no es así?

Kim echó un vistazo a todas las preguntas de la pizarra.

Asintió.

—Sí, sí, Duggar es nuestro hombre, sin duda.

Capítulo 108

Cuando la jefa y Bryant ya habían salido de la sala, Stacey se quedó mirando la pizarra durante unos minutos.

—¿Alguna vez piensas en esto, Penn? —preguntó Stacey.

—¿En qué?

—En los crímenes y la jefa. Las dos cosas juntas.

El sargento negó con un movimiento de cabeza.

—De verdad, trato de no hacerlo.

—O sea, alguien escribió un libro sobre su infancia, sobre el maltrato físico y mental a manos de su madre mientras Kim intentaba proteger a su hermano. Encadenada junto con él a ese maldito radiador.

—He dicho que intento no pensar en ello.

—Luego está lo de Keith y Erica. La acogieron durante tres años, la quisieron, derribaron sus muros y...

—Me has oído decir que intento no...

—Y este psicótico asalto sexual a Billie Styles, que...

—Sí. De verdad, no voy a pensar en nada de eso, Stace —dijo Penn con firmeza.

—Lo que trato de decirte es que este enfermo hijo de puta está exponiendo la vida de la jefa para que todos la vean. Todo lo que ella ha intentado mantener en secreto y oculto a...

Clavó los ojos en la pizarra y guardó silencio.

Penn seguía su mirada.

—Sí, ¿por cuál de esas preguntas quieres empezar?

Stacey frunció el ceño y cogió su mochila.

—Te dejaré en paz para que te pongas manos a la obra —dijo.

Porque, de repente, Stacey tenía sus propias preguntas.

Capítulo 109

Kim tenía muy buenos motivos para ir a Dudley, a la avenida Castlegate, a visitar el Servicio Nacional de Libertad Condicional, en la Casa de la Esperanza. Se encontraba frente a una mujer regordeta con búhos colgados en los lóbulos de las orejas. Llevaba el pelo corto y serio, por lo que los adornos de las orejas eran los protagonistas.

—John Duggar —dijo Kim—. ¿Puede decirme cuándo lo vio por última vez?

—Hace dos días —respondió ella. Enseguida consultó su agenda—. Hacia la hora de comer.

—¿Y cómo lo encontró?

—Agitado, no muy él mismo.

—¿Lo conoce bien? —preguntó Bryant.

Ella sonrió.

—Cada vez es más difícil —admitió—. Tenemos que cuidar a muchos más que en los viejos tiempos, y llevo en esto veintiséis años; pero, sí, conozco a John razonablemente bien.

—Entonces, ¿cuándo lo conoció usted?

—Hace unos nueve años, después de su segunda o tercera estancia en prisión. «Gigante gentil». Así me gusta llamarlo. Nunca ha matado a una mosca.

Kim se imaginó a Billie en la cama del hospital. No estaba de acuerdo.

—Háblenos de él —la instó.

—Su historia no es excepcional: niño abandonado por su madre y entregado al sistema de asistencia por una abuela que no podía con tres, pero que tenía suficiente energía para ir a la tienda a comprar sidra.

—Y la abuela se quedó con la hija mayor —señaló Bryant.

—Necesitaba menos cuidados que los dos pequeños. Y podía ayudar en casa.

—Murió, ya saben, la mayor. En el incendio de una vivienda, unos...

—Lo sabemos —dijo Kim—. ¿Y cómo se lo tomó John?

La mujer sacudió la cabeza.

—No muy bien —dijo—. Había perdido el contacto con su otra hermana, la que estaba de acogida. Era una niña mucho más tranquila y callada. La educaron. Estuvo de acogida durante un largo plazo, creo. John no tanto. Él sufría acoso escolar por varias razones: por su tamaño y porque le costaba leer y escribir. El chico se sentía solo. Quería a alguien, a quien fuera. Había intentado acercarse a su hermana mayor, aunque no se conocían, y ella había accedido a verlo. Pero murió antes de que se encontraran.

—Mierda —susurró Bryant.

Kim miró de reojo a su compañero. Incluso a ella le resultaba difícil recordar que se trataba del hombre que quería matarla. Le vendría bien que su compañero no perdiera el enfoque también.

—Entonces, cuando perdió a su hermana...

—Fue como si hubiera perdido la esperanza de mejorar, como si todo lo que había estado persiguiendo hubiera quedado fuera de su alcance. Ya no esperaba nada bueno. Hasta que conoció a Billie. —Kim no dijo nada. Esperó a que la mujer continuara—. Estaba más feliz de lo que lo he visto nunca. Era su primera relación seria, como si acabara de descubrir el secreto que todos los demás le habían estado guardando. No duró, por supuesto, pero...

—¿Y por qué no duró? —preguntó Kim—, si era tan feliz.

—John está aislado, inspectora. Su vida de pequeños delitos lo ha atrapado en más delitos. Está en un ciclo del que es improbable que escape.

Kim no sabía si esta mujer estaba siendo pesimista o realista, pero no apoyaba la teoría de la «falta de esperanza», que rezaba por que no se atribuyera a las hornadas de delincuentes más jóvenes.

—Aun después de conocer a Billie, estaba destinado a reincidir. Era solo cuestión de cuándo y por cuánto tiempo lo soportaría la chica.

—Entonces, ¿usted ya los había descartado como pareja antes de su segunda cita? —preguntó Kim, tensa.

La mujer se encogió de hombros.

—Tengo más de veinte años de experiencia. Yo tenía razón, ¿o no?

Kim intentó no reaccionar ante ese tono triunfal.

Sí, ese hombre del que estaban hablando la odiaba con pasión; y, sí, trataba de matarla, pero, maldita fuera, ¿había alguien que no hubiera tirado la toalla por él a lo largo de los años?

—¿Y ni siquiera esa ruptura lo ha hecho violento? —preguntó Bryant.

—No sabría decirle si algo podría haberlo hecho violento, oficial. Esa no es su naturaleza. Es, más bien, como el adorable tonto del pueblo —dijo—. Y, antes de que usted reaccione, le

explicaré lo que quiero decir: John complace a la gente, se deja llevar por las opiniones de los demás, es fácil de dirigir y manipular. —El interés de Kim estaba muy despierto. Recordaba lo que Alison había dicho sobre el afán de pertenencia de Duggar.

»Por lo tanto, lo podrían persuadir para que actuara en contra de su propia naturaleza, si se diera el conjunto adecuado de circunstancias —expuso la mujer—. John Duggar no espera caerle bien a nadie. No le ha caído bien a mucha gente, así que esto es lo que yo les diría: si alguien fuera amable con John Duggar, sería capaz de convencerlo de hacer casi cualquier cosa.

Capítulo 110

Penn terminó de escribir un correo electrónico y echó un vistazo a la caja de metacrilato que había quedado sobre el escritorio de reserva.

La jefa le había delegado el rompecabezas y él había supuesto que ella se refería a cuando no tuviera nada mejor que hacer, pero, dada la lista de preguntas que había en la pizarra, ese momento no iba a llegar pronto.

En la caja había algo que estaba exigiendo su atención. Entre otras cosas, porque le parecía asombroso que aquel cubo, el que había visto hacía solo un par de días, mezcla de hombre y metal, hubiera quedado reducido a aquello. Por ese motivo, la mujer responsable de esa obra podía ponerle el mote que quisiera.

Casi contra su voluntad, apartó la silla y se acercó al escritorio libre.

Se tomó un instante para evaluar el contenido y apartó los objetos que consideró que no le serían útiles: tres trozos cortos de alambre, un par de monedas dobladas que la víctima habría llevado en el bolsillo, cuatro botones y una cremallera.

Se quedó con tres pedazos de cartulina de unos dos centímetros cuadrados, un clip y tres trozos de tela azul.

Sacó esos objetos de la caja y los puso sobre el escritorio. Con un lápiz, fue posicionándolos para verlos mejor.

Los trozos de tela azul eran tiras de unos diez centímetros de largo por uno de ancho. Estaban acanaladas y tenían las fibras entretejidas firmemente para darles mayor resistencia. Las movió de un lado al otro para ver si los bordes deshilachados encajaban entre sí, como bolsas de basura arrancadas de un rollo, pero no lo hacían. Supo entonces que faltaban trozos de tela; por lo tanto, la pieza completa había sido más larga que los treinta centímetros que Penn tenía delante.

Puso a un lado las tiras y centró su atención en el clip aplastado. El mecanismo para abrirlo se había roto y los pequeños dientes de la pinza estaban dentados y desgastados. Lo dejó junto a la tela azul y se concentró en los tres trozos de tarjeta. Los movió con el lápiz, como había hecho con la tela, para ver si alguna de las piezas encajaba, pero no encontró ninguna coincidencia.

Los tres pedazos eran lisos por un lado.

Observó más detenidamente cada pieza por separado. La primera tenía una marca gris de algo en la parte superior izquierda. A la derecha, distinguió tres letras. Cogió un bloc de notas y escribió «PRO». Devolvió el primer trozo a su sitio y cogió el segundo. Este también tenía un par de letras entre las rasgaduras de la tarjeta. Escribió «IN» y fue a por el tercer fragmento. En el último no había letras, sino algo así como una parte de un arco blanco. Se hacía más grueso a

medida que subía y volvía a bajar por el papel. Le recordaba a un toque artístico de salsa en un restaurante de lujo.

Se sentó y miró lo que tenía. No era mucho, pero era algo. Ahora le tocaba darle sentido.

Capítulo 111

Stacey se acercó a la mampara de cristal.

—Perdone, usted me había dicho que podría pasar un rato antes de que alguien estuviera en condiciones de hablar conmigo, pero hace casi media hora que...

—Agente, cuando he dicho un rato, me refería a que quizá tenga que volver mañana y pasado. Esto es Protección a la Infancia. No nos sentamos a tomar café todo el día.

—¿Y si quisiera informar de un niño en peligro? —preguntó Stacey. No podía creer que fuera tan difícil conseguir una reunión rápida.

—¿Eso quiere? —preguntó la mujer. Stacey negó con la cabeza—. Entonces, tenga la seguridad de que las personas a las que ha venido a ver están ocupadas con casos existentes o recibiendo nuevos informes.

—¿Quién se ocupa de los casos antiguos? —preguntó Stacey—. Digamos de hace treinta años.

—Pues nadie —dijo la funcionaria, que frunció el ceño—. Porque ya no son niños, ¿verdad?

—Lo que estoy preguntando es quién se ocupa de los expedientes de los casos antiguos —aclaró la asistente de detective. Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que la impaciencia se reflejara en su voz.

—Se guardan en un archivo central. Todos los trabajadores sociales tienen acceso.

—¿Si alguien hubiera accedido recientemente a un archivo, habría un registro?

—¿De hace treinta años?

Stacey asintió.

—No sería electrónico. No en el caso de uno tan antiguo, pero el personal tiene que pasar la tarjeta para entrar en la sala de archivos y queda una huella de quién ha estado en la sala. Lo que no podemos saber es qué registros ha inspeccionado mientras ha estado allí.

«Mierda», pensó Stacey, mordiéndose el labio.

Mientras analizaba la pizarra con Penn, se quedó impresionada por el nivel de detalle con que Duggar había recreado los acontecimientos. El lugar exacto del asalto, la referencia a la botella de gaseosa, el billete de cinco libras rasgado. Ninguna de esas cosas aparecía en el libro, porque el autor no se había enterado. Su relato cubría el pasado, la muerte de Mikey y el par de años siguientes a la entrada de la jefa en el sistema de acogida.

Stacey dudaba mucho que la jefa hubiera compartido esos detalles con nadie. Nunca. Así que sospechó que solo podían proceder del archivo.

Había ido con la esperanza de que alguien entrara en el ordenador central y le dijera quién había accedido a los registros electrónicos de la jefa en los últimos meses. Con eso tendría una pista que seguir.

—Si lo que quiere es hablar de eso con uno de los trabajadores sociales, venga mañana y con un almuerzo para llevar. Eso haría yo. Podría pasar semanas esperando.

—Sí, lo sé. Están ocupados, todos estamos ocupados, pero no nos ponemos a machacar con eso —dijo Stacey, y se dio la vuelta. Su tiempo estaría mejor empleado en la comisaría, respondiendo a las preguntas que la jefa les había dejado en la pizarra—. Gracias —dijo, y se encaminó a la puerta. Hizo un alto cuando su teléfono sonó—. Wood —respondió.

—Stace, ¿sigues en Dudley? —le preguntó Penn.

—Ya me iba, y sin haber conseguido nada...

—¿Tienes a la vista a algún miembro del personal?

Ella se giró. La funcionaria estaba otra vez en el teléfono.

—Eeeh..., sí.

—¿Su tarjeta de identificación es blanca y gris?

Stacey se acercó de nuevo a la mampara de cristal y echó un vistazo.

—Sí —respondió.

La mujer, que seguía hablando por teléfono, la miró interrogante.

—¿Cordón azul? —continuó Penn

—Sí.

—¿Y tiene escritas las palabras «Protección a la Infancia»?

—Sí.

—¿Y el logotipo del Consejo de Dudley con el arco blanco en...?

—Sí, Penn, todo sí. Ahora, ¿qué...?

Cerró la boca mientras recordaba el contenido de la bandeja que la doctora A les había llevado.

—Ay, mierda, ¿crees que...?

—Sí —respondió Penn.

—Te llamaré enseguida —dijo ella, y colgó.

Golpeó el cristal.

Antes de colgar el teléfono, la mujer le dirigió una mirada de repulsión.

—Creo que es hora de que...

—¿Hay algún miembro del personal de baja o ausente? —preguntó Stacey. El corazón quería salírsele del pecho.

Ella dudó antes de asentir.

—Sí, uno de nuestros trabajadores sociales, Ernest Beckett, ha estado ausente unos días. No he conseguido localizarlo...

Stacey sacó su teléfono móvil.

—Siento interrumpirla, pero ¿podría darme una descripción? —preguntó.

Al parecer, Rubik estaba a punto de recibir un nuevo nombre.

Capítulo 112

—Bryant, tengo que ser sincera. En este tipo hay algo que me revuelve las tripas.

—¿Sabes, jefa?, nunca me apetece más un cigarrillo que cuando dices cosas como esa.

—Ya van casi cuatro años, Bryant, recuérdalo —lo advirtió sobre su abstinencia. Él ya había dejado el hábito de fumar treinta cigarrillos al día.

—Pero todos estamos de acuerdo en que Duggar es nuestro hombre. Está metido en todos los fregados. ¿Crees que deberíamos ignorarlo?

—No podemos ignorar nada —dijo Kim—. Ni siquiera lo que apunte lejos de él.

—Pero, en realidad, nada apunta lejos de él. Sí, ha tenido una vida de mierda, pero, si quieres, te presento a otros cien o más que están en Winson Green con la misma historia y antecedentes. Él no es único, y no entiendo este cambio en tus instintos...

Cerró la boca cuando el móvil de Kim se puso a sonar. La conversación tendría que continuar más tarde.

—¿Stace? —respondió ella.

—Jefa, estoy en Protección a la Infancia, en Dudley.

—Ah..., ¿por qué? —preguntó Kim—. No creía que las preguntas del tablón estuvieran relacionadas con ese edificio en concreto.

—Los detalles, jefa —aclaró Stacey.

Kim escuchó la explicación y se sorprendió de no haberse dado cuenta ella misma.

Y su compañera no la habría llamado si no hubiera encontrado algo.

—Venga —le dijo.

—Hay un trabajador social. Poco más de cincuenta años. Su descripción coincide de manera exacta con la que la doctora A nos ha dado de Rubik. Lleva unos días ausente del trabajo y podría haber accedido a tus archivos con mucha facilidad.

—Y crees que le pasó algún detalle a Duggar.

—Sí, jefa.

—Vale, Stace. Intenta conseguirme la dirección para...

—Se llama Ernest Beckett. Vive en el 17 de Wilmslow Avenue, en Norton, Stourbridge —respondió Stacey.

—Stace...

—Tengo que irme, me están llamando. Alguien quiere hablar conmigo.

—Vale, pero, cuando vuelvas a la oficina, hazme un favor.

—Sí, jefa.

—Quítale la planta a Penn.

—Eso haré. —Colgó con una risita.

—Bien, Bryant —dijo Kim, con renovada energía—. Vamos a ver si Ernest Beckett está en casa.

Capítulo 113

Stacey siguió al hombre larguirucho y delgado a través de una oficina general hasta un despacho, al fondo. El área no tenía nada personal. Supuso que sería una sala de reuniones que todos utilizaban.

—¿Puedo saber por qué está interesada en el señor Beckett? —preguntó él con semblante grave.

Stacey dudó antes de contestar. En el breve espacio de media hora, había pasado de la sala exterior, en Siberia —mientras esperaba que alguien le concediera una pizca de tiempo para informarla sobre los protocolos de acceso a la información de un expediente antiguo—, a ser escoltada hasta el centro de operaciones por el señor Tweedy, el jefe de equipo. Y eso que apenas había insinuado un vínculo con Ernest Beckett.

Este hombre quería algo de ella y lo quería rápido.

Stacey no tenía prisa.

—Señor Tweedy, necesito saber si el señor Beckett accedió a un archivo en particular, ese del que le hablé a su recepcionista. Se trata del expediente de una niña llamada Kimberly Stone. Hasta que no tenga esa información, no podré compartir ningún dato de...

—Sí, oficial, tenemos razones para creer que accedió a él. Hace dos meses, el hombre estuvo en el archivo.

—¿Hay alguna forma de saber por qué entró?

—Solo dos personas han entrado desde entonces. Uno de ellos soy yo. No es una habitación que se use a menudo. Lo que hay allí son expedientes muy antiguos.

—¿Y por qué está tan seguro de que consultó los registros que he mencionado? —preguntó ella. Estaba confundida, seguro que hablaban de miles de expedientes.

—Porque los registros ya no están —dijo él en voz baja.

—¿Se llevó todo el expediente?

Él hombre asintió con la cabeza. Vaya, aquel hombre estaba de mierda hasta el cuello, y a ella le importaba un rábano. Toda la infancia de su jefa se guardaba en un archivo y, ahora, ese archivo ya no estaba resguardado en un entorno seguro, lejos de miradas indiscretas y cotillas hambrientos. Si ese archivo cayera en las manos equivocadas...

Vale, tenía que marcharse de inmediato.

Apartó la silla y se levantó.

—Un momento —protestó Tweedy—. No me ha dicho cuál es su vínculo con Ernest Beckett.

—Lo siento, pero, como es parte de una investigación activa, no puedo compartir los detalles.

Él suspiró con fuerza.

—¿Puede decirme, al menos, si está detenido? —Stacey sopesó la pregunta y asintió. Lo tenían bajo custodia. Casi entero—. ¿Puede darme alguna idea de la naturaleza de los cargos?

¿Por qué ese hombre suponía que era sospechoso de algo?

—Parece que nuestros asuntos con el señor Beckett lo tienen muy nervioso —observó Stacey.

—Solo necesito saber algo, oficial. Necesito saber si el asunto está relacionado con una queja que hemos recibido sobre el señor Beckett esta semana. Una queja muy grave.

Capítulo 114

—Hay un olor muy característico —dijo Kim después de sacar la cabeza del buzón—. No creo que sea un cadáver, pero tampoco es Chanel Nº5.

Bryant echó un vistazo alrededor.

—¿Crees que podría ser nuestro hombre del cubo? —preguntó.

Kim sabía lo que su compañero buscaba con la mirada. Ella hizo lo mismo. Ambos sonrieron ante la hilera de tres macetas que había bajo la ventana delantera.

—¿Cuál? —preguntó Bryant.

—La de más a la derecha —dijo ella sin dudarlo.

—Escojo la de en medio —sonrió él con satisfacción.

Ella se cruzó de brazos y Bryant hizo los honores. Levantó primero la de la izquierda. Nada. Luego la del medio. Gimió. Finalmente, la del extremo derecho, y el metal brilló debajo.

—¿Cómo lo haces? —preguntó. Sacudió la cabeza y recuperó la llave.

—La de en medio es demasiado obvia. Todo el mundo intentaría primero ahí.

—Gracias —murmuró Bryant.

—La de la izquierda está demasiado cerca de la puerta real, demasiado cerca para el subconsciente, así que la única que queda es la de la derecha. Sencillo —dijo mientras él abría la puerta.

Bryant puso mala cara.

—Vaya, tienes razón en lo del olor —dijo.

Se inclinó y recogió el pequeño montón de cartas que había en el suelo. El teléfono de Kim sonó.

Ella lo sacó y gruñó.

—Frost, capta el mensaje. No puedo hablar contigo. ¡Son instrucciones del jefe! —gritó a la pantalla antes de cortar la llamada.

—Como tú eres la jefa, te dejaré revisar la cocina. Yo haré el salón.

—Gracias —dijo ella, bastante segura de que el olor provenía de ahí—. Madre del amor hermoso

—se dijo a sí misma al entrar en el espacio.

Ernest Beckett era, sin duda, uno de esos hombres que limpiaban y ordenaban solo cuando se estaban quedando sin cosas que utilizar.

El fregadero y el espacio alrededor estaban inundados de platos, cuencos, tazas y vasos que aún contenían restos de comida y bebida. Cuando se acercó, unas cuantas moscas abandonaron la carnicería y revolotearon frenéticamente antes de dirigirse a una zona de la encimera, donde, como era evidente, el hombre se estaba preparando un tentempié. Un bloque de queso había quedado expuesto a la luz directa del sol, junto a una tetera manchada de grasa.

A un lado de un cuchillo sucio había un bote de margarina.

Que lo hubiera dejado todo significaba que el tipo había salido con prisas, pero no había signos de lucha. La puerta estaba cerrada y había una llave de repuesto en su lugar habitual.

Bryant se unió a ella.

—Nunca habría ganado el premio al Limpiador del Año. —Miró el desorden junto al fregadero mientras se quitaba una mosca de delante de la cara—. Y hay más de todo esto arriba, en su mesita de noche.

—Qué asco —dijo Kim.

—Mi mujer no me deja ni llevarme una tostada a la cama —se quejó él.

—Es sorprendente lo que hacen algunos hombres cuando se los deja a su aire.

—¿Sabes?, yo lo hice una vez. —Bryant abría y cerraba las puertas de los armarios—. Un fin de semana, mi mujer se fue con su hermana a un balneario en Cheshire. ¿Recuerdas la película Solo en casa, en la que Macaulay Culkin se pasea por la vivienda haciendo lo que le da la gana? Ese era yo. Pasé todo el sábado en pijama, comí lo que quise, bebí lo que quise, descargué todas las películas de acción sin sentido que encontré.

—Te convertiste en un niño de diez años —observó ella.

—Tal cual. Pero, a la mañana siguiente, ya había terminado, así que pasé el domingo limpiando los indicios. Aun así, ella supo que había comido tostadas en la cama.

—Tu señora parece ser mejor detective que...

—Prefiero evitar que digas algo de lo que te vas a arrepentir, jefa.

—Entonces, ¿qué nos dice esto sobre este hombre?

—Nos dice que o no le importaba o había dejado de ver el desastre del que estaba rodeado —respondió Bryant—. También nos dice que, con seguridad, no esperaba ninguna visita.

—No nos dice si es el hombre del coche —refunfuñó Kim.

—No, pero el ordenador del salón sí podría.

—Bryant, podríamos estar ya trabajando en...

—Relájate —le dijo él con una sonrisa—. Stacey y Mitch ya están de camino, así que ni se te ocurra tocarlo hasta que lleguen.

Capítulo 115

Stacey miró a Kim, a Mitch y a Bryant y volvió a bajar la vista a la mesa.

—¿De verdad, jefa? —preguntó.

Mitch ya había registrado y embolsado el portátil, pero se las había ingeniado para que el ordenador permaneciera encendido y abierto y las teclas se pudieran pulsar a través del plástico.

Kim se situó detrás de la asistente.

—Vamos, Stace, has trabajado en condiciones más duras que estas.

—Sí, trabajar a través de un condón gigante no es algo que ocurra todos los días. —Se volvió hacia los tres, que miraban por encima de su hombro—. Y dadme un poco de espacio, por favor.

Todos retrocedieron y Stacey se puso a teclear.

—Creo que ya sé lo que voy a encontrar —dijo mientras Kim veía cómo la pantalla pasaba de un menú a otro.

La jefa no dejaba de asombrarse de la capacidad de su colega para saber con exactitud lo que observaba. Aquello era como los pasillos traseros de un estadio: zonas de servicio y pasajes oscuros que funcionaban entre bastidores. Solo quienes conocían esos pasillos podían orientarse.

—¿Quieres contarnos algo? —preguntó Bryant.

—Si quisiera, ya lo habría hecho —dijo—. Lo que de verdad me interesa es saber cómo...

Stacey dejó de hablar y Kim supo que no debía presionarla. En realidad, no hablaba con ellos, sino consigo misma.

—Me marcho —dijo Mitch, y empezó a recoger sus cosas—. Lo que quieras hacer con el resto de este lugar, házmelo saber.

—De acuerdo —contestó Kim. Ella ya le había explicado que no tenían ninguna prueba fehaciente de que el tipo fuera el hombre del coche.

Por lo que sabían, el propietario podría llegar en cualquier momento y darles una explicación perfectamente válida de su ausencia en el trabajo y en su casa.

Ahora bien, después de lo que Stacey le había contado sobre el expediente desaparecido, esa hipótesis le parecía muy endeble.

Bryant estaba pensando lo mismo.

—¿Quieres que lo busquemos? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No tiene sentido. Si Ernest Beckett se llevó mi expediente, no fue para leerlo por la noche. Pudo haberlo leído en el trabajo sin poner en peligro su empleo ni su carrera. Creo que lo sacó para dárselo a alguien.

—Estoy de acuerdo —dijo Stacey, pero ninguno le hizo caso—. Sí, de verdad, estoy hablando con vosotros —aclaró, divertida.

Kim y Bryant se acercaron a la mesa del comedor.

—Vale, tal como lo sospechaba, este archivo está lleno de porno infantil. Más de tres mil imágenes, para que os hagáis una idea.

—Qué cabronazo —dijo Bryant.

Si Ernest Beckett era, en realidad, el hombre incrustado en el metal, Kim habría querido que estuviera vivo en este momento.

—No tan rápido —dijo Stacey. Pasó el ratón sobre una pequeña línea de datos entre miles—. Esta es la única imagen que vio.

—¿Por qué? —preguntó Kim, sorprendida—. Ese no es el comportamiento normal de un pedófilo.

—Supongo que la vería solo por comprobar —dijo Stacey—, porque no creo que haya descargado nada. Al menos, no por su propia iniciativa. Todas las fotos llegaron a su ordenador el mismo día. Nada antes, nada después. Vio una sola imagen, como para asegurarse de que era lo que era.

—¿Chantaje? —preguntó Kim.

—Por lo visto. Aquí tengo el correo electrónico donde estaba incrustado el archivo. Le ofrecían la oportunidad de ganar unas vacaciones. Bastante pobre, de aficionados, pero, a simple vista, convincente. En cuanto él hizo clic en el enlace, las imágenes se descargaron.

»Estoy pensando que, en alguna parte, debe de haber algún mensaje de seguimiento donde le han dado instrucciones, así que seguiré revisando sus correos electrónicos y demás.

—¿Dices que hubo una queja en el trabajo?

Stacey asintió.

—Una carta anónima. Decía que Beckett había actuado inapropiadamente en uno de sus casos.

—Pero, si ya había hecho lo que le habían pedido, ¿por qué denunciarlo de todos modos? —preguntó Bryant—. Le consiguió el expediente, se lo entregó, así que...

—A menos que hubiera dicho que no. Tal vez tuvo un repentino arrebato de conciencia y dijo que iba a ir a la policía —dijo Bryant.

—Es posible —aceptó Kim, y sacó su teléfono.

Buscó en su bolsillo la tarjeta que había cogido antes y llamó al número.

La agente de la condicional de John Duggar le contestó al segundo timbrazo.

Kim le ofreció un breve resumen de lo que acababan de encontrar y luego le hizo la pregunta esencial. La mujer no dudó en responder.

—En absoluto —dijo—. John Duggar no sería ni remotamente capaz de hacer nada que se parezca a lo que me está describiendo. —Sí, era lo mismo que Kim había pensado—. Pero me parece que conozco a un hombre bastante capaz de hacerlo.

Capítulo 116

Bryant terminó la llamada y se volvió hacia ella.

—Sí, el oficial Gennard me acaba de confirmar que, durante cinco meses, Duggar tuvo de compañero de celda a un tal Derek Lowry. El tipo estaba dentro por robo cibernético y venta de identidades robadas. Podría haber preparado fácilmente el mensaje con las imágenes incrustadas.

—Genial, ¿tienes una dirección?

Bryant asintió.

—Hasta hace tres días, y después de haber quebrantado su libertad condicional, residía en la cárcel de Su Majestad, en Bristol.

—Pero ese lugar es para jóvenes adultos y el...

—El chico tiene diecisiete años.

—Lo tengo —dijo Stacey. Kim y Bryant se giraron hacia ella—. El correo electrónico llegó al día siguiente del mensaje de descarga. Aquí está.

Kim lo leyó por encima del hombro.

Sr. Beckett:

Por favor, lea esto con atención. Este no es correo basura. Su reputación y su carrera dependen de que se tome en serio este mensaje y siga al pie de la letra las instrucciones que han en esta carta.

A las 10:05 horas de ayer, descargó en su ordenador miles de imágenes de pornografía infantil. Las encontrará en la carpeta de fotografías de su directorio, en una subcarpeta llamada «Juego de niños». Si intenta borrarlas, el rastro permanecerá.

Nos pondremos en contacto con la policía y con su empleador si no hace lo siguiente:

1. Obtener el expediente de Kimberly Stone, quien ingresó en el sistema de asistencia el 15 de junio de 1988.

2. Depositar la carpeta en el contenedor de arena amarillo de Llewellyn Avenue, en Lower Gornal, a las once de la noche del viernes.

3. Volver a casa y borrar este mensaje.

Cualquier variación con respecto a estas instrucciones dará lugar a una denuncia inmediata y una llamada a la policía.

—Madre mía —dijo Kim—. Si Beckett se hubiera puesto en contacto con nosotros, podríamos haber evitado lo que le ocurrió. Lo habríamos cogido allí mismo.

—¿Deberíamos ir a comprobar la ubicación?

—No hace falta —dijo Kim—. Era la calle de la familia de acogida número uno.

—Pero ¿por qué...?

—Porque él lo sabía, Bryant. Sabía que seguiríamos este rastro. Para mí, es solo una bofetada más —gruñó Kim. Empezó a dar vueltas por la habitación—. Juro por Dios que, con solo un puto... —Dejó de hablar en cuanto oyó que su móvil sonaba—. Keats —ladró al teléfono. Captó a sus compañeros intercambiando expresiones.

—Bueno, si estabas cabreada antes de que te llamara —dijo él—, vas a estar aún más cabreada cuando colguemos. Ven a verme a la entrada del túnel Netherton y te mostraré por qué.

Capítulo 117

El túnel Netherton había sido inaugurado en agosto de 1858. Era el último gran túnel de canal construido en Gran Bretaña durante la era de los canales. Con sus poco más de ocho metros de anchura y sus caminos de sirga a ambos lados, permitía el trasiego de embarcaciones estrechas en uno y otro sentido.

Kim se acordó de la luminosa tarde de domingo en que Keith la había llevado a pasear por el túnel y la había guiado por la oscuridad hasta señalarle la mancha de luz que indicaba el otro extremo, a unos tres kilómetros de la entrada.

Mientras iban de un lado al otro, le señalaba los mojones de la pared oriental y le hablaba de las barcas estrechas tiradas por caballos. Kim se había esforzado por no incomodarse con los goteos que caían de unos respiraderos del techo, los llamados «pimenteros», y prefería centrarse en lo emocionante que Keith hacía que todo aquello sonara.

Volvió al presente. Tendría que estar sintiendo muchas emociones, pero la primera, al mirar el cuerpo de John Duggar, fue tristeza.

Ese tipo no solo no había tenido el mejor comienzo en la vida, sino que el destino parecía haberle asestado un golpe tras otro. Su estatura, sus orígenes y su analfabetismo lo habían convertido en blanco de los crueles e inseguros. Kim sabía que, en ocasiones, había tenido esperanzas. El trabajo y la relación con Billie habían sido sus oportunidades para cambiar de vida.

Keats se puso en pie.

—¿Buscabas a este tipo, inspectora? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí. Es sospechoso de mucho de lo que ha ocurrido esta semana.

—Bueno, si algo de eso ha sucedido desde el miércoles por la noche, no ha sido él, porque lleva muerto unas treinta y seis horas.

—¿Y acaban de encontrarlo? —preguntó Kim.

Keats señaló con la cabeza hacia el lado de la boca del túnel.

—Estaba ahí detrás, cubierto de follaje, pero el perro perdiguero de un tipo volvió con uno de los zapatos. Así es como han localizado el cuerpo. Una sola puñalada en el corazón, por lo que parece.

Kim dio un paso atrás y echó un buen vistazo. Belicoso o no, habría sido un hombre difícil de

derribar. Sin embargo, no vio heridas defensivas en las manos ni en los brazos.

—¿Tienes algo más para mí, Keats? —preguntó.

—A juzgar por la pérdida de sangre allí atrás, no lo han movido. —«Claro, para eso habría hecho falta un pequeño ejército», pensó ella. Keats continuó—: La herida habla de un cuchillo pequeño, bien colocado. Seguramente no sufrió. Podré decirte más después de que me haya llevado el cadáver.

—Vale, gracias —dijo ella, y se dio la vuelta.

No había dado ni tres pasos cuando...

—Eh, inspectora, ¿no te olvidas de algo?

Ella se giró.

—¿Cómo qué?

—Como de tener una actitud irrespetuosa, exigirme que cumpla plazos poco realistas, lanzarme pullas y hacerte la graciosilla. O todo lo anterior.

Ella le dedicó una breve sonrisa antes de continuar su camino hacia el coche.

—Quizás todo haya terminado, ¿sabes? —le dijo Bryant, que acababa de ponerse a su lado hasta igualarle el paso—. No ha habido incidentes desde la muerte de Duggar. Sabemos que estuvo con Billie y que luego desapareció. Lo de aquí podría ser un incidente totalmente inconexo. Es poco probable que ese tipo no tenga enemigos. Quizás uno de ellos haya llegado a él en el momento justo y nos haya hecho un favor.

—Mmm...

—No pareces convencida.

—Mmm... —repitió Kim.

Bryant se rascó la cabeza.

—Estoy perdido —dijo—. Si no crees que Duggar era nuestro hombre y que esto ha sido el final, ¿por qué no le hiciste más preguntas a Keats?

Ella seguía callada mientras se subía al coche.

Bryant no entendía que la simple visión de John Duggar muerto en el suelo le hubiera dicho todo lo que ella necesitaba saber.

Sí, no había duda de que John Duggar la había odiado.

Pero alguien la odiaba más.

Capítulo 118

—¿Dónde estaba la sangre, entonces? —preguntó Kim. Bryant seguía intentando convencerla de que Duggar era su hombre.

Una rápida llamada acababa de confirmarle que Keats no había detectado, ni en la ropa ni en los zapatos del hombre, rastros de sangre que no coincideran con la herida mortal.

Penn y Stacey observaban el intercambio como si fuera un partido de tenis.

Bryant se frotaba la cabeza con frustración.

—Yo no...

—Si Duggar agredió a Billie con esa botella, algo de la sangre de la chica habría llegado a él.

Bryant hizo una mueca.

—Keats puede haber cometido un error. ¿Cómo diablos sabe que solo había sangre del hombre?

Kim le tendió el teléfono.

—Por sus diez años de formación y treinta de experiencia. Pero no dudes en llamarlo y cuestionar su criterio. Supongo que dejarás de ser su detective favorito, pero haz lo que quieras.

Bryant no le hizo caso.

—A Duggar podría haberle dado tiempo de cambiarse y...

—¿Dónde? —preguntó Kim, cada vez más cabreada—. Estuvimos en su casa. La ropa manchada de sangre habría llamado nuestra atención, ¿no crees?

—No hicimos una búsqueda exhaustiva, jefa —respondió él con paciencia.

Kim se situó a un lado de la pizarra, junto a las preguntas.

—¿Y qué hay de todo esto, Bryant? —preguntó—. ¿Cómo tentó Duggar a Amy y Mark para que fueran al piso? ¿Cómo consiguió la droga que se ha encontrado en la mayoría de nuestras víctimas? ¿Dónde está el libro?, ¿quién lo encargó? ¿Conoció Duggar a los Phelps en prisión? ¿Por qué, de repente, Duggar se habría puesto violento con Billie? Y ahora tenemos aún más preguntas: ¿cuál es el papel de Ernest Beckett en todo esto?

La sala enmudeció.

—Maldita sea, chicos —gruñó. Golpeó el escritorio de pura frustración—. ¿De verdad vamos a

aceptar la muerte de Duggar como una casualidad? ¿Vamos a dejar todas estas preguntas sin responder mientras nos damos palmaditas en la puta espalda?

Todos miraron hacia otro lado hasta que, por fin, Penn desafió el silencio.

—Pero, jefa, podemos relacionar a Duggar con al menos...

—«Al menos» no es suficiente, Penn. —Sacudió la cabeza—. Y, Bryant, el que quieras que todo esto termine no es suficiente para que termine. Ahora voy a informar a Woody, así que, si lográis responder a todas esas preguntas para cuando haya vuelto, cerraremos el caso y nos iremos al pub a celebrarlo. La primera ronda la pago yo.

Capítulo 119

—¿Estáis listos? —preguntó Symes a Lord y Preece.

Ambos movieron la cabeza de arriba abajo. Él sintió que la excitación crecía en sus entrañas. No tardaría mucho en salir de allí y ponerse en camino para darle a esa zorra exactamente lo que necesitaba. Después, lo más seguro es que se entregara. Incluso podría estar de regreso para la hora de acostarse.

—Con un par de minutos ahí abajo bastará, ¿vale?

—Entendido —dijeron sus compinches.

Lord se acercó a la mesa menos tolerante a la presencia de un hombre negro y se sentó.

—Oye, hermano.

Los miembros del grupo de cabezas rapadas se miraron entre sí. Luego se volvieron a Lord.

—¿Esto es alguna clase de apuesta, hermano? —preguntó uno de ellos con un énfasis especial en la última palabra.

—Solo estoy quitándome peso de encima, ¿me entiendes?

—Amigo, por tu propio bien...

Preece entró en escena.

—Este es un país libre —dijo—. El hombre puede sentarse donde...

Siete skins se pusieron de pie al mismo tiempo mientras la atención de toda la sala se dirigía a esa mesa central.

Symes avanzó hacia el grupo hostil y se colocó en posición.

—Vamos, dejad que este hombre...

Calló cuando el jefe de los cabezas rapadas le lanzó un puñetazo a Lord. Este le agarró el brazo con facilidad, se lo torció y, después, empujó al tío de nuevo contra su pandilla. Todo estalló: los curiosos se abalanzaron en el mismo instante en que la banda pensaba cómo tomar represalias. Symes se echó al suelo, a un palmo de distancia del campo de batalla, y empezó a contar.

Podía oír que los guardias gritaban desde la puerta, solo que no iban a entrar sin equipo antidisturbios.

Cogió el instrumento que había robado de la consulta del dentista —un gancho que se reservaba para introducirlo entre los dientes—, se lo clavó en el cuero cabelludo y lo arrastró. De inmediato, manó sangre.

Symes había optado por hacerse una herida en la cabeza. Debido a la cantidad de venas y arterias diminutas que hay justo debajo de la superficie de la piel, sangraría profusamente. Las heridas en la cabeza rara vez eran tan graves como parecían, pero debían tratarse con seriedad para evitar conmociones y otros daños cerebrales.

A su alrededor, los gritos ya habían alcanzado el punto álgido. Los reclusos se empujaban y se daban puñetazos sin saber por qué, pero una pelea era una pelea.

Mientras Symes se hacía un segundo corte en el cuero cabelludo, unas piernas le cayeron encima. La sangre recorrió su frente y sus ojos. Perfecto.

Oyó que las puertas se abrían con un ruido ensordecedor. Una manada de agentes entró al paso.

Los reclusos fueron apartándose. Empezaban a darse cuenta de que ni siquiera sabían de qué iba todo aquello. Symes apoyó la cabeza en el suelo y cerró los ojos. A su alrededor, se hizo un claro.

Sintió que alguien se erguía sobre él.

—Mierda. Por aquí, rápido —gritó Lord—. Este hombre necesita una ambulancia.

Capítulo 120

—No pareces venir con sensación de viernes por la tarde, Stone —dijo Woody, medio sonriente —. Y he oído que las felicitaciones son...

—No, señor, no son —dijo ella. Se sentó antes de que él la invitara. Eso provocó en el jefe un inmediato gesto de preocupación.

—Pero he oído que tu principal sospechoso ha aparecido muerto y...

—Señor, ¿Bryant lo informa directamente a usted sin que yo lo sepa?

—Lo he visto en el sistema, Stone —le aclaró—. Ahora me tienes confundido. No entiendo por qué esto no es bueno.

—Hay demasiados cabos sueltos, demasiadas conexiones que no podemos establecer entre Duggar y los acontecimientos. —Trató de moderar su frustración.

Woody entrelazó los dedos bajo la barbilla.

—¿Cómo qué? —preguntó.

—No puedo encontrar un vínculo definitivo entre Duggar y Amy y Mark.

—¿No vio él el piso en el que los chicos aparecieron?

Ella asintió.

—No estoy diciendo que no consiguiera la llave, pero, si los llamó para que fueran al piso, ¿por qué los chicos le llevaban flores?

—¿Y llegaron con flores?

—No lo sé —respondió ella con sinceridad.

—Por lo tanto, podrían haber sido para otra persona. No es improbable que las hubieran dejado de camino y que ese detalle no tuviera relación con el asesinato.

A Kim nunca le había gustado ignorar algún hecho con tal de que las cosas encajaran, pero su jefe tenía razón.

—No sé qué habrá hecho Duggar para conseguir la droga que...

—¿Un expresidiario capaz de conseguir drogas? Sí, es una exageración.

—Pero ¿por qué se puso tan violento con Billie? La quería.

—Nada de esto iba de Billie Styles, ¿verdad? Se trataba de su odio hacia ti.

—Señor, en definitiva, se me rebelan las entrañas ahora mismo. Estamos haciendo demasiadas concesiones, demasiados «si tal cosa» o «si tal otra». Se me tensa la mandíbula ante el camino que estamos tomando. ¿Dónde están los indicios sólidos?

—Entonces, ¿nada de lo que he dicho es plausible? —preguntó él.

—Plausible sí, pero no sólido. Quiero decir, ¿recuerda que hayamos tenido antes una conversación como esta? —le preguntó.

A Kim le parecía que estaban haciendo un rompecabezas y trataban de meter piezas de formas similares en los huecos, a la fuerza, con tal de terminarlo.

—No todos los casos se entrelazan bien al final, Stone. Pero esa no es la razón por la que te opones a los hechos y las posibilidades. ¿Qué es lo que de verdad te inquieta tanto?

—El final del partido —señor—. No lo hay. Desde el principio, estaba claro que el motivo de todo esto era hacerme el mayor daño posible, causarme el máximo dolor psicológico. Todos estos asesinatos dejan de tener sentido si al final me dejan vivir. Alguien con tanto odio necesita verme muerta. Es lo único que tiene sentido. Con Duggar fuera, no hay final, no hay señales de que pueda haber un final. ¿Cuál era su plan? ¿Qué pensaba hacer conmigo? Todos sabíamos que yo era el objetivo, una vez que Alison...

—¿Y cuál es la opinión de Alison al respecto? ¿Cree que Duggar es tu hombre?

—Buena pregunta, señor. Me gustaría planteársela yo misma, así que es buen momento para liberarla de West Mercia y traerla de vuelta.

Kim frunció el ceño mientras las cejas de su jefe se cerraban en un gesto.

—Stone, no sé de qué me estás hablando. Alison Lowe no ha sido reasignada.

Capítulo 121

—Vuelve a intentarlo, Stace —dijo Kim, que iba de un lado al otro de la sala del escuadrón—. Y, Penn, ¿puedes ver si el coche patrulla ha llegado ya a su casa?

—Sí, jefa —dijeron los dos al tiempo. Intercambiaron miradas antes de coger sus teléfonos.

—Sí, ya sé que solo han pasado unos minutos, pero cada segundo cuenta, ¿no es así?

—Nada, jefa —dijo Stacey—. Directo al buzón de voz.

—¿Y el inspector detective Merton dijo que la dejó anoche a las...?

—Una media hora después que a mí —respondió Stacey—. Alrededor de medianoche. Prestó declaración y, de ahí, un coche patrulla la llevó directamente a casa. Merton le dijo que se pondría en contacto en caso de que necesitara algo más durante el interrogatorio de Jamie Hart, pero no ha hablado con ella desde entonces.

—Vale, busca en los circuitos cerrados según las horas a las que ha llegado y se ha ido esta semana. Quiero saber si ha venido en otro vehículo que no fuera el suyo.

Stacey asintió y empezó a teclear para acceder a las cámaras de la comisaría.

—¿Penn? —dijo Kim al ver que el sargento colgaba el teléfono.

Él movió la cabeza de lado a lado.

—Todavía están a unos minutos. Llamarán en cuanto lleguen.

—Vale, ¿dónde más podemos buscar? ¿Qué sabemos de ella? —preguntó Kim.

—Come mucho —dijo Stacey.

Penn, por su parte, se encogió de hombros.

—¿Así que esta mujer lleva toda la semana trabajando a nuestro lado y lo único que sabemos de ella es que no le gustan los perros y tiene buen apetito?

Ninguno dijo nada. Kim no solo se estaba enfadando con ellos, sino también consigo misma.

—No creo que importe —dijo Bryant, que escudriñaba la pizarra.

—Bryant, te juro que, si vas a intentar decirme que todo esto es una extraña coincidencia y que Duggar es nuestro hombre y Alison está en un bufé libre, te voy a...

—No pienso decir eso, jefa —se defendió—. Pero me parece que es irrelevante saber dónde ha estado o qué ha estado haciendo hasta ahora. Si estamos en lo cierto, lo único que importa es dónde está, y la única persona que puede decírnoslo eres tú.

Todo el jaleo de la sala se detuvo.

—¿Yo?

Bryant asintió con la cabeza.

—El primer crimen fue el de Amy y Mark, escenificado para que parecierais tú y Mikey en un lugar idéntico a en el que solíais vivir. El segundo asesinato fue el de una pareja de mediana edad, diseñado para replicar la muerte de Keith y Erica en un lugar especial para ti. El ataque a Billie Styles...

—Explícate, Bryant —le espetó ella, aunque ya tenía una idea aproximada de adónde la estaban llevando.

—Si es así, estamos ante un suceso traumático en el que está implicado uno de tus compañeros de trabajo.

—Dawson —susurró Kim.

Stacey tragó saliva y Penn miró el suelo.

El sonido del teléfono de Penn los sobresaltó a todos.

El sargento cogió el móvil de inmediato y escuchó.

—Nada, jefa —dijo—. Su coche está en la entrada, pero nadie responde en la casa.

—Diles que los autorizo a forzarla —dijo ella.

Penn transmitió el mensaje mientras Kim se volvía hacia Bryant.

—Lánzame tus llaves. Esto quiero verlo por mí misma, y ahora conduzco yo.

Capítulo 122

Kim conducía en silencio, sorteando el tráfico a toda velocidad, mientras Bryant resistía y rezaba por su vida. Ni una sola vez le pidió que fuera más despacio.

Se detuvieron cuando el Astra estaba a punto de besar el parachoques trasero del coche patrulla.

—Gracias, jefa —dijo él al bajar—, por no estrellarnos de frente con los otros coches.

La puerta principal estaba abierta. Había dos agentes en el umbral.

—Aquí no hay nadie, señora —dijo uno de ellos.

—No hay señales de lucha —dijo el otro.

Kim pasó a un lado de los uniformados.

—Gracias, chicos.

Al llegar al salón, lo miró dos veces.

Siempre empezaba por la cocina, el mejor indicador de cualquier actividad reciente. Lo mismo habían comprobado con Ernest Beckett, quien estaba a medio preparar un tentempié y, sin duda, había salido corriendo.

El salón solía indicar el modo de ser del propietario, y vaya si esa habitación tenía personalidad. Era un elegante homenaje a los años sesenta. A Kim, la alfombra de felpa con remolinos naranjas le recordó un caleidoscopio. Un mueble y un gramófono con discos de vinilo apilados a un lado ocupaban la esquina más alejada. Sin embargo, el televisor montado en la pared era de última generación, curvado, con dos altavoces empotrados y otro de subgraves al fondo de la sala. Frente al televisor, sostenido por cuatro patas enjutas, había un largo sofá cuadrado con dos cojines y, a un lado de este, un sillón con forma de medio huevo. Kim sabía que ese sillón giraba y se reclinaba.

La hizo sonreír su incapacidad de situar a Alison ni un segundo en esa habitación. La mujer la había sorprendido, y eso le gustaba. Este salón le declaraba que Alison vivía para sí misma y para nadie más. Quería muebles retro, pero imágenes de alta tecnología. No intentaba encajar en un estilo; le gustaba lo que le gustaba. Kim tenía su propia casa poco amueblada y un tanto desordenada, pero así la disfrutaba. No quería comprar adornos ni baratijas solo para que los demás se sintieran cómodos.

Fue a la cocina, una habitación dominada por un frigorífico-congelador americano de color rosa chicle.

No había espacio para una mesa, pero habían sacado dos muebles de debajo de la encimera de mármol. Dos taburetes completaban la zona de asientos improvisados.

El mueble de la derecha era un lavavajillas empotrado que contenía vasos, tazas y una docena de platos pequeños. Stacey tenía razón: esa mujer daba la impresión de ser una comilona que vivía de bocadillos y pocas buenas comidas.

—Arriba no hay nada, salvo algunos muebles raros —dijo Bryant—. Y, por lo que veo, es un tema recurrente aquí abajo.

Kim asintió con la cabeza. En ese momento, el teléfono le indicó que acababa de recibir un mensaje de texto.

Sacó el móvil y vio que era de un número desconocido.

Abrió el mensaje y lo leyó. Se le heló la sangre.

Mientras su compañero abría las puertas de los armarios, ella se giró y volvió a leerlo. Bryant notó su silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Kim tenía que tomar una decisión rápida.

—Últimas noticias de Keats —dijo, y se metió el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué dice?

—No mucho —insinuó ella. En su mente ya se estaba formando un plan. Él la miraba con extrañeza—. Nada que nos ayude a encontrar a Alison —dijo en un intento de no hacer más profunda la mentira; pero, en ese momento, sentía que cada segundo importaba.

—Bryant, voy a revisar el baño, por si hubiera alguna pista. ¿Quieres comprobar el cobertizo del jardín trasero?

Era una completa pérdida de tiempo. Kim lo sabía, pero él no. El mensaje de texto se lo acababa de dejar claro.

Él llegó a la puerta trasera y se giró.

—¿Estás bien, jefa? Pareces un poco...

—Estoy bien, Bryant. Ahora ve a echar un vistazo para que podamos seguir adelante.

Él salió. Justo en ese instante, Kim se dio la vuelta y se fue de la casa.

Capítulo 123

Bryant abrió la puerta del cobertizo. La sensación de inquietud no se la provocaba lo que pudiera encontrar. Estaba tan convencido como su jefa de que Alison no estaba allí, ni viva ni muerta.

No. Lo inquietante había sido la expresión de Kim, cuando le había dicho que el mensaje era de Keats.

Estaba seguro de que la jefa mentía. Si hubieran estado en su casa, tomando café, y si ella fuera Kim, se lo habría dicho. Pero, mientras fuera la jefa, tenía que descartar la idea.

De lo que ella no se daba cuenta —y él no estaba por la labor de decírselo— era que, aunque mentía bien, se resistía a hacerlo. Todo en ella era directo y sincero, así que Bryant había aprendido a leerle los ojos. Y en ellos había arrepentimiento.

Pasó la mirada por encima del repertorio habitual de trastos esparcidos: una barbacoa maltrecha, una sombrilla rasgada y un puñado de herramientas de mano llenas de telarañas. Nada que llamara la atención. En aras de la minuciosidad, echó un vistazo superficial al perímetro.

Volvió a la casa. Si le preguntaba de nuevo quién le había enviado ese mensaje de texto, no la estaría llamando mentirosa sin más, sino que le estaría dando una segunda oportunidad para decir la verdad.

—Oye, jefa, ¿quién has dicho...?

No tardó en darse cuenta de que hablaba a una sala vacía.

Se dirigió al pasillo y echó un vistazo al salón.

«Por supuesto. Iba a subir a revisar el baño de Alison».

—¡Eh, jefa! —gritó desde el final de las escaleras.

—No está arriba, colega... Lo siento... Quiero decir...

—¿Dónde está, entonces? —preguntó Bryant a uno de los agentes que habían entrado en la casa.

—Hace pocos minutos se ha marchado en un Astra Estate...

Bryant maldijo y se dirigió de nuevo a la cocina. Sacó el móvil.

Marcó el número de Kim. Oyó el timbre sonar y sonar antes de que se saltara el buzón de voz. Gruñó en silencio. Colgó y volvió a intentarlo. Lo mismo.

—Mierda —masculló.

Llamó a Stacey. ¿A qué demonios estaba jugando?

—Hola, Stace, ¿ha llamado la jefa?

—Eeen..., ¿qué?, ¿no estás...?

—¿La has llamado para algo?

—No, no en...

—Stace, ¿hemos recibido algo de Keats hace un rato?

—Espera... No, nada. Puedo...

—Joder —dijo él, y miró a su alrededor. El coche patrulla que ya estaba allí tenía que permanecer en el lugar y mantener las instalaciones bajo vigilancia hasta que alguien fuera a asegurarlas—. Stace, envía una patrulla a buscarme.

—Vale, Bryant, pero ¿qué demonios está...?

—Es la jefa, Stace. Se ha ausentado sin permiso.

Capítulo 124

Kim ignoró la séptima llamada y detuvo el coche.

Sabía que algunas eran de Bryant, y otras, probablemente, de Stacey.

Sí, le sentaba mal haber abandonado a su colega de ese modo; y no solo por haber cogido su coche. Sin embargo, el mensaje de texto era muy claro.

Sacó el móvil y volvió a leerlo.

Sabes a quién tengo y a quién quiero. Ven sola o se muere. Y ya sabes dónde estoy.

Esa semana ya había muerto mucha gente por el enfermizo deseo de una persona de vengarse de ella. No podía arriesgarse a que alguien más saliera herido.

Y la persona que le había enviado el mensaje de texto tenía razón.

Kim sabía dónde estaba Alison.

Lo que no sabía era con quién estaba.

Capítulo 125

Alison intentaba contener el pánico que crecía en su interior, pero el miedo quería escaparse de su cuerpo.

Sabía que estaba al aire libre. Podía sentir los mechones de su pelo moverse con la brisa, así como la frescura del viento a su alrededor. Tumbada boca arriba. Y también sabía que por encima pasaban nubes de tormenta.

Los ladrillos le mordían la piel desnuda, desde los brazos hasta el cuero cabelludo.

Estaba en una especie de cornisa. Lo había notado porque su brazo derecho caía por el lateral y se apoyaba, endeble e inútil, en los ladrillos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Y eso no era lo que provocaba que el terror recorriera sus venas.

El terror venía de su incapacidad para moverse.

Ni uno solo de sus músculos respondía a sus órdenes.

Tenía la mente clara, nítida, concentrada; pero, por más que pedía a su cerebro que enviara mensajes a través del sistema nervioso, la comunicación estaba cortada.

No tenía ni idea de la hora. Su último recuerdo era de la madrugada.

Se acordaba de haberse levantado de la cama, haberse tomado un té verde, subido las escaleras y puesto la ropa de deporte. Quería correr para quitarse la culpa del imparable hábito de picotear durante el trabajo, además de que tenía la adrenalina muy alta desde la noche anterior. Necesitaba hacer ejercicio para expulsarla de su organismo.

Salió de casa poco antes de las siete. Giró a la izquierda al final de la calle y cogió el atajo al parque a través del polígono comercial. Se unió a otros corredores matutinos, descansó a mitad del recorrido, cerca de las papeleras, y luego...

Sus pensamientos no pasaban de ahí. Era lo que hacía todas las mañanas. Sabía que el circuito medía tres kilómetros, más o menos. Y recordaba haber estado allí.

Cerró los ojos y pensó con fuerza. Trataba de ir más allá del muro de ladrillos donde estaban las papeleras.

Salir de casa.

Girar a la izquierda.

Calle transversal.

Polígono comercial.

Entrada al parque.

Hombre con caniche.

Otros corredores.

Personas sentadas en bancos.

Mujer en bicicleta.

Parada en las papeleras.

Agáchate, recupera el aliento.

Ay.

Ahí estaba, otra vez, el muro de ladrillos, pero antes había algo más. Un pinchazo, como un aguijonazo en la espalda, mientras se inclinaba hacia delante con las manos sobre las rodillas y la respiración acelerada.

Y luego, nada.

Después de eso, no recordaba nada.

¿La habían agredido, violado? ¿Qué demonios estaba pasando?

El saber que la habían drogado no la ayudaba a calmar el miedo, aunque ahora entendía por qué no podía moverse, y también entendía que no podía hacer nada al respecto.

Capítulo 126

—Vamos, chicos, decidme algo —los instó Bryant, al frente de la sala—. ¿Qué demonios pensamos que pasa?

—Ese mensaje de texto debe de haber sido del asesino —dijo Penn.

Bryant supuso que su compañero solo trataba de romper el silencio.

—¿Por qué no ha habido contacto, entonces? —preguntó, lleno de frustración.

Stacey colgó el teléfono.

—Nada. Creo que se ha quedado sin batería.

Maldita sea, estaban intentando rastrear a alguien que no quería ser encontrado.

—No tengo nada en los circuitos cerrados —dijo Penn—. Hay un kilómetro y medio hasta la primera cámara, tres isletas de tráfico en el centro. Podría haber ido a cualquier parte.

Aún no habían informado a Woody de que la jefa había desaparecido y Bryant no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a poder cubrirla. Kim estaba a una llamada de distancia de un montón de mierda que, en este momento, era lo que menos preocupaba a Bryant. Sin embargo, si no lograban algún tipo de avance, y pronto, se vería en la necesidad de hacer esa llamada.

¿En qué estaba metida y con quién?

—¿Tal vez el asesino le ha dicho que acuda sola? Eso explicaría por qué ha salido por patas —dijo Penn.

Bryant sabía que el sargento tenía razón. Consciente de que podía poner en peligro a alguien más, la jefa habría ido sola.

—¿Tendríamos que haber escuchado a Alison? —preguntó Stacey en voz baja—. Nos instó a considerar otros posibles sospechosos, pero todo este tiempo hemos estado atascados en Duggar. Quizá deberíamos haber...

—No importa, Stace —dijo Bryant, que no dejaba de mirar la pizarra—. Saber quién es no nos ayudará en absoluto. Como antes, lo que importa es seguir las migajas, la lógica del asesino. Es lo único que puede decirnos dónde están.

Los tres callaron y se quedaron mirando la pizarra durante unos minutos.

Penn rompió el pesado silencio.

—Todo lo relacionado con estos incidentes es lo más parecido posible a sucesos reales. Los chicos en un apartamento idéntico, unos pisos más abajo. Las esposas, el radiador, el paquete de galletas. Todo exacto.

—La pareja de mediana edad, respetable y simpática, quemada viva frente a un lugar que era importante para todos ellos —dijo Stacey.

—Y la agresión sexual —añadió Bryant— en el lugar exacto al que el hijo de puta solía llevar... a las niñas para abusar de ellas. El billete de cinco libras roto en el bolsillo. Entonces, ¿qué nos dice todo esto? —preguntó Bryant, con el ceño fruncido.

—Que todo está en los detalles —dijo Stacey—. Nuestro asesino tiene que acercarse lo más posible a los hechos reales para causar el máximo dolor.

—La muerte de Dawson, pues —dijo Penn—. Está usando a Alison igual que al compañero de trabajo que cayó...

—Así que tiene que estar en algún lugar alto —concluyó Stacey—. Alison tendría que caer desde una gran altura.

—Y el lugar debería significar algo para la jefa —dijo Penn.

Un recuerdo de principios de semana hizo clic en el cerebro de Bryant. Algo que la jefa había dicho.

—Vamos chicos —dijo, y cogió su chaqueta—. Creo que ya sé adónde tenemos que ir.

Capítulo 127

Kim aparcó el coche, miró hacia arriba y se estremeció. Era una larga caída. Era imposible sobrevivir.

Mientras subía las escaleras hasta la cima, intentaba deshacerse de las inquietudes que provocaba la noche en aquel lugar. Sabía, sin ninguna duda, que allí era adonde habían llevado a Alison. Era el único lugar que tenía sentido.

Cada fibra de su ser la instaba a ir más deprisa, a subir los escalones de dos en dos, pero tenía que ir a su ritmo. La subida era larga. Sin embargo, a pesar de los latidos de su corazón, tenía que obligarse a recordar que el espectáculo no empezaría sin ella, porque era para ella.

El asesino quería que presenciara la muerte de su colega. Luego, Kim encontraría su propio final, ya que esa había sido la tortura más reciente, una en que la herida seguía abierta.

Pero ¿qué esperaba?, ¿cómo demonios iba a salvar a Alison o salvarse a sí misma si ni siquiera sabía contra quién luchaba?

Su oponente lo sabía todo sobre ella y ella no sabía nada de su oponente.

Podía sentir su propio ímpetu llevarla más rápido. Sus pies intentaban seguir el ritmo de sus pensamientos.

Tenía que volver al principio. Tenía que saber con quién trataba, a quién iba a enfrentarse, para que ninguna de las dos acabara muerta.

Su instinto le había dicho que Duggar no estaba detrás de los asesinatos, a pesar de las pruebas. Tanto su encuentro con él como todo lo que había averiguado desde entonces le habían confirmado esa sensación. No importaba que Duggar hubiera dejado huellas de su presencia en todo el caso.

Mientras subía, Kim pensó en Amy y Mark, jóvenes, adictos a las drogas, sin apoyo familiar, desesperados por encontrar un lugar que fuera suyo. Un hogar propio.

Los Phelps habían sido buenas personas obligadas a visitar a su hijo en un lugar que les era completamente ajeno. Personajes incómodos en un paisaje desconocido.

Y John Duggar había actuado contra su propia naturaleza. Había hecho, sin más, lo que le había pedido alguien que, quizás, solo había sido amable con él. Billie Styles había sido llevada por su exnovio a cierto lugar sin que el hombre tuviera la menor idea de cómo la atacarían.

Ernest Beckett había sido chantajeado. Lo habían amenazado con arruinar su vida y su reputación.

El alcance de Symes y su club del odio iba mucho más allá de los muros de la prisión.

Y Kim seguía sin saber quién había encargado el libro. Su instinto le decía que ese dato era importante.

Pero, por lo visto, esa persona la odiaba con una pasión ciega. Era despiadado y astuto y tenía hielo por venas. Era capaz de asesinar sin pensárselo dos veces; y era encantador, también, para conseguir lo que quería.

—Ah, mierda —dijo Kim en voz alta. Su mente empezaba a atar los cabos—. Ah, mierda —repitió mientras aceleraba el paso por los escalones.

Por fin sabía con quién iba a encontrarse.

Capítulo 128

—¿Cuántos escalones hay hasta arriba? —preguntó Bryant. Los tres hacían lo posible por permanecer juntos mientras subían la torre de vigilancia del castillo de Dudley.

El espacio era estrecho y claustrofóbico. Se veían forzados a subir en fila india e iluminaban el suelo con sus linternas.

—Alrededor de doscientos, creo —dijo Penn desde atrás. Stacey estaba en medio.

—Gracias por ayudarnos a entrar, Penn, buen trabajo —susurró Bryant.

—Por aquí, todo el mundo conoce ese atajo. —Habían dejado el coche en el aparcamiento que estaba justo al final de la entrada principal del recinto—. En mi adolescencia, solía venir a la Caminata Fantasmal. Yo hacía de esqueleto, pero tenía que volver al bar para hacer también de Dama Gris —susurró.

Penn los había guiado entre la oscuridad. Los había hecho subir la colina y pasar junto a los cañones del lado norte del castillo.

—¿De verdad crees que está aquí? —preguntó Stacey. Bryant empezaba a sentir un poco del aire de arriba. Se estaban acercando.

—La jefa lo mencionó a principios de semana. Keith y Erica la llevaban con frecuencia al zoo y al castillo. Este lugar significa mucho para ella. Es algo que el asesino tiene que saber. Y es jodidamente alto —añadió.

«Además —pensó—, tiene que estar aquí. O ya está muerta».

Capítulo 129

Kim subió el último escalón del edificio.

Respiró hondo. Estaba de vuelta en el punto de partida.

De un empujón, abrió la puerta que daba a la azotea del edificio de apartamentos llamado Chaucer.

Sus ojos se adaptaron con rapidez a la luz alterada y su mirada se posó en la figura de quien la aguardaba.

Puso un pie en el tejado.

—Buenas noches, Mallory, ¿cómo estás?

—Mucho mejor ahora que te veo, Stone —dijo la mujer con una frialdad que le heló la sangre.

—¿Dónde está Alison? —le preguntó. Trataba de mantener una voz uniforme—. Aquí me tienes, así que es hora de dejarla ir.

Una ligera risa salió de los labios de la mujer. Miró el suelo.

—Ay, ¿de verdad no quieres que lo haga? —preguntó.

Kim siguió la mirada de Mallory y vio una cuerda, una maldita cuerda de campana, tal como la que había cedido al peso de Dawson.

Por un segundo, volvió a estar allí, en el suelo, arrastrándose por la grava, gritando advertencias mientras la cuerda deshilachada se rompía y enviaba a su colega en picado hacia la muerte.

Recuperó el aliento y se concentró en la mujer que, delante de ella, blandía un cuchillo.

—La dejaré ir cuando esté lista.

Con la mirada, Kim siguió la cuerda por el tejado plano hasta donde daba dos vueltas alrededor de las fijaciones de una unidad de calefacción. Después, la cuerda se enrollaba en medio del tejado, como una manguera de incendios desechada, para finalmente arrastrarse hasta el borde del edificio, donde Alison yacía de espaldas, inmóvil.

Kim conocía la anchura de ese borde. Un movimiento en falso haría que Alison cayera hacia una muerte segura. No tenía ni idea si estaba bien atada.

Lo único que sabía era que tenía que detener ese desenlace. Si Mallory tenía intenciones de ser fiel a su personaje, para torturar a Kim, antes de matarla, lanzaría a Alison al vacío. Otra vida

perdida por su culpa.

Tenía que encontrar una manera de intercambiar la vida de Alison por la suya.

—Es a mí a quien buscas —le dijo Kim, y dio un pequeño paso.

Mallory hizo lo mismo, pero hacia Alison.

—Si intentas acercarte, la empujaré —la advirtió—. Debes saber que, aquí, yo soy quien tiene el control. Y voy a conseguir lo que quiero.

Kim dejó de moverse.

—¿Sabes, Mallory?, si tanto querías mi atención, podrías haberme llamado. Podríamos haber comido juntas. ¿De verdad tenías que matar a toda esa gente? —le preguntó. Trataba de mantener una voz tranquila y uniforme. En este momento, Mallory tenía todas las cartas. Y estaba a pocos pasos de Alison.

En su intento por salvar la vida de la criminóloga, Kim había hecho lo que Mallory le había pedido exactamente. Sin embargo, ahora que ya estaba allí, no tenía ni idea de si iba a ser capaz de salvar a su compañera. Además, nadie sabía dónde estaban.

Mallory tenía razón en dos cosas: ella tenía el control y Kim estaba muy sola.

La mujer sonrió con una dulzura enfermiza mientras retrocedía dos pasos. La maldad destellaba en sus gestos. En el pecho de Kim, la amenaza paralizó su respiración.

Mallory extendió una mano delicada y bien cuidada y empujó a Alison por el borde.

Capítulo 130

—¿Qué hora es? —preguntó Bryant mientras corrían hacia el coche.

—Las ocho menos diez —respondió Stacey.

—Y Dawson murió a las...

—Unos tres minutos pasada la hora en punto —dijo ella.

Bryant se maldijo por haberse equivocado. Si algo le sucedía a Alison o a la jefa, nunca se lo perdonaría.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —Regresaban al coche de Penn—. Los pisos donde vivía la jefa, en Hollytree.

—Es el único sitio que queda —dijo Stacey, sin aliento. El teléfono de Bryant sonó.

—Maldita sea —dijo el sargento al ver el nombre de Woody parpadear en la pantalla. Tenía la sensación de estar a destiempo en más de un sentido.

—Señor...

—Bryant, por favor, dime que el incidente en el tejado del edificio Chaucer no tiene nada que ver con tu jefa ni contigo ni con la actual investigación sobre...

—¿Qué incidente? —preguntó.

—Todavía no hay detalles. Los oficiales están de camino. ¿Qué demonios?...

—Gracias, señor. —Bryant colgó el teléfono y lo apagó. Calculó con rapidez el tiempo y la distancia que los separaba de la jefa—. Vale, Penn, veamos qué puedes hacer para que esto funcione —dijo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Su colega los sacó del aparcamiento a toda velocidad. Bryant tenía la sensación de ir deprisa y corriendo al trabajo en una de esas mañanas en que el reloj te dice que ya es demasiado tarde.

Capítulo 131

—¿Toda esa gente ha muerto por lo mucho que me odias? —preguntó Kim. Estaban frente a frente, los ojos de la detective centrados en la cuerda que se tensaba desde el equipo de calefacción y mantenía a Alison a salvo de una muerte segura.

—No intentes distraerme, Stone. Estoy segura de que lo has relacionado todo.

—Según mis cálculos, si quieres hacer esto bien, quedan unos minutos antes del asesinato. —Kim abrió los brazos—. ¿Qué demonios voy a hacer para detenerte? No tengo nada con qué pelear contigo y Dawson cayó tres minutos después de en punto, así que, dímelo. ¿Por qué tanta gente? —preguntó. Trataba desesperadamente de pensar. No tenía nada. No tenía armas. No había manera de distraer a su oponente y ganar algo de ventaja.

Lo único que podía hacer era ganar tiempo.

El tiempo... De repente, se dio cuenta.

Miró adrede hacia abajo, hacia la cuerda que se tensaba. Mallory observaba todos sus movimientos. Kim se acercó un paso más al calefactor, a sabiendas de que la asesina haría lo mismo.

—Eras la trabajadora de contacto —dijo—. A Amy y Mark les ofreciste mantas, una comida. Te ganaste su confianza. Les dijiste que los ayudarías con un piso. ¿Llamaste y los atrajiste al apartamento con la llave que Duggar había conseguido?

—Ah, sí, John. Qué chico tan encantador.

Kim dio otro paso hacia la cuerda tensa.

—Lo conociste en la prisión, ¿no?

Mallory también se movió hacia la cuerda.

«En el momento oportuno», se recordó Kim a sí misma. Todo dependía de actuar en el momento oportuno.

—Te encontraste con un hombre alto y fuerte a quien podías manipular con toda facilidad —continuó—. Bastaban unas cuantas palabras amables. El tipo solo quería que alguien fuera bueno con él, que alguien lo tratara como a un ser humano.

—Y eso hice —respondió Mallory—. Pagó dividendos.

—Él no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, ¿verdad? Tú le dijiste lo que debía hacer y él

obedeció. Consiguió que su excompañero de celda chantajeara a Beckett mediante un correo electrónico. John no tenía ni idea de lo que ibas a hacerle a Billie, pero la llevó a esos bosques. Así fue como pudiste agredirla con tanta brutalidad.

Mallory se encogió de hombros sin un ápice de emoción.

—Huyó como una niña estúpida. —Que sonara tan parecida a su padre era muy molesto—. Y, como él ya había cumplido su propósito, lo despaché. Eso era lo más amable que podía hacer —dijo, como si hablara de un animal herido y sin remedio.

Kim hizo un gran esfuerzo por ocultar su disgusto. Sabía que tenía que luchar contra sus propias emociones si quería conservar alguna esperanza de salvar la vida de Alison. Tenía que concentrarse y mantener a su enemiga enfocada.

Dio otro paso adelante.

Mallory hizo lo propio y blandió el cuchillo.

—Stone, te lo advierto...

—Y los Phelps fueron un auténtico regalo, ¿verdad? —preguntó—. Una respetable pareja que estaba fuera de lugar cuando visitaba a su hijo en prisión. Apuesto a que les encantó el consuelo de alguien como tú; tan parecida a ellos, tan bien informada acerca del sistema. Joel me dijo que pasaban más tiempo charlando con otros visitantes. Eran una pareja inocente y confiada a la que pudiste someter con facilidad. Los inyectaste en un instante y luego prendiste fuego al coche.

—Cuanto mayor es la dosis, más rápido funciona —explicó Mallory—. Desde el asiento trasero de su coche, fue bastante fácil darles un pinchazo. Luego solo tuve que poner mis manos unos segundos en los botones del cinturón de seguridad.

Kim pensó en esas dos personas, aprisionadas por un mecanismo que había sido diseñado para mantenerlas con vida.

—Prendiste fuego al coche desde dentro. Tuviste tiempo de salir y marcharte, mientras ellos se quedaban paralizados y las llamas crecían a su alrededor.

—Me pareció ingenioso —dijo ella en tono ameno.

Qué ganas tenía Kim de correr y salvar el espacio que las separaba para arrancarle aquella expresión; sin embargo, tenía que seguir concentrada. Sabía que se acercaba la hora.

—Pero ¿por qué matar a Ernest Beckett? —le preguntó—. Ya lo habías chantajeado para que te diera el expediente, así que...

—Porque era un espécimen débil y lamentable. Al final, habría ido a la policía. Era un cabo suelto.

—¿Lo drogaste y lo mataste, pues? ¿Un cuerpo más para la pila? —escupió Kim. Se sentía

incapaz de lograr que su voz no reflejara sentimientos. El desprecio por la vida humana revelaba lo mucho que esa mujer se parecía a su padre—. Ya sé de dónde salieron las drogas. Es lo que le inyectabas a tu padre para mantener sus músculos...

Dejó de hablar porque, de repente, se le ocurrió algo: el fármaco era un relajante muscular.

—Dios mío, no estaba paralizado, ¿verdad? —dijo Kim. Ahora se preguntaba por qué alguien que no tenía sensibilidad debía recurrir a un relajante muscular—. ¿Tú lo mantuviste en esa silla?

Una mirada de desagrado alteró el rostro de Mallory.

—Así era más fácil de manejar —dijo—. Por primera vez en mi vida, yo tenía el control. Podía tratarlo como él me había tratado a mí durante tantos años.

Kim recordó que, durante la investigación de los delitos de odio, habían descubierto muchos de los secretos familiares de los Preece. Pero quizá no todos.

Dio otro paso.

Mallory la imitó.

—¿Qué demonios te hizo, Mallory?

—Nada que no le devolviera multiplicado por diez en cuanto tuve la oportunidad —explicó ella, con acero en la voz—. Y luego tuve un hijo que era igual que él. Bart estaba cortado con el mismo patrón. Era como volver a ver al viejo.

Kim percibió la ironía: esa mujer era igual a aquellos dos.

—Pero mi Dale lo mejoró todo —dijo—. Es el hijo que yo quería, el que de verdad me importa. Los demás nunca me interesaron.

Kim no pudo evitar que en su rostro se formara un gesto de confusión.

—Pero todo esto ha sido por eso —dijo—. Me desprecias por culpa de tu padre y de tu hijo. Porque, indirectamente, yo te los quité.

Sorprendida, Mallory abrió mucho los ojos.

—¿Eso es lo que crees? ¿Crees que todo esto lo he hecho por esos dos hijos de puta? ¿Crees que ese es el núcleo de mi rabia?

—Por supuesto.

La mujer soltó una carcajada.

—No te odio por lo que les hiciste a ellos. Ambos están muertos, y yo los abominaba. Te odio por lo que le has hecho al que está vivo.

Capítulo 132

Penn detuvo con brusquedad el coche delante del edificio Chaucer.

—¿Qué hora es? —preguntó Bryant.

—Faltan dos minutos para las ocho —contestó Penn mientras evaluaba la escena.

Las personas, en grupos, apuntaban hacia el tejado. Algunas reían, como si el espectáculo fuera un entretenimiento nocturno.

—Joder —dijo Bryant. Los demás siguieron su mirada.

—Es ella —susurró Stacey—. Es Alison.

La mujer colgaba de una cuerda que tenía atada a los pies. Bryant no tardó en darse cuenta de que Alison no forcejeaba ni se movía en absoluto.

Detrás de ellos se detuvo un coche patrulla.

—Alejad a todo el mundo —ordenó Bryant.

Los tres detectives entraron corriendo en el edificio. Bryant alcanzó a ver su propio coche aparcado en la fila, más adelante, y se maldijo una vez más por haber tomado la decisión equivocada.

—Putos ascensores —gruñó al ver en uno de ellos el cartel de «Fuera de servicio». El otro estaba bajo el nivel del suelo.

—Escaleras —dijeron los tres al mismo tiempo, y atravesaron las pesadas puertas cortafuegos.

Enfrente se les apareció una figura oscura.

—¿Adónde vas, hermano?

—Largo de aquí —dijo Bryant.

El tipo tendió la mano.

—Hay un peaje...

Bryant extendió un brazo, cogió al joven por el cuello y lo apartó de un tirón.

—Venga, ¿quién es el más rápido en...?

Penn ni siquiera se molestó en contestar. A la carrera, empezó a ascender los trece tramos de escaleras.

Capítulo 133

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Kim. Dio un paso más hacia esa mujer que, sin duda, había perdido la cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? —siseó Mallory—. Está obsesionado contigo. Piensa en ti todo el tiempo. Mató a su propio hermano para salvarte, e incluso en prisión...

—Me odia —dijo Kim. Trataba de que la mujer entrara en razón.

—Ojalá te odiara. Llevo mucho tiempo tratando de convencerlo. Él es el único que me ha importado. Mi padre y Bart no podían significar menos para mí. Dale es el único al que he querido, y él solo piensa en ti. Estás en la cárcel con él y seguirás estando con él cuando salga. Por eso te odio. Por eso tienes que morir. Cuando mueras, lo recuperaré, y entonces volverá a ser todo mío.

—Mallory, has perdido la puta cabeza —dijo Kim, y dio otro paso. Con los ojos de la mente, imaginaba a Alison colgando por el costado del edificio.

Mallory la siguió y sostuvo el cuchillo en alto.

—Te lo dije. Da un paso más y...

Kim avanzó otro poco, rezando por haber calculado bien el momento.

Capítulo 134

—Nunca lo cogeremos —resopló Stacey. Los otros dos corrían en lo que parecía el décimo tramo de escaleras, pero probablemente estaban más abajo.

Bryant estaba de acuerdo. Penn había echado a correr como una fiera; pero no era el tejado hacia donde se dirigían.

—Aquí —dijo Bryant cuando salió de la escalera. Se quedó quieto un segundo, tratando de orientarse. Giró a la izquierda, pasó por una ventana y, de allí, fue a la primera puerta.

Dio un puñetazo y gritó al mismo tiempo.

—Bryant, ¿qué...? —Stacey guardó silencio en cuanto sus pensamientos se acompasaron con los de su compañero—. Ya entiendo. —Agachó la cabeza y abrió el buzón mientras Bryant seguía dando golpes.

—¡Déjenos entrar! —gritó—. ¡Policía, déjenos entrar! ¡Venga, ábranos!

La puerta que se abrió fue la de al lado. Apareció un chico con vaqueros bajos y coleta.

—¿Pasa, tronco?

—¿Quién vive aquí? Tenemos que entrar —le dijo Stacey. Bryant seguía golpeando.

—El viejo Thomas, pero es viernes por la noche, ¿no? Juega al bingo hasta las diez.

—Mierda —dijo Bryant, y miró a su alrededor. Cogió un extintor. Sabía que ese era el piso desde el que podían intentar llegar a Alison.

—Stace, entra ahí, busca una ventana y habla con ella. Dile que vamos a bajarla.

Stacey acompañó al chico al interior mientras Bryant arremetía contra la puerta. Le dejó una buena abolladura, pero no consiguió que cediera.

Basculó hacia atrás; luego, hacia delante, otra vez, con todas sus fuerzas. Apuntó justo al picaporte y pegó el grito disuasivo más fuerte que pudo.

La puerta se abrió de golpe.

Incluso desde la entrada, vio el salón y distinguió el torso de Alison, que colgaba al otro lado del cristal.

Corrió por el pasillo, secándose el sudor de la frente, y estuvo a punto de tropezar con un andador metálico.

La ventana iba del suelo al techo. Estaba compuesta de tres partes: la inferior, que llegaba a la cintura de Bryant, era, con mucho, la más grande. Tras ella estaban la cabeza y los hombros de Alison. Los paneles de arriba medían la mitad y solo uno tenía manilla.

De inmediato se percató de que el panel abatible no era lo bastante grande como para permitirle agarrar la cuerda y tirar hacia dentro.

—Mierda, mierda, mierda —dijo, y se frotó la frente una vez más.

No le quedaba otra que romper el cristal más grande. Sabía que, si lo hacía, se arriesgaba a que llovieran fragmentos. Los pedazos de cristal podrían herirla, cegarla, incluso matarla.

Pero, dentro de su cabeza, una vocecita le decía que Alison también podría caer y morir.

A toda velocidad, volvió a por el extintor y lo lanzó contra el cristal.

Rebotó.

Capítulo 135

Mallory dio un último paso hacia la cuerda y se puso en cuclillas.

Deslizó el cuchillo por las tensas hebras. El sistema de calefacción se encendió al mismo tiempo, justo a su lado, justo a las ocho de la tarde.

Kim se lanzó hacia delante. Tenía aprovechar el efecto sorpresa para distraer a la mujer durante un segundo.

Pero, antes de que consiguiera derribar a Mallory de espaldas, esta había conseguido cortar un poco más la cuerda.

La línea tensa ya tenía una buena cisura, aunque no estaba seccionada; sin embargo, en el otro extremo, el peso de Alison le añadía tirantez.

—Quítate...

Kim rodó por el suelo y se montó encima de Mallory, que aún tenía el cuchillo en su poder.

La mujer se esforzaba por volver a la cuerda y hacerle otro trajo.

—Tengo que... matar...

—No vas a matar a nadie más, cabrona de mierda —ladró Kim. Por fin era capaz de dejar que sus verdaderas emociones se desbordaran.

Sabía que su colega colgaba por el lateral del edificio y que la cuerda que la sujetaba se estaba venciendo por la tensión, pero, mientras esa mujer aún tuviera el cuchillo, no podía soltarla.

—La cuerda se está debilitando —dijo Mallory, sin aliento, mirando los hilos tensos.

Kim palpó debajo de la mujer. Encontró una mano, y luego, la otra.

Nada. El cuchillo no estaba.

Levantó la cabeza de su enemiga y golpeó con ella el suelo. Aun así, la mujer no paraba de retorcerse. Kim no tenía ni idea de dónde estaba el cuchillo; pero Mallory sí. Con un segundo de libertad que le diera, lo cogería y cortaría la cuerda.

—¡¿Dónde está, pedazo de zorra?! —gritó Kim. Hizo a la mujer rodar ligeramente hacia la derecha.

Nada.

—¡Aaaaaah! —exclamó cuando, después de haber rodado juntas hacia la izquierda, su muslo herido quedó atrapado entre las dos.

Pero ahí estaba el cuchillo, justo bajo el hueso de su cadera.

Lo agarró, aunque el movimiento le dio a su enemiga la oportunidad de alzar el brazo y golpearla en un lado de la cabeza.

La visión de Kim se nubló durante un segundo, lo suficiente para que Mallory se quitara a la detective de encima. Sin embargo, esta aún tenía el cuchillo en la palma de la mano, agarrado con firmeza.

Mallory se retorció y se escabulló. Alcanzó a darle a la detective otro codazo en la cabeza.

Kim cayó de lado. Mallory aprovechó para ponerse en pie y dar un paso hacia la cuerda. Ya no tenía el cuchillo, pero podía desatar el nudo.

—¡Ah, no, no lo harás! —gritó Kim, que avanzó trastabillando. Apuntó a la corva de Mallory y le dio una puñalada.

La mujer pegó un grito agónico y fue a dar al suelo.

Bastó un instante para que Kim se agachara y volviera a sujetar a Alison. Pero la cuerda se rompió.

Aun así, alcanzó a agarrarla con ambas manos. El impulso de Alison, al caer con todo su peso, tiró de la línea y arrastró a la detective por la azotea. Kim se las arregló para mantener el cabo sujeto entre las palmas, aunque terminó estampada contra la pared.

—¡No voy a soltarte! —gritó. Las fibras le estaban quemando las manos. Sentía que le tensión le arrancaba los músculos de los brazos y los hombros—. ¡No voy a soltarte, joder! —volvió a gritar. Rezaba por que Alison pudiera oírla.

No la soltaría. Antes dejaría que la cuerda se la llevara al otro lado del borde.

Gritó de dolor. Sentía que los hombros se le iban a dislocar.

—No voy a... No voy a... No... —se decía a sí misma.

Mientras tanto, Mallory, tambaleándose, había conseguido ponerse en pie. Se agachó, se sacó el cuchillo de la corva y avanzó cojeando. Gritaba con cada movimiento.

—No te muevas, Mallory —exclamó Kim, aunque sabía que no había nada que hacer.

No podía defenderse y, al mismo tiempo, agarrar la cuerda que sujetaba a Alison.

Mallory avanzaba. La herida le sangraba con profusión; pero apenas parecía darse cuenta.

—Es hora de terminar con esto —dijo. Estaba a solo tres pasos de la detective.

Kim seguía sosteniendo a Alison con todas sus fuerzas.

No estaba dispuesta a soltarla.

Desafiante, enfrentó la mirada llena de odio de Mallory.

—No voy a soltarla...

No dijo más. En ese momento, la puerta del tejado se abrió de golpe.

El ruido distrajo a Mallory. Era todo lo que Penn necesitaba para correr hacia ella y derribarla de nuevo sobre el tejado.

Kim nunca se había alegrado tanto de ver a nadie en su vida.

—No voy a soltarla, Penn —decía, a pesar de que la cuerda le mordía los cortes de las manos—. Te juro que no voy a dejarla ir. La tengo.

Penn puso sus manos en la cuerda, por encima de las de Kim.

—Lo sé, jefa. Ahora yo también la tengo.

Capítulo 136

Incluso para los estándares de Hollytree, estaban ofreciendo todo un espectáculo.

Seis coches patrulla, cuatro ambulancias y un camión de bomberos habían acudido a la llamada en cuanto Alison apareció colgada del borde del edificio. Por fortuna, Bryant había conseguido romper la ventana en el segundo intento. Él, Stacey y un chico llamado Brad habían puesto a Alison a salvo.

—¿Estás bien? —le preguntó Bryant a su jefa. Veían salir la primera ambulancia, la que llevaba a Mallory Preece.

Detrás iban dos coches patrulla y, cerca de ellos, Penn. El sargento había insistido en acudir al hospital para asegurarse de que la mujer estuviera debidamente custodiada mientras le operaban de urgencia la rodilla.

—Me siento ridícula —dijo Kim. Levantó las manos vendadas. Por lo pronto, una inyección local le había adormecido el dolor de las palmas; sin embargo, el analgésico no hacía nada por aliviar la agonía en los hombros. Gracias a Dios, Penn había llegado en el momento justo y la había ayudado a sujetar la cuerda hasta que Bryant había podido rescatar a Alison.

—Me has robado el coche —la acusó él con sequedad.

—Cogido prestado —lo corrigió ella—. Tenía intenciones de devolverlo. Quiero decir, si tuviera intenciones de robar algo, iría a por...

—Vale, déjalo, no pasa nada. —Entrecerró los ojos—. De verdad, ¿no podías habernos dejado alguna pista?

Ella negó con la cabeza.

—El mensaje decía que viniera sola, y no quería arriesgar la vida de Alison. Ya ha muerto bastante gente esta semana.

—Jefa, ¿cuántas veces más vamos a tener esta charla?

Ella sonrió.

—Vaya. Muchas, creo —dijo. Se puso de pie en la parte trasera de la ambulancia.

—Te juro que, uno de estos días...

—Sí, hombre, claro. ¿Dónde está?

—En la de la izquierda —dijo él, y la siguió.

Kim abrió la puerta de la ambulancia.

—Hola —saludó. No se sorprendió de ver a Stacey sentada junto a la criminóloga.

Alison había recobrado algo del color en el rostro, pero en sus ojos seguía brillando el terror.

—¿Has recuperado algo de sensibilidad?

Una leve inclinación de cabeza le confirmó que sí.

—Mucho hormigueo —contestó, con voz ronca. Tragó saliva, se le formó una lágrima—. Si no hubieras venido...

—Pero hemos venido, Alison —dijo Kim. Se acercó a ella y le quitó del pelo un fragmento de cristal—. Todos.

La lágrima resbaló por la mejilla de Alison cuando la paramédica se inclinó sobre ella.

—La llevaremos a que le hagan un chequeo, pero debería estar bien en unas horas.

—Voy con ella, jefa —dijo Stacey.

Kim no se sorprendió.

—Inspectora... —La jefa se acercó más—. No sé qué... no hay...

—Ahorra fuerzas —le dijo Kim.

No podía imaginar el terror que Alison había experimentado en las garras de Mallory. Aunque tenía el pleno control de su cerebro, no tenía ninguno sobre su cuerpo. Le costaría un buen tiempo volver a sentirse normal.

—Vale, ve a que te echen un vistazo y, por el amor de Dios, Stace, en cuanto puedas, dale algo de comer.

Recompensada con una risita de las dos mujeres, volvió a pisar la grava.

—Hola, Stone —oyó. No tuvo que girarse para saber quién le hablaba.

Soltó un gemido.

—Bryant, ¿no he hecho ya el suficiente bien en mi vida como para...?

—¡Un puto minuto, Stone! —gritó Frost a plena voz.

A regañadientes, Kim cambió de dirección y fue hacia la periodista.

—¿Qué pasa, Frost? —preguntó en cuanto llegó al cordón.

—¿Tu buzón de voz está roto?

—Mi buzón de voz está muy bien, gracias. Tenía instrucciones estrictas de mi jefe de mantenerme alejada de la prensa, y no importa cuántos mensajes me dejes, no voy a devolverte la llamada para discutir los detalles de un caso...

—Ay, cómo me gustaría que continuaras con tu sermón y darte la oportunidad de hacer aún más el ridículo —dijo Frost. Se cruzó de brazos e inclinó la cabeza. En su espalda se agitó una larga coleta rubia—. Pero creo que te voy a callar ahora mismo. Hay un archivo grande y grueso en la parte de atrás del coche de Bryant. —¿Un expediente? ¿Su expediente?—. Sí —continuó Frost —, esa perra estúpida me lo envió pensando en que lo publicaría.

Los golpes de Mallory Preece seguían llegando.

—¿No te sentiste tentada? —preguntó.

—No es para tanto, Stone. Esta semana había cosas mucho más interesantes de las que informar.

—Pero ¿lo has leído? —preguntó Kim, con conocimiento de causa. Al fin y al cabo, esa mujer era periodista.

Ella negó con la cabeza.

—Como te acabo de decir, no eres para tanto.

Kim le dedicó una sonrisa y se dio la vuelta. Se daba cuenta de que, después de todo, aún podía dejarse sorprender por la gente.

Capítulo 137

Mientras esperaba a que la acompañaran al centro de visitantes, Kim se frotó la cadera con la palma de la mano derecha.

En los días transcurridos desde el enfrentamiento con Mallory en el tejado, sus gruesos vendajes se habían reducido a una sola venda. Las heridas habían empezado a cicatrizar. Y a darle comezón.

Mallory Preece había sido acusada de asesinar a Amy Wilde, Mark Johnson, John Duggar y los Phelps. La Fiscalía tenía dudas sobre el asesinato de Ernest Beckett. El único vínculo tangible era el uso del baclofeno, pero no había pruebas de que ella se lo hubiera inyectado. Sin embargo, aún no estaban cruzados de brazos. El equipo seguiría trabajando hasta lograr una condena. Habían tenido que dejar pasar, eso sí, la horrible agresión a Billie Styles. La chica no había visto ni oído a su agresora. Había acudido al parque a encontrarse con John Duggar en respuesta a un mensaje.

Mallory no decía ni una palabra. Había optado por blindarse detrás de un abogado muy caro. Kim no entendía lo que esa mujer esperaba conseguir, pero los Servicios de Protección a la Infancia estaban seguros de que la asesina no volvería a salir en libertad.

Cuando la madre de Amy se enteró de que sus sospechas acerca de su hija no tenían ningún fundamento, se sintió muy mortificada. Una pequeña investigación había confirmado que el ataque del que había sido víctima seguía el mismo modus operandi que otros siete de una banda itinerante de Lincolnshire. Kim le aseguró que Amy no había tenido nada que ver. Mientras hablaba con la madre, sentía que esta acumulaba culpa sobre culpa. Sin embargo, tenía esperanzas de que, en cuanto el horror se desvaneciera, los recuerdos de la hija fueran un poco más positivos. Amy se lo merecía. Por desgracia, no había encontrado a nadie que se condoliera por la muerte de Mark. Pero se consolaba pensando en que, dondequiera que estuvieran, Mark y Amy seguían juntos. Era, sin duda, lo que ellos habían querido. Excepto por algún pequeño robo, ninguno de los dos chicos le había hecho daño a nadie. No tenía la menor duda de que se habían querido mucho.

Los colegas de Ernest, en Protección a la Infancia, lamentaban de verdad la muerte de su compañero. Había sido un hombre trabajador, genial, alguien que tenía una palabra amable para todo el mundo. Kim se alegraba. Habían conseguido acallar los rumores generados por la falsa denuncia, de modo que el recuerdo y la reputación de Ernest habían quedado intactos.

Alison se estaba recuperando. Esa misma mañana se había aventurado a correr por primera vez, acompañada de Stacey. La asistente de detective había insistido en que necesitaba perder unos kilos. Kim sentía interés por saber cuánto le iba a durar eso. No porque a Stacey le faltara determinación, sino porque, se diera cuenta o no, estaba completamente satisfecha consigo misma.

Gracias a la tenacidad de Alison y a la ayuda de Stacey, Jamie Hart había sido interrogado y acusado de un cargo de asesinato y otro de intento de asesinato. En el pendiente con forma de flamenco de Beverly, los forenses habían hallado una huella dactilar incompleta. Luego, al inspeccionar la casa de Hart, en el fondo de la taza del váter habían encontrado el desaparecido pendiente de plata de Jennifer. Curtis había sido liberado y los padres de Jennifer habían ido a buscarlo.

Todos los cabos sueltos estaban atados. Excepto uno.

Mientras Kim estaba en la azotea con Mallory, supo que debía tener una conversación, una que no le apetecía.

El guardia le hizo un gesto con la cabeza.

Entró en la sala de visitas y lo vio enseguida. La ansiedad brillaba en sus ojos.

—Dale —le dijo, y se sentó enfrente.

—Inspectora...

—Kim —lo corrigió.

Durante unos segundos, sus miradas se cruzaron en silencio.

Él se frotó la frente.

—Ni siquiera sé qué decirte. ¿Puede una disculpa por mi parte ayudar a que...?

—No puede —dijo Kim con sinceridad—. Pero eso no te convierte en culpable.

—¿Cómo es posible que no estuviera enterado? Es mi madre.

Kim distinguía el desconcierto en su voz. Esa última frase contenía tantas emociones que ni siquiera era capaz de empezar a descifrarlas.

—Se parece mucho a tu abuelo, Dale. Tiene una vena despiadada que heredó de él.

—Y que le pasó a Bart. Entonces, ¿cómo demonios he tenido tanta suerte?

Kim miró a su alrededor.

—¿Suerte?

—Prefiero esto a vivir con tanto odio. —Cerró los ojos y movió la cabeza de lado a lado—. ¿De cuántas muertes va a ser responsable mi familia? —preguntó. En realidad, no esperaba una respuesta—. ¿Y cuántos de ellos han intentado matarte?

Ella sonrió.

—Los atraigo.

Él no le devolvió una sonrisa.

—Toda esa pobre gente. Todos perdieron la vida porque mi...

—Eso no lo puedes cambiar, Dale, y no puedes aferrarte a la culpa. Qué gran consejo, viniendo de mí, pero no has sido tú quien los mató. Tu madre tendrá que vivir con lo que ha hecho.

Kim sabía que esas palabras no ayudaban a nadie. Dale Preece era el único ser humano decente que había salido de aquella familia. El hombre asumiría la culpa de los actos de su madre, como había hecho con los de su hermano y su abuelo. Pensaba que, de alguna manera, ayudaba así a las víctimas o a sus familias.

—He visto el reportaje. El tejado de ese edificio. ¿Hablaste con ella?

Era la pregunta que Kim estaba esperando.

Asintió.

—¿Te dio alguna explicación? ¿Admitió que había hecho todo esto porque te considera culpable de que mi hermano y mi abuelo hubieran muerto?

«No, Dale, lo hizo por ti. Mató a toda esa gente porque no tenía toda tu atención. Ella solo te amaba a ti. Se quedó atrapada en un ataque de celos enfermizo y retorcido porque tú tenías tu mirada puesta en mí. Así que, aunque de manera indirecta, la realidad es que la muerte de seis inocentes se vuelve contra ti. Ahora, cómete esa culpa para desayunar...». Todo eso le habría dicho, de haber sido sincera.

Pero levantó la mirada y se encontró con la de Dale.

—Sí, es lo que me confesó, ni más ni menos. —Mintió con facilidad: ese hombre le había salvado la vida. No le echaría encima más culpas por las acciones de su madre. No le diría que su madre lo había hecho todo por él.

—Lo que todavía no puedo entender... —Kim se cruzó de brazos—. ¿Por qué compraste el libro?

—Por curiosidad —fue la respuesta sincera de Dale.

—¿Y? —Kim sacó la barbilla.

—No lo he leído. Llegué al final de la primera página y me pareció demasiado invasivo. No es un libro que hubieras escrito tú. No tenías control sobre el contenido y no me gustaba esa sensación.

Kim agradeció su sinceridad.

—Entonces, ¿tu madre lo cogió?

Él asintió. Kim se imaginó a Mallory engullendo cada detalle del relato, imaginando formas en las que podría utilizar esa información para causarle el mayor daño posible.

Y, ahora, la última pieza del rompecabezas:

—¿Tú eras el topo en el club del odio de Symes?

Todo el tiempo habían pensado que era John Duggar.

Dale asintió con la cabeza.

—Symes se puso en contacto conmigo a las pocas horas de que yo llegara. Como estaba muy verde, se lo conté al oficial Gennard. Este me preguntó por mis dotes interpretativas y, desde entonces, finjo odiarte.

—Y probablemente deberías. Ya sabes, odiarme.

Él se encogió de hombros.

—Pero no.

—Y, ahora, ¿qué va a pasar contigo? —preguntó Kim. Radio macuto no tardaría en enterarse de que Dale había alertado a Gennard del plan de Symes. Sabía que, una vez traspuestos los muros de la prisión, el gorila tendría muchas oportunidades en ambientes de seguridad reducida para encontrar la forma de fugarse. E ir a buscarla.

Symes seguía internado en el hospital, pero con el doble de presencia de seguridad y dos policías armados.

—Esta tarde me van a trasladar a Featherstone. Ya no estoy a salvo aquí, pero debes saber que Symes no dejará de intentar atraparte. Si alguna vez consigue salir de aquí, irá directo a por ti. El tipo aprovecha cada día para arrullar su odio hacia ti. Es de lo único que habla, en lo único que piensa.

Un escalofrío la recorrió.

—Lo sé —dijo.

Se hizo un silencio. Kim se daba cuenta de que ninguno de los dos tenía nada más que agregar.

Se levantó. No tenía permiso para extender la mano al otro lado de la mesa.

—Te estrecharía la mano si me lo permitieran —dijo, con sinceridad.

—Y yo habría tenido el honor de estrechar la tuya.

—Cuídate, Dale, y no alimentes la culpa.

Se dio la vuelta y se alejó. Mientras ganaba distancia, sentía los ojos del hombre clavados en su

espalda.

A su salida, miró el reloj de pared.

Ahora, al verdadero motivo por el que había ido allí.

Capítulo 138

Kim aparcó frente a la entrada del crematorio. Desde allí podía ver bien la entrada.

Observó en silencio cómo los dos coches fúnebres se acercaban con lentitud por la calle principal hacia el grupo de amigos y vecinos que se habían congregado ante la puerta.

No quería reparar en la ironía de que los Phelps hubieran pedido que los incineraran. El horno tendría menos trabajo de lo normal.

Los coches se detuvieron. Los trabajadores, ataviados de negro, se concentraron respetuosamente ante el primer féretro. Sacaron este y lo llevaron al edificio sin ninguna dificultad, tal como lo habían practicado cientos de veces. Enseguida hicieron avanzar al primer coche para sacar el segundo féretro.

Kim se preguntó si así habría sido el funeral de Keith y Erica. No la habían dejado asistir. La hermana de Erica la había dejado de lado porque no era «familia de verdad». Era una niña de acogida, un acto de conciencia social. Pero no para Kim ni para Keith y Erica. Ellos la habían querido, había sido su hija. Fuera como fuera, la detective no tenía claro el significado de «familia de verdad».

Con todo y lo emocionada que estaba Gemma, su madre había vuelto a meterse en líos horas antes de su inminente salida de la cárcel. Otro ramo de flores había ido a parar a la papelera. A Kim no le dio ningún gusto haber acertado al principio de la semana.

Esos días le habían traído muchas emociones, todas por enterrar; demasiados recuerdos que evitar, evocaciones de las que desentenderse y, en algunos casos, simplemente negar. Mallory Preece había profanado su vida. Para destruirla, había elegido los sucesos más traumáticos, había hurgado en las cajas herméticas de su mente. Y lo habría logrado, quizás, si Kim no hubiera optado por apartar las emociones y enterrarlas de nuevo.

La verdad es que, al ver por primera vez a Mark y Amy encadenados en aquel piso, había querido hacerse un ovillo y meterse bajo un montón de mantas. Había recuperado la sensación familiar del cuerpo de Mikey metido en su abrazo. Había recordado su sonrisa, su risa, su dolor, su muerte.

Ante el coche calcinado, en la entrada de la antigua pista de carreras, la habían asaltado los recuerdos de los tres años con aquella cariñosa pareja, de la seguridad que había sentido en esa casa. Pero también del terror, cuando ambos perdieron la vida.

No había palabras para describir las emociones que la habían subyugado al ver la figura de Billie Styles violentada en el bosque.

Comprendía que Bryant se preocupara por su negativa a tratar asuntos de su pasado. Tal vez Kim

se había tragado una bomba de relojería, una que explotaría en el futuro, en algún momento, pero no ahora. No moriría más gente por los retorcidos celos de alguien.

Pero, a lo largo de todo ese proceso, la única cosa, la única emoción que se había negado a callar, era el arrepentimiento. Se arrepentía de no haber luchado en su esquina ni de haber pedido a alguien que lo hiciera por ella. Tenían que haberle permitido despedirse de los únicos padres que había conocido.

Había visitado después el cementerio, para decirles adiós, cuando las cenizas ya estaban esparcidas por la rosaleda. Aún no existía la pequeña placa con los nombres. Solo que no se había despedido como debía. Le faltaba aquella última pieza, la que siempre la había perseguido.

Vio entrar en el edificio al último doliente y buscó en la guantera el ejemplar que había quedado de La niña perdida, el libro sobre su vida. Mientras esperaba, tendría algo para leer.

Se giró en su asiento, hacia un Joel Greene trajeado, agradecido y sin esposas.

—Venga, Joel —susurró emocionada—. Entra y despídete de tus padres.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero agradecerte mucho que hayas elegido leer Recuerdos de muerte, la décima entrega de la serie de Kim Stone.

Para estar al tanto de las novedades sobre mis últimos libros, haz clic en el vínculo de abajo. Te prometo que solo me pondré en contacto contigo cuando tenga una obra nueva y que jamás compartiré tu correo electrónico con nadie.

www.bookouture.com/angela-marsons

Este libro es el ejemplo perfecto de cómo, de repente, los personajes pueden exigirte un cambio de rumbo. Mi mente siempre va un par de libros por delante con respecto a lo que quiero explorar en cada etapa del viaje, de modo que yo ya sabía qué tema abordar en el décimo libro y, sin embargo, no era lo que me estaba marcando la ruta. Cuando empecé a escribir, una nueva idea interrumpía mis pensamientos una y otra vez.

Tomé notas, bajo el supuesto de que eso acallaría las inquietudes durante algún tiempo. Sin embargo, sucedió lo contrario: cada vez me venían a la cabeza más ideas, líneas argumentales y personajes. Luché durante semanas hasta que, por fin, me di por vencida y volví a empezar todo el libro.

La idea que se negaba a desaparecer era la de un asesino que quería recrear sucesos traumáticos de la vida de Kim. Eso llevaría a nuestra heroína a reexaminar tanto su propio pasado como los casos en los que había trabajado con el equipo. Hasta yo estaba impaciente por saber cómo debía manejar una situación así. Espero que te haya gustado el resultado.

Y, si ha sido así, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor podrías recomendárselos a tus amigos y familiares...

Me encantaría saber de ti, así que, por favor, ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, a través de X o en mi sitio web.

Y, si no has leído ningún otro libro de la serie de la detective Kim Stone, aquí tienes la lista:

Grito del silencio

Juegos del mal

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Recuerdos de muerte

Gracias por tu apoyo. Lo valoro muchísimo.

Angela Marsons

www.angelamarsons-books.com

angelamarsonsauthor@WriteAngie

Agradecimientos

En primer lugar, quiero expresar mi reconocimiento a mi compañera, Julie, por sus contribuciones a estos libros. Junto conmigo, trata cada uno como si fuera el primer viaje y encara el proceso con entusiasmo; a menudo con más confianza que yo. Su paciencia y su fe en mí nunca disminuyen, ni tampoco su voluntad de ayudarme en cada parte del proceso. Hay que decir que, aunque a veces es brutalmente franca, conoce mis capacidades mejor que yo. Siempre encuentra la manera de entender mi propia visión y de ayudarme a descubrir cómo alcanzarla. Es mi compañera en el crimen, siempre lo será.

Gracias a mi madre y a mi padre, que, con orgullo, siguen corriendo la voz a todo el que quiera escucharlos. Y también a mi hermana Lyn, a su marido Clive y a mis sobrinos Matthew y Christopher por su apoyo.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos apoyan de muchas maneras, y a Kyle Nicol, que busca mis libros donde quiera que va.

Me gustaría agradecerle al equipo de Bookouture por su continuo entusiasmo por Kim Stone y sus historias; en especial a Oliver Rhodes, que dio a Kim Stone la oportunidad de existir.

Un agradecimiento especial a mi correctora, Claire Bord, cuya paciencia y comprensión agradezco de verdad. La forma en que respondió al libro me encantó y tranquilizó. Creo que lo hemos hecho bien, señora, y estoy deseando trabajar en el siguiente.

A Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja incansablemente para promocionar nuestros libros y protegernos del mundo. A Noelle Holten, que tiene un entusiasmo y una pasión sin límites por nuestro trabajo.

Gracias a la fantástica Kim Slater, un increíble apoyo y amiga por muchos años ya, y a las fabulosas Caroline Mitchell, Renita D’Silva y Sue Watson, sin las cuales este viaje sería imposible. Un enorme agradecimiento a la creciente familia de autores de Bookouture, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Mi agradecimiento eterno va para todos los estupendos blogueros y críticos que han dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir sus historias. Esta gente maravillosa grita con todas sus fuerzas y comparte generosamente no solo porque sea su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por el apoyo que me brindan tanto a mí misma como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, sobre todo a quienes han robado un poco de tiempo a un día ajetreado para venir a mi sitio web, a mi página de Facebook, a Goodreads o a X.